

DAVID CAMUS

LAS
SIETE
PUERTAS
DEL
INFIERNO

Lectulandia

Año 1188. El rey musulmán Saladino acaba de conquistar Tierra Santa. Los reyes de Francia e Inglaterra preparan sus tropas para empezar la tercera cruzada. La bella Casiopea, una intrépida muchacha que se encuentra en Constantinopla, recibe una carta de su madre en la que le anuncia la muerte de su padre y la insta a reunirse con ella. La joven aventurera inicia un viaje que tiene como único objetivo dar sepultura cristiana a su padre y devolverle el honor. Una novela épica que funde recreaciones históricas y fantasía en la lucha entre el bien y el mal, la fe y la traición, el amor y el odio.

Lectulandia

David Camus

Las siete puertas del Infierno

ePUB v1.1

jubosu 20.12.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Crucifère

Autor: David Camus

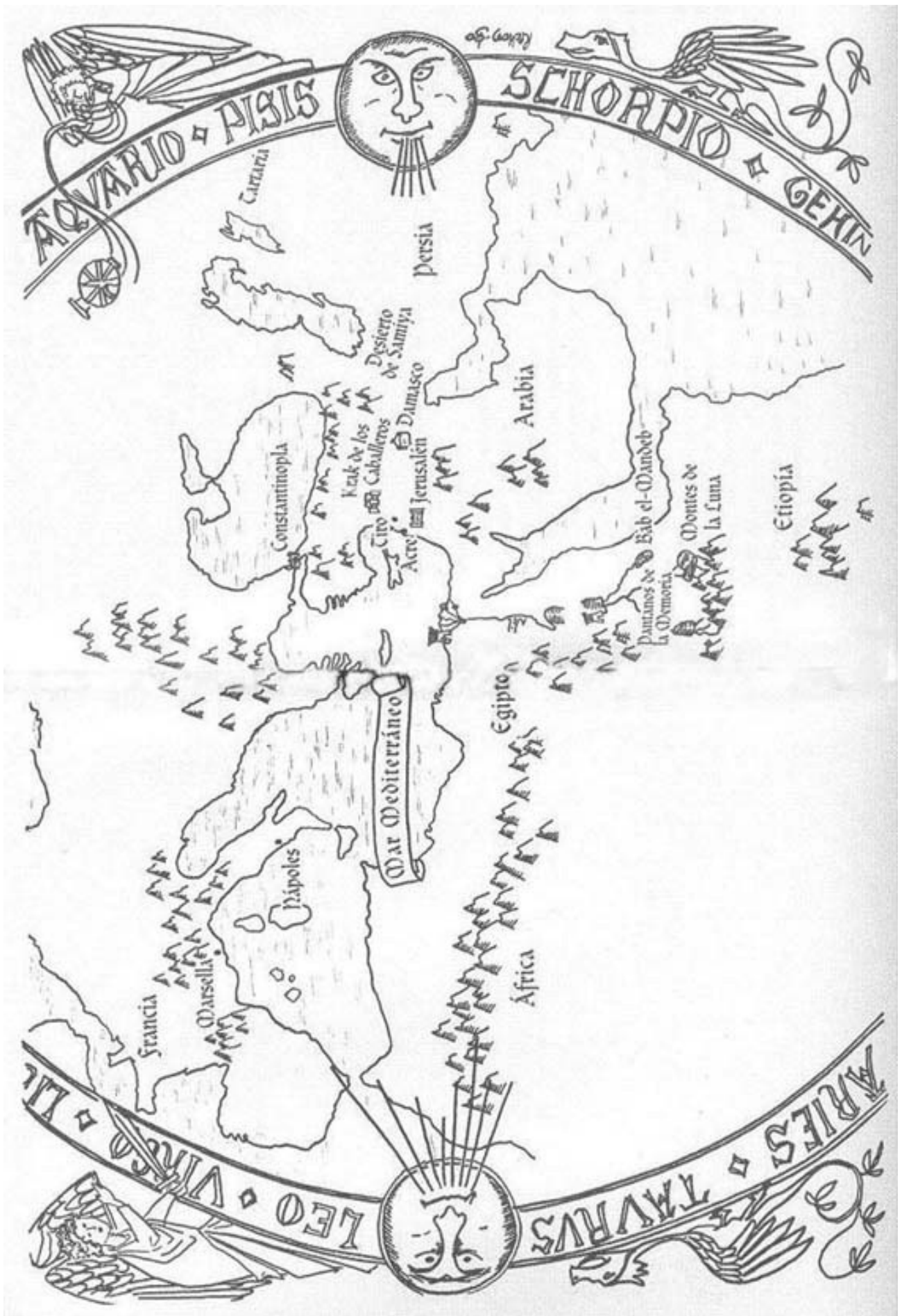
Primera edición: septiembre, 2011

© 2011, Random House Mondadori, S. A

ISBN: 9788425345616

Y caí como cae un cuerpo muerto.

Dante,
El Infierno



Prólogo

No morí, y no permanecí vivo: juzga por ti mismo, si tienes flor de inteligencia,
en qué me convertí, sin muerte y sin vida.

Dante,
El Infierno

Lugar indeterminado, fecha indeterminada

Emmanuel se despertó cubierto de contusiones, con la espalda y los hombros magullados. No sentía los miembros, y su torso no era más que un dolor inmenso. Trató de lanzar un grito, pero no pudo articular ni un sonido. Quiso mover la cabeza, pero su cuello no le obedecía. Intentó empuñar su espada, pero no pudo levantar el brazo. «Si es que aún tengo uno...», pensó.

Miró alrededor.

«¿Dónde estoy?»

En la penumbra de una gruta, en la ribera de un río. ¿Sería el Aqueronte, el que atraviesan los muertos para entrar en el reino de las Sombras? Emmanuel se encontraba parcialmente en la orilla. Solo sus pantorrillas estaban sumergidas en el agua.

«¿Qué me ocurre, Dios mío? ¡No siento nada! No tengo ni frío ni calor, ni hambre ni sed, solo este dolor atroz...»

Trató de gritar pidiendo ayuda. En vano. Su lengua se mantenía pegada al paladar. «Calma —se dijo—. Intenta recordar lo que ha pasado...»

Cerró los ojos y se esforzó en recordar lo que le había sucedido en las últimas horas. Vio a un misterioso caballero negro con el torso envuelto en cadenas, montado en un enorme corcel de color rojo. El caballero le amenazaba con su poderosa espada bastarda, e iba acompañado de monjes soldado que blandían lanzas y largas espadas.

«¡Los templarios blancos! Se habían aliado con los asesinos para...»

Pero su memoria no le era de ninguna ayuda. No conseguía concentrarse. De pronto, su corazón empezó a palpar dolorosamente. Si hubiera podido, se habría llevado la mano al pecho, pero no consiguió mover ni siquiera un dedo. Al bajar los ojos, vio que estaba desnudo. «¿Dónde está mi armadura? ¿Y mi espada?»

Miró a derecha e izquierda, todo lo que su maltrecho cuerpo le permitía. «¿Dónde está mi caballo?» Al intentar atravesar con la mirada la oscuridad de la caverna donde yacía, entrevió un paisaje desolado. Una mezcla de ruinas, rocas desprendidas y palmeras rotas le rodeaba. En la luz sepulcral de la gruta, las palmeras parecían blancas. Sin duda eran árboles muy viejos que habían perdido el color con los años.

¿Acabaría también él así, tan pálido y seco como esos troncos descarnados? «El río me ha arrojado a la orilla, estoy en las puertas del infierno. Pero ¿qué he hecho para merecer este destino?»

Aguzando el oído, pudo oír cómo fluía el agua en medio de una calma absoluta que nada turbaba a excepción de su propia sangre, que palpitaba en sus sienes. «Al menos sigo con vida...» Al examinar con la mirada las construcciones derruidas, distinguió un montón de escombros ennegrecidos por las llamas, así como un resto de fachada y columnas desplomadas por todas partes. En el aire flotaba un olor a excrementos, polvo y humedad.

«¿Será esta gruta la guarida de un animal salvaje? ¡Tengo que salir de aquí cuanto antes!»

Percibió un roce impreciso justo detrás de él. Con el rabillo del ojo vio una mano que se acercaba a su frente. Una mano pequeña y muy vieja, toda arrugada, casi tan blanca como las palmeras. Parecía una araña con cinco patas.

«¡Por la Virgen María!»

La mano sostenía un paño humedecido en agua, que escurrió sobre su rostro. Unas gotas cayeron sobre su frente como una lluvia reconfortante.

«¡Oh, qué alivio! Gracias, seáis quien seáis.»

De nuevo la mano escurrió el paño. Emmanuel trató de abrir la boca, y, para su gran sorpresa, sus labios se entreabrieron y sintió en la lengua —«¡Alabado sea Dios!»— la caricia líquida.

Volvió a verse cayendo al río.

Una caída increíblemente larga, que duró varios latidos. Su caballo y él, unidos hasta el momento del impacto, se habían separado al chocar contra el agua. Prisionero de su cota de malla, Emmanuel se había hundido por su lado, mientras su montura se alejaba, arrastrada por las aguas teñidas de rojo.

Mientras se hundía en lo que aparentemente era un río sin fondo, Emmanuel había sentido que le sujetaban por los brazos y las piernas. «¿Nereidas?» Esas ninfas del mar tenían la reputación de haber salvado unas veces, y condenado otras, a muchos náufragos. «¡Santa Madre de Dios, a quien siempre he servido, me pongo en vuestras manos!»

Y unas manos —o unas poderosas corrientes marinas— le habían arrastrado río arriba por el al-Assi, ese extraño curso de agua que fluía al revés, del mar hacia la tierra. Con la boca y los pulmones llenos de agua salada, Emmanuel se había sentido zarandeado como un niño que acaba de nacer y pasa de mano en mano después de salir del vientre materno. Hasta el último momento había recitado en su mente: Ave Maria, gratia plena: Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus...

Estas habían sido sus últimas palabras; o mejor dicho, sus últimos pensamientos. Al menos eso creía. Lo único que recordaba con certeza era que lo habían herido: en

el muslo, con una lanzada, y en el brazo derecho, con dos viotes de ballesta. Por desgracia, el rostro de sus agresores se había borrado de su memoria. Apenas recordaba a un joven templario, de poco menos de veinte años. Un europeo. Sin duda un pardillo recién desembarcado en Tierra Santa ansioso por liquidar sarracenos. Un oriental de unos treinta años le acompañaba. ¿Un asesino? Sus ojos brillaban como dos brasas en medio de las cenizas; dos brasas que aún le quemaban. Pero lo que nunca olvidaría era el sonido del olifante que había oído resonar en la bruma; el sonido del cuerno que les había atraído, a él y a sus hermanos de armas, a una trampa mortal.

Emmanuel aspiró una bocanada de aire húmedo e hinchó el pecho. «Esto, al menos, aún funciona...» Volviendo la mirada hacia su brazo derecho, buscó las heridas causadas por los viotes. No vio más que dos gruesas cicatrices en forma de estrella. ¿Y su pierna? No la veía. Pero tenía la sensación de que también esta herida había cicatrizado.

«¡Mi muerte no te pertenece!», se oyó gritar al misterioso caballero negro. ¿Cómo se llamaba?

«¡Reinaldo de Châtillon!»

Había creído pronunciar el nombre, pero de su garganta solo había surgido un estertor. La mano volvió a acariciarle la frente.

«Gracias, gracias... —pensó de nuevo, como si el enigmático propietario de esa mano pudiera oírle—. Pero, por favor, decidme dónde estoy...»

La mano desapareció de su campo de visión, misteriosa, como si no perteneciera a nadie.

«¡No, por piedad! ¡No os vayáis! ¡Volved!»

Creyó percibir el sonido de un cuerpo desplazándose por la caverna, justo detrás de él. Algo increíblemente ligero se deslizaba sobre la piedra y podía oír el roce de una tela. No era un animal, y menos aún un animal salvaje. Debía de ser un hombre. Probablemente un ermitaño. Decían que había algunos en el desierto. Vivían en grutas, donde se alimentaban de insectos y bebían el agua de los cactus. ¿Sería uno de esos seres solitarios quien le había sacado del al-Assi y le había desnudado, cuidado y alimentado?

Le debía la vida. ¿Cómo podría agradecerse lo?

«Para empezar, debería recuperar el uso de mis miembros... Luego tendría que salir de aquí y volver al Krak...»

La mano volvió. Esta vez Emmanuel la observó lo mejor que pudo. Era una mano pequeña, extremadamente fina. Casi una mano de niño. Tenía mugre incrustada en las uñas y era tan delgada que los huesos sobresalían. Hubiera dado cualquier cosa por ver qué aspecto tenía su dueño.

Luego una segunda mano, gemela de la primera, le abrió los labios y le hundió en

la boca un objeto redondo y blando. ¡Un dátil! Temiendo tragarse el hueso, Emmanuel intentó escupirlo, pero enseguida se percató de que lo habían deshuesado. Resucitada por ese contacto, su lengua apretó el fruto contra el paladar, aplastó la pulpa, extrajo el jugo.

—Habladme —consiguió articular por fin, después de tragarse el dátil—. Decidme algo...

La mano le acarició, le puso un dedo sobre los labios y desapareció igual que había venido.

—¡Decidme dónde estoy! ¿Estoy muerto?

—No —susurró una voz extraña, parecida al rumor del viento en los árboles.

—¿Quién me habla? ¿Sois vos?

—¿Vos? —continuó la voz—. Pero ¿a quién os dirigís, caballero?

Emmanuel comprendió la incongruencia de su pregunta y la reformuló:

—A quien me cuida.

Se escuchó como un entrechocar de ramas.

—No soy yo —respondió la voz temblorosa.

—En ese caso, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Lo cierto es que también yo me lo pregunto a veces... Hace mucho tiempo, en otra vida, me llamaba Guillermo de Tiro. Pero ahora ya no tengo nombre.

—¿Guillermo de Tiro? ¿Sois vos, excelencia? —preguntó Emmanuel recuperando la esperanza.

Trató desesperadamente de volver el rostro en dirección a quien afirmaba ser el antiguo arzobispo de Tiro —cuando todo el mundo sabía que hacía varios años que había muerto—, y puso tanto empeño en ello que al final sus esfuerzos se vieron recompensados. Inclino la cabeza hacia la derecha y vio un árbol muy hermoso, un sicómoro, medio camuflado en la oscuridad. Una forma envuelta en una tela se acurrucaba en el hueco que formaban sus raíces.

—Excelencia, ¿por qué os ocultáis?

Una cabeza coronada por unos horribles cabellos rígidos y secos, que parecían ramas de apio, emergió de debajo de la tela como una rata de su madriguera. Era una mujer, con unos ojos parecidos a granos de uva, hundidos en sus órbitas. La mujer no dijo nada, pero se arrastró hacia Emmanuel, que no pudo evitar un estremecimiento.

—No tengáis miedo —prosiguió la voz—. Le debéis la vida.

Emmanuel pestañeó y trató de atravesar con la mirada la oscuridad en que estaba bañado el árbol. Fue en vano.

—Pero ¿dónde estáis? —preguntó—. ¿Por qué no os mostráis?

—No puedo desplazarme...

En ese momento, Emmanuel comprendió que la voz provenía directamente del árbol, de una cavidad que se abría en lo que al principio había tomado por un nudo.

Justo por encima de esta cavidad, otros dos nudos representaban un par de ojos, a los que las vetas de la madera proporcionaban unas cejas tupidas. Las ramas, que un viento invisible agitaba a ratos, formaban los cabellos y la barba. Realmente se hubiera dicho que era un hombre tallado en un sicómoro.

—Excelencia, ¿qué os ocurrió?

—Me convertí en árbol, hermano Emmanuel —dijo Guillermo de Tiro agitando las ramas.

—Veo que me reconocéis...

—Teniendo, como tengo, a guisa de párpados, dos pesados pedazos de corteza que me cuesta un esfuerzo enorme levantar, podría decirse que sufro de ceguera... Pero ella me ha dicho tu nombre. Igual que me había predicho que vendrías.

—¿Ella?

—La Emparedada.

Y así Emmanuel se enteró de que el lugar donde se encontraba se llamaba «el oasis de las Cenobitas». Este oasis había sido, hasta fecha reciente, el reino de las amazonas; pero, en septiembre de 1187, una horda de beduinos desalmados lo había saqueado y luego arrasado, por orden de los asesinos. Guillermo había sobrevivido gracias a este árbol, plantado en tiempos de Abel. Un sicómoro del que en otra época los romanos habían tallado la madera de la Vera Cruz, dejando en él una profunda llaga, purulenta de sabia, en la que Guillermo se había refugiado durante la destrucción del oasis. En cuanto a la Emparedada, probablemente era una inmortal.

—Te presento a la reina María. Ella fue quien, en el año 614 de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, pidió a su marido, el rey de los persas, que le llevara la Vera Cruz. Durante mucho tiempo reinó en este oasis, antes de legarlo a las amazonas...

—¿Realmente es inmortal?

—En todo caso es junto conmigo, la única persona que sobrevivió a la destrucción de este oasis.

—Entonces debe de sufrir terriblemente.

—No, no lo creo —susurró el viejo árbol—. Me atrevería a decir incluso que no lo recuerda. Porque ella era el oráculo de las amazonas, su adivina. Y el don que Dios le concedió tiene su contrapartida. Conoce el porvenir, pero no sabe nada del pasado...

—¿El pasado? —le interrumpió Emmanuel, alterado—. ¡Ya no es momento de preocuparse por él! Debo volver al Krak para prevenir a mis hermanos hospitalarios. El convoy ha sido atacado. ¡Los templarios nos han traicionado!

Emmanuel aludía a la misión que le había confiado el comendador del Krak de los Caballeros, Alexis de Beaujeu: ir al encuentro de los hospitalarios encargados de llevar al Krak el rescate destinado a recuperar la Vera Cruz, tomada a los francos por

los árabes en el desastre de Hattin. Esta misión había fracasado. Templarios y asesinos les habían atacado ignominiosamente para arrebatarles el oro y aniquilarlos.

—Paciencia —susurró el viejo árbol—. Empieza por curarte; luego pensaremos en eso.

—Pero ¿cuándo? —gritó Emmanuel—. ¡Tengo que irme de aquí! ¡Jerusalén está en peligro!

—Ya ha caído.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Hace más de tres meses. Pronto será el 1 de enero, día de la Circuncisión del Señor, del año 1188...

Presa del pánico, Emmanuel trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas. Su visión se oscureció, como invadida por un enjambre de gruesas moscas negras.

—Tengo que irme —dijo jadeando—. No quiero morir aquí...

—Tu muerte no te pertenece —replicó simplemente el viejo árbol.

Pero Emmanuel no le oyó. Se había desvanecido de nuevo.

El último de los Roquefeuille



Capítulo 1

Aquí llegan a su fin nuestros tormentos, este será nuestro dominio.

Anónimo,
El libro de Eneas

Norte de Francia, 1 de enero de 1.188

Unos días después de haber recibido de manos de su hijo el fragmento de la Vera Cruz que le había encargado que fuera a buscar a Tierra Santa, el conde Étienne de Roquefeuille murió. No fue una muerte triste. Convencido de que iría al paraíso — gracias a la santa reliquia traída por Simón—, el conde entregó el alma sonriendo, orgulloso y feliz de saber que su hijo pequeño se había convertido por fin en un hombre y que había encontrado, en la persona de Casiopea, a una joven digna de él.

Pero mientras bajaban al panteón de los Roquefeuille el pesado ataúd que contenía los restos mortales del conde, Casiopea no podía dejar de pensar en su padre. También él estaba muerto. Y en su caso no había habido tumba de mármol ni oración, ni oficiante ni misa, ni una multitud que esperara fuera llorando. Solo un inmenso dolor, y, como mortaja, las llamas que devoraban su cuerpo. «¡Simón! —se oyó aullar de nuevo—. ¡Hay que salvar a Morgennes!»

Sin embargo, por desgracia tampoco Simón había podido impedir que el valeroso hospitalario cayera en el Pozo de las Almas, y de allí al infierno.

Esto había ocurrido en 1187, apenas iniciado el mes de octubre, ¡jornada de gloria para los sarracenos, que ese día se apoderaban de Jerusalén! La Ciudad Santa, después de haber sido conquistada en 1099 por los ejércitos cristianos, volvía a ser musulmana. La cristiandad estaba de luto. Pero no tanto como Casiopea, cuyo dolor se había acrecentado al enterarse, por una carta de su madre, de que Morgennes era su padre.

En el mismo momento en que el ataúd entraba en su nicho de piedra, Casiopea se sintió mareada y se sujetó a Simón, que la sostuvo con mano firme.

—Puedes apoyarte en mí —le dijo—. Estoy aquí.

—Gracias —murmuró ella.

Un sacerdote agitó vigorosamente el incensario, mientras en el aire helado vibraba el tañido fúnebre de las campanas.

—¡Espera! —gritó Simón en el momento en que un obrero levantaba la losa destinada a sellar la abertura de la tumba—. Quisiera verlo por última vez...

Dos ayudantes izaron el ataúd, cerrado únicamente por una tela de lino en la que figuraba el blasón de los Roquefeuille: un oso erguido sobre sus patas traseras. Simón

levantó la tela y miró a su padre. Tenía los ojos cerrados, y una sonrisa franca se dibujaba en su rostro. Simón tiró un poco más del paño justo por debajo de las manos del difunto. Estaban cruzadas sobre su pecho y sujetaban un minúsculo objeto: el fragmento de la Vera Cruz que él le había traído.

Salvo que no se trataba exactamente de la Vera Cruz, sino de la que todos —en Tierra Santa y fuera de ella— habían tomado por tal. Solo un puñado de hombres habían descubierto, al mismo tiempo que Morgennes, que esta cruz no era la Vera Cruz. «Es la cruz de Morgennes», se dijo Simón.

«Y ahora es mía.»

La arrancó de los dedos de su padre, teniendo cuidado de que no le vieran el sacerdote ni sus ayudantes, que de todos modos habían apartado respetuosamente la vista.

—¿Qué haces? —preguntó Casiopea a Simón.

—Recupero mi bien...

Simón introdujo el pequeño pedazo de cruz en la bolsa que llevaba atada a su cintura, volvió a colocar la tela en su lugar y dio orden a los obreros de que hundieran el ataúd en su nicho y luego lo sellaran.

Como no tenía ningún primo y sus cuatro hermanos habían muerto, Simón era el último de los Roquefeuille. Pero no tenía en absoluto la intención de seguir siéndolo.

Capítulo 2

Pensando en el Juicio, se consideraba culpable; pensando en el Infierno, se consideraba digna de ser torturada en él.

Jacobo de la Vorágine,
La leyenda dorada

Puerto de Marsella, 8 de enero de 1.189

A pesar de la fina granizada que caía sobre Marsella, Casiopea se resistía a abandonar el puente de La Stella di Dio, la nave que debía conducirla a Tierra Santa. Con las dos manos apoyadas sobre la delgada película de escarcha que recubría la borda, contemplaba Marsella envuelta en nieve. La ciudad, al otro lado del muelle, era de una belleza sorprendente, irreal. Pequeñas columnas de humo desafiaban a la lluvia helada y ascendían hasta perderse entre las nubes.

—Brrr... —exclamó frotándose los brazos, con los ojos vueltos hacia la ciudad blanca—. Qué ganas tengo de volver a ver el sol...

Con todo, la joven no podía evitar pensar con recelo en lo que le esperaba en la otra orilla del Mediterráneo: un viaje terrorífico que muy pocos hombres —y aún menos mujeres— habían realizado antes que ella. Porque Casiopea tenía la intención de seguir los pasos de los mayores héroes de la Antigüedad y dirigirse a los infiernos. Para encontrar a su padre, descendería al fondo del Pozo de las Almas, en Jerusalén. «Si lo consigo —se dijo—, pronto añoraré este frío...»

De repente, una sombra la cubrió y se encontró al abrigo de la lluvia. Era Simón, que extendía una manta sobre ella.

—Cogerás frío —le dijo—. Ven a resguardarte dentro.

Casiopea volvió hacia él su bello y afligido rostro, con los cabellos chorreantes.

—No puedo, estoy esperando.

—¿A quién?

—A Conrado de Montferrat.

Sin dejar de proteger a Casiopea, Simón contempló también la ciudad. De un momento a otro, Conrado de Montferrat volvería con el joven Josías de Tiro, a quien había ido a buscar a Notre-Dame de la Galline, y por fin podrían partir a Tierra Santa, y a los infiernos.

—Encontraremos a tu padre, te lo prometo —dijo acercándose un poco más a Casiopea.

Percibía el calor de su cuerpo, el olor de sus cabellos, y veía incluso sobre su piel —en el lugar donde el cuello se fundía con el hombro— un pequeño lunar en forma

de zanahoria. «Te amo. Pero ¿cómo decírtelo?»

Inspiró una profunda bocanada de aire húmedo, sintió cómo el frío penetraba en sus pulmones y pensó: «Desde que Morgennes murió y tu madre te dijo quién era tu padre, es como si todo rastro de vida hubiera huido de ti. Pareces una vela que acaban de apagar de un soplo. ¡Oh, Casiopea, mi tierna y dulce amada, no te dejes extinguir! Yo estoy aquí, soy fuerte. ¡Lo suficiente para reavivar tu llama y salvaros a tu padre y a ti! No lo olvides, no olvides jamás que yo soy el único que puede comprenderte...».

Se acercó un poco más a su amada, apretándose casi contra su cuerpo. «Me gustaría tanto calentarte, darte esperanza, calor y luz.»

En ese momento tuvo una idea. Tenía en su limosnera el pedacito de cruz que le había quitado a su padre. Y en su limosnera, el pedacito de cruz parecía gritarle: «¡Vamos, cógeme, yo soy la solución! Me robaste a tu padre para que él fuera al infierno, lo sé.

Pero también me cogiste para ofrecerme a Casiopea. Después de todo, ¿no soy un fragmento de la cruz que su padre había guardado creyendo que era la Vera Cruz? Deberías ofrecerme a ella. Caería en tus brazos...»

Simón parpadeó. Llovía tan fuerte que en algunos puntos la lluvia atravesaba la manta, aplastándole los negros cabellos contra el rostro.

—Deberíamos volver abajo —insistió.

—Es estúpido —respondió ella—, pero tengo la sensación de que si me quedo aquí esperándole, Conrado de Montferrat volverá más rápido.

—Tal vez Josías aún no haya llegado...

Josías de Tiro era el joven arzobispo al que su difunta santidad Urbano III había confiado el encargo de convencer a los reyes de Francia y de Inglaterra de partir en cruzada... Conrado y él habían acordado que se encontrarían en Marsella, una vez el prelado hubiera cumplido su misión.

«Ante todo —se dijo Simón—, debo pedirle un favor una vez haya subido a bordo.»

—Me gustaría hablarte antes de que lleguen —le dijo a Casiopea haciendo acopio de valor—. Tal vez no sea el momento ideal, pero teniendo en cuenta lo que nos espera al otro lado del Mediterráneo, temo que no encontremos una ocasión mejor...

Desgraciadamente, Casiopea no le escuchaba. Su corazón y sus pensamientos estaban totalmente centrados en Morgennes. «Murió sin saber que yo era su hija. Si pudiera llegar a decírselo...» Pero ¿cómo se podía hablar con los muertos? ¿Rezando? «Por desgracia, si es verdad que se encuentra en el infierno, no podrá oírme...»

Su mirada se volvió hacia el mar, donde un sol pálido asomaba como una fina pestaña de luz amarilleando el horizonte. «Quiero decirle quién soy para él. Quiero

decirle: "Morgennes, soy tu hija, Casiopea. Tú eres mi padre. Guyana de Saint-Pierre es mi madre..."» Pero se veía obligada a esperar, a esperar y seguir esperando, lo que le resultaba muy difícil de soportar. «Cada minuto que paso aquí tal vez corresponda a un año de suplicio para mi padre...»

—¿Y bien? —preguntó Simón.

Casiopea le miró y comprendió que le había preguntado algo importante. Tenía la impresión de oír un signo de interrogación agitándose febrilmente en el aire en torno a ella. Como para confirmar esta sensación, en los ojos de Simón se percibía esa clase de inquietud que normalmente se reserva a los asuntos más graves. A pesar de ello, su cara seguía siendo la de un monaguillo. Su corta barba no cambiaba nada en ese aspecto. Olía a cirio y a hostia.

La situación la hizo sentirse incómoda. ¿Qué le había preguntado? ¿Cómo no ofenderle? ¿Qué podía contestarle? Demasiado tarde. Hay preguntas a las que debe responderse sin reflexionar, sin vacilaciones. La de Simón pertenecía a esta categoría.

—No me escuchabas, ¿verdad? —se lamentó Simón.

—Perdona, pensaba en Morgennes. Me hubiera gustado tener un padre, como lo has tenido tú.

—Mi padre no me quería —repuso él con amargura.

—Pero de todos modos era un padre. Yo crecí sin él. Entre mi madre y dos padrinos...

De sus padres desaparecidos —uno en el infierno, y la otra buscándola en Tierra Santa—, Casiopea no sabía a cuál echaba más en falta. Probablemente a Morgennes, a cuya ausencia aún no se había acostumbrado. «A cuya ausencia no me acostumbraré jamás», rectificó. Hay dramas en los que cada episodio, cada detalle, está tan profundamente grabado en la memoria que resulta imposible olvidarlos. Volvía a ver la barba de su padre en llamas en el momento de su caída en el Pozo de las Almas. Ni Simón ni ella le habían seguido, al contrario que su primo Taqi, que se había precipitado en él con su montura mientras les gritaba: «¡Largaos de aquí!». Casiopea aún podía oír ese grito.

—Comprendo —dijo Simón.

Apretó los labios y se contuvo para no depositar en su cuello el beso que retenía desde hacía tantos días, tantas semanas, tantos meses...

La primera vez que la había visto, ella estaba encadenada. Prisionera de los asesinos que la habían capturado para entregarla a los templarios blancos. En esa época, ella se encontraba en su poder. Mientras que ahora... ¡Dios mío, qué lejos quedaba aquello! ¿Existirían siquiera todavía esos famosos templarios de la primera ley, ahora que su senescal, Reinaldo de Châtillon, había muerto y que Kunar Sell y él mismo habían rendido las armas? Probablemente no...

Mientras la lluvia dejaba de caer, haciendo inútil la manta de Simón, llegó a sus oídos el grito de un pájaro. Al levantar la vista, Simón distinguió una minúscula mancha azul y parda girando en el cielo.

—Me pregunto qué estará haciendo Montferrat —dijo Casiopea, impaciente—. Ya debería estar aquí. Habíamos quedado en que partiríamos esta mañana como muy tarde...

—¡Voy a buscarle! —exclamó Simón, feliz de poder ser útil a Casiopea. Y tras deshacerse de su manta mojada, se apresuró a desembarcar.

Capítulo 3

El Amor se comporta como la pavesa que encubre el fuego en el hollín y enciende la madera y la paja —¡escuchad!—: no sabe hacia dónde huir aquel que es devorado por el fuego.

Marcabré,

Invectivas contra «Falso Amor»

«Muy propio de Simón —se dijo Casiopea—. Como un fuego de pajas, se inflama, se exalta y ya no sabe qué hacer para engañar su aburrimiento si no es actuar; poco le importa saber de qué manera... Como si solo existiera la acción para consolarnos, para hacernos triunfar sobre la desgracia y permitimos tomar de nuevo las riendas de nuestro destino...»

Con los brazos cruzados, observó cómo Simón se alejaba por el muelle helado y, a continuación, desaparecía en un dédalo de callejuelas del que surgían algunos pescadores madrugadores. Con el cuerpo cubierto con varias capas de ropa, parecían osos torpones. Aprovechando el alba para instalarse en los mejores puestos a lo largo de los muelles, los hombres desembalaron su material, tendieron sus cañas y cebaron sus anzuelos. Empezaba un nuevo día, y la luz revestía de oro la ciudad blanca y el agua azul. Solo entonces, Casiopea se abrió a los ruidos del puerto, que anunciaban ya la salida de los barcos: cocas, usciere, galeas militares, chalupas y naves entrechocando o gimiendo como amantes ansiosos por unirse por última vez antes de partir a la mar; velas chasqueando contra el mástil, chirridos de poleas y de planchas, gemidos de los remos, llamadas de los marinos dispuestos para la faena, el aliento humeante de los hombres en el aire helado, y luego los gritos de su halcón saludando el ascenso del sol. Protegiéndose de la luz con una mano mientras se cerraba el manto con la otra, Casiopea observó cómo el pájaro giraba en el cielo y luego descendía de nuevo a la altura de Notre-Dame de la Galline. Esta pequeña capilla, construida en las alturas de Marsella, era, desde hacía dos siglos, lugar de destino de fervorosas peregrinaciones. Ya fuese verano o invierno, los devotos acudían en masa al lugar para venerar una estatua de la Virgen con el Niño, que estrechaba a una gallina entre sus brazos. Curiosamente, esta gallina fascinaba al halcón. Desde que estaban en Marsella, no pasaba un día sin que hiciese su pequeña peregrinación a la capilla, lo que hacía sonreír a Casiopea, que se decía: «No en vano es un halcón peregrino...».

En ese preciso momento, Conrado de Montferrat salió de Notre-Dame de la Galline. Sorprendida de encontrarle solo, Casiopea levantó una ceja al ver cómo el intrépido marqués, vestido con un grueso manto de piel de oso, descendía gallardamente por la calle principal y se acercaba luego por el muelle donde estaban

amarrados.

—¿No estáis con Josías? —le preguntó cuando hubo subido a bordo.

—¡No, por desgracia! —exclamó el marqués levantando las manos al cielo con aire desolado.

—¿Y cómo es eso? —inquirió Casiopea, inquieta.

—Ya conocéis a los reyes... Siempre parloteando: ¿hay que partir ahora, o dentro de seis meses? ¿Debemos partir juntos, o por separado? ¿Debemos partir por vía marítima, o por tierra? Debemos, debemos... Es el cuento de nunca acabar. Serían capaces de inventar «¿debemos?» hasta el día del Juicio Final. Mientras tanto, Jerusalén está en manos de los infieles, y Tiro podría caer también si no me apresuro a volver...

Sus dedos corrían por la escarcha de la borda de La Stella di Dio. Al marqués le hervía la sangre, porque siempre había sido un hombre más habituado a actuar que a contemporar. La prueba era que de todos los nobles presentes en Tierra Santa en el momento del desastre de Hattin, a resultas del cual Saladino se había apoderado de la Vera Cruz y había reconquistado Jerusalén, el único que se había desplazado a Roma y a todas las cortes de Europa para tratar de convencer a los poderosos de contraatacar había sido él, y ningún otro.

Casiopea sonrió al pensar en todas las concesiones que el marqués había ofrecido a los marseleses, a los pisanos y a los genoveses para ganarse sus favores. A cambio había obtenido el derecho de utilizar sus puertos y comerciar con ellos sin pagar tasas. Así, Tiro había podido salvarse del desastre económico de que habían sido víctimas las escasas ciudades francas establecidas en Tierra Santa que no pudieron ser conquistadas por Saladino. Con Montferrat, la cristiandad había encontrado tal vez a su nuevo rey de Jerusalén. Siempre, claro está, que su antiguo rey, Guido de Lusignan, responsable del drama de Hattin, no se aferrara al trono con uñas y dientes, creando así entre los francos una enojosa división y facilitando la labor de los sarracenos.

—Según mis informaciones —añadió Montferrat—, Josías se encuentra en un punto muerto. Es verdad que ha conseguido establecer lazos de amistad con el segundo hijo del rey Enrique II Plantagenet, el joven Ricardo, pero el viejo monarca no quiere abandonar sus territorios normandos mientras Felipe de Francia acampe junto a ellos...

—Y este último, ¿por qué no se mueve?

—Por las mismas razones. Es un asunto peliagudo. Nadie quiere partir el primero. De modo que se quedan los dos...

Las manos del marqués de Montferrat habían dejado de correr por la borda y ahora se apretaban la una contra la otra.

«Evidentemente —pensó Casiopea—, no es una situación que me satisfaga. Pero

comprendo que se anteponga el interés de las naciones a la liberación de mi padre... Sí, lo comprendo. Pero no puedo aceptarlo.»

—¿Eso significa que no partimos? —preguntó, ansiosa.

—¡Afortunadamente, no! —exclamó Montferrat—. Pero...

Su mano rebuscó bajo el manto y extrajo un pergamino con el sello de cera negra roto.

—Josías nos encarga una misión de la mayor importancia —prosiguió agitando el pergamino bajo la nariz de Casiopea.

—¿En qué consiste?

—Nos suplica que nos presentemos ante Su Santidad Clemente III e intercedamos por su padre, el capitán Tommaso Chefalitione, que se está muriendo en los calabozos del Vaticano.

—Comprendo su dolor.

—Que es aún mayor porque su padre fue encarcelado injustamente por un crimen del que es inocente... Por eso —prosiguió guardándose el pergamino bajo el manto—, si Su Santidad se niega a dejarle libre, tal vez sea preciso ayudarle a escapar.

Casiopea sonrió y reflexionó un instante. Por un lado, esta misión le haría perder un poco de tiempo, al obligarles a hacer escala en Roma; pero, por otro, realizarían una buena acción y prestarían un servicio a Josías de Tiro, uno de los mejores servidores de la cristiandad en Tierra Santa.

—Si Simón no tiene inconveniente, ayudaremos a Josías a liberar a su padre —respondió finalmente.

—De hecho —continuó el marqués de Montferrat, visiblemente incómodo—, Chefalitione no es exactamente su padre.

Casiopea levantó una ceja.

—Es más bien su padrastro... —aclaró el marqués.

—¡Y vos el rey de los negociadores! Pero decidme, el capitán Chefalitione ¿no es el verdadero propietario de La Stella di Dio? Creo que ya le conozco...

—Sí —respondió Montferrat—. Por ello, una vez liberado volverá a tomar el mando de su nave.

Casiopea recordó la primera ocasión en que había visto a Chefalitione. Había sido en el Krak de los Caballeros. Con Morgennes y el comendador de la fortaleza, Alexis de Beaujeu, el valiente capitán había tenido la idea de reemplazar los restos del conde Raimundo de Trípoli por la Vera Cruz para llevarla al Papa de incógnito. Por desgracia, una vez en Roma, al volver a abrir el ataúd, la santa reliquia había desaparecido. Había quedado reducida a polvo en el curso de la travesía... Chefalitione había sido arrojado a prisión por haberse mofado de la Iglesia y de Dios, cuando en realidad tendría que haber sido recompensado por haberse puesto a su servicio.

—Su suerte no es tan distinta de la de Morgennes —suspiró Casiopea.

—Si esa es vuestra opinión, creo que os debo toda la verdad —dijo Montferrat sonriendo—. Chefalitione no es exactamente el padrastro de Josías. O, al menos, no todavía. La madre de Josías y el capitán Chefalitione no tuvieron tiempo de casarse, a causa de su encierro en prisión. Pero quieren celebrar la boda lo más pronto posible. Como sabéis, ya no son tan jóvenes,

—Josías puede contar conmigo —dijo Casiopea con una sonrisa generosa.

Las manos del marqués de Montferrat parecieron aplaudir por sí solas.

—Sabía que no os mostraríais insensible al argumento de la boda, ¡sobre todo hoy!

Casiopea no comprendió su observación, y ya se disponía a interrogarle cuando le oyó gritar a la tripulación:

—¡Adelante, compañeros! ¡Levad anclas! ¡Partimos a liberar a vuestro antiguo capitán!

—¡Esperad! —gritó Casiopea, alarmada—. Simón bajó a tierra para buscaros. ¡No podemos irnos sin él!

¡Demasiado tarde! Los «¡eeeh, oh!», las carreras y los toques de silbato resonaban ya en todos los puentes. Como las piezas de una mecánica de precisión —de las que hacen mover los astrolabios—, los marinos se incorporaban a su tarea rítmica y velozmente. La nave, por sí sola, despertaba de su letargo invernal. Se hubiera dicho que estaba viva, impaciente por encontrarse en alta mar, por rozar la espuma y hendir las olas.

—Por fin —dijo Montferrat, sin tomar en cuenta el comentario de Casiopea—. Me estaba helando en este puerto. Necesitaba poner varios cientos de millas de distancia entre el invierno y yo... ¡Y recuperar el dulce calor de mi querida Tierra Santa, aunque en realidad no pasé más que un verano en ella!

El marqués sacó de debajo de su manto un paquete de tela negra entreverada de blanco y, al ver pasar a un grumete, le confió el fardo.

—¡Ízame esto en la verga mayor!

—¡A vuestras órdenes!

El mozo sujetó un cordaje, ató a él lo que resultó ser un pabellón negro adornado con una calavera, y lo izó a lo alto del mástil. El pabellón procedía de la torre de David, en Jerusalén, donde lo había hecho ondear su patriarca, Heraclio. Después de la caída de la ciudad, Balián II de Ibelín lo había recuperado para ofrecérselo a Conrado de Montferrat. «Esta bandera —le había dicho— es el símbolo de nuestra resistencia. No debe caer en manos de los musulmanes. ¡Jamás!»

Casiopea, por su parte, solo estaba preocupada por la vuelta de Simón.

—Simón, ¡vuelve! —gritó haciendo bocina con las manos.

Conrado de Montferrat apareció a su lado.

—Pero ¿dónde se ha metido? —le preguntó—. Estaba persuadido de que se hallaba con vos...

—Acabo de decíroslo —respondió Casiopea sin dejar de mirar en dirección al puerto—, salió en vuestra busca...

—Entonces, bajad rápido a ver si lo encontráis —dijo Montferrat levantándose el cuello del manto—. Os esperaremos el tiempo que haga falta.

Casiopea volvió hacia él los dos zafiros de su mirada.

—¡Gracias! —murmuró.

—No me lo agradezcáis, sé lo que sentís. Yo también he estado enamorado...

—¿Qué queréis decir?

Una fina sonrisa iluminó el rostro del marqués.

—Vamos, no me diréis que no os ha hablado esta mañana ¿verdad? —preguntó.

—Sí, claro...

—¡Ah, magnífico! Y le habréis dicho que sí, espero. ¿Puedo felicitaros?

El rostro del marqués irradiaba una alegría que pretendía ser contagiosa, pero que no tardó en esfumarse ante la expresión de extrañeza de Casiopea. Consciente de su equivocación, Conrado de Montferrat escondió la cabeza en su cuello de piel y se alejó, regañando por el camino al mozo que acababa de izar el pabellón de la calavera.

—¡Eh, tú, no te duermas! ¡Quiero ver este puente reluciente!

La silueta de Simón se dibujaba a lo lejos, y Casiopea le indicó con gestos que volviera. Mientras movía los brazos, se dijo: «De modo que era eso... Me ha pedido matrimonio. Perdón, Simón, por no haberte comprendido. Pero no puedo aceptar. Mi corazón está como atrapado en el hielo...».

Capítulo 4

Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.
Apocalipsis, XX, 14—15

Transcurrieron varios días en el curso de los cuales un viento glacial, cargado de copos de nieve, desterró a la panza de La Stella di Dio a todos aquellos cuya presencia no era necesaria para la marcha del barco. Para evitar a Simón, Casiopea no había vuelto a aparecer en el puente desde que habían partido de Marsella, con el pretexto de una imperiosa necesidad de reposo. Deliberadamente, había decidido establecer sus cuarteles en un minúsculo reducto situado bajo el castillo de popa, donde los crujidos del barco resonaban noche y día y con un techo tan bajo que casi siempre permanecía estirada en una hamaca tendida entre dos vigas. A sus pies, sobre un paquete de cuerdas, Rufino leía, con una vela encendida sobre la cabeza.

La candela se había consumido casi por completo, y la llamita empezaba a chamuscar los escasos cabellos que el antiguo obispo de Acre aún tenía en el cráneo.

—Humm..., humm... —dijo dirigiéndose a Casiopea—. Creeo que necesito una nueeeeva veela.

Casiopea bajó los ojos para mirarle. Desde que un sarraceno le había decapitado en la batalla de Hattin, Rufino se encontraba reducido a un estado de dependencia absoluta, forzado a solicitar la ayuda de otros para desplazarse o —como en el presente caso— para que le cambiaran la vela.

—Pooor no hablaaar de que la ceera me ha quemado las oreeejas —gruñó.

Casiopea tendió la mano y apagó la llama con las yemas de dos dedos, lo que dejó el habitáculo sumido en la oscuridad.

—¿Monseñor está satisfecho?

—¿Puedes volveer la página, pooor favor?

Casiopea soltó una risita.

—No me digas que vas a seguir leyendo.

—Si me encieeendes otra veela, sí. Lo que he leído hasta ahoora me ha gustado muuucho.

—¿De verdad?

—Sí. Es emocionaaante, vivaz. Las esceenas son originaaaales y están muuuy bien descritas. Tienes una graaan imaginación. Esto tiene alieeento. Se nota que verdaderamente aaamas a tu personaaje.

—Perceval.

—Yooo diría Morgeeennes.

Silencio.

Casiopea no respondió nada. Pero Rufino tenía razón: para ella, Morgennes y Perceval eran uno. Porque Perceval había sido inspirado por Morgennes, que había sido amigo de Chrétien de Troyes hacía muchos años. Ahora Chrétien de Troyes estaba muerto. Había entregado el alma sin haber tenido tiempo de acabar su Perceval o El cuento del Grial. Y también Morgennes estaba muerto. A menudo, Casiopea se preguntaba cómo podía continuar la obra de un narrador como Chrétien y qué fin podía dar a aquel a quien soñaba con salvar de los infiernos; es decir, a su propio padre.

Lanzó un suspiro.

—A veces tengo la impresión de que soy como mi padre, como Perceval —confesó—. Que voy en busca de lo imposible, de un Grial inaccesible.

—Tu paaadre sí encontró la Veera Cruz, que decían perdida para sieceempre.

—¡Lo que no impidió que acabara en el infierno! Pero, después de todo, tal vez estuviera escrito. «Encontrarás la Vera Cruz. Y luego irás al infierno.»

—Entoonces, quién sabe si no está escrito igualmeente en algún siiiitio: «Irás al infieerno. Y luego encontrarás a tu paaadre».

—Si no está escrito, ¡cuenta conmigo para hacerlo! —concluyó Casiopea sonriendo.

Cerró los ojos, y haciendo el vacío en su interior, se concentró en lo que le esperaba. Primero, el Vaticano. Luego, Tiro y Jerusalén. Y, finalmente, lo desconocido. ¿Dónde se encontraba el infierno? ¿Quién podría decírselo? Un sentimiento de angustia la invadió. Se sentía tan sola... Suerte que Simón estaba ahí.

—¿Pooor qué quieres salvaaar a Morgennes? —preguntó súbitamente Rufino.

—¿Cómo?! —exclamó ella—. ¿Me preguntas que por qué quiero salvar a mi padre? Pues, justamente, ¡porque es mi padre!

—¿Y eeso qué? Conooozco a muchas persoonas que no tienen ningunas gaaanas de salvar a su paaadre, y no soolo hablo por mí...

—Su padre no es Morgennes.

Rufino calló. Lo cierto era que la comprendía perfectamente. Lo que comprendía, sobre todo, era que Casiopea no soportaba la injusticia. Y había algo profundamente injusto en acabar en el infierno después de haber proporcionado a la cristiandad su reliquia más preciosa.

—Compreendo —murmuró—. Compreendo.

A quien no comprendía, en cambio, aquel contra quien también él tenía ganas de rebelarse, era a Dios. ¿Cómo era posible algo así? Un hombre renunciaba a lo que le era más querido —a su alma, a la estima de los suyos, al amor de su mujer— para lanzarse en busca de un simple pedazo de madera en el que tal vez incluso no creía; afrontaba pruebas terribles, superaba todos los obstáculos, ¿y Dios le castigaba? Y no solo Dios, ¡sino Roma y los monjes caballeros! Aquello era más que una injusticia;

era la prueba de que el mundo estaba desquiciado, de que la Creación estaba pervertida.

Solo un puñado de hombres habían creído en Morgennes. Y aún seguían creyendo en él. Rufino sintió ganas de llorar al pensarlo. Entonces recordó el manuscrito que había leído.

—Te acompañaré —dijo—. A donde vayas, iré, cualquiera que sea el precio por ello...

La voz obsesionante de Rufino se perdió entre el ruido de las olas, al que se superponían a intervalos los crujidos del casco y los gritos de alerta de la tripulación.

Entre esos gritos les pareció oír: «¡Roma!».

Se escucharon unos pasos que descendían por la escalerilla que conducía al reducto. Un fino rayo de luz se dibujó en el suelo, y luego llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Casiopea.

Apareció Simón, con un farol en la mano. Parecía incómodo.

—Perdonad que os moleste —murmuró—, pero llegamos a Roma...

—Gracias por avisarnos —dijo Casiopea bajando los ojos—. ¿Puedes prestarnos un poco de tu luz?

Simón le tendió su farol, y Casiopea lo acercó a los pergaminos sobre los que había empezado a escribir su Continuación y fin de Perceval y volvió la página que Rufino acababa de leer. Apareció una hoja tan virgen como María en el momento de recibir a Dios.

—Eso es todo —dijo.

—¿No haay más? —exclamó Rufino, disgustado.

—Por el momento, no —respondió ella con aire contrito.

—Ooh...

—Siempre podrás leer las numerosas Continuación y fin que los Manessier, Gerbert de Montreuil y otros continuadores de Chrétien de Troyes hayan decidido dar a la obra de mi padrino.

—Pero ¡es la tuuuya la que me interesa! Para mí, es la úuunica que cuenta.

—En ese caso tendrás que esperar.

—¿Esperaaar a qué?

—A que haya salvado a mi padre.

Capítulo 5

Noble y buen amigo, ¿quién osaría combatir solo contra el infierno?

Anónimo,

Continuación y fin de Perceval

Forzada a permanecer en medio del Tíber, a causa de su gran calado, La Stella di Dio enarbolaba orgullosamente su pabellón con la calavera y remontaba el río en dirección a Roma con todas las velas desplegadas. Las colinas y las llanuras que bordeaban el Tíber estaban cubiertas de una espesa coraza de nieve que brillaba bajo la luna. Luego, como surgida de un sueño, la capital autoproclamada del mundo apareció. Cúpulas bañadas de oro y plata centelleaban plácidamente en una vasta amalgama de ruinas y modernidad, mezcla de columnas, edificios y arcos medio derruidos. Restos de humo ascendían lascivamente hacia el cielo, estriándolo de profundos surcos grises.

—¡Roma! Cuando se llega por mar, la ciudad parece surgida de las aguas — comentó Simón, acodado en la proa del barco.

Casiopea asintió con la cabeza, y buscó con la mirada el Coliseo, y más allá, la basílica de San Pedro de Roma y las murallas de la ciudad leonina, mientras sostenía a Rufino en brazos para que pudiera contemplar el paisaje.

—Poor favor —le dijo el antiguo obispo de Acre—, manteeenme de cara al viento.

—A tu servicio —respondió Casiopea—. Pero ¿por qué?

—Quiero recordar qué se siente al tener un cueeerpo...

Casiopea accedió a su deseo y le colocó de modo que el viento le diera en la cara. Las pocas mechass de cabello de Rufino que no estaban recubiertas de cera se agitaron sobre su frente, aplastándose contra un lado y luego contra el otro, en un movimiento que recordaba al de la cola de un asno espantando a las moscas.

—Dioos mío, qué guuusto —suspiró Rufino—. Y pensar que en otro tiempo me encantaaba subir a lo alto del campanario de Acre para sentir el viento en el roostro...

Cerró los ojos y se abandonó al aire helado, que olía a nieve y a fuego de leña.

Por fin la colina de Letrán emergió de la bruma, no muy lejos del puerto de Ostia, donde pensaban atracar. Rufino lanzó un gruñido, y su aliento se transformó inmediatamente en bruma por el frío.

—Y pensar que hace soolo un mes recorriamos sus caalles —se lamentó—. A veeeces tengo la impresión de que aún estoy dando veeeltas por ahí...

Simón hurgó en la bolsa que llevaba a la cintura y sacó unas nueces que empezó a

aplastar entre sus dedos. Un poco más tarde, mientras el piloto hacía entrar a La Stella di Dio en el antepuerto, el marqués de Montferrat se acercó a ellos.

—¿Puedo preguntaros, noble y buen señor, cómo planeáis liberar a Chefalitione? —le preguntó Simón mientras cascaba una nuez.

—Conozco varios modos de actuar —declaró el marqués—. La vía diplomática. La vía de las armas, la de las monedas contantes y sonantes, la del chantaje y la de la astucia. En el caso que nos ocupa, la vía diplomática es preferible en un primer momento. Pero si esto no funciona, por desgracia no tendremos tiempo para recurrir a la del chantaje. Quedarán entonces la vía de las armas, la de la astucia y la del dinero.

—¿Y a cuál dais la preferencia?

—Generalmente, a la de la astucia; es menos onerosa, más elegante y, sobre todo, menos sucia.

—Muy bien.

—Salvo que...

Rufino, Casiopea y Simón volvieron los ojos hacia el marqués de Montferrat, que se rascaba la barba.

—Salvo que esta requiere igualmente tiempo, además de información. Y nosotros carecemos de ambos.

—Una lástima —dijo Simón.

—Sí, desde luego.

—De modo que solo nos quedan la vía de las armas y la del dinero —dijo Casiopea.

—Por desgracia, considerando el estado de nuestras finanzas, no iremos mucho más allá de este pequeño desembarcadero —dijo Montferrat mostrándoles un minúsculo espacio libre en uno de los extremos del puerto de Ostia—. Y aun será en chalupa...

—Creía que teníais en vuestras bodegas más oro y objetos preciosos de los que pueden ser menester para salvar Jerusalén —objetó Simón.

—Esos tesoros me fueron confiados por Balián II de Ibelín —declaró Montferrat con la mano en el pecho—. En agradecimiento por las tierras y los castillos de Provenza que Chefalitione le devolvió, después de haberlos recibido de él para conducir al arzobispo Josías de Tiro hasta Ferrara. Esas riquezas están expresa y únicamente destinadas a abrirme las puertas de Jerusalén, no las del Vaticano. No tengo ninguna gana de encontrarme solo frente a los demonios de Saladino, y me veré obligado a contratar a un gran número de mercenarios...

Casiopea recordó las dos bolsas de oro y de diamantes que le había entregado Saladino, y estaba a punto de ofrecérselas a Montferrat cuando Simón exclamó:

—Entonces, ¡renunciemos! Vayamos a Tiro, y luego vos podéis volver aquí sin nosotros.

—No tengo ganas de pasarme la vida atravesando el Mediterráneo —gruñó Montferrat—. Tengo una ciudad que gobernar, un reino que reconquistar y un pueblo que salvar. Por otra parte, ya hemos llegado. Voy a dar orden de que echen el ancla...

El marqués partió, y Casiopea se inclinó hacia Simón.

—No vamos a renunciar a rescatarle —le susurró al oído en tono helado—. No olvides el oro y los diamantes que Saladino nos ofreció para recompensarnos por haber salvado a su hijo.

—¿Debo recordarte que esas riquezas tienen que servirnos para salvar a tu padre?

—¿Quién te dice que el camino de su liberación no pasa por Chelatione?

Simón empezó a separar los pedacitos de nuez de los restos de cáscara sin dirigir ni una mirada a Casiopea. Que ella decidiera. Después de todo, era su padre...

—Habrá que utilizar la fuerza, pues —dijo de todos modos, echándose a la boca un primer pedacito de nuez—. Por mí no hay inconveniente.

Simón posó la mano libre sobre el pomo de su espada y paseó la mirada por la orilla nevada. Estaba atestada de pequeñas tabernas de donde llegaban clamores apagados, canciones de borrachos y luces cálidas; clamores, canciones y luces que Simón parecía desafiar con la mirada, cargada de animosidad.

—¿Por qué hay que empezar por liberar a un hombre de los calabozos del paraíso para sacar a otro de los infiernos? —suspiró mientras masticaba.

—¿Cuestión de equilibrio? —aventuró maliciosamente Casiopea.

Simón le dirigió tal mirada que creyó que iba a abalanzarse sobre ella para abrazarla o devorarla. Retrocedió un paso. Simón bajó los ojos. Le temblaban los labios.

«¿Debo decirle que lo sé? —se preguntó Casiopea—. ¿Es él quien debe volver a hablarme de matrimonio, o soy yo quien debe mencionarlo?»

Pero no tuvo tiempo de darle más vueltas a la cuestión: Simón acababa de lanzar a Rufino su último pedacito de nuez, que el obispo atrapó cual sapo zampándose un mosquito.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Casiopea—. Sabes que no tiene estómago. ¿Cómo quieres que lo digiera?

—Yo..., lo siento —masculló Simón.

Casiopea levantó a Rufino a la altura de sus ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Humm... Humm... —dijo el obispo, masticando su pedazo de nuez antes de tragarlo—. Sí, estooy bien...

Pero, como era previsible, el resultado no se hizo esperar. El obispo esbozó una mueca y empezó a carraspear. Como el fondo de su garganta estaba obstruido por una placa de metal, los pedazos no podían escapar de ella, y los picores que le provocaban a la altura de la glotis hicieron que se pusiera a toser como un condenado. Casiopea

no tuvo más remedio que ponerle boca abajo y sacudirlo vigorosamente.

Algunos restos de nueces cayeron sobre el puente del barco.

—¡No vuelvas a hacerlo nunca más! —le dijo a Simón, y giró sobre sus talones para dirigirse hacia la escalerita de cuerda que permitía acceder a la chalupa de La Stella di Dio.

Simón la siguió, provocando su cólera.

—¡Déjame ir sola con Montferrat! Serías capaz de hacer fracasar la operación...

Simón ya se disponía a responderle cuando el marqués de Montferrat se interpuso entre ambos.

—Muchachos, por favor —dijo posando la mano sobre el brazo de Simón—, no os peleéis. Tenemos tanto que hacer, hay tantos enemigos a los que combatir, que creo que es mejor que estemos unidos antes que divididos. ¿No os parece?

—¡A donde tú vayas, yo iré! —dijo Simón a Casiopea.

—Muy bien —replicó ella—. Pero prepárate, porque pienso ir lejos.

Capítulo 6

Diría que él es el gran maestro de la orden de los asesinos, de los criminales, él es su abad o su preósito; él es quien guía a todos los demás y está al acecho de nuestro oro y nuestra plata.

Chrétien de Troyes,
Guillermo de Inglaterra

Durante el corto trayecto en barca desde su nave al desembarcadero, Montferrat no dejó de jugar con un magnífico collar de oro, adornado con una cruz de piedras preciosas. «Incluso los goznes del Vaticano necesitan aceite para abrirse», explicó a Casiopea.

Pero a los dioses les importaban bien poco las riquezas terrenales. Porque si hubiesen favorecido a los ricos, hubiera bastado pagar para arrancar al diablo las almas que le habían sido confiadas, y los infiernos estarían vacíos. No, si los dioses tenían sed de algo, era de un tipo de divisa muy distinta, que Casiopea aún no había conseguido identificar.

El oro era bueno para los hombres.

Y el Papa, sin duda, podía considerarse uno de ellos. Porque al Jefe de la Iglesia, nuestro Hermano en Cristo, el Obispo de Roma, el Sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo, el Santísimo Padre, Su Santidad, el Soberano Pontífice y el Siervo de los Siervos de Dios, como le gustaba hacerse llamar, apreciaba tanto el dinero como los títulos y las mayúsculas.

Al modo de Caronte, el piloto de los infiernos que permitía a las almas de los muertos franquear la laguna Estigia a cambio de un óbolo, los papas autorizaban a los hombres y las mujeres que se pudrían en sus calabozos salir de ellos a cambio de una limosna. Y en este fin del siglo XII, esos brillantes cerebros habían realizado incluso un nuevo esfuerzo de imaginación y, no contentos con encerrar a los vivos, habían puesto a punto una nueva invención que permitía encerrar a los muertos, ya no entre cuatro tablas, sino en un lugar extraño, antecámara a la vez de los infiernos y del paraíso: el purgatorium.

Sin embargo, en la chalupa que les conducía al puerto, Casiopea se dijo que la Iglesia, al contrario que Caronte, probablemente no se contentaría con un óbolo. Y se preguntó si el collar de Montferrat bastaría.

Tras bajar al muelle, pasaron ante la larga hilera de tabernas que ejercían de exergo de la ciudad leonina y que estaban adornadas con la siguiente inscripción:

«Fortunatus vinum et cratera quod sitis bibe». O, dicho de otro modo: «Si tienes dinero, bebe; si no...».

—Un buen augurio de lo que nos espera —susurró Simón.

Paseó la mirada por las numerosas ventanas que se abrían a los muelles. Con sus grandes rombos de vidrio deslustrado, por donde salían vivos resplandores amarillos, parecían los ojos de una bestia feroz.

—Otras tantas trampas tendidas por el diablo en el camino del paraíso...

—Entonces no nos detengamos. ¡Adelante! —dijo Casiopea apretando el paso.

Después de subir por una avenida bordeada de estatuas de aire altivo revestidas con una capa de nieve, se acercaron al Vaticano propiamente dicho. Altas columnatas decoraban las fachadas de unos edificios tan grandes que no alcanzaban a ver sus remates.

Como minúsculas hormigas, avanzaron escuchando el eco de sus pasos bajo un peristilo que se extendía hasta perderse de vista, subieron varios tramos de escaleras y, finalmente, llamaron con el aldabón a una puerta de bronce tan gigantesca que parecía caída del paraíso.

Su celestial procedencia no le impidió, sin embargo, abrirse rechinando de un modo infernal, y luego se vieron obligados a declarar su identidad y a exponer, por primera vez, el objeto de su visita a dos guardias equipados con armaduras y cascos de hierro. Una vez autorizados a entrar, tuvieron que esperar pacientemente en una sala inmensa, bajo las miradas desdeñosas de numerosas estatuas de angelotes y de Adanes medio desnudos.

Montferrat no dejaba de jugar con nerviosamente con su magnífico collar de oro.

—Su Santidad no puede recibirnos —les anunció finalmente uno de los camareros de Clemente III—. Os ruega que me comuniquéis el objeto de vuestra visita.

—Desearíamos solicitarle que indulte a uno de vuestros prisioneros.

—El Vaticano no es una prisión, no tenemos prisioneros aquí —replicó el otro en tono indignado.

Simón y Casiopea intercambiaron una mirada y, al ver que Simón mantenía la mano sobre el pomo de su espada, Montferrat se apresuró a sacar el collar de la limosnera.

—En realidad, esta era solo la segunda razón de nuestra visita. He aquí la primera —dijo mostrando el collar—. Confiábamos en que Su Santidad aceptaría esta modesta ofrenda en agradecimiento por todos los presentes espirituales con que nos colma nuestra Santa Madre Iglesia y para ayudarla a proseguir su combate contra las fuerzas del Mal...

—Es, en efecto, una excelente razón, que me parece en todo sentido digna de Cristo —susurró el camarero tendiendo la mano hacia la cruz de piedras preciosas.

Pero Montferrat la alejó de él.

—Nuestra segunda razón se llama Chefalitione —añadió—. Dejadle salir y esta cruz le reemplazará —dijo agitando la joya bajo los ojos del prelado.

—¿Cuál es su nombre, decís? Me parece haberlo oído ya...

—Tommaso Chefalitione. Un capitán veneciano, un mercader, un marino.

El rostro del camarero adoptó una expresión compungida.

—Sí, sí, ya veo... Por desgracia, el Señor le ha llamado a su lado —dijo alzando las palmas hacia el cielo.

Casiopea se acercó al viejo camarero.

—¿Realmente ha muerto? Entonces, ¿por qué no se informó a Josías de Tiro? Su Santidad le había prometido liberar al capitán Chefalitione si conseguía convencer a los reyes de que partieran en cruzada. Si la noticia de la muerte del capitán llegara a oídos del arzobispo de Tiro, estoy segura de que ya no podría realizar la tarea que le había sido confiada...

—Entonces encargaríamos esa misión a algún otro. No son servidores lo que le falta al Siervo de los Siervos de Dios.

—Pero ¿cuánto tiempo necesitaríais para encontrarle un sustituto dotado de tantas cualidades? Y en estos momentos cada día cuenta...

El camarero reflexionó un instante.

—Esperadme aquí —dijo finalmente.

Y se marchó, subiendo con pesadez la inmensa escalinata de mármol que conducía a los aposentos del obispo de Roma.

—Vas a ocasionarnos problemas —dijo Simón a Casiopea, mientras observaba con nerviosismo a los alabarderos que caminaban arriba y abajo a su alrededor.

—Calla. ¿No ves que ha mentido? Chefalitione está vivo.

—Entonces, ¿por qué nos ha dicho que está muerto?

—Negocia —le explicó Montferrat—. Es un mercader.

Dos oraciones más tarde, el camarero volvió. Se frotaba las manos con aire abrumado, como si se doblara bajo el peso de una carga demasiado pesada para sus hombros rollizos.

—Su Santidad me ha encargado que os informe de que Chefalitione no estaba realmente muerto en el sentido literal del término —explicó—, sino en el sentido espiritual.

—¿Es decir? —preguntó Montferrat.

—Ha sido excomulgado.

—¿Y no hay nada que pueda hacerse? —inquirió Casiopea.

—Existe una posibilidad, sí... Pero para resucitarlo, espiritualmente, se entiende, se necesitarán indulgencias. Decir misas. Celebrar numerosos oficios. Quemar muchos cirios y bastoncillos de incienso...

—Eso debe de ser caro.

—Exacto. Y nuestra Santa Madre Iglesia...

—Está sin blanca, tan numerosos son los pobres de los que debe ocuparse.

—Comprendéis rápido y bien. Es un auténtico placer hablar de religión con vos.

—¿Cuánto?

—Doscientos mil besantes de oro.

Se quedaron con la boca abierta. Ni todo el oro y los diamantes que Saladino había dado a Casiopea alcanzarían para pagar semejante suma. Simón casi se atragantó del susto.

—¡Es el rescate de un rey! —exclamó.

—El de la Vera Cruz, en realidad —precisó el camarero, persignándose rápidamente—. De hecho, me ha parecido comprender que ese capitán Chefalitone estaba en tratos con, ¿cómo decirlo?, ese otro personaje que pretendidamente encontró la Santa Cruz.

—¿Morgennes?

—El u otro, he olvidado su nombre.

Durante un breve instante Casiopea se planteó —como Simón— tomar la vía de las armas. Pero enseguida recuperó la calma. Un baño de sangre no solucionaría sus problemas.

—Volveremos a veros —dijo Montferrat, invitando a sus amigos a retirarse.

El camarero de Clemente III les dirigió una amplia sonrisa e indicó con un gesto a los alabarderos que les acompañaran fuera.

Cuando salieron, llovía a cántaros. Tuvieron que refugiarse bajo una estatua ecuestre que representaba a un caballo encabritado y a su jinete. Allí recuperaron el aliento, como si la atmósfera en Letrán fuera tan malsana que hubieran estado conteniendo la respiración.

—Creo que habrá que utilizar la fuerza —dijo Simón.

—No —se opuso Montferrat—. Ya se ha derramado demasiada sangre. Pagaré lo que piden.

Capítulo 7

Antes tendrás que ofrecer un sacrificio al rey de los infiernos.

Anónimo,
El libro de Eneas

Y así fue como, después de laudes, un Montferrat blanco como la harina propuso al camarero de Su Santidad entregar su tesoro de guerra a cambio de Chefalitione.

La escena se desarrolló a bordo de La Stella di Dio, concretamente en la cabina del capitán. En torno a una mesa, el prelado había debatido con Montferrat, en el transcurso de varias jarras de vino, tanto sobre guerra y religión como sobre el invierno o el poco interés que mostraban los reyes de Francia y de Inglaterra por partir en cruzada.

Finalmente, después de vaciar la última botella de vino, los dos negociadores llegaron a un acuerdo.

—Acepto —dijo un Montferrat anormalmente pálido, a pesar de la cantidad de vino engullido—. Solo os pido que comunicéis a Su Santidad a qué uso estaba destinado este dinero.

—No temáis —replicó el camarero de Clemente III—. El Santísimo Padre me ha encargado que os tranquilice con respecto a este punto. ¡Gracias a este oro, financiaremos batallones de guerreros santos y reconquistaremos Jerusalén!

Desde luego, Montferrat no le creyó, pero se guardó bien de decirlo. El marqués acompañó a su visitante de vuelta a la bonita chalupa —adornada con un dosel decorado con finos bordados que representaban las armas del papado— que esperaba contra el flanco de La Stella di Dio, y exhaló el suspiro más triste que había lanzado nunca mientras le veía partir hacia el puerto de Ostia.

—¡Doscientos mil besantes de oro! Y decir que por esta fortuna solo salvamos a...

—A un hombre —dijo Casiopea acercándose a él.

—¿Qué hombre puede valer semejante suma?

Casiopea esbozó una sonrisa:

—Ahora la vale —replicó.

—Pues sin duda es el hombre más caro del mundo. Y pronto subirá a su barco...

—Y volverá a asumir el mando.

—Lo he perdido todo.

—No.

Casiopea le asió por los hombros y le besó en la mejilla.

—¡Estoy orgullosa de vos!

Montferrat meneó la cabeza, preguntándose si no acababa de cometer la mayor estupidez de su vida.

—Estoy arruinado.

—De ningún modo. ¿Por qué no consideráis más bien que ese oro no os pertenecía? De alguna manera puede decirse que ha vuelto al hombre que lo había recibido en primer lugar de manos de Balián II de Ibelín. Tal vez su destino fuera salvar a Chefalitone. Y no liberar Tierra Santa...

Casiopea apenas había terminado de hablar cuando una sacudida hizo estremecerse a La Stella di Dio. Montferrat se inclinó sobre la borda y vio cómo la línea de flotación de la nave iba subiendo a medida que la guardia papal iba extrayendo de ella sus tesoros. Cada vez que una caja pasaba de las bodegas de La Stella di Dio a una de las barcas del papado, la nave tenía como un hipo, como si fuera un enfermo que sufría de indigestión y devolvía el exceso de vituallas engullidas.

—Ya podéis ver —comentó Casiopea— lo bien que le sienta vuestro acuerdo a La Stella di Dio. ¿No os parece que se siente más feliz de verse así aligerada?

—Puede —murmuró Montferrat, que estaba cada vez más pálido.

—¿Quién sabe si no nos habrían abordado y hundido unos piratas si hubiéramos guardado el oro en el fondo de sus bodegas?

—Quizá tengáis razón.

—Y pensad que el Papa, al contrario, se hunde hacia los infiernos...

El marqués esbozó una media sonrisa, esforzándose en poner a mal tiempo buena cara, y luego se persignó rápidamente.

—Dios es testigo de que no hago esto contra Él, sino por Él —dijo.

—Dios es amor —replicó Casiopea—. Pensad en la alegría de Fenicia, la madre de Josías, cuando vuelva a encontrarse con su capitán.

—Lo que llega a hacerse por amor...

Cuando la última chalupa del papado hubo partido, protegida por una generosa escolta, una barquita abandonó el puerto de Ostia con dos remeros a bordo y algo vagamente humano entre ellos. Pero ¿era realmente una persona? Eso se preguntaban Montferrat y Casiopea mientras la barca emergía de la bruma. Finalmente, cuando se hubo acercado un poco, Casiopea pudo reconocer al hombre con quien se había cruzado brevemente en otro tiempo en el Krak de los Caballeros: el intrépido capitán Tommaso Chefalitone.

Parecía que el capitán hubiera envejecido toda una vida. El arrojado y fuerte marino había quedado reducido al estado de un muñeco, como esos juguetes hechos de trapos y paja que se dan a los niños para que dejen de berrear. «Debe de ser un efecto producido por la distancia y la niebla», se dijo Casiopea. Pero no. La barca seguía acercándose, y la sombra de hombre seguía siendo una sombra de hombre.

Como una ramita revestida de un fantasmagórico follaje o una yema reseca por una helada tardía, el capitán era un esbozo, una aproximación de ser humano. Una barba enmarañada se perdía sobre su pecho estrecho, y sus ojos —dos minúsculas bolas negras— parecían perdidos en el infinito.

Cuando la pequeña barca topó finalmente contra el flanco de La Stella di Dio, fue necesaria la ayuda de los remeros y de dos hombres de la tripulación para subir a Chefalitione a bordo.

—Capitán, estáis en vuestra casa —dijo el marqués de Montferrat mostrándole los puentes del barco.

No hubo respuesta, solo el chirrido de los remos de la barca que regresaba a puerto.

—Os conduciré a vuestros cuarteles...

Mientras Montferrat cogía al capitán del brazo y lo conducía hacia la popa, Simón se acercó a Casiopea.

—¿Estás segura de que realmente es Chefalitione? —le preguntó—. Yo no le reconozco.

Hubo un instante de silencio.

—Dale tiempo —respondió finalmente Casiopea—. Hace meses que el sol no ha sido para él más que una palabra de la que se ha borrado incluso el recuerdo...

—Tiempo —refunfuñó Simón—. Siempre el tiempo... ¿Por qué no salta de alegría? Le ha costado una fortuna a Montferrat, y no es más que una piltrafa humana. Me extrañaría mucho que la madre de Josías se alegrara de verlo.

Casiopea miró a Simón directamente a los ojos.

—¿Y si me hubiera ocurrido a mí? ¿No te gustaría saberme libre, aun con la salud estragada, antes que agonizando en los calabozos del Vaticano?

—¡Yo nunca hubiera permitido que te encarcelaran!

—¿Crees que Fenicia o Josías tuvieron elección?

—Siempre se tiene elección.

—¿Así que tú elegiste dejar caer a mi padre en el infierno?

—A tu padre, no. ¡Al mío, sí! —replicó rabiosamente Simón, girando sobre sus talones.

Casiopea lo observó mientras se alejaba para echar una mano a los marineros, que levaban anclas y hacían girar los timones para volver a descender por el Tíber hacia el Mediterráneo.

Capítulo 8

Pedro Damián dice también que san Odilón descubrió que junto al volcán de Sicilia a menudo se oían las voces y los aullidos de los demonios que se lamentaban de que las almas de los difuntos les fueran arrancadas de las manos por las limosnas y las plegarias.

Jacobo de la Vorágine,
La leyenda dorada

A pesar de todo, Casiopea estaba segura de que habían tomado la decisión correcta. Arrancar a Chefalitone de los calabozos papales era tal vez la primera de las numerosas pruebas que tendría que superar para salvar a su padre. ¿Acaso al sacrificar su tesoro de guerra, Montferrat no había obedecido a Jesús? ¿No decía este: «Felices los pobres, porque suyo será el reino de los cielos»? ¿No había explicado muchas veces que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara en el paraíso?

Con los brazos cruzados sobre el pecho, de cara al viento marino y a la oscuridad de la noche, Casiopea tenía ganas de reír. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía llena de alegría; un fuego le calentaba el pecho.

El viento soplaba con fuerza y las salpicaduras de las olas barrían los puentes, pero Casiopea no se preocupaba por ello. Se sentía colmada. Tenía deseos de dar gracias al mar y de abrazar al viento. De dejarse azotar por las frías aguas que se estrellaban contra La Stella di Dio. Sentía ganas de gritar, de dar gracias a Dios. ¡Encontraría a su padre! Estaba convencida. No sabía dónde ni cuándo, pero sabía que le encontraría y que podrían abrazarse y hablarse. Luego retomaría la redacción de su Continuación y fin de Perceval, para plasmar en ella la historia del mejor caballero del mundo.

De pronto se le ocurrió que Chefalitone podía necesitarla, así que abandonó el puente principal y se dirigió hacia la popa del barco, donde se encontraba la cabina del capitán.

Después de haber llamado a la puerta sin recibir respuesta, ya se disponía a irse cuando una voz débil inquirió:

—¿Quién va?

—Soy yo, Casiopea. Nos conocimos en...

—Me acuerdo muy bien de vos —susurró Chefalitone—. Pasad, por favor.

Casiopea abrió la puerta y entró en una cabina atiborrada de libros, portulanos e instrumentos de navegación: astrolabio marino, esferas armilares... En una alcoba, en una cama individual, descansaba Chefalitone. Parecía encontrarse algo mejor, pero

todavía era incapaz de levantarse solo.

—¿Cómo os sentís? —preguntó Casiopea tomándole la mano.

—Mejor, gracias a vos —susurró Chefalitione.

Estaba tan cansado que se le cerraban los ojos sin que pudiera evitarlo.

—Deberíais agradecerse sobre todo al marqués de Montferrat. Fue él quien pagó vuestro rescate.

—No dejaré de hacerlo... —dijo el capitán cerrando los ojos del todo.

Se había dormido. Casiopea le miró. Con la cabeza apoyada sobre la almohada, parecía un niño. A pesar de su barba y sus largos cabellos grises, su rostro tenía algo de ingenuo.

Los días siguientes, mientras navegaban a lo largo de la costa de Italia, Casiopea adquirió la costumbre de llevarle un cuenco de sopa y algo de pan. Cuando se dormía, agotado, ella permanecía a su lado. Una mañana, un marinero le dijo que el capitán se encontraba mejor y deseaba hablar con ella. «Quiere daros las gracias por haber velado por él.»

Casiopea le encontró sentado en su cama comiendo, rodeado de pergaminos. Eran cartas marinas.

—Capitán...

Chefalitione miró a Casiopea con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Sabíais que esta nave se llamaba simplemente La Stella en otro tiempo? —le preguntó.

—Sí. Es realmente magnífica.

—¿Os habéis fijado en lo bien aparejada que está? ¿Sabéis con cuántos timones cuenta?

—Con tres.

—Al menos os habéis fijado en ello. Pero eso no es todo...

Casiopea se sentía feliz de ver que se encontraba mejor. Al hablar de su nave, Chefalitione parecía revivir. Una llamita se encendía en el fondo de sus ojos y sus manos se ponían a bailar. El capitán apartó una de sus mantas.

—¡Estoy faltando a todos mis deberes! —dijo a Casiopea—. En tanto que capitán, debo mostraros el barco.

—Deberíais descansar...

—¡Pamplinas!

Antes de que Casiopea tuviera tiempo de ofrecerle su ayuda, el capitán ya se había incorporado para ponerse, por encima del camisón, unas calzas de tela gruesa y calzarse luego unas grandes botas de marino.

—¡No deberíais levantaros!

Pero Chefalitione no la escuchaba, concentrado en vestirse para regresar a su barco y a su puesto de capitán.

—¡Estoy de vuelta! —exclamó.

Por sorprendente que pareciera, Tommaso Chefalitone volvía a tomar forma humana. Como si, al modo de Anteo, que recuperaba fuerzas cuando tocaba la tierra, renaciera cuando estaba a bordo de La Stella di Dio.

—Esta nave tiene un alma, ¿sabéis?

Rozó una de las paredes de su cabina, y La Stella di Dio emitió un crujido sordo, como reaccionando a su caricia.

—Dirigía mis oraciones a María —prosiguió a media voz—. Le pedía, no que me salvara a mí, sino que salvara a mi querida Fenicia.

—Pronto volveréis a verla y podréis casaros.

El capitán sacudió la cabeza.

—No, no enseguida...

Chefalitone se sentía en deuda con ella y con el marqués de Montferrat, que le había contado la historia de Casiopea.

—Es verdad —explicó— que he recuperado mi barco y su tripulación; pero debo conducirlos a buen puerto y luego hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarlos en vuestras respectivas misiones. Vos, la de salvar a vuestro padre, y el marqués, la de salvar a Tierra Santa de las hordas de Saladino. En cuanto sea posible, enviaré un correo a Fenicia para avisarla. Pero, por el momento, vamos rumbo a Tiro... ¿A menos que preferáis desembarcar antes?

—¿Desembarcar antes? ¿Por qué razón?

El capitán esbozó una sonrisa enigmática y respondió como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Pues para ir a los infiernos...

Después de cubrirse con un jubón, mostró a Casiopea las numerosas cartas marinas que se apilaban sobre su cama y su escritorio.

—¡Ahí tengo todo el Mediterráneo y todos los ríos que fluyen en la superficie y bajo la tierra! Todo lo que puede navegarse está representado en una u otra de estas cartas, heredadas de una colección iniciada por mi augusto antepasado, el incomparable poeta Virgilio. ¡Esta es mi pasión! ¿Os he dicho que coleccionaba portulanos? ¿Astrolabios? ¿Clepsidras? ¿Todo lo que puede ayudar a situarse en el espacio y el tiempo?

Sin darle apenas tiempo a responder, Chefalitone continuó:

—Comprenderéis, pues, cuan grande fue mi angustia al verme privado de ellos en los calabozos del Vaticano. Ya no sabía ni dónde estaba ni qué día era; había perdido el sentido de la orientación a causa de la oscuridad permanente en que me encontraba sumido.

Clavando en ella dos ojos inyectados en sangre, el capitán prosiguió:

—Con La Stella di Dio, sueño con dar la vuelta al globo. ¡Una hazaña que nadie

ha realizado hasta ahora! ¡Surcarlo a lo largo y a lo ancho, en todas direcciones y bajo todas las latitudes!

Sus ojos relampagueaban, revivía. Con el corazón palpitante de emoción, Casiopea le vio revolver en su montaña de cartas marinas en busca de un documento. Finalmente extrajo de debajo de una pila de manuscritos un pergamino enrollado. A juzgar por su aspecto, era muy antiguo. Unas manchas marronosas lo hacían casi ilegible, pero colocándolo ante la lámpara que ardía en el techo de su cabina, Chefalitione hizo aparecer sobre él nueve lúgubres puntos negros del tamaño de una uña.

—Tanto si lo creéis como si no, este es el mapa de los infiernos. O mejor dicho, de las puertas del infierno...

El capitán lo tendió a Casiopea y volvió a concentrarse en el examen de sus documentos hasta que encontró un nuevo pergamino.

—Y este es el del reino de las Sombras —dijo mostrándoselo—. Ved cómo pueden distinguirse en él las tres principales regiones infernales: el Erebo, el Tártaro y los Campos Elíseos...

Casiopea vio tres zonas coloreadas de naranja y de rojo recorridas por venas que parecían ríos. Acercó el dedo para tocarlo, pero lo apartó enseguida por miedo a dañarlo.

—¡No temáis! —le dijo Chefalitione—. ¡Este mapa ha pasado por pruebas más duras!

Y para probárselo, lo acercó a la lámpara y llegó incluso a ponerlo en contacto con la llama. Casiopea creyó que el pergamino iba a arder, pero no ocurrió nada. Al contrario, parecía agradecerle el contacto con el fuego.

—Observad cómo reacciona al calor... —dijo el capitán.

Ante los ojos sorprendidos de Casiopea, las líneas se pusieron a brillar y adoptaron un bonito tono pardo con reflejos dorados.

—Son los cinco ríos del infierno. Separan el reino de las Sombras del de los vivos. Mejor que los barrotes de una prisión, impiden que los muertos vuelvan a la tierra.

Con la punta del índice acarició uno de los ríos que serpenteaban por el mapa.

—El Aqueronte, llamado también «río de la Aflicción». Es el primer río de los infiernos, el que Caronte ayuda a atravesar si el viajero tiene con qué pagar.

—¿Y si no?

—Si no, errará por sus orillas eternamente. Luego está el Corito, el «río de los Lamentos». Se dice que sus aguas están formadas por las lágrimas de los ladrones y los asesinos, por el llanto de los malvados.

Casiopea tragó saliva, mirando el mapa con los ojos muy abiertos.

—Y este es el Flegetonte —prosiguió Chefalitione mostrándole un trazo rutilante

—. Un afluente del Aqueronte. Se dice que es un río de llamas y que su fuente se encuentra en la región de Nápoles, en los Campos Flégreos.

—¿Nápoles? Eso está muy cerca de aquí...

Chefalitione levantó los ojos de su mapa y miró a Casiopea.

—Está a solo dos días de navegación. Y si estos mapas son correctos, llegaríais al infierno directamente, sin necesidad de pasar por el Pozo de las Almas. ¡Lo que os ahorraría varios meses de viaje!

El rostro de Chefalitione se ensombreció.

—Sin embargo, debo ponerlos en guardia —añadió el capitán—. Si conseguís llegar a los infiernos, prometedme que nunca os acercaréis a este río...

Le mostró con el dedo uno de los cinco ríos que surcaban la carta.

—¿Es el Estigia?

—No. El Leteo. El río del olvido, en el que los muertos están obligados a beber para olvidar su vida pasada. Si por desgracia bebieseis en él, ¡os condenaríais a errar por los infiernos por toda la eternidad!

—Os prometo que me mantendré apartada de ese río —dijo Casiopea—. Pero habládme un poco más de esos Campos Flégreos.

Chefalitione inclinó la cabeza con aire docto.

—Si hay que creer a mi antepasado Virgilio, cuyos relatos arrullaron mi infancia, dos de las nueve puertas de los infiernos se encuentran en ellos; aunque, como decía el poeta, «todos los caminos conducen al infierno». Estas puertas estarían situadas en la Campania, en las inmediaciones del Vesubio. Y una de ellas se encontraría muy cerca del Averno, en los pantanos del Aqueronte...

—¿El Averno? ¿No es ese lago al fondo del cual descendió Eneas, guiado por la sibila de Cumas, para ir en busca de su padre a los infiernos?

—Sí. Pero este paso es impracticable, dada la imposibilidad de respirar bajo el agua. De modo que deberemos buscar en otra parte, concretamente cerca de los volcanes. No por nada los italianos los llaman las «citas del Diablo» o las «bocas de los Infiernos». Sin duda recogieron estas informaciones de los antiguos griegos, que por su parte situaban la entrada del reino de Hades al sur de las llanuras del Peloponeso, en una gruta de la zona del Ténaro... Por ella descendieron a los infiernos Heracles y Orfeo; uno para traer al Cerbero, y el otro la dríada de la que estaba enamorado.

Casiopea conocía perfectamente esa historia por haberla leído y releído en la biblioteca de la abadía donde había pasado su infancia. Eurídice era una ninfa protectora de los árboles de la que Orfeo, un gran poeta y un gran músico, estaba locamente enamorado. Cuando Eurídice murió, de una mordedura de serpiente, Orfeo se dirigió a los infiernos para arrancarla de ellos. Una vez llegado al reino de las Sombras, tocó su lira para seducir a Caronte, y luego a Cerbero, y conseguir que le

autorizaran a pasar. Cuando llegó ante Hades y Perséfone, los señores de esos lugares, volvió a tocar, y una vez más obtuvo de ellos lo que quería, que le permitieran llevar a Eurídice al mundo de los vivos...

—Por desgracia —explicó Casiopea—, cuando la luz del día iluminó el túnel por el que ascendían, Orfeo se volvió hacia Eurídice para ver si le seguía...

—Lo que le había prohibido terminantemente Perséfone.

—Apenas tuvo tiempo de entrever su rostro, y ya había vuelto a convertirse en sombra y se encontraba de nuevo prisionera en los infiernos, para siempre jamás.

Callaron, meditando sobre el sentido de esa historia.

—Venid —dijo Chefalitione al cabo de un momento—. Lo prometido es deuda; ¡os llevaré a visitar mi nave!

Casiopea ofreció su brazo al capitán, que se sujetó a él. A pesar de encontrarse de nuevo en su nave, aún no se sentía con fuerzas para volver a tomar el mando y recorrer los puentes sin ayuda.

La bandera con la calavera chasqueaba al viento del atardecer como unos dientes castañeteando. Los marineros se afanaban a babor y a estribor, y todos redoblaron sus esfuerzos cuando su capitán apareció del brazo de Casiopea. Se escucharon pitidos y se lanzaron órdenes. Los hombres se erguían, hinchaban el pecho, y parecía que incluso La Stella di Dio hendía la espuma con renovado ardor.

—Se necesitan una docena de anclas para inmovilizarlo —dijo Chefalitione sonriendo—. Es como un gigante que quiere seguir siempre adelante sin detenerse nunca. Y si llega a faltar el viento, una treintena de remos pueden suplirlo.

El capitán dio unos pasos por el puente principal, con los ojos brillantes, y se acercó al mástil.

—Solo tiene uno —dijo posando la mano sobre él—. Pero lleva dos velas. Si una de ellas se desgarran, tenemos todo lo necesario para volver a coserlas o, en el peor de los casos, reemplazarlas. Por otra parte, en este barco todo se ha previsto por duplicado, a excepción del mástil y la chalupa. Fijaos en estos cordajes, por ejemplo —dijo señalándole las leguas de cuerda que corrían por la cubierta de La Stella di Dio—. Tenemos de todos los tipos, en triple cantidad.

El capitán parecía un padre presumiendo de las cualidades de sus hijos.

—No me había fijado —reconoció Casiopea.

—No me sorprende demasiado. Nadie puede verla como yo. Soy a la vez su capitán, su padre y su hijo. Se lo debo todo. He navegado tanto en ella... ¿Cuántos años hemos pasado juntos? Más de veinte, seguro. ¿Sabéis que supervisé personalmente la forma en que fue concebida, diseñada? Después de haberla soñado, la vi nacer en mi arsenal veneciano. Su construcción ocupó a los mejores maestros de aja durante más de tres años. Luego yo mismo recluté y formé al piloto encargado de

hacerla navegar, y elegí a su tripulación; rechacé a cerca de mil marineros por los quince que contraté.

Casiopea miraba a Chefalitione, con la mano apoyada sobre el mástil de La Stella di Dio, y de repente comprendió por qué Fenicia se había enamorado de él. Era un hombre apasionado al que su pasión hacía magnífico. Navegar, comerciar, intercambiar. Hacer negocios, ciertamente, enriquecerse, llenar sus cofres con más tesoros de los que podría gastar en toda su vida, acumular en sus estanterías las cartas de más mares de los que nunca podría llegar a surcar; pero consagrado ahora a hacer la felicidad de aquella a la que amaba —Fenicia— y de sus nuevos amigos, el marqués de Montferrat y ella misma.

—Venid —dijo Chefalitione—. Os mostraré las bodegas.

Casiopea le siguió hasta la gran reja que conducía a las profundidades del navío, donde se habían apilado los numerosos tesoros donados por Balián II de Ibelín.

—La cala está dividida en diferentes compartimientos —explicó mientras le abría las rejas—. Algunos de ellos están destinados a albergar a una cuarentena de caballos y todo lo necesario para equipar a sus caballeros. Están repartidos a lo largo de los flancos del barco, para no desequilibrarlo. También pueden encontrar alojamiento aquí una cuarentena de soldados y una quincena de marineros, aunque se está bastante estrecho...

Avanzó por la pendiente que descendía hasta el primer nivel de las bodegas.

—Ahí tienen sus cuarteles. ¿No notáis este olor a cuadra?

Casiopea olfateó el aire y percibió en torno a ella un olor a paja y estiércol de caballo.

—Ya me había fijado al pasear por el puente ciertos días de mar calma.

En medio de una crujía, apenas iluminada por la luz de las estrellas, una abertura conducía a otras bodegas más profundas.

—Abajo es mucho más húmedo —dijo Chefalitione—. Y también más oscuro. Generalmente ahí se deposita el material de repuesto y la comida para los caballos y los hombres.

El capitán se volvió hacia Casiopea.

—Hay existencias suficientes para alimentarlos un año entero —añadió—, y bastante agua para aguantar dos meses. De modo que si uno se reabastece...

Murmuró algunas frases para sí, sobre islas y fuentes de agua fresca, palabras que Casiopea no comprendió pero que probablemente evocaban recuerdos o proyectos de viajes increíbles.

Sin duda era un Simbad el Marino italiano.

Cuando volvieron a salir al puente principal, Chefalitione fue a ver al marqués de Montferrat.

—Mi señor, si lo permitís —le dijo—, me gustaría dirigirme al piloto.

—Vos sois el capitán —replicó Montferrat inclinándose ligeramente—. ¿Qué queréis decirle?

—Que continúe navegando a lo largo de la costa italiana. Quisiéramos ir a Nápoles, donde Casiopea tiene un volcán que explorar.

Capítulo 9

En el fondo del precipicio vio un terrible dragón que arrojaba fuego y que, con las fauces abiertas, esperaba a devorarlo.

Jacobo de la Vorágine,

La leyenda dorada

De noche, los faros guían a los navíos hasta el puerto. Durante el día, los pilotos recurren a las costas o al sol. Pero existen algunos faros naturales que ayudan a los barcos también durante el día. Estos faros, o mejor dicho, estos faros invertidos, son los volcanes. Cuando una erupción se prepara, un largo penacho de humo se eleva en el cielo, indicando que es preferible mantenerse a distancia de la costa si uno no quiere arriesgarse a recibir una lluvia de piedras o cenizas. Afortunadamente, las erupciones son poco frecuentes.

Sin embargo, en esa mañana oscura de enero, Chefalitione se sentía inquieto.

—Esto no presagia nada bueno —dijo contemplando la densa acumulación nubosa roja y negra que se extendía por encima de Nápoles.

El vientre de las nubes reflejaba la cólera del Vesubio. Reflejos escarlata nacían súbitamente en él mientras la tierra retumbaba, y luego una corta lluvia de gotas incandescentes caía sobre la orilla o sobre el mar, donde se transformaba en cenizas y en vapor de agua.

—Los antiguos dioses no quieren saber nada de nosotros —murmuró el capitán Chefalitione.

—Tengo la impresión de oír la forja de Hefesto repicando en el fondo de las entrañas del Vesubio —comentó Montferrat.

—La foorja se encuentra en el Eeetna —le corrigió Rufino en tono severo.

—¡Y eso qué importa!

Casiopea no les escuchaba. Fascinada, contemplaba los arrabales de Nápoles, bordeados de colinas grisáceas. Tejados de piedras amarillas cubrían las casas de los habitantes de la región, que cultivaban viñas plantadas al borde del Vesubio, viñas que daban un vino célebre en el mundo entero: el Lacryma Christi.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó el piloto de La Stella di Dio—. ¿Seguimos rumbo a Nápoles, o nos desviamos para mantenernos a resguardo?

Chefalitione se volvió hacia Casiopea.

—¿Qué opináis vos?

—Opino —respondió Casiopea— que no correríamos un gran riesgo si nos acercáramos un poco.

—Justameente contemplando el Vesuuubio de lejos, Pliiinio el Viejo perdió la

viuda —señaló Rufino.

—Pues yo estoy de acuerdo con Casiopea —dijo Simón—. No tenemos por qué tener miedo de unos haces de chispas y de dos o tres nubes. Acerquémonos, o bien alejémonos rápidamente. En cualquier caso, no hay tiempo que perder.

—Rumbo el este —dijo simplemente Chefalitione al piloto.

Después de navegar durante un rato a lo largo de la costa, salpicada de embarcaciones a bordo de las cuales se habían refugiado los habitantes del golfo de Nápoles, se encontraron bajo una densa cubierta nubosa, estriada de franjas de humo amarillas y negras.

Al ver que seguían acercándose, un hombre les gritó desde un pequeño barco de pesca con el puente totalmente cubierto de niños y mujeres vestidas de negro.

—¡Estáis locos!

Pasaron de largo sin responderle, sabiendo que tenía razón.

Al cabo de solo un cuarto de hora de navegación, pudieron distinguir la vegetación que crecía junto a la orilla. En su mayor parte había permanecido intacta, aunque algunas zonas habían quedado reducidas a cenizas en los inicios de la erupción y en dos o tres puntos, como si fueran faroles que señalaban el peligro, la maleza aún seguía ardiendo.

—Huele a azufre —afirmó Casiopea.

—La boca de los infiernos —comentó Chefalitione—. Se ha abierto. ¿Aún seguís queriendo desembarcar?

—Sí.

—Muy bien. Pero para encontrarle, debemos permanecer vivos, ¿no es verdad?

Casiopea sonrió.

—Acerquémonos a una distancia razonable —propuso—. No quiero ponerlos en peligro. Ya habéis perdido bastante.

—Unos centenares de miles de besantes de oro —precisó el marqués de Montferrat—. Lo suficiente para equipar a todo un ejército...

—Dejadme desembarcar y luego partid. Me las arreglaré sola.

—¡De ningún modo! —gritaron al unísono Chefalitione y Montferrat.

—¡A donde tú vayas, yo iré! —insistió Simón.

—Coomo tú quieeras —susurró Rufino.

Finalmente, el marqués entrelazó las manos de Casiopea en las suyas y le dijo:

—Si por desgracia tuviéramos que huir a causa de una violenta erupción, no me perdonaría nunca haberos abandonado en este infierno.

Ella guardó silencio un momento; luego le dio las gracias y respondió:

—Vos sois el rey que Tierra Santa necesita. Debéis permanecer con vida.

Montferrat le soltó las manos, y entonces Casiopea se volvió hacia Chefalitione.

—En cuanto a vos —dijo—, Fenicia no nos perdonaría nunca que os hubiéramos sacado de los calabozos del Vaticano para haceros morir en las laderas del Vesubio. Quedaos con vuestros hombres. Os necesitan. Y Montferrat, también.

El capitán asintió con la cabeza sin decir palabra.

—Yo te acompaño —dijo simplemente Simón cuando Casiopea le miró.

—Gracias —musitó ella.

El barco surcaba las aguas negras del golfo de Nápoles, sobre el que surgía, rugiendo y humeando a la vez, la cima del Vesubio. En esta estación debería estar cubierta de nieve; pero, a juzgar por su tono terroso, parecía haber perdido su capuchón. Probablemente a causa de la erupción que se preparaba.

—Percibe que llegamos —dijo Casiopea sin perder de vista a su halcón.

El ave volaba por encima del volcán, cuyas dos cumbres dominaban una bahía festoneada de olivares, viñas y barracas abandonadas.

—Nuestro próximo adversario —murmuró Simón sujetando la empuñadura de su espada.

Casiopea no pudo evitar una sonrisa. «No se hace frente a un volcán con una espada», pensó, pero se guardó de manifestar su pensamiento en voz alta.

Finalmente eligieron un lugar donde La Stella di Dio les esperaría al abrigo de los caprichos del volcán. Después de echar el ancla, Chefalitione se acercó a Casiopea con un mapa en la mano.

—Tomad. Es el mapa de los infiernos que trazó mi antepasado Virgilio. Os será útil.

Casiopea cogió el mapa, le dio las gracias y luego saltó a la chalupa donde la esperaba Simón. Dos valientes marineros les ayudaron a remar hasta la costa. En algunos lugares, el mar hervía. Las burbujas reventaban las olas, dejando escapar a la atmósfera efluvios sulfurosos. Peces muertos flotaban en la superficie panza arriba.

—No es la boca del diablo —gruñó Simón—. ¡Es su culo!

Desembarcaron en una playa de guijarros e hicieron rodar bajo sus botas las piedras negras para alcanzar cuanto antes las alturas de la bahía. Detrás de ellos, con unos golpes de remo la pequeña chalupa se alejó, lo bastante lejos de la orilla para mantenerse al abrigo de una eventual colada de lava pero lo suficientemente cerca para que Casiopea y Simón pudieran alcanzarla a nado.

Todavía era por la mañana y, sin embargo, parecía que se acercara la noche. Casiopea miró alrededor, nerviosa.

—¿Qué buscas? —preguntó Simón.

—A mi halcón. Ya no lo veo.

Simón levantó la vista y escrutó las nubes que se amontonaban sobre ellos.

—Tal vez esté oculto en una de ellas —dijo.

—Tal vez.

Se dirigieron hacia un camino en pendiente que discurría entre las viñas, donde flotaban unos vapores sulfurosos que les obligaron a colocarse un paño sobre la nariz. Una tierra quemada, con algunas hayas y pinos piñoneros aquí y allá reducidos al estado de muñones calcinados... Y ni rastro de vida animal o humana. «¿Dónde están los habitantes? ¿Y los pájaros?» Casiopea sintió que su corazón se aceleraba y que empezaba a dominarla el pánico. Tragó saliva, esforzándose en olvidar el miedo y en mantener los ojos fijos en la cima del Vesubio.

De hecho, no era una sino dos. Y ambas humeaban, aunque aquella hacia la que subían lo hacía un poco menos que la otra. Chefalitone le había explicado que esta cumbre —la más pequeña de las dos— bordeaba dos inmensos valles, uno llamado el «valle del Infierno», y el otro el «valle del Gigante», lo que había parecido un buen augurio a Casiopea. Porque, para ella, el gigante era Gargano: una montaña hecha hombre que había sido su padrino en sus años jóvenes. «Gargano —pensó—, guíame...»

Bajó los párpados y ascendió todavía unos metros sintiendo cómo el suelo le quemaba los pies, mientras un aire tórrido le achicharraba los pulmones y penachos de vapores amarillos escapaban de la tierra silbando.

—¡Casiopea!

Se detuvo y miró hacia atrás. Simón estaba ahí, jadeando. Tenía los ojos rojos y unas ojeras profundas donde se leía la fatiga y el miedo.

—Vas demasiado rápido —dijo.

—Creía que tenías prisa.

Con las manos apoyadas sobre las rodillas, Simón suplicó:

—Descansemos un poco...

Casiopea se sentó directamente sobre las piedras ardientes, pensando que solo a unos pies por debajo de ellos rugía un torrente de lava. ¿El Flegetonte? A lo lejos, detrás de Simón, un cuadrado blanco perdido en medio de las olas señalaba a La Stella di Dio, velando por ellos como una gallina por sus polluelos. Esta visión le devolvió la esperanza y se dijo que debían continuar. «No podemos renunciar cuando aún no hemos tenido que enfrentarnos a nada. Ningún obstáculo se ha alzado ante nosotros, ningún demonio.»

Esta idea le provocó un estremecimiento, y desenvainó a Crucífera. La espada tenía la particularidad de emitir una fría luz azul en presencia del peligro. Pero la hoja seguía del color del acero. De pronto, la mirada de Casiopea se cruzó con la de Simón. Se sintió ridícula y volvió a envainar a Crucífera. «No será ella la que nos salve...»

Simón esbozó una sonrisa y besó el fragmento de cruz que había extraído de la tumba de su padre.

—Podemos seguir, gracias —dijo.

Se acercó a Casiopea y la asió del brazo.

—Espero que tu capitán Chefalitione no se haya equivocado y que su Virgilio tenga razón.

—Yo también.

En el aire saturado de niebla, Simón guardó silencio un instante.

—Te habrás dado cuenta de que solo yo te acompaño —declaró con altivez—. Todos tus amigos, ese capitán, el marqués, por no hablar de Rufino... se han mantenido a resguardo a bordo de La Stella di Dio.

—He sido yo quien les ha dicho que no vinieran.

—No estaban obligados a hacerte caso.

—Cada uno debe seguir su propio camino.

—En cualquier caso, el hecho es que yo estoy aquí y ellos no —insistió Simón secándose la frente.

—Me alegro de que estés aquí —respondió ella, pensando que, aunque efectivamente era un compañero, no era, tal vez, el compañero ideal.

«Pero ¿quién podría serlo?»

El sendero por el que ascendían tosiendo se bifurcó, dejando a su derecha uno de los conos del volcán. Luego el suelo cambió. Las piedras dieron paso a agónicas coladas de lava de las que escapaban múltiples penachos de humo. En algunos lugares, intumescencias de un rojo anaranjado eran indicio de tensiones ocultas de las que era mejor mantenerse apartado, tensiones como las que inflamaban súbitamente algún arbusto escapado milagrosamente de las primeras cóleras del volcán.

De pronto, un rugido sordo les hizo levantar la cabeza. Creyeron que era una tormenta, pero el siguiente les hizo comprender que se habían equivocado. Aquello procedía de abajo. «Los clamores de la tierra... —pensó Casiopea—. El diablo siente mi presencia...»

De nuevo desenvainó a Crucífera, y de nuevo la hoja conservó su color de metal. Entonces desplegó el mapa de Chefalitione, con el objeto de hallar una referencia.

—Creo que la entrada que buscamos no está lejos —dijo.

Simón no respondió; se limitó a asentir con la cabeza mientras continuaba avanzando pesadamente.

Ya habían ascendido hasta más de la mitad de la altura del volcán y se encontraban rodeados de nubes. Nevaba cenizas que lo cubrían todo de gris. Casiopea y Simón parecían dos seres minerales, dos pobres almas de piedra que volvían gimiendo al vientre de donde habían surgido. El viento soplabá desde el mar haciendo llegar hasta ellos clamores de oleaje, gritos de pájaros marinos... «¿Qué hago aquí? —se preguntó Casiopea—. ¿Tengo siquiera derecho a arrastrar conmigo a Simón? El marino tenía razón. Estoy completamente loca...»

—¿Estás segura de que podremos pasar? —inquirió Simón—. ¿No hay que pagar por ello? Algo, no sé...

—Tal vez, tal vez... —respondió ella, protegiéndose la boca detrás de un pañuelo.

Casiopea empezaba a dudar. «No será así como encontraré a mi padre. Esta puerta de los infiernos es inaccesible. Tengo que encontrar otra. Después de todo hay nueve. Tengo que...»

Recordó que Eneas, antes de que se le autorizara a entrar en el reino de los muertos, había tenido que cumplir ciertos ritos propiciatorios. Para ganarse los favores de los dioses, se había visto obligado a coger el ramo de oro.

«¿Y yo? ¿Qué tipo de ramo de oro debería procurarme?»

Al escrutar a su alrededor, solo vio montones de cenizas envueltas en niebla. A su lado, Simón no era más que un fantasma resollante que no dejaba de toser; sabía que ella misma debía de parecer un espectro.

—Volvamos —dijo en voz muy baja, como si no quisiera que la oyeran.

—De acuerdo —asintió Simón bajando los ojos.

De pronto avergonzada, no solo por ella sino también por Simón, Casiopea rectificó:

—Quiero decir que vuelvas tú. Yo continúo. Es demasiado arriesgado para ti...

Pero sabía que, si acababa su explicación de ese modo, él no querría abandonarla. «¿Realmente tengo necesidad de él hasta este punto?»

—Ni hablar —resopló Simón mirándola fijamente—. Me quedo contigo. Hasta el final...

Casiopea tragó saliva, con gusto a ceniza, y siguió caminando al azar en la bruma. Finalmente alcanzaron la boca del volcán, que exhalaba un aliento infernal.

—Ya hemos llegado —dijo.

Una vez más sacó la espada de su funda. Seguía sin brillar. «Crucífera, Crucífera..., ¿cómo puedes decirnos que no hay ningún peligro cuando los infiernos están a dos pasos?»

Desesperada, bajó la vista. El cráter no estaba iluminado desde arriba sino desde abajo. Había fuegos que ardían al azar en sus flancos, que descendían como un embudo hacia el fondo, donde palpitaba un brasero, un ojo de lava incandescente que les desafiaba a que se acercaran.

Casiopea tenía tanto calor que se quitó la chaqueta antes de iniciar el descenso. Detrás de ella Simón no se había movido. Tenía el rostro como la grana y sus ropas humeaban.

—¿Vienes? —le preguntó.

Él no respondió. Un silencio elocuente hablaba por su miedo.

—Como quieras.

Casiopea encontró una zona menos abrupta que las otras para descender al cráter,

y empezó a aproximarse al ojo que brillaba al fondo del precipicio. Su frente estaba cubierta de hollín y surcada de sudor. Nunca se había sentido tan mugrienta como en ese momento. A pesar de su miedo, de su temor a morir sin haber visto de nuevo a su padre, siguió avanzando. En torno a ella el aire vibraba bajo el efecto del calor y en algunos lugares parecía consumirse cuando la tierra se abría para vomitar una llama. En dos ocasiones el fuego estuvo a punto de alcanzarla. Para su gran sorpresa, y cuando había descendido tanto que ya no veía a Simón, se dio cuenta de que la lava había adoptado un tono azulado, orlado de corrientes amarillas y anaranjadas. Luego se escuchó un silbido, tan fuerte que tuvo que taparse los oídos. Ahí, ante ella, los vapores ascendían siseando hacia los cielos, como murallas mefíticas que cerraban las puertas de los infiernos.

«Qué importa —se dijo Casiopea—. ¡Pasaré!» Adelantó la mano, pero se quemó a pesar del guante. Aquello casi la sorprendió. Habitualmente resistía bien el calor. Un nuevo silbido. Se volvió y vio otros vapores que convergían hacia ella, compactos y amenazadores. Presa del pánico, buscó a quien pedir auxilio, y el único nombre que le vino a la mente fue el de su compañero.

—¡Simón!

Quiso desenvainar su espada; sujetó la empuñadura, pero volvió a quemarse. Crucífera ardía tanto que no podía sostenerla. Casiopea empezaba a asfixiarse. El humo le picaba en los ojos y hacía tanto calor que una de sus mangas se inflamó. La apagó con el guante, preguntándose si no iba a morir como su padre. Miró a derecha e izquierda, como un animal sorprendido en una trampa que no tiene más salida que caer víctima de su predador.

Examinó una vez más el fondo del precipicio y creyó ver en él la boca de un dragón inmenso que se disponía a soplar. Estuvo a punto de perder el sentido, creyó que se desvanecería de terror, pero un grito en los cielos hizo que recuperara el valor. Su halcón velaba por ella.

Después de enjugarse la frente, decidió dar media vuelta; pero, por desgracia, el terreno por donde había bajado se había transformado en un caos de lavas atormentadas, de serpientes ardientes que se entremezclaban.

Pensó en el abismo que se extendía bajo ella, y se dijo que descendiendo a la garganta del dragón solo conseguiría hacerse devorar. Recordó cómo había muerto Plinio, mientras el Vesubio arrasaba Herculano y Pompeya, y pensó que haría mejor en buscar otra puerta de los infiernos.

—¡Casiopea! —gritó una voz.

Era Simón. Nunca se había sentido tan feliz de oírle.

—¡Sí! —dijo tosiendo.

—¿Dónde estás?

—¡Por aquí!

Agitó el brazo, como si él pudiera verla, y, a pesar de las lágrimas que le nublaban la vista, escrutó las brumas desde donde Simón había gritado. Entornando los ojos, creyó discernir entonces una forma a caballo, algo imposible en aquellos lugares. Su corazón se puso a palpar desbocado, y avanzó, casi a pesar suyo, en dirección al extraño jinete.

—¿Taqi?

El nombre escapó de sus labios, y sin preocuparse de los vapores tórridos y las coladas de lava que querían obstaculizarle el paso, Casiopea corrió hacia Taqi ad-Din, su primo adorado, que había seguido a Morgennes a los infiernos.

—¡Taqi!

La forma se precisó, cobró densidad. Sobre su caballo encabritado, empuñando su espada, Taqi estaba ahí no sabía por qué milagro.

—¡Taqi!

—¡Casiopea!

Simón emergió de la bruma ante ella y la sostuvo en brazos en el mismo momento en que iba a desplomarse.

El fuego estaba en él



Capítulo 10

Hay que ahuyentar y vencer este miedo al Aqueronte, que, penetrando hasta lo más profundo del hombre, introduce la confusión en su vida y la tiñe toda con la negritud de la muerte.

Lucrecio,

De natura rerum

—¿Dónde estoy? —preguntó Casiopea al despertarse.

—A bordo de La Stella di Dio —le respondió una voz que le costó reconocer.

Sus ojos se acostumbraron poco a poco a la penumbra, y distinguió a Simón, inclinado sobre ella.

—Todo va bien —le dijo.

Acercó la mano para acariciarla, pero ella volvió la cabeza. «Sueño en un nido de llamas...»

—¿Qué dices?

—Nada.

Cerró los ojos y volvió a ver las imágenes que habían poblado sus pesadillas. «Vivos y muertos atormentados por los muertos, círculos de llamas y pozos de fuego, cuchillos de fuego, chispas, almas, y todo un paisaje ardiendo, valles, ríos, montañas y bosques, árboles y plantas inflamados, casas devoradas por las llamas, carbones ardientes, muros, fosos, monstruos que escupen fuego, cóleras de agua hirviente, sombras sin sepultura...»

—No fue enterrado —suspiró.

—¿De quién hablas?

—De mi padre.

—Ve con cuidado —dijo Simón—, no vayas a transformarte en Antígona. No olvides que a fuerza de querer enterrar a su hermano a cualquier precio provocó su desgracia y la de los suyos.

—¿Y de quién voy a provocar la desgracia yo?

Simón apretó los labios y decidió cambiar de tema.

—Me alegro de ver que te encuentras mejor. Te has recuperado sorprendentemente bien. Faltó poco para que no salieras de esta. Si no me hubieras llamado...

—¿De modo que fuiste tú? ¡Estaba convencida de que era Taqi!

—¿Taqi?

—A caballo, en el volcán.

—Delirabas.

Casiopea cerró los ojos. Sí, era evidente.

—Supongo que tienes razón.

—Sufriste graves quemaduras. No sé cómo pudiste llegar tan lejos en el interior del cráter. Hace tres semanas que divagas. Tres semanas desde que abandonamos Nápoles. De modo que cuando Chefalitione propuso ir a ver el Etna, donde, según él, se encontraba otra puerta de los infiernos, le dije...

—No.

—Efectivamente, me negué.

—Hiciste bien.

Simón inclinó la cabeza pensativamente.

—Te curé con ayuda de los ungüentos que nos dio Guillermo de Tiro en el oasis de las Cenobitas —dijo señalando una serie de frasquitos de colores que se encontraban en un rincón de la cabina.

—Sabía que acabarían por ser útiles —dijo ella.

—Puede decirse incluso que te han salvado la vida.

—Quiero ir a Jerusalén. Tengo que encontrar el cuerpo de mi padre y enterrarlo. Debo...

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Nunca deberíamos haber ido al Vesubio —dijo Simón—. Hubiéramos podido matarnos... ¡Todo por culpa de Chefalitione y sus malditos mapas! Fue un error garrafal. ¡En realidad habría que quemar esos documentos!

—Resisten al fuego —dijo Casiopea sonriendo—. No olvides que están hechos para guiar a los viajeros de los infiernos.

—¿De verdad? Me gustaría verlo...

Casiopea miró a derecha e izquierda, para ver dónde estaba el mapa que Chefalitione le había dado.

—Si buscas tu mapa, se lo he devuelto a su propietario... —la informó Simón.

—Hubiera podido ser útil. Hay nueve puertas de los infiernos; nosotros solo hemos probado una —dijo incorporándose sobre un codo.

Una punzada de dolor recorrió su cuerpo, pero se esforzó en hacer caso omiso y aguzó el oído.

—¿Oyes eso?

Olas rompiendo contra el casco de La Stella di Dio, chirridos del barco, voces de los marineros llamándose de un puente a otro. El grito de una primera ave marina. De una segunda. Y luego de una tercera.

—¿Nos acercamos a tierra?

—Sí. Tiro no está lejos.

—Quiero verla. Salgamos.

—No estás en condiciones de hacerlo.

—¡Sí lo estoy!

Se miraron, pensando en todas las pruebas por las que habían atravesado. Primero el feudo de los asesinos, luego el castillo de La Fève. A continuación una larga travesía por el desierto, y después el oasis de las Cenobitas. El descubrimiento de la Vera Cruz, seguido del retorno al Krak de los Caballeros. Y, finalmente, el asedio de Jerusalén, con Saladino. Al término de este, Morgennes se había precipitado a los infiernos, en el curso de un impresionante combate. Y ahora el Vesubio... El destino les había unido, pero parecía que sus caminos debían separarse. O esa era al menos la impresión que tenía Casiopea, que, escoltada por Simón, hizo su aparición en el castillo de proa de La Stella di Dio.

Desde la nave se avistaba el puerto de Tiro, cuyas aguas estaban extrañamente tranquilas.

—Demasiado tranquilas —comentó Montferrat acariciándose la barba.

Desde el castillo de popa, Chefalitione dio orden de amainar las velas.

—Me alegro de volver a veros —dijo Montferrat a Casiopea—. ¿Cómo os sentís?

—Bien.

La Stella di Dio redujo la marcha.

Chefalitione bajó a reunirse con ellos y se acercó a besar la mano de Casiopea.

—Gentil señora, no puedo decirles hasta qué punto lamento lo sucedido. Si hubiera sabido para qué servirían esos mapas, mi antepasado Virgilio jamás habría empezado a coleccionarlos. De hecho, me estoy planteando vender mi colección.

—¡Sobre todo no se os ocurra hacerlo! —respondió Casiopea—. ¡La próxima vez que explore un volcán esperaré a que no haya ninguna erupción!

El capitán la saludó y balbució mil excusas, antes de volver junto al piloto del barco.

Todos tenían los ojos clavados en la ciudad, con sus riberas bajas que se perdían en la bruma, sus blancas murallas y la estrecha entrada del puerto defendida por dos torres. Desde el lugar donde se encontraban no se distinguía ninguna embarcación, pero eso no significaba en absoluto que no estuvieran allí.

—La ciudad fue construida de modo que pudiera observarse el mar desde la entrada del puerto, sin que desde el mar pudiera verse el interior. Los musulmanes, ¡que Dios los confunda!, podrían muy bien estar emboscados en él —explicó el marqués de Montferrat.

—Y nosotros no lo sabremos hasta que hayamos entrado —señaló Simón.

—Además —añadió Montferrat—, la entrada del puerto solo tiene setenta pies de ancho, lo que es poco para maniobrar. Y se puede cerrar fácilmente con una cadena. Si el enemigo se ha apoderado de la ciudad, nos arriesgamos a meternos en una trampa.

—Todo está tan tranquilo... —dijo Casiopea—. Ni un vigía en las murallas, ni un

soldado haciendo la ronda. Solo esos muros almenados, en los que se intercalan torres y terrazas.

—¿Qué opináis? ¿Debemos acercarnos o no?

—Si es una trampa, nos habrán visto —dijo Simón.

—Si todo está en orden, deberíamos tranquilizarles —añadió Casiopea.

—¡Debemos pensar en nosotros!

—¡Debemos pensar en ellos!

—Calma —atajó el marqués de Montferrat—. Ya sé lo que hay que hacer... ¡Baja la bandera con la calavera e iza el escudo! —ordenó volviéndose hacia el grumete.

El muchacho corrió a ejecutar la orden. El pabellón de la calavera fue arriado y un escudo adornado con una enorme cruz roja fue izado a lo alto del mástil, para indicar que sus intenciones no eran belicosas.

—Y si la ciudad es musulmana, ¿qué haremos? —preguntó Simón.

Montferrat le miró, rascándose la barba.

—Tengo una idea —dijo Casiopea.

Montferrat le sonrió.

—¿Ya os he dicho que me alegraba de volver a veros?

Ella le devolvió la sonrisa y tendió el puño hacia el cielo. Casi al instante, su halcón se posó en él. Casiopea le habló al oído, muy flojito, murmurándole palabras que ni Montferrat ni Simón llegaron a comprender. Pero ¿eran realmente comprensibles? Ninguno de los dos hubiera sabido decirlo. Luego el ave alzó súbitamente el vuelo para alcanzar la zona del cielo en la vertical de la ciudad.

—Gracias a él sabremos si podemos acercarnos —murmuró Casiopea.

—Los lazos que os unen a ese pájaro siempre me sorprenderán —dijo Montferrat sonriendo.

—Y a mí —añadió Simón en tono amargo.

«¿Acaso estás celoso?», pensó Casiopea; pero se guardó bien de preguntárselo, especialmente delante de Conrado de Montferrat, y se contentó con observar a su halcón sin decir palabra.

Así, al modo de Noé, que había lanzado cuervos y palomas desde el arca para saber si las aguas del diluvio por fin habían bajado, la tripulación de La Stella di Dio se encomendaba a un ave para saber si Tiro estaba o no en manos del enemigo. Porque después de la partida de Montferrat, seis meses atrás, la situación de los francos en Tierra Santa se había deteriorado enormemente. Según las últimas informaciones, los cristianos solo poseían ya dos plazas fuertes importantes, Marqab y el Krak de los Caballeros, y un puñado de ciudades, entre las cuales se contaban Antioquía, Trípoli y Tiro, que el marqués de Montferrat había salvado, por así decirlo, en el último instante. Pero ¿quién podía asegurarles que en su ausencia no se había vuelto musulmana toda Tierra Santa? Tal vez Tiro hubiera caído.

Y con ella la base desde la que poder lanzar la contraofensiva que permitiría recuperar Jerusalén.

Montferrat se sentía personalmente responsable de la suerte de Tiro. Cuando entró en ella, en mitad del verano de 1187, la ciudad ya estaba a punto de rendirse. ¿Quién sabía si no había cedido ante los musulmanes, que la rodeaban con sus tropas?

Desgranando en su cabeza los segundos que habían transcurrido desde que su halcón había alzado el vuelo, Casiopea espiaba el cielo sobre Tiro.

—¡Ahí está! —gritó de pronto.

Todos levantaron los ojos, y vieron una mancha azul que descendía en picado hacia ellos.

—Perfecto —dijo Casiopea más tranquila—. Podemos ir...

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Montferrat—. El pájaro ni siquiera ha gritado.

—Para indicarnos que debíamos partir, hubiera dibujado un círculo. En cambio ha volado en picado, señal de que debemos darnos prisa...

—Pues ¡apresurémonos!

En el castillo de popa del barco resonó un pitido, y Chefalitione empezó a lanzar órdenes en todas direcciones.

—¡Izad las velas! ¡Sacad los remos! ¡Os quiero a todos en la maniobra, como si el mar fuera a retirarse!

No había acabado de decirlo y la tripulación ya le obedecía, uniendo esfuerzos para dirigirse a la que el maestro de Josías, su predecesor en el trono de arzobispo de la magnífica ciudad, acostumbraba a llamar «la ilustre metrópoli de Tiro».

Capítulo 11

Es una ciudad tan bien fortificada que se habla de ella proverbialmente.
Una ciudad que se niega a obedecer o a someterse a quien quiere tomarla.

Ibn Gubayr,
A través del Oriente

Tiro, Marzo de 1.188

Tiro se disponía a capitular.

Después de haber sido conquistada en una primera ocasión por Alejandro Magno, en 332 a. de C, la orgullosa y supuestamente indomable Tiro tenía intención ahora de rendirse a Saladino. Las banderas negras de los ayubíes ya habían sido acogidas en el interior de la ciudad, y allí las descubrió Conrado mientras La Stella di Dio entraba en el puerto.

Dos soldados —dos francos— subían por la estrecha escalera exterior que conducía del puerto a lo alto de las murallas, al camino de ronda, cargando sobre sus hombros con el peso, sobre todo moral, de dos banderas negras.

—¡Eh, vosotros! —les gritó Conrado desde el puente—. ¡Deteneos!

Los soldados le miraron sin reconocerle y siguieron subiendo.

Conrado dio rienda suelta a su cólera.

—¡Si os atrapo, os cortaré a tiras y luego os haré freír!

Los soldados aflojaron el paso, dudando sobre el comportamiento que debían adoptar. En todo caso, lo que estaba claro era que no tenían ninguna gana de convertirse en objeto de las iras de un individuo que ni siquiera había esperado a que su barco estuviera convenientemente amarrado para saltar al muelle y correr tras ellos.

—¡Soy el marqués de Montferrat, señor de esta ciudad!

Sorprendidos, los soldados se miraron y luego se detuvieron al mismo tiempo.

—Señor...

Conrado subió corriendo hasta ellos.

—¿Qué significa esto? —chilló, señalando sus estandartes.

Avergonzados, los soldados no supieron qué responder.

—¡Arrojadlos inmediatamente a la fosa! —ordenó Montferrat cuando uno de ellos finalmente se disponía a abrir la boca.

—Pero Saladino...

Conrado de Montferrat hizo el gesto de desenvainar su espada, de modo que, atrapados entre esas dos tempestades humanas, los soldados se resignaron a obedecer

a aquella cuyos rayos crepitaban más cerca de sus cráneos.

Y así fue como las nobles banderas de los ayubíes, en lugar de ser izadas en lo más alto de la ciudad, fueron lanzadas a la fosa.

La Stella di Dio acababa de amarrar por fin y los dos soldados francos habían vuelto a bajar de la muralla con Conrado de Montferrat cuando una voz atronadora resonó al otro lado del puerto. Un caballero seguido de una decena de hombres armados se acercaba caminando a grandes zancadas.

—¿Quién ha osado? —gritó agitando los brazos.

—¿Quién osa preguntarlo? —replicó fríamente Montferrat.

—Yo, Reinaldo, barón de Sidón, a la cabeza de Tiro desde que Montferrat la abandonó cobardemente.

—¿Cobardemente? ¿Os atreveréis a mantener esa acusación ante mí?

Entre los hombres armados que seguían a Reinaldo de Sidón se elevaron murmullos; este reconoció entonces al marqués de Montferrat. Rojo de confusión, empezó a balbucir excusas, hasta que Montferrat le indicó con un gesto que las aceptaba.

—¿Qué intenciones teníais al acoger aquí esas banderas? —le preguntó—. ¿Pretendíais convertirnos a todos al islam?

—En absoluto. Únicamente pretendía salvarnos la vida.

—¿Y cómo es eso?

—Saladino está a nuestras puertas. Asomad la cabeza por encima de las almenas y le veréis caminando arriba y abajo ante la ciudad, con los brazos cruzados. Le prometí nuestra rendición...

—¿A cambio de...?

—A cambio de nuestras vidas, mi señor. El sultán prometió respetar las vidas de todos los habitantes de Tiro si le entregábamos la ciudad.

—¿Entregarle la ciudad? ¿Cuando Acre ha caído? ¿Y desde dónde pensáis reconquistar Jerusalén si se pierde Tiro?

—Bien, yo... pensaba en Trípoli.

—No sabéis lo que decís. Trípoli está demasiado al norte. Es imprescindible que conservemos Tiro.

—Pero nuestras vidas...

—Están en mis manos, ¡y están bien protegidas en ellas!

Un gruñido de cólera recorrió las filas de los soldados que seguían a Sidón.

—Gruñid, gruñid —les dijo Montferrat—, pero no contra mí. Y en lugar de enviar banderas a lo alto de estas almenas, subid vosotros mismos allí para gritar vuestra cólera. Si queréis gruñir, hacedlo contra Saladino. Escupidle las piedras de vuestras balistas y los virotos de vuestras ballestas. ¡Insultadle con vuestras flechas, y si no

escucha vuestras palabras, salid a caballo para metérselas a la fuerza por las orejas!

—Pero entonces todos nuestros esfuerzos diplomáticos, nuestras conversaciones... —intervino de nuevo Sidón.

—¡Concluidas! Estoy aquí de vuelta, soy vuestro jefe y opto por la vía de las armas. Los que tengan algo que objetar contra esta decisión pueden marcharse ahora mismo. No les retengo.

De nuevo se elevaron voces de protesta entre los compañeros del barón de Sidón, y un puñado de ellos aceptaron seguirle al exterior de la ciudad.

—¡Adiós! —les gritó Montferrat mientras observaba cómo se alejaban—. ¡Y no se os ocurra volver, o mandaré que os ensarten como a cerdos!

Cuando el último hombre de Sidón hubo partido, Conrado de Montferrat se calmó, y, volviéndose hacia Simón y Casiopea, aspiró una bocanada de aire de la ciudad.

—¡Esto ya huele mucho mejor! —declaró.

Después de volver a La Stella di Dio, donde supervisó la descarga del material de guerra, Conrado de Montferrat se dirigió a Simón y Casiopea.

—Nuestros caminos se separan. Pero vosotros sois mis amigos. Los únicos, con Josías de Tiro y el capitán Chefalitione, en quienes tengo una confianza ciega.

Mientras se preocupaba de que los toneles de víveres y los barriles de agua se repartieran entre los habitantes de la ciudad, el marqués dijo a sus amigos que tenía intención de preparar la llegada de los soberanos europeos y hacer de Tiro la base a partir de la cual fuera posible reconquistar Jerusalén.

—Tal vez lleve tiempo hacer que estos reyes se muevan, pero acabarán por venir. Josías no puede fracasar. Y entonces necesitarán Tiro. Sin ella, no hay esperanza.

Después de inspirar profundamente, y mientras a su alrededor marineros y soldados se afanaban en vaciar las bodegas de La Stella di Dio, Montferrat siguió explicando a Simón y a una Casiopea que era todo oídos:

—La ciudad es como la cebolla de ese cuento en el que una vieja arpía trata de salir de los infiernos agarrándose a la cebolla que un día dio a un pobre... Si perdemos Tiro, se acabaron nuestros sueños de revancha contra los musulmanes. Y esto será el infierno en la tierra.

—¿Decís que se puede salir de los infiernos agarrándose a una cebolla? —preguntó Simón, estupefacto.

—Es solo un cuento —replicó Casiopea.

—Aun así, es interesante —prosiguió Simón—. ¿Y si nos sirviera para salvar a Morgennes?

—¿Qué quieres? ¿Que echemos cebollas al infierno, confiando en que Morgennes las utilice para escapar?

—Perdonadme los dos —intervino Montferrat—, pero creo útil precisar que esa cebolla entregada a un pobre representaba la única buena acción que esa vieja había realizado en toda su vida. Morgennes, en cambio, dio su vida por la Vera Cruz y la cristiandad.

—Y por eso se encuentra en el infierno —concluyó amargamente Casiopea.

—No te preocupes —le dijo Simón—. Te prometo que encontraremos un medio de ayudarle. Puedes contar conmigo.

Casiopea estaba furiosa. Le indignaba lo poco que parecía importarle a la cristiandad la suerte de su padre; mientras que Saladino, al contrario, había prometido hacer todo lo posible para salvar a Morgennes y a Taqi. ¿No había declarado acaso, después de su caída a los infiernos: «Alá no aceptaría que no hiciéramos nada. Debemos ayudarles»?

Es verdad que se encontraban en guerra. Y que la cristiandad tenía preocupaciones más importantes que ir a salvar de los infiernos a un héroe que, después de todo, había aceptado sacrificarse por ella. Pero sin duda Saladino se había mostrado más generoso con Morgennes que todos los papas y soberanos europeos. De hecho, Casiopea tenía intención de acudir a su lado una vez estuviera asegurada la defensa de Tiro.

—Pero para que la ciudad resista —precisó Montferrat—, tendremos que trabajar duro. Hay que reforzar las murallas, elevar los taludes y cavar nuevos fosos. Tiro debe ser como un islote entre el mar y la tierra firme. Un islote en el que los musulmanes no podrán asentarse porque lo defenderemos con uñas y dientes.

—Con Chefalitione y vos, estoy segura de que Tiro resistirá a todos los ejércitos —dijo Casiopea.

Montferrat le gustaba. Rebosaba energía, y jamás se daba por vencido. ¿Por qué el marqués no podía unirse a su búsqueda?

—Nos quedaremos con vos en Tiro —dijo— hasta que lleguen los reyes. Y luego vendréis con nosotros en busca de mi padre.

—Por desgracia, querida Casiopea, no sé si eso es muy razonable. Ya sabéis que los reyes pueden llegar tanto dentro de un mes como de un año. ¿Estáis dispuesta a esperar todo ese tiempo? En cuanto a mí...

Montferrat sacudió la cabeza, como si se resistiera a decirle lo que sentía en el fondo de su corazón.

—Me pregunto si vuestra búsqueda no es totalmente insensata. ¿Tenéis aunque solo sea la sombra de una oportunidad de salir airosa? No, creedme... En lo que respecta a vuestro padre, más vale rezar que recorrer el mundo en busca de no sé qué gruta o volcán que conduce a los infiernos. Pensad en todos esos héroes de la Antigüedad. Pensad en Teseo, que fue uno de los más grandes. Incluso él se dejó caer en la trampa y fue condenado a sentarse en la Silla del Olvido.

—Hasta que Hércules le salvó —explicó Casiopea.

—Y en vuestro caso, ¿quién será vuestro Hércules?

Simón iba a decir que era él, pero Casiopea se le adelantó:

—Hércules soy yo. Y Teseo es mi padre.

Montferrat le asió las manos y las apretó entre las suyas.

—Lo que tiene lugar antes del nacimiento y después de nuestra muerte es el dominio reservado de los dioses —dijo—. Dejadles que arreglen esto entre ellos. No lo penséis siquiera y esforzaos más bien en considerar que la muerte no existe, lo que es, en cierta medida, la estricta verdad. En todo caso, yo, como decía nuestro querido san Agustín, «si supiera que mi padre está en el infierno, no rezaría más por él de lo que rezo por el diablo».

—No estoy de acuerdo —replicó Casiopea—. Si no rezamos por los que están en el infierno o por los que merecen ir a él, ¿por qué, por quién rezamos? Incluso el diablo necesita nuestro amor y nuestra compasión.

—¡Palabra de santa! Pero, por desgracia, yo solo soy un hombre, y sobre todo un soldado.

Y dicho esto, Montferrat se fue a dar órdenes a sus oficiales.

Quería que, antes de caer la noche, varias naves hubieran abandonado la ciudad llevando a bordo tantos ballesteros como fuera posible embarcar. Su objetivo era doble. Se trataba, en primer lugar, de asegurar la defensa de la ciudad del lado del mar. Y en segundo, de ir a hostigar al enemigo para atraparlo en una tenaza desde uno y otro lado del istmo donde tenía su campamento. Montferrat se frotaba las manos ante la perspectiva de sus futuros éxitos.

Una vez transmitidas sus instrucciones, volvió caminando a grandes zancadas hacia su cabina, seguido de Casiopea y Simón.

—Tengo un regalo que haceros —les dijo.

Después de entrar en la cabina, se dirigió hacia un cofrecillo, lo abrió y sacó un pequeño cuadro que había paseado por todas las cortes de Europa, un retrato que tenía en gran aprecio y que había encargado, sin reparar en gastos, al pintor con más talento de Tierra Santa: Hassan Basras. El artista había representado en él a un caballero musulmán montado sobre un magnífico corcel blanco victoriosamente encabritado sobre el Santo Sepulcro. Este cuadro había impresionado profundamente a Casiopea, que estaba convencida de que el jinete era su primo Taqi.

Pero cuando Montferrat miró la pintura, lanzó un grito de estupor.

—¡Por la lengua de Dios!

—¿Qué ocurre? —preguntó Casiopea con preocupación.

—¡Taqi! ¡Taqi! —balbució Montferrat—. ¡Ha desaparecido!

Casiopea y Simón intercambiaron una mirada, estupefactos.

—¿Qué queréis decir?

—Miradlo vosotros mismos.

Y girando el cuadro en su dirección, les mostró esa tela que tan bien conocían. Solo que ahora, en el lugar donde antes se veía a Taqi —o, en todo caso, a un jinete que se le parecía muchísimo—, no había nada. Solo el Santo Sepulcro bajo un cielo azul.

—Taqi ha desaparecido —murmuró Simón, mientras Casiopea volvía a pensar en el extraño jinete que había surgido ante sus ojos en el cráter del Vesubio.

Capítulo 12

Siempre que se apoderaba de una ciudad o una fortaleza, respetaba las vidas de sus habitantes y les permitía retirarse a Tiro con sus mujeres, sus hijos y sus riquezas.

Ibn al-Athir,
Historia perfecta

Saladino echaba espuma por la boca.

El Jefe de los Ejércitos del Islam, aquel a quien su pueblo acostumbraba a llamar «el Clemente», «el Único», «el Generoso», «el Vencedor de los infieles, los rebeldes y los politeístas», «el Sol de los méritos», el hombre que con su grandeza interior hacía olvidar su pequeña talla, estaba fuera de sí.

—¡Por las barbas del Profeta! Concedo a esos infieles el libre paso a Trípoli e incluso la posibilidad, si así lo desean, de proseguir el combate, ¡¿y así me lo pagan?!

Sus ayudantes le escuchaban con la cabeza humildemente inclinada y aire contrito. ¿Por qué estaba tan furioso Saladino? Porque acababa de enterarse de que las nobles banderas de los ayubíes habían sido arrojadas a las fosas de Tiro. El trataba de hacer gala de humanidad en cualquier circunstancia, ¿y así se mofaban de su generosidad?

—¡No permitiré que me arrastren de este modo por el fango!

A su lado, su hijo acariciaba con mano distraída a las dos panteras que le acompañaban a todas partes. Desde que los asesinos habían tratado de matarle, Saladino no se desplazaba nunca sin sus dos mortales compañeras, con colmillos como puñales. Lanzando miradas inquietas a los felinos, el cadí Ibn Abi Asrun, que se ocupaba de los asuntos judiciales, civiles y religiosos del reino, tomó la palabra.

—Tal vez podríamos destruir Tiro a modo de represalia.

Saladino le dirigió una mirada torva en la que brillaban dos cimitarras.

—No antes de haber recuperado nuestras banderas. ¡Que vayan a buscarlas!

Por desgracia, el invierno y seis meses de asedio habían hecho mella en las tropas de Saladino, que ya solo esperaban volver a sus hogares. En el dique de tierra donde acampaba el ejército, fueron muchos los valientes que rechazaron el honor de ir a recuperar los estandartes que Conrado de Montferrat había arrojado al fango.

«Por Alá —pensó Saladino—, es una mala señal... Prueba de que mis tropas están a dos dedos de abandonar el combate. Señal de que están cansadas de ver que se les prohíbe el pillaje...»

Pero no era cuestión de echarse atrás y replantearse esta decisión. Saladino no había olvidado de qué modo el rey Amaury I de Jerusalén se había visto privado del apoyo de los territorios que había conquistado porque no había podido impedir que

sus ejércitos los saquearan.

«Ah, qué lejos parece quedar todo aquello», se dijo rememorando la época en que había acompañado a su tío a conquistar Egipto.

Incluso Amaury le parecía ahora simpático. «Lástima que no tuviéramos tiempo de convertirnos en amigos...»

Estos pensamientos le turbaban. ¿Por qué le asaltaban ahora y aquí? «Envejezco...» Miró una vez más a sus hombres, ninguno de los cuales se había presentado voluntario para ir a buscar las nobles banderas de los ayubíes.

«Si Taqi estuviera aquí, ¡habría corrido a hacerlo!»

Luego miró a su hijo, al-Afdal, cuyos pocos años no eran, a sus ojos, excusa suficiente para justificar su inacción. «Al-Afdal, ¿soy yo el responsable de que seas tan pusilánime? ¿Te he educado mal? ¿Una vida de opulencia te ha maleado el alma? ¿Mis hazañas te condenan a no realizar nada importante? ¿O es que eres simplemente un cobarde, indigno de su padre?»

—Ya que así están las cosas, iré yo. ¡Solo! ¡Que me traigan a Éxtasis Místico! —ordenó reprimiendo un arrebató de cólera en el que se mezclaba un sentimiento de tristeza.

Un instante después, el noble semental se encontraba ante él, piafando de impaciencia. Saladino saltó a su grupa y partió a todo galope en dirección a las murallas de Tiro, bajo las miradas perplejas de sus guardias de corps, de sus consejeros y, sobre todo, de su ejército.

El cadí Ibn Abi Asrun dejó que se alejara un centenar de metros, y luego fue a ver al jefe de los mamelucos.

—Seguidle, pero a distancia —le ordenó—. Sobre todo que no os vea...

Veinte mamelucos pesadamente armados montaron y desaparecieron en medio de una nube de polvo.

—¡Por Alá todopoderoso os lo juro! Si muere, lo pagaréis con vuestra vida —siseó a su espalda el cadí Ibn Abi Asrun.

«Tomad ejemplo —pensó Saladino mientras galopaba hacia la ciudad—. He ahí cómo debe conducirse un jefe de ejército, marchando al combate en primera línea...»Y mientras espoleaba a Éxtasis Místico, recordó las palabras de su tío, Shirkuh el Voluntarioso: «El jefe de ejército debe tener las cualidades naturales de ocho animales diferentes: la bravura del gallo, la audacia del león, la fuerza de ataque del jabalí, la circunspección de la grulla, la prudencia del cuervo, el ímpetu del lobo, la astucia del zorro y la constancia del camello».

—Todos estos animales para un ejército de cerdos, ¡qué ironía! —exclamó al viento—. En fin, así son las cosas.

Saladino guió a su montura en dirección a Tiro y murmuró una plegaria cuando

una lluvia de flechas se abatió sobre él: «Mi oración y mi sacrificio y mi vida y mi muerte pertenecen a Alá el Señor de los Mundos». ¿Le escuchó Alá? El caso es que apenas llegó al alcance de la vista de las pesadas puertas de la ciudad, los proyectiles dejaron de llover y las puertas se abrieron. ¿Le invitaban a entrar? No, solo se habían abierto para dejar salir a Reinaldo de Sidón y al puñado de soldados que habían aceptado seguirle.

—¡Por las barbas del Profeta! —exclamó Saladino al reconocer al caballero con quien había negociado la rendición de Tiro—. ¡Qué poco esperaba verte aquí!

—¡Por san Martín de Francia y de Navarra! —exclamó Sidón—. Y vos, excelencia, ¿puedo preguntaros qué venís a hacer a este lugar, tan cerca de nuestras murallas?

—Vengo a buscar mis bienes —respondió Saladino mostrando sus enseñas enlodadas.

—Excelencia, en nombre de todos los francos, os ruego que aceptéis mis más sinceras excusas por este ultraje, aunque no esté de ningún modo relacionado con él.

—¿Quién es el responsable, pues?

—El nuevo jefe de Tiro.

—¿El nuevo? Pero si creía que eras tú...

—Lo fui. Durante un tiempo...

Antes de continuar explicándose, Sidón se dirigió a la fosa, bajó y se hundió en ella hasta medio cuerpo. Caminando, hundiéndose y luego nadando en el fango, se acercó a las enseñas de los ayubíes, las recogió y luego subió de nuevo a la orilla. Allí, chorreando y apestando como un porquero, plantó la rodilla en tierra, bajó la cabeza y presentó humildemente las dos banderas a Saladino.

—Excelencia, esto es vuestro. Os lo devuelvo.

—Te doy las gracias, noble Sidón —dijo Saladino aceptando las inmundas banderas—. No me equivocaba al tratar contigo. Eres un hombre de corazón.

—No todo el mundo opina lo mismo.

—¡Pues bien, ese «todo el mundo», si es de tu sustituto de quien hablas, pagará esta afrenta con la vida! Juro que su cabeza rodará de sus hombros en el momento en que menos lo espere.

Antes de que Reinaldo de Sidón tuviera tiempo de responder, los mamelucos llegaron en medio de un sordo estruendo de armas y relinchos, y tras rodear a los francos, los amenazaron con sus armas.

—¡Que nadie les moleste! —tronó Saladino—. Están bajo mi protección.

Luego levantó bien alto sus banderas negras al cielo para mostrarlas a sus hombres.

—¡Un franji me ha traído lo que vosotros temíais ir a buscar! —exclamó.

En el dique de tierra se hizo un pesado silencio, y miles de miradas cargadas de

celos y de odio se volvieron hacia Reinaldo de Sidón.

—¡Que la vergüenza caiga sobre vosotros!

Bajo el toldo de la tienda de Saladino, el cadí Ibn Abi Asrun observaba la escena, admirado. Luego su mirada se dirigió a al-Afdal y pensó: «Qué curioso muchachito... ¿Es este su heredero? Ni siquiera estoy seguro de que haya captado el alcance de este drama... Cuando pienso que él también fue salvado por unos franjis, por ese Morgennes y la prima de Taqi...».

Viendo que el niño le miraba, el cadí le dirigió una amplia sonrisa. Y el niño se la devolvió antes de ponerse a jugar de nuevo.

Después de regresar al campamento con sus invitados, Saladino ordenó que trajeran ropa limpia y un barreño de agua para Reinaldo de Sidón.

—Decidme, ¿quién es el nuevo jefe de Tiro? —le preguntó mientras se lavaba.

Reinaldo le habló de Conrado de Montferrat, trazando un retrato de él que años más tarde el historiador Ibn al-Athir resumiría de este modo en su *Historia perfecta*: «Un hombre semejante a un demonio, lleno de prudencia, siempre vigilante y dotado de un gran valor».

Saladino escuchó a Reinaldo con la mayor atención mientras picaba distraídamente unos pistachos de una copa de cobre y se acariciaba su barbita de chivo.

—Humm... —dijo finalmente cuando Reinaldo hubo terminado de lavarse—. Conozco a ese hombre. La ciudad ya se salvó en una primera ocasión gracias a él, el último verano... Es, en efecto, un adversario temible.

Pero en lugar de mostrarse consternado, como hubiera podido esperarse, el sultán se contentó con esbozar una sonrisa divertida.

—Alabado sea Alá, por fortuna tengo más de una carta en la mano... —añadió.

Chasqueando los dedos, atrajo la atención de su cadí.

—Acércate.

El cadí se inclinó tanto que pareció tocar la nariz de su sultán, que le murmuró una frase al oído. ¿Qué le dijo? Reinaldo de Sidón, a pesar de estar dotado de un oído extremadamente fino, no pudo oírlo, porque Saladino habló muy bajo.

Pero el cadí le había comprendido perfectamente.

—A vuestro servicio, Esplendor del Islam. ¡Todo se hará conforme a vuestras nobles órdenes! —dijo.

Y tras requerir que le prepararan su montura, salió de la tienda y partió hacia el interior del territorio.

Entonces Reinaldo de Sidón, vestido con un turbante y un brial de seda al modo oriental, se aclaró la garganta.

—Excelencia, perdonad mi curiosidad, pero ¿podrías decirme por qué no

atacáis? —preguntó a Saladino.

—Porque tengo un trato que proponer a ese Conrado de Montferrat.

—¿Cuál?

—La vida de su padre a cambio de la ciudad —dijo Saladino masticando un pistacho.

Capítulo 13

Si supiera que mi padre está en el infierno, no rezaría más por él de lo que rezo
por el diablo.
San Agustín,
La ciudad de Dios

Conrado de Montferrat estaba sentado en su cabina, con la cabeza entre las manos.

—¿Adonde ha podido huir ese sarraceno? ¡Yo no lo he soñado!

—Nooo —mugió Rufino, al que Casiopea había traído para que también él viera el cuadro—. Incluso yooo lo he viisto.

Por enésima vez, Conrado orientó el cuadro hacia la luz de un farol con la esperanza de encontrar alguna huella del paso de ese misterioso jinete que se parecía tanto a Taqi.

—¡Maldita sea! No hay nada. Es inexplicable... Sin embargo, estoy seguro de que estaba ahí.

Con la punta del dedo rozó la pintura en el lugar donde anteriormente se encontraba Taqi.

—Ni sombra de una marca...

—¿Puedo verlo? —preguntó Casiopea.

—Desde luego —respondió Conrado tendiéndole el cuadrito.

Casiopea lo examinó a su vez, en compañía de Simón.

—Lo más extraño —señaló— es que aunque se consiguiera explicar la desaparición del jinete, eso no nos diría por qué hay cielo, en vez de no haber nada, en el lugar donde se encontraba.

—Bien observaaado —susurró Rufino.

Los tres amigos y la cabeza cortada intercambiaron una larga mirada en silencio, silencio que pronto interrumpió Simón.

—¿No podrías hacer un esfuerzo y aprender a hablar normalmente? —le preguntó a Rufino.

—Pues claaaro —mugió este—. Desde lueeeego...

Simón le dirigió una mirada sombría, y entonces Rufino cerró la boca y bajó los ojos. Casiopea, por su parte, se había vuelto hacia Montferrat.

—¿Puedo llevarme el cuadro? —le preguntó—. Quisiera encontrar al artista que lo pintó para interrogarlo. Tal vez él haya visto a Taqi.

—Mi queridísima amiga, justamente pensaba ofrecéroslo. Ya no me es de ninguna utilidad. Y como ese Taqi es, si no he entendido mal, vuestro primo, supuse

que os agradaría tenerlo.

Casiopea miró una vez más la pintura de donde había escapado Taqi.

—Os lo agradezco —declaró.

En ese mismo instante sintió una punzada en la quemadura de su brazo derecho que la hizo palidecer, y colocó su mano izquierda sobre la zona dolorida.

—¿Os ocurre algo? —le preguntaron al unísono Simón y Montferrat.

—No es nada. Solo un pequeño recuerdo de mi expedición al Vesubio, que ha tenido a bien manifestarse por una razón que se me escapa.

—Humm... —reflexionó Montferrat—. Habría que pensar en mostrárselo a un verdadero médico. A bordo de *La Stella di Dio* no teníamos ninguno...

—No pasa nada —dijo Casiopea metiendo el cuadro en su alforja—; además, no tengo tiempo de ir a ver a un médico.

Ya se disponían a salir de la cabina cuando oyeron un ruido de pasos precipitados y el grumete apareció para avisar a Montferrat.

—¡Un sarraceno quiere hablaros!

—¿Dónde está?

—En la entrada de la ciudad.

Al ver que Montferrat salía corriendo, seguido por Simón, Casiopea sacó de su limosnera las bolsas de oro y de diamantes ofrecidas por Saladino y, después de asegurarse de que nadie la veía, las deslizó en el cofrecillo de Montferrat y bajó la tapa. «Para ayudaros en vuestra misión, mi muy querido marqués. Espero que Simón no me lo tenga en cuenta...», pensó. Esbozó una sonrisa, y luego salió también.

Montferrat subió por la escalera que conducía al camino de ronda y se inclinó por encima de las almenas. Vio a un sarraceno equipado con una bandera blanca.

—¿Otra bandera para enfangar? —le gritó.

El emisario de Saladino no se inmutó por estas palabras.

—¡Salud, noble y buen señor! —exclamó—. Saladino, el Auxiliar de la Doctrina, la Grandeza de la Nación, el Honor de los Reyes y el Jefe de los Ejércitos del Islam, tiene un trato que proponeros.

—¡Salud también para vos! Pero no estoy interesado, gracias.

El marqués hizo el gesto de alejarse, pero el mensajero continuó:

—¡Mi señor, no os vayáis, y venid a admirar lo que su excelencia está dispuesto a ofreceros a cambio de vuestra rendición!

Intrigado, Conrado de Montferrat volvió a asomar la cabeza por encima de las almenas y distinguió a dos mamelucos que conducían a una forma encapuchada, con los pies y las manos encadenados. Cuando los soldados estuvieron a solo unos pasos del foso, levantaron la capucha, y Montferrat vio lo que más temía ver: a su padre.

El viejo marqués Guillermo de Montferrat, con la barba y los cabellos blancos

como la nieve, tenía aspecto de sufrir terriblemente; pero la causa de su dolor no se encontraba en sus cadenas, que estaban bastante flojas para no estorbarle al caminar. De todos modos, tampoco tenía adonde ir, si no era al foso o a los brazos de sus secuestradores.

—¡Conrado! —gritó el anciano Guillermo de Montferrat con una voz que se esforzaba en ser lo más firme posible—. ¡No cedas!

Conrado no respondió nada, y se ocultó detrás de una almena. Con un gesto furtivo, se secó con la punta del dedo la lágrima que había asomado a sus ojos, mientras Casiopea le ponía la mano en el hombro para reconfortarle.

—Padre... —murmuró el marqués—, ¿en qué mal paso os encontráis metido?

Luego, recuperando el coraje, aulló en dirección al enviado de Saladino:

—¡Escúchame bien, hijo de perra! ¡Si no os marcháis inmediatamente, ordenaré a todos los arqueros y ballesteros con que cuenta esta ciudad que os transformen en puercoespines!

Sin esperar su respuesta, abandonó las almenas mascullando maldiciones.

—¡Que hagan venir a la gran sala del palacio a todos los caballeros y monjes soldado que han tenido el valor de quedarse! —tronó.

Mientras bajaba de dos zancadas un tramo de escalones, pensó: «A fe mía que deben de ser al menos varias decenas, después de que Saladino haya dejado venir a Tiro a todos los francos deseosos de abandonar Tierra Santa o de proseguir el combate en ella...».

Seguido de Casiopea y Simón, el marqués pasó bajo un porche y entró en el palacio con la mente todavía en ebullición: «Ese cerdo de sultán sin duda no lo sabe aún, pero me está prestando un gran servicio. Al anunciar públicamente los términos de este odioso trato, refuerza mi autoridad ante los habitantes de Tiro, que ahora saben lo que sacrifico por salvaguardar sus libertades...».

A pesar de todo, esta «buena noticia» no le devolvió la sonrisa, y entró en la sala sintiendo un gran peso en el corazón. Bajo las banderas de diversos países europeos, más de una treintena de caballeros le esperaban. Entre ellos, Conrado distinguió a una decena larga de monjes soldado, con el manto adornado con una cruz roja y blanca, así como a un auténtico coloso vestido con una magnífica armadura verde finamente cincelada.

—Caballeros, estoy encantado de encontraros aquí en tan gran número —declaró Montferrat.

A continuación, el marqués pasó revista a los cruzados, deteniéndose ante algunos de ellos para saludarles con una inclinación de cabeza o un abrazo.

Al llegar a la altura del caballero de la armadura verde, le preguntó:

—¿Vuestro nombre, caballero?

Por toda respuesta, el misterioso caballero —que, al contrario que sus

compañeros, no se había quitado el yelmo— se inclinó, con una mano sobre el pecho.

—Y bien, ¿acaso un sarraceno os ha cortado la lengua? ¿Y por qué conserváis el yelmo puesto? ¿Un golpe de maza os lo ha hundido en la cabeza?

Una voz aguda se elevó en el otro extremo de la gran sala.

—¡Señor —chilló un espantoso enano vestido con un jubón amarillo y un gorro con campanillas—, ha hecho voto de silencio!

—¿Por qué razón? —inquirió Montferrat.

El enano se aproximó cojeando, y se acercó tanto a Montferrat que este tuvo que inclinarse para mirarlo. El extraño individuo, jorobado y esmirriado, llevaba unas calzas adornadas con cascabeles en las puntas que habrían provocado risa si no hubiera agitado al mismo tiempo un látigo cuyas triples correas de cuero acababan en un nudo. Este látigo era el que utilizaban los *orsalhers* —los domadores de osos— para amaestrar a sus bestias.

—Ha jurado guardar silencio mientras el enemigo no sea erradicado de este mundo y enviado a los infiernos.

Montferrat esbozó una mueca admirativa.

—¿Puedo saber cómo os llamáis? —preguntó.

—Mi nombre es Billis —respondió la criatura inclinándose, con una mano sobre el pecho—. Y mi señor no tiene más nombre que el de Caballero Verde.

—Pues bien, Caballero Verde, Billis y todos vosotros, venidos de toda Tierra Santa...

—Perdonadme, noble y buen señor —le interrumpió Billis—, pero nosotros venimos de Sicilia. Hemos sido enviados aquí por su majestad Guillermo II...

—Ah, bien, muy bien... —replicó Conrado, ligeramente irritado.

Cuando se restableció el silencio, se volvió de nuevo hacia los caballeros de la asamblea.

—Todos vosotros, pues, nobles caballeros venidos de Tierra Santa y de Sicilia —continuó solemnemente—, debéis saber que vuestros antiguos jefes, que se encontraban a la cabeza de los ejércitos cristianos, han pactado con el enemigo. Alegando la derrota de nuestros ejércitos, se han puesto de acuerdo con Saladino para detener el combate. Y es verdad que nos hemos visto desbordados por las fuerzas del sultán. Pero lo que nos hace retroceder, más allá y muy por encima de su número, son sus estrategias, su magia negra, sus *djinns* y sus demonios. Son las estrategias, la magia negra, los *djinns* y los demonios de los infieles los que han sorprendido a vuestros antiguos jefes hasta el extremo de conducirles al punto en que hoy se encuentran.

Tras aspirar profundamente, y sintiendo a su lado la presencia reconfortante de Casiopea y de Simón, Montferrat añadió:

—Yo no soy un hombre de ese temple. Sabed que me comprometo a defender

Tiro aunque deba perder en el intento lo que me es más querido. Quiero que ahora mismo embarquéis en *La Stella di Dio* y los diferentes barcos que han permanecido en el puerto. Llevad a bordo a todos los hombres que podáis encontrar y equipadlos con arcos y ballestas. Ya dominamos el mar. ¡No nos queda sino transformar el istmo en un infierno de flechas y proyectiles! ¡Sé que la victoria será vuestra!

Entre un entrechocar de metales, los caballeros se dirigieron hacia las puertas de la gran sala para reunir con la máxima rapidez a sus hombres. Muchos de ellos, que habían estado presentes en el desastre de Hattin, solo tenían un deseo: tomarse la revancha.

—Mi señor —dijo Casiopea al marqués—, tal vez deberíais esperar un poco... Atacar ahora es condenar a vuestro padre a una muerte segura.

—Que muera por mi mano antes que por la de los sarracenos.

—Escuchad, vuestro padre ayudó en otro tiempo al mío a salir de un mal paso...

Ante la sorpresa del marqués, Casiopea le explicó cómo Morgennes había conseguido escapar de los mamelucos encargados de custodiarle gracias a Guillermo de Montferrat y a dos valerosos francos.

—Dadme una hora o dos, el tiempo de ir a hablar con Saladino.

—¿Y cómo cruzaréis sus líneas?

—Tengo un salvoconducto que lleva la firma y el sello del sultán.

El marqués se mordió los labios. Aquello podía funcionar. Pero ¿tenía derecho a cambiar de estrategia cuando acababa de decir a los habitantes de Tiro que estaba dispuesto a arriesgarlo todo por salvar su ciudad?

—Escuchad —añadió Casiopea—, solo necesito unas pocas horas, el tiempo suficiente para encontrarme con Saladino. El me escuchará. Y si Dios quiere, indultará a vuestro padre...

—Sin duda os escuchará, dada la naturaleza de los lazos que os unen, pero ¿por qué iba a concederos la vida de mi padre?

Casiopea miró alrededor. No quería que lo que iba a decir pudiera ser captado por oídos malévolos.

—Yo salvé a su hijo. Durante el asedio de Jerusalén.

—¿Vos? ¿Así que sois responsable de la caída de nuestra santa ciudad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero, en fin, ¿en qué bando estáis en realidad?

—En ninguno en particular, me temo. O, en todo caso, en el de mi padre. Pero dejemos estos asuntos de familia y dadme hasta completas. Si de aquí a entonces no tenéis noticias mías, atacad y rezad por mí.

—¿Cómo sabré que habéis tenido éxito?

—Hallaré un modo de avisaros. En el mejor de los casos, será vuestro padre quien os lo haga saber. En el peor, será mi halcón.

Montferrat parecía a punto de aceptar, pero el ruido de los hombres preparándose para el combate le hacía dudar.

—Os lo ruego, aunque solo sea por una vez, conceded una oportunidad a la vía diplomática. ¡Dadme un voto de confianza! —prosiguió Casiopea, agarrándole de las manos y dirigiéndole una mirada suplicante.

—Solo por esta vez, pues —concedió Montferrat.

—No tenéis nada que perder —concluyó ella.

Y luego, volviéndose hacia Simón, dijo:

—¿Vienes?

—Evidentemente.

—¡Y yooo tambiéeen! —gritó Rufino, pero rectificó enseguida—: ¡Yo también!

Casiopea, Simón y Rufino saludaron a Montferrat, sin saber si volverían a verle, y luego se mezclaron entre la masa de soldados que salían. Nadie se había fijado en que Billis y el Caballero Verde no habían apartado la vista de Casiopea durante toda la conversación con el marqués de Montferrat. Y cuando los tres hubieron abandonado la gran sala, Billis dijo en voz muy baja:

—Es su espada, es *Crucífera*...

Por toda respuesta, el extraño caballero se contentó con inclinar la cabeza, como si reaccionara a las órdenes de un invisible titiritero.

Capítulo 14

A menudo no puede reconocerse en el heredero quién fue su padre.
Chrétien de Troyes,
Guillermo de Inglaterra

Casiopea y Simón solicitaron dos caballos equipados con talegos de silla y dos ballestas con sus carcajs de virotos, y luego pidieron que les abrieran las puertas de la ciudad. Después de haber franqueado el puente levadizo entre un atronador repicar de cascos, avanzaron por una vasta extensión de arena donde sus monturas pudieron trotar a placer.

Casiopea estaba encantada con la idea de volver a ver a su tío, Saladino. Estaba tan contenta que al principio no oyó las quejas de Simón. Pero pronto se dio cuenta de que este no dejaba de moverse en todos los sentidos en su silla.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—¡Me han dado una yegua!

Casiopea contuvo la risa. Encontraba divertido que solo estuviera preocupado por el sexo de su montura cuando iban derechos hacia el enemigo.

—Deberías alegrarte, al menos no vas a pie.

—Siempre he montado sementales. ¿Quién sabe cómo se comportará esta potranca en el momento del combate?

—Hubieran podido darte una mula, o nada. Piensa en su situación. Necesitan todos los caballos de que puedan disponer.

Simón puso mala cara y bajó la vista.

—Cuidado —murmuró Casiopea.

Con las manos en alto para indicar que iban en son de paz, Casiopea explicó en árabe a los mamelucos que les amenazaban con sus lanzas que tenía un salvoconducto con el sello del propio Saladino.

—Muéstramelo —exigió uno de ellos.

Lentamente, bajó la mano derecha hacia su limosnera y sacó el famoso sésamo.

—Ve a decir a tu sultán que su sobrina está ansiosa por abrazarle —dijo al mameluco mientras este lo examinaba.

Viendo que el mameluco no se mostraba muy dispuesto a obedecer, Rufino —al que Casiopea había introducido parcialmente en uno de los talegos— le espetó:

—¡Apresúurate o acabarás como yooo!

Los centinelas salieron a escape y corrieron a anunciar a los mamelucos apostados ante la tienda de Saladino que una joven que afirmaba ser sobrina del sultán deseaba saludarle.

—¿Lleva velo? —inquirió Saladino.

—No, excelencia —balbució uno de los centinelas hincando la rodilla en el suelo.

—¡Entonces es Casiopea! ¡Que venga, por Alá!

Un versículo del Corán más tarde, tío y sobrina caían el uno en brazos del otro.

—¡Has mantenido tu palabra! Has vuelto a buscar a Morgennes —dijo Saladino apretando, emocionado, a su sobrina contra su pecho.

—Y a Taqi, amado tío.

Al oír el nombre de su sobrino, Saladino no pudo evitar que asomara a su rostro una sonrisa de lo más enigmática.

—Estos últimos tiempos —continuó Saladino— he rezado mucho por él. Igual que por Morgennes.

Casiopea se preguntó si debía decirle que Morgennes era su padre, pero prefirió abstenerse de hacerlo por el momento. «Ya encontraré una ocasión más propicia para informarle», pensó mirando a su tío, que parecía muy turbado. Saladino no dejaba de mesarse la barba, prueba de que tenía una importante decisión que tomar o alguna noticia penosa que anunciar.

—¿Sabes?, como se dice en la septuagésimo octava sura del santísimo Corán, los que han ido a parar al infierno «permanecerán siglos en él sin probar frescor ni bebida, fuera de agua muy caliente y hediondo líquido. Esa será una retribución equitativa».

—¡Razón de más para sacarlo de allí cuanto antes!

Saladino meneó la cabeza y se acarició la barba de nuevo.

—¿Realmente tenemos derecho a hacerlo? —preguntó en una mezcla de *lingua franca* y árabe—. ¿No es ese un orgullo excesivo, mi muy querida Casiopea?

Y la miró fijamente con sus ojos grises.

—Se trata de Morgennes —replicó ella con voz temblorosa—. ¡Salvó a vuestro hijo!

—Según el santísimo Corán —prosiguió Saladino—, Morgennes debería encontrarse ante una de las últimas siete puertas del infierno. ¿Será la sexta puerta, la de la hoguera, que Alá destina a los infieles? Es posible.

—¿Qué historia es esa? —preguntó Simón—. La última vez había tres regiones y cinco ríos, ¿y ahora son siete puertas?

Saladino no le dirigió ni una mirada, y continuó como si nadie hubiera hablado.

—Muchas cosas son posibles. Las únicas puertas que, para mí, quedan excluidas son la primera y la última, reservadas a los musulmanes y a los hipócritas. Porque Morgennes solo fue musulmán un tiempo, y ciertamente nunca fue un hipócrita...

—Esto por lo que hace a Morgennes —dijo Casiopea, sintiéndose de pronto muy sola—. Pero ¿qué me decís de Taqi?

—¡Ah, Taqi! —exclamó Saladino con ternura mientras miraba a su hijo con el rabillo del ojo—. Mi querido Taqi... Creo que Alá lo tiene bajo su santísima protección, de modo que alegrémonos por él.

—¿Qué queréis decir?

—Taqi... —prosiguió Saladino mientras se peinaba la barba con los dedos—. Debes saber que no es la primera vez que muere, si es que puedo expresarlo así. Ya hace mucho, mucho tiempo...

Y el sultán explicó a Simón, Rufino y Casiopea cómo, en el mes de diciembre de 1169 —para hablar como los franjis—, Taqi no había vuelto de una misión que debía ejecutar, con las tropas de élite del Yazak, en la tumba de san Jorge.

—Se trataba de impedir que el rey Morri (así llamaban los sarracenos a Amaury I de Jerusalén) pudiera hacerse con la espada de san Jorge —explicó Saladino sin darse cuenta de que la espada que llevaba Casiopea era justamente *Crucífera*—. A la cabeza de una tropa de élite, Taqi se presentó ante la tumba del santo, en los arrabales de Lydda... Fueron aniquilados por soldados llegados del reino de las Sombras.

El sultán tomó un trago de agua de un simple vaso de estaño y miró a lo lejos, con los ojos empañados en lágrimas. Sin embargo, hubiera sido difícil afirmar que evocaba recuerdos penosos. Sus relaciones con Amaury y luego con Balduino IV de Jerusalén, su juventud, la de Taqi, los últimos días de su tío Shirkuh el Voluntarioso, la conquista de Egipto..., toda esa época tal vez había sido, en el fondo, la mejor de su vida. Los franjis iban a ser expulsados de Tierra Santa. Y con todo, sin que supiera explicar por qué, Saladino ya los añoraba. «Qué lástima que no supiéramos tejer lazos de amistad...»

Vació su vaso y continuó su historia.

—Yo estaba en El Cairo, tratando de consolidar mi poder, cuando oí aullidos de dolor. Gritos de mujeres, sobre todo, porque todas las mujeres amaban a Taqi. Y luego también gritos de hombres, porque muchos hombres le apreciaban. ¿Sabes que fue tu primo quien frustró la tentativa de tomar el poder fomentada por los hombres de Morri y los coptos, poco después de que yo fuera nombrado visir de Egipto?

Esta última pregunta en realidad no era tal, de modo que Casiopea no respondió. Por otra parte, no tenía ninguna gana de confesar a Saladino que sabía más o menos todo lo que se podía saber —desde el bando de los insurgentes— de esta tentativa de golpe de Estado, ya que su madre había participado en ella.

—Lo recuerdo... Su cuerpo en brazos de Tughril, mi más fiel guardia de corps. ¡Cuánto lloré! ¡Cuánto grité! Y luego, cuando lamentablemente, en mi dolor, había dejado pasar la hora de la oración, oí latir su corazón... Ahí, bajo mi oreja, en su pecho... ¡Su corazón palpitaba! Taqi estaba vivo. ¡Oh, mi querido Taqi! ¡Alá, gloria a El, no había permitido que murieras!

Saladino hablaba ahora con emoción, sin darse cuenta de que su hijo le escuchaba

con un punto de tristeza, y tal vez también de celos.

—Yo te sostenía la mano, roja por la sangre de tus enemigos. La cubrí de besos, la besé con fervor como si mis labios pudieran transmitirte las fuerzas que te faltaban para levantarte... Y en verdad, eso fue lo que ocurrió. Mientras le besaba las manos, Taqi volvió a abrir los ojos y me preguntó: «¿Dónde estoy, tío? ¿He fracasado?».

Saladino se sirvió otro vaso de agua clara, tan fresca que no tuvo necesidad de añadirle una cucharada de nieve del Hermón.

—Todo esto para decirte, mi queridísima sobrina, que Taqi es más de lo que parece. Su viaje al más allá lo ha metamorfoseado en ángel, pondría la mano en el fuego. En fin, no —rectificó Saladino—. No en el fuego. ¡Es demasiado peligroso ahora que Sohrawardi me ha traicionado y ha invocado a los *djinns*!

Casiopea esbozó una sonrisa un poco triste al oír el nombre de ese nigromante. A él debía Rufino haber sobrevivido a su decapitación. Y a él debía también Casiopea la muerte de su padre, pues en el combate que había enfrentado a Morgennes con Reinaldo de Châtillon por la posesión de la Vera Cruz, Sohrawardi había invocado a los *djinns*, lo que había conducido a que el Pozo de las Almas, donde ambos habían caído, se inflamara. Luego recordó su viaje al fondo del Vesubio, y cómo allí había creído ver a Taqi entre las llamas... Pero decidió no hablar de aquello por el momento.

—¿Habéis visto a Guyana de Saint-Pierre? —prefirió preguntarle a Saladino—. ¿Esa a la que franjis y mahometanos llamaban «la mujer que no existe»? ¿Vuestra prima?

Saladino sonrió, como si Casiopea le hubiera preguntado si había visto un fantasma. En realidad, si la madre de Casiopea había recibido ese sobrenombre, había sido porque era el fruto de la unión ilícita de Leonor de Aquitania y Shirkuh el Voluntarioso. Furiosos, Luis VII y Nur al-Din habían llegado entonces a un acuerdo que estipulaba que su existencia no sería reconocida oficialmente hasta que hubiera elegido su religión: musulmana, como su padre, o cristiana, como su madre. Así, mientras llegaba el momento, la niña no era más que un rumor, condenada a habitar en una especie de prisión situada en El Cairo de los fatimidas. Allí había encontrado a Morgennes, al que había ayudado a escapar de sus carceleros mientras seguía aún sin haber elegido su fe.

—No he tenido ese honor —confesó Saladino—. ¿La estás buscando?

—Sí y no. Para no ocultaros nada, es ella quien me busca a mí.

—Si nuestros caminos se cruzan, le diré que te he visto. ¿Quieres que le transmita un mensaje de tu parte?

—Decidle que busco a Morgennes. Y que voy a Jerusalén. Que interroge allí a Masada, el antiguo comerciante de reliquias judío. Creo que se ha establecido en la leprosería, donde se ocupa de los enfermos. Le dejaré instrucciones.

—Muy bien.

—¿Y los muhalliq? ¿Aún forman parte de vuestros ejércitos?

—No. Al ver que llegaba el invierno, prefirieron volver a su desierto. Sin duda estarán en alguna parte del lado de Damasco. Es una verdadera lástima, porque necesito guerreros...

Hubo un breve silencio, durante el cual Casiopea se dijo que había llegado el momento de confesar a Saladino el verdadero objeto de su visita. Tosió, detrás del puño cerrado, para disimular su embarazo, y luego se lanzó.

—Excelencia, a decir verdad, independientemente del inmenso placer que siento al veros de nuevo, no he venido solo para hablar de Taqi. Ni tampoco de Morgennes; aunque uno y otro constituyan la razón de mi vuelta a Tierra Santa.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Quisiera que liberarais a Guillermo de Montferrat.

—¿Al viejo marqués? ¿Al padre de Conrado?

—Sí.

—Su hijo me está causando muchos problemas —dijo Saladino después de tragar un pistacho—. Parece haber recuperado el mando, y no quiere devolverme Tiro.

—Me ha jurado que está dispuesto a disparar contra su padre y a demoler la ciudad piedra a piedra antes que aceptar vuestro trato.

—¡Qué triste!

—Os lo ruego, liberad a su padre. Es un hombre de bien, y os estará agradecido por ello. Conrado nunca olvida una ofensa, pero tampoco un favor. ¿Quién sabe? Tal vez tengáis necesidad de él en el futuro.

—¡Lanzó mis banderas a las fosas de Tiro!

—Exacto. El no espera nada de vos. Un gesto generoso de vuestra parte tendrá, por tanto, aún más peso. ¡Os lo suplico!

Simón y Rufino permanecían en silencio, pero no apartaban los ojos de Casiopea y, a través de la oración, se unían a sus esfuerzos.

Después de haber reflexionado largo rato, Saladino sacudió la cabeza.

—No...

Casiopea abrió la boca, pero él la conminó a guardar silencio.

—No ordenaré que den muerte a Guillermo de Montferrat —prosiguió—, pero tampoco le devolveré su libertad. En todo caso, no enseguida...

Saladino dio unas palmadas para llamar a un mameluco.

—Tráeme a Guillermo de Montferrat —ordenó.

Un puñado de pistachos más tarde, dos guardias entraron en la tienda del sultán escoltando al viejo marqués de Montferrat, que seguía con los pies y las manos encadenados.

—Desatadle —dijo Saladino.

Los guardias liberaron al prisionero, que se frotó las pantorrillas y las muñecas sin apartar la vista de Casiopea.

—Gracias —murmuró dirigiéndose a Saladino—. ¿Debo entender que soy libre?

—Libre de moverte a tu gusto bajo mi tienda —replicó el sultán—. Pero no de salir de ella. En cuanto franquees su umbral, recuperarás tus cadenas.

—Entonces, con vuestro permiso, me quedaré un poco... Pero ¿con quién tengo el honor de tratar? —preguntó mirando a Casiopea, Rufino y Simón.

Saladino presentó a Casiopea como su sobrina, y a Rufino y a Simón como dos amigos de esta.

—Nos conociiimos en otro tiempo —chilló Rufino, tratando de refrenar su torturador fraseado—. Yo era obispo de Acre. Mi padre se llama Heraclio, y era el patriaarca de Jerusalén.

—Ah, sí. Os recuerdo —dijo Guillermo de Montferrat—. Habéis... humm... cambiado mucho.

—Oh sí, por desgracia —dijo Rufino bajando los ojos.

—En cuanto a mí —intervino Simón—, soy el nuevo conde de Roquefeuille.

—¿El emblema de vuestra familia no es un oso enhiesto? —preguntó Guillermo de Montferrat inclinándose hacia él.

—Gules, sembrado de granos de sal de plata, con oso de sable.

—Entonces conocí a vuestros hermanos. Valerosos muchachos... Uno de ellos era templario, si no recuerdo mal.

—Yo también lo era —dijo Simón.

—Ah. ¿Y ya no lo sois?

—Os lo he dicho. Soy el nuevo conde de Roquefeuille. Todos mis hermanos han muerto, y mi padre también. Alguien tiene que ocuparse de nuestros dominios, motivo por el cual dejé la orden...

Finalmente Guillermo de Montferrat se dirigió a Casiopea.

—¿No fuisteis vos quien danzasteis, bajo esta misma tienda, poco después de la batalla de Hattin?

—Era yo, en efecto.

—Pues debéis saber que desde la pérdida de la Vera Cruz, solo vuestra danza ha conseguido aplacar mis sufrimientos. Mi corazón no ha encontrado ningún recuerdo más hermoso al que aferrarse para tratar de no hundirse... Pero, ya que tenéis aspecto de ser tan franca como musulmana, ¿puedo preguntaros por qué milagro os encontrabais bajo esta tienda bailando para Saladino?

—Tenéis razón, tengo orígenes mezclados —repuso Casiopea, sin precisar cuáles—. Y si dancé bajo esta tienda fue porque había hecho una apuesta...

—¿Cuál? —inquirió Saladino.

—Había apostado con Taqi que los francos ganarían.

—Y por desgracia perdisteis —dijo Guillermo de Montferrat.

—Por desgracia para vos —le corrigió Saladino.

—Para pagar mi apuesta, Taqi me pidió que distrajera a los prisioneros con una danza.

—Y vos realizasteis una proeza —admitió Guillermo de Montferrat—. Porque, mientras la danza duró, olvidé la pérdida de la Vera Cruz...

Bajo la tienda se creó un ambiente de cierto malestar, que Saladino disipó.

—Noble y buen señor —le dijo a Guillermo—, no puedo permanecer insensible a vuestra nobleza y a la intrepidez de Conrado. Debéis de haber sido un padre excepcional para tener semejante hijo. Por eso tengo una oferta que haceros...

Al ver que Guillermo no preguntaba cuál, Saladino prosiguió: —Os propongo que fijéis vos mismo el importe de vuestro rescate.

—¿Que lo fije yo mismo? Pero, diablos, ¿y qué cifra se supone que debo dar?

—¿Cuánto valéis?

—¿Para mi hijo? Mucho, supongo.

—Decid una cifra.

—No quisiera abusar...

—Concededme ese gusto —dijo Saladino levantando la mano—. Confío en vuestro criterio.

Guillermo de Montferrat cerró los ojos y se concentró un instante.

—Doscientos mil besantes de oro —dijo finalmente.

—¡Increíble! —exclamó Simón.

Saladino y Guillermo de Montferrat le miraron sin comprender.

—Me parece una estimación justa —declaró el sultán—. Muy bien, que informen a Conrado del importe del rescate pedido por su padre —dijo volviéndose hacia el cadí Ibn Abi Asrun.

—Gracias, tío —dijo Casiopea a Saladino—. Que Alá os guarde. Sois de verdad el Clemente al que aclaman vuestros súbditos.

—Lo que hago, lo hago por ti —declaró el sultán—. Y con la vana y orgullosa esperanza de inspirar a Alá. Porque si yo soy capaz de hacer un favor a uno de mis peores enemigos, tal vez el Altísimo haga lo mismo con ese caballero Morgennes que tanto interés tienes en salvar.

—Gracias de nuevo, queridísimo tío —dijo ella inclinándose profundamente.

Sin embargo, Casiopea sentía cierta amargura al pensar que Saladino no haría nada más para ayudarla a salvar a su padre. En definitiva, las conversaciones mantenidas no habían acabado en un éxito rotundo ni tampoco habían fracasado del todo. El hecho era que no matarían a Guillermo de Montferrat.

Saladino dio orden de enviar al viejo marqués a prisión a Damasco, donde esperaría a que pagaran su rescate.

—No creí que un día fuera a costarle tan caro a mi hijo —suspiró Guillermo lanzando una última mirada a Casiopea—. En todo caso, esto me ha permitido volver a veros.

—El placer ha sido todo mío —dijo Casiopea.

Guillermo de Montferrat ya se disponía a volver a sus cadenas cuando se giró bruscamente hacia Casiopea.

—Por cierto, si buscabais vuestro pañuelo, fui yo quien se lo quedó —confesó.

—¿Mi pañuelo? —preguntó Casiopea, que no entendía a qué aludía el viejo marqués.

—El pañuelo con el que danzasteis. Os lo robé para tener un recuerdo. Antes de utilizarlo para ayudar a un amigo a huir...

—¿Quién era, decidme? —preguntó Casiopea, que recordaba muy bien que había recuperado ese pañuelo del cuerpo de Morgennes antes de volver a perderlo de nuevo y encontrarlo finalmente enrollado en torno al brazo de Masada.

—Morgennes. ¿Le conocéis?

Casiopea dudó un instante, pero ante la expresión de remordimiento y esperanza que se reflejaba en el rostro del anciano Guillermo de Montferrat, murmuró, confiando en que Saladino no la oyera:

—Era mi padre.

—¿Era?

—Ha muerto.

Guillermo de Montferrat inclinó la cabeza, para indicar que había comprendido, y se dirigió hacia la salida de la tienda, donde se volvió de nuevo por última vez.

—Hacéis mentir a Chrétien de Troyes cuando escribió: «A menudo no puede reconocerse en el heredero quién fue su padre» —le dijo a media voz—. Sabía que me recordabais a alguien. Ahora sé a quién, y me siento feliz de saber que un hombre como él sigue existiendo. A través de vos...

Capítulo 15

Amor es de detestable linaje; ha matado sin espada a miles de hombres. Dios no pudo crear a hechicero más terrible —¡escuchad!—, a ninguno más capaz de hacer un loco del sabio retenido en sus lazos.

Marcabré,
Invectivas contra «Falso Amor»

Gracias al salvoconducto que le había entregado Saladino, Casiopea y Simón pudieron atravesar con toda tranquilidad un vasto territorio que había caído en manos de los musulmanes. Su intención era alcanzar Jerusalén, ya que allí había muerto Morgennes. Allí había caído en el Pozo de las Almas, y allí le había seguido Taqi hasta los infiernos.

Casiopea volvió a pensar en lo que le había contado Saladino acerca de Taqi.

Cuando estuvo segura de que nadie les espiaba, sacó de su talego el cuadrito que le había dado el marqués de Montferrat. Evidentemente, Taqi no había reaparecido. «Taqi —murmuró—. ¿Dónde estás? ¿En los infiernos, con mi padre? ¿O en algún lugar en torno a nosotros?»

Al pasear la mirada por las llanuras desoladas que ella y Simón atravesaban, solo vio sucesiones de campos asolados por la guerra, punteados de trecho en trecho por construcciones e iglesias en ruinas, quemadas.

Como aún era invierno, no se veía un alma. Los campesinos volverían en primavera, para labrar los campos. Probablemente los mismos que en la época del rey Guido de Lusignan. Campesinos que trabajarían la tierra como lo habían hecho sus padres antes que ellos, y que pagarían más o menos las mismas tasas que antes, pero ahora en beneficio de un nuevo soberano llamado Saladino.

Casiopea guardó el cuadrito en su talego y sacó el pergamino que su madre le había hecho llegar poco después de su vuelta de Tierra Santa. Lo había leído y releído tantas veces que se lo sabía de memoria. «De hecho —se preguntó—, ¿para qué voy a leerlo de nuevo?» No tenía necesidad de desenrollarlo para volver a ver la escritura de su madre y saber lo que decía:

Mi querida y dulce Casiopea:

No siempre he sido una buena madre. Lo sé, y te pido que me perdones si es que es posible algo así. Todos estos años pasados junto a ti y tus padrinos, Gargano y Chrétien de Troyes, han sido los más hermosos de mi vida. Verte crecer me ha hecho feliz, y nunca olvidaré tu rostro de niña cuando Gargano te enseñaba a hablarle a Cocotte. ¿Sigue contigo aún? ¿Sigue acompañándote

siempre a todas partes, velando por ti desde los cielos? A menudo pienso en esa ave cuyo huevo eclosionó el mismo día de nuestro encuentro con Chrétien de Troyes.

Nuestro querido Chrétien, que muere lentamente de soledad, vejez y melancolía. No sé si estás enterada de esta triste noticia. Si no es el caso, perdona la brutalidad con que esta información te llega y apresúrate a volver si quieres tener una oportunidad de abrazarle antes de que se reúna con el Señor. Si es el caso, quiero decirte que comparto tu dolor. Chrétien de Troyes es, con Gargano, mi único amigo aquí. En esta tierra fría y austera, tan diferente de mi Próximo Oriente natal.

Desde que te fuiste, tan joven, a aprender el oficio de las armas a Constantinopla, la vida me resulta insípida. Iluminar los manuscritos de este buen Chrétien de Troyes ya no basta a mi felicidad. Por otra parte, nunca bastó, y hoy todo me parece insulso.

Mis especias, mi sal, eras tú.

Por más que hubiera mucho de tu padre, de tu pobre padre, en ti.

Nunca te dije por qué le había abandonado ni quién era.

Hacia el final de esta carta encontrarás su auténtico nombre.

Porque he acabado por enterarme, a través de Felipe de Alsacia, de que Chrétien te había enviado en busca del inspirador del personaje principal de su última novela, Perceval o el cuento del Grial. En el curso de los años he aprendido a leer los silencios de nuestro querido Chrétien de Troyes y a comunicarme con él a través de sus obras. Sospecho que en otro tiempo conoció a tu padre. Aunque, por una razón que desconozco, nunca me habló de él.

Pero lo que no me dijo lo percibí entre las líneas de sus libros, y me parece bien que —porque te amaba como a la hija que nunca tuvo— optara por revelártelo.

Al enviarte en busca de su personaje...

Ya ves, hija adorada, que no existe el azar. Yo misma, al pintar los retratos de ese valeroso Perceval en busca del Grial, no dejaba de pensar ni un momento en tu padre.

Y no dudo —conociéndote— de que conseguirás encontrarlo. En algún lugar de Tierra Santa, en busca de no sé qué improbable Grial, tratando de realizar lo imposible. Triunfando ahí donde todos fracasaron.

Tal vez ya le hayas encontrado.

Os imagino, el uno en brazos del otro, felices de haberos reunido por fin.

Me hubiera gustado tanto que fuéramos una familia; y no solo una mujer y su hija en esta orilla del Mediterráneo, y un valeroso caballero perdido en la otra orilla.

Pero es un sueño irrealizable. Nunca podré perdonar a tu padre lo que me hizo en esa época, y como ahora eres una mujer, ha llegado para mí el momento de abandonar el mundo.

He decidido entrar en el convento.

Habiendo vivido toda mi adolescencia en un pequeño jardín rodeado de muros, aspiro a encontrar en el fin de mi vida aquello que meció las primicias. Lo que deseo hoy es acabar mis días cerca de ese dios al que finalmente he aceptado como mío, ese al que los cristianos llaman simplemente Dios. «Ve hacia la cruz», decía a menudo tu padre.

Voy hacia ella.

Pero antes —sé que Dios me perdonará— deseo volver a verte.

Si no pudiera estrecharte por última vez entre mis brazos antes de retirarme del mundo, sería yo quien no me lo perdonaría.

Sé que si lees esta carta, significa que estás en Flandes.

Si es así, debes saber que yo estoy en Tierra Santa.

Regresa a ella si deseas volver a verme. O quédate en Flandes si no deseas que nuestros caminos se crucen de nuevo.

Pero si vienes a Tierra Santa, estoy segura de que te encontraré.

Ve a Jerusalén, ve a Damasco.

Interroga a Saladino. Tal vez él sepa decirte dónde estoy. Después de todo es tu tío, y mi primo hermano.

Solo me quedan dos cosas por escribirte. Antes que nada, quiero que sepas que eres la hija que siempre soñé tener. Más aún. Eres la que ha reescrito mis sueños y me ha permitido llevarlos hacia nuevas cimas.

Y por último, ya es hora de que te explique de una vez que el personaje que Chrétien de Troyes te pidió que encontraras, ese Perceval, es tu padre.

No tengo derecho a privarte de él.

Perceval es Morgennes.

Y Morgennes es tu padre.

Te quiero y siempre te querré. Tu madre,

Guyana, llamada de Saint-Pierre

Casiopea cayó de nuevo en la letargia que la había invadido cuando había leído esta carta en el condado de Flandes. Se sentía culpable, culpable de no haber sabido reconocer en Morgennes a su padre. Sin embargo, la primera vez que le vio, había creído ver un fantasma. ¿Significaba eso que le había reconocido sin saberlo? ¿Por qué no se había arrojado entonces a sus brazos? Y sobre todo, ¿por qué no había partido en busca de su padre? ¿Se podía ser sorda y ciega hasta ese punto, privada de corazón y de todo lo que hace que un ser perciba, sienta?

Perdida en este laberinto de preguntas, tardó un poco en darse cuenta de que

Simón le estaba hablando.

—Lo que no comprendo —decía— es por qué tu madre no te dijo adonde iba.

—Me lo dijo.

—Todo lo que dijo fue que se dirigía a Tierra Santa. No es muy preciso.

Casiopea levantó la mirada en busca de su halcón. Cuando lo vio volando bajo una nube gris acero, respondió a Simón:

—No podía serlo más. Pero también sabemos que vino aquí para volver a verme, y que está segura de encontrarme en cualquier lugar de Tierra Santa donde me halle.

—Y en ese caso, ¿dónde está? —preguntó Simón sarcásticamente, volviéndose en su silla.

—Tal vez no muy lejos.

—Si tú lo dices...

Casiopea explicó que su madre había sido siempre profundamente independiente, y que le había enseñado a arreglárselas sola, sin perder el ánimo, en cualquier circunstancia.

—Mi madre ha tenido que pasar por fuerza por Jerusalén, Damasco y el Krak de los Caballeros... Sé que, gracias a Chrétien de Troyes, trabó relación con el jeque de los muhalliq, y sabemos que mi padre era amigo de Alexis de Beaujeu. ¡Que el diablo me lleve si no ha dejado en uno u otro de estos lugares, a una u otra de estas personas, un mensaje dirigido a mí! ¡Estoy segura de que la encontraremos!

Simón refunfuñó y acarició distraídamente el olifante que llevaba colgado al cuello, el olifante que había cogido, el verano precedente, del cadáver de un hospitalario encargado de escoltar el rescate de la Vera Cruz. Para él, la permanencia de los francos en Tierra Santa, la defensa de la tumba de Cristo, la aniquilación de los musulmanes, todos esos suntuosos proyectos habían terminado. Lo único a que aspiraba, ahora que su padre había muerto y que él era el último de los Roquefeuille, era a fundar una familia y darse un heredero; varón, por descontado.

—Casiopea —empezó como si le divirtiera pronunciar su nombre por el placer de oírlo resonar en el aire—. Casiopea, yo...

—Lo sé —le interrumpió ella.

—¿Sabes lo que voy a decirte?

Simón detuvo a su yegua.

Casiopea le imitó y se volvió en su silla para mirarle.

—Sí. Y es no. No ahora.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando haya encontrado a mi madre. Y cuando mi padre...

—¿Quieres su consentimiento?

Casiopea sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—Los necesito —dijo—. Es demasiado pronto... Sobre todo le necesito a él.

Necesito saber que no está en el infierno. Necesito decirle quién soy para él.

—Te prometí que te ayudaría a salvarlo. ¿No estoy aquí, a tu lado? ¿Creyendo en ti? ¿Tranquilizándote cuando dudas? Mira a Chefalitone, por el que tanto hemos dado, ¿está aquí? ¿Y Montferrat? Tú salvaste a su padre. ¿Se ha unido a nosotros? No. Prefirió salvar su ciudad. ¿Y Saladino? Dice que Taqi está salvado y que tu padre... ¡merece su destino!

—El no sabe que es mi padre.

—Tanto da. Dice que Morgennes merece su destino, lo que para el caso es lo mismo.

—Si le hubiese dicho que Morgennes era mi padre, habría hecho todo lo que estuviera en su mano para ayudarnos.

—Entonces, ¿por qué no se lo dijiste?

—No quería ponerle en un aprieto.

—¿Ponerle en un aprieto? ¿A él, el Jefe de los Ejércitos, el Ornamento del Islam, el Protector de las Criaturas, el Asociado a la Dinastía...?

—Para, ¡es mi tío! Te prohíbo que te burles de él.

—¡Cree que Morgennes merece su destino!

Casiopea acusó el golpe y bajó los ojos. Se puso a jugar con las riendas de su yegua, mientras le daba vueltas en la cabeza a la torturante idea de que Saladino tal vez no estuviera equivocado. «Mi búsqueda es insensata... Imposible e insensata...»

—¿Quién te dice que no tiene razón? —preguntó.

—Si tiene razón, ¿qué hacemos aquí?

Nuevo silencio de Casiopea. ¿Tenía derecho a privar a Simón de sus herederos? ¿A arrastrarlo a una tierra en manos de los musulmanes, a llevarlo al infierno? ¿Acaso un hombre que se atrevía a acompañarla en semejante viaje no era el mejor amigo con que pudiera soñarse?

—Te pido perdón. Soy injusta contigo. Pero es que tengo miedo. Miedo de lo que va a pasarnos...

Simón pareció dudar. Su montura ejecutó unos pequeños pasos de danza —tres pasos hacia atrás, dos adelante— como si su jinete no supiera adonde conducirla.

—Muy bien —dijo—. Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Volver a atravesar el Mediterráneo?

—No quiero seguir imponiéndote nada. Pero quiero encontrar a mi madre y enterrar a mi padre. Ocurra lo que ocurra, incluso si está en los infiernos, su cuerpo merece una sepultura.

—Soy de la misma opinión. De modo que te acompaño.

—Yo no te lo he pedido.

—No lo hago solo por ti. También es por Morgennes. Si es eso lo que te preocupa, debes saber que no me debes nada.

Simón no pudo evitar mirar a Casiopea. Su rostro era indescifrable. ¿Era feliz? ¿Desgraciada? Imposible decirlo. Pero, en todo caso, sus ojos no estaban llenos de amor. De simpatía, tal vez. Pero, sin duda, no de amistad. En el peor de los casos, podía leer piedad en ellos.

Y en ese momento empezó a odiarla.

Capítulo 16

La Gehena les bastará como fuego.

A quienes no crean en nuestros signos los arrojaremos a un fuego. Siempre que se les consuma la piel, se la repondremos, para que gusten el castigo.

Corán, IV, 55 56

Al sur de Jerusalén, en el valle de la Gehena, un fuego arde desde la noche de los tiempos. Este fuego aterrador, cuyos furores han teñido de negro y amarillo la muralla sur de la ciudad, sirve de vertedero a los hierosolimitanos.

Allí abandonan su basura: mobiliario viejo, restos de comida, excrementos e incluso, si llega el caso, un criminal o dos, condenados a asarse. La leyenda cuenta que, en otro tiempo, los sacerdotes quemaban vivos en este lugar a niños que sacrificaban al dios Moloch.

Así, este fuego, que no se ha apagado nunca en algo más de tres mil años de incandescencia, era para los viajeros una referencia que anunciaba la proximidad de la ciudad. Como está escrito en Isaías, «el pueblo que caminaba en las tinieblas vio una gran luz». Y eso vieron Simón y Casiopea cuando llegaron a los arrabales de la ciudad tres veces santa poco después de la oración de el-Icha, la de la segunda hora de la noche.

Los gritos de los muecines se mezclaban con las tinieblas, llevando consuelo a los hombres, diciéndoles: «Dios está aquí».

Lejos de sentirse atemorizadas por las llamas de la Gehena, las yeguas de Casiopea y Simón se acercaron a ellas. Sin duda esperaban calentarse un poco. Casiopea no apartaba los ojos del fuego, preguntándose si su padre se encontraría allí. Oía el crepitar de las llamas, veía objetos que se ennegrecían y se retorcían, basculando hacia un lado o el otro... «Ellos también tratan de escapar de este infierno», se dijo.

En los escasos lugares donde el fuego se había apagado, un hervidero de gusanos blancos despojaba a las osamentas de los restos de carne, limpiándolas hasta dejarlas impolutas. Luego todo eso moría cuando los empleados acudían para verter una mezcla de azufre y pez, a la que a continuación prendían fuego.

Estos empleados, reclutados en el cuerpo de zapadores, se encargaban de mantener el fuego activo. Casiopea los veía moviéndose en la sombra, equipados con guantes, cascos y gruesos trajes de cuero, manteniendo vivo el corazón mismo de la Gehena.

Muchos no hablaban. Se desplazaban en silencio, lentamente. Con gestos precisos. Se hubiera dicho que eran autómatas. Casiopea vio cómo dos de ellos

lanzaban el cadáver de una cabra, que arrancó al fuego un suspiro de chispas.

«Qué extraño lugar —pensó—, mezcla de calor y de frío, de sombra y de luz.»

—Gusanos, fuego. La noche. El frío y al mismo tiempo la quemadura de las llamas. Tal vez sea un aviso de lo que nos espera —murmuró Rufino.

Casiopea trataba de alejar a su montura de la hoguera, pero el animal —a pesar de los vapores sulfurosos— permanecía cerca de las llamas.

Avanzaban al paso, en medio de los zapadores que iban arriba y abajo, entre la Gehena y sus carretas cargadas de detritus. Casiopea les veía trabajar repitiendo gestos heredados de los jebuseos y los judíos, gestos que los romanos, luego los bizantinos y los árabes, y finalmente los cristianos y de nuevo los árabes, habían efectuado durante siglos y siglos.

Los zapadores les ignoraban, y Casiopea tuvo casi la sensación de que no existían. «¿Saben siquiera que estamos aquí? ¿Nos ven, o para ellos somos solo fantasmas?»

Se preguntó si no habría, bajo el fuego, una abertura que permitiera descender a los infiernos; pero su viaje al cráter del Vesubio le había servido de lección, y no tenía ninguna gana de aventurarse en medio de este incendio. «Además —pensó recordando las palabras de su tío—, el fuego de la Gehena está destinado a los musulmanes que han pecado. Se trata de un infierno provisional. Esta es solo la primera puerta...»

—¿Qué hacemos? —inquirió Simón.

—Hay que entrar en la ciudad y encontrar a Masada. Tal vez él pueda ayudarnos.

Simón asintió con la cabeza y dejaron atrás el fuego. Solo quedaron sus sombras, que danzaban frente a ellos sobre las murallas de Jerusalén, y el hedor sulfuroso que les calentaba la espalda.

Capítulo 17

Se dice que ciertos muertos se han mostrado, sea durante el sueño, sea de cualquier otra forma, a personas vivas. Estas personas ignoraban el lugar donde sus cuerpos yacían sin sepultura. Ellos se lo indicaron y les rogaron que les procuraran la tumba que les faltaba.

San Agustín,

De cura pro mortuis gerenda

Casiopea se cubrió los cabellos con un velo y tendió a Simón el salvoconducto firmado por Saladino.

—Es mejor que seas tú quien lo muestre a los guardias.

—¡Pero si yo no hablo árabe!

—No tendrás necesidad de hablar. Cuando vean el sello de los ayubíes, abrirán las puertas sin discutir.

—Esperémoslo.

Se dirigieron hacia la puerta de David, cuyos gruesos batientes con incrustaciones de cobre estaban cerrados. Normalmente nadie tenía derecho a entrar o salir de Jerusalén a esa hora de la noche, sobre todo en esos tiempos convulsos; pero cuando los guardias acercaron su antorcha al salvoconducto, fue un poco como si Saladino mismo se encontrara ante ellos. Después de hacer mil reverencias, ordenaron que abrieran las puertas, y las yeguas de Casiopea y de Simón entraron en la ciudad.

Las murallas se elevaban en torno a ellos como montañas, dándoles la impresión de que avanzaban por un desfiladero. La oscuridad era absoluta, y para orientarse solo disponían de la luz de las estrellas.

—¿Adonde vamos? —preguntó Simón.

—Al hospital de San Lázaro.

—¡Pero eso es una leprosería!

—La misma en la que los primeros cruzados descubrieron la Vera Cruz. O, al menos, lo que creían que lo era.

Simón pareció dudar.

—Tal vez te espere fuera.

—¿De modo que se ha acabado? ¿Ya no es aquello de «A donde tú vas, yo iré»?

Las comisuras de sus labios se elevaron para sonreír, pero volvieron a bajar rápidamente.

—Está bien. Comprendido...

Siguieron por una avenida en pendiente, entre el ruido de los cascos golpeando el empedrado. Casiopea casi no tenía necesidad de mirar hacia dónde iban; hubiera

podido llegar al hospital con los ojos cerrados. Aparte de Constantinopla, donde había aprendido el oficio de las armas, Jerusalén era la ciudad que mejor conocía. Con su torre de David y sus altas murallas, su Santo Sepulcro y su tumba de Cristo, su monte Moria y su Cúpula de la Roca, Jerusalén era un compendio de la vida de Casiopea. Una mezcla de creencias y costumbres que el tiempo y las pruebas sufridas habían soldado de tal modo que les habían proporcionado una nueva identidad y era imposible distinguir las unas de las otras.

Con su mano enguantada de cuero rozó la fachada de un edificio del viejo barrio judío, y tuvo la sensación de que la ciudad le decía: «Bienvenida a casa».

—Ya hemos llegado —dijo finalmente.

El hospital de San Lázaro se había construido durante el reinado de Carlomagno para acoger a los peregrinos que acudían a rezar a la tumba de Cristo. En el curso de los siglos, el lugar había acabado por abrirse a todo tipo de enfermos: judíos, cristianos o musulmanes. Allí se atendía a todo el mundo; a excepción de las mujeres, que eran enviadas a otra edificación donde unas monjas se hacían cargo de ellas.

Casiopea desmontó y se acercó a la pesada puerta que cerraba la entrada del hospital. Levantó un pesado aldabón en forma de serpiente enrollada sobre sí misma y lo dejó caer contra la placa de bronce. Se oyó un ruido sordo, seguido de un silencio, y luego la puerta se abrió.

—Daos prisa —les dijo una voz—. No dejéis que escape el calor.

Ataron sus yeguas a las anillas colocadas en la fachada del edificio y se apresuraron a entrar. Un caballero del Hospital, con manto negro y una cruz blanca, les preguntó qué podía hacer por ellos.

—Venimos a ver a Masada —explicó Casiopea—. Es uno de nuestros amigos. Yo me llamo Casiopea, y este es Simón.

—Conde Simón de Roquefeuille —precisó este.

—Sed bienvenidos —replicó el hospitalario—. Esperad aquí, por favor. Voy a buscar al hermano Masada.

—¿El hermano Masada?

Demasiado tarde. Sin más explicaciones, el hospitalario se marchó, después de haberles invitado a tomar asiento en un pequeño banco de madera. ¿Cuánto rato esperaron? Sería difícil precisarlo. En todo caso, Simón tuvo tiempo de sobra para aburrirse.

—¿No podría espabilar un poco?

—Es de noche —explicó Casiopea soplándose los dedos—. En realidad deberías alegrarte de que no nos hayan pedido que esperemos hasta mañana por la mañana.

—¡Solo faltaría eso!

El viejo hospitalario volvió con una jarra de agua y dos mendrugos de pan.

—Tened, restauraos. Debéis de haber hecho un largo viaje para llegar hasta aquí.

Imagino que tendréis hambre.

—Gracias —dijo Casiopea cogiendo la jarra y uno de los mendrugos.

—¿Cómo es que estáis aquí? —preguntó Simón.

—¿Qué queréis decir, noble y buen señor?

—¿No deberíais encontraros en Tiro, para ayudar al marqués de Montferrat a reconquistar Jerusalén?

Un destello de comprensión brilló en la mirada del hospitalario.

—¡Ah, ya veo! ¿Queréis saber por qué mis hermanos y yo mismo hemos sido autorizados a permanecer junto al Santo Sepulcro? Pues sabed que aquí somos útiles a todo el mundo. Cuidamos a los leprosos. Nuestra presencia se pactó con Saladino, poco después de la caída de Jerusalén. Desde luego, lamento amargamente la derrota de nuestros hermanos y la pérdida de la Vera Cruz; pero doy gracias al sultán por haber permitido que permaneciéramos aquí, cerca de la tumba de Nuestro Señor.

—Es un hombre de palabra —dijo Casiopea, antes de beber un trago de agua directamente de la jarra.

—¡Y un sabio! —precisó el hospitalario.

—Vamos, no exageréis —dijo Simón, disgustado—. También es un demonio animado de las peores intenciones. Y es, sobre todo, nuestro enemigo, consagrado a la destrucción de la cristiandad.

El hospitalario se frotó las manos.

—Cuando los francos tomaron la ciudad —dijo—, en el año de gracia de 1099, aniquilaron a todo el mundo, sin distinción de edad, sexo, raza o religión. Hubo tantos muertos que las calles desbordaban de cadáveres. Los caballos chapoteaban en la sangre.

—Eso es lo que dicen los musulmanes.

—No. Es lo que dice Guillermo de Tiro. Y no es el único...

—No veo qué relación tiene esto con Saladino.

—Porque habéis olvidado el modo como reconquistó Jerusalén. Rescató él mismo a ciertos prisioneros para que permanecieran a salvo. Autorizó a aquellos que querían abandonar la ciudad a dirigirse a Tiro o a Trípoli, y les proporcionó una escolta para que no fueran atacados por el camino. Si todos los musulmanes fueran como Saladino, me temo que ya no habría muchos cristianos...

Se escuchó un ruido de pasos en el otro extremo del corredor. La luz de un farol se acercaba balanceándose. Luego apareció un hombrecillo vestido con un sayo negro. Solo su nariz sobresalía de la capucha que le caía sobre el rostro. Una nariz que Casiopea reconoció enseguida.

—¡Masada!

—¡Casiopea!

El antiguo comerciante judío, dueño de una tienda de reliquias célebre en el

mundo entero, se arremangó la ropa con una mano y arrancó a correr.

—¡Por Nuestra Señora y por san Jorge, qué increíble sorpresa! —exclamó, tan pálido como si hubiera visto un fantasma—. ¡Es extraordinario! ¡Es milagroso!

Se abrazaron, y se miraron largamente.

—Os dejo —dijo el hospitalario—. Mandadme llamar si necesitáis cualquier cosa.

—¿Cómo estáis? —les preguntó Masada, antes de exclamar de nuevo—: ¡Qué prodigio! ¡Qué milagro!

Casiopea, que no entendía por qué era tan prodigiosa su visita, encontraba, en cambio, milagrosa la curación de Masada.

—¿Cómo va vuestra lepra?

—¡Estoy curado! ¡Gracias a Morgennes!

—Veo que habéis cambiado de indumentaria —señaló Simón.

Sin escucharle, Masada continuó:

—¡Es un santo! ¡Un taumaturgo! Gracias a él soy un hombre nuevo. Morgennes me ha transformado, me ha revelado a mí mismo.

Balbuceaba, incapaz de encontrar las palabras.

—Venid —dijo por fin—. Vamos a mi celda.

Les hizo atravesar una larga sala decorada con vidrieras, ocupada por enfermos tendidos sobre jergones colocados directamente sobre las losas. Un olor a muerte emanaba de sus cuerpos en descomposición, cuerpos privados en su mayor parte de uno o dos miembros, y en algunos casos de tres o cuatro.

—Aquí cuidamos a nuestros enfermos —susurró Masada—. No hagáis ruido...

Toses estertorosas se respondían como un eco, y aquí y allá se escuchaban algunos lamentos. Un torso se irguió, apuntó un medio codo hacia ellos y reclamó bebida.

Masada se apresuró a servirle un poco de agua en un cuenco y le ayudó a tragarla. El enfermo derramó la mitad sobre su sábana, y luego cayó en un sueño comatoso, agitado por pesadillas. El antiguo traficante de reliquias tuvo entonces un gesto que dejó a Simón y Casiopea estupefactos: besó al leproso en la frente.

—Venid —les dijo.

Sin decir palabra, Simón y Casiopea le siguieron a su celda.

Esta se componía de cuatro paredes encaladas, un jergón idéntico a los de los enfermos, un cubo y un arca pequeña. Había una cruz colgada en la pared. Y eso era todo. Ni ventana para que entrara la luz del día, ni taburete, ni mesa.

—Tenéis que excusarme. Recibo tan poco... —dijo colocando el farol en el suelo.

Casiopea le encontraba tan diferente del egoísta y gordo Masada que había conocido en otro tiempo, que se preguntaba si no había que tomarle al pie de la letra cuando decía que Morgennes le había transformado.

—No lo dudéis —le dijo Masada, como si hubiera oído sus pensamientos—. Efectivamente, soy otro hombre; pero he conservado el recuerdo de mi predecesor —añadió palmeándose el cráneo—. Del Masada que vos habíais conocido, he mantenido las deudas y el saber. Y perdido la enfermedad.

—A fuerza de besar a todos vuestros enfermos, acabaréis por recuperarla —dijo Simón.

—Tal vez sí, tal vez no. Lo indudable es que estos pobres desdichados necesitan que les amen.

Casiopea sonrió. Recordó los mil y un cachivaches que le había comprado en otro tiempo y que él le había vendido como otras tantas reliquias auténticas. A su modo, Masada seguía actuando en el terreno de lo milagroso. La única diferencia estaba en que, en lugar de vender, ofrecía. Y, curiosamente, ahora los milagros se realizaban.

—Supongo que no habéis vuelto a Jerusalén solo para tener el placer de hablar conmigo —dijo el hombrecillo—. ¿Puedo hacer algo por vosotros?

—Estamos aquí por Morgennes —explicó Casiopea.

—Oh, es eso... —dijo Masada.

—Quiero encontrar su cuerpo y ofrecerle una sepultura.

Masada parecía incómodo.

—Mi queridísima Casiopea...

—¡Era mi padre!

—¡Ah! Eso explica muchas cosas, sin duda. Por desgracia...

—No iréis a decirme vos también que se merecía su destino, o que tal vez no esté en el infierno, o que es imposible sacarlo de él, o que no hay que desafiar a los dioses...

—No, no, nada de eso, es solo que...

Se retorció las manos, cruzó y descruzó los dedos.

—Sueño con él todas las noches —confesó finalmente.

Inspiró hondo. Sus ojos estaban incandescentes, veteados de rojo.

—¿Es él, o su fantasma? No sabría decirlo. Le veo, flotando en un agua negra... Trata de hablarme. Yo aguzo el oído, pero me cuesta entenderle. Me habla desde tan lejos... Entonces intento acercarme, pero me cuesta avanzar. Como si estuviera atrapado en el lodo. Todo lo que entiendo es que grita: «¡Casiopea!». ¡No es a mí a quien llama, sino a vos! Y ahora llegáis aquí. ¡Qué prodigio, qué milagro! ¡Alabado sea Morgennes, alabado sea!

—¿Me llama? ¿A mí? ¿Por qué?

Masada abrió los brazos.

—¿Cómo podría saberlo? Pero lo cierto es que os reclama. Eso ocurre a veces, cuando un muerto está privado de sepultura.

—¿Y a mí? ¿A mí no me llama? —inquirió Simón.

—No.

—¿Estáis seguro de haberlo oído todo?

—El grita: «¡Casiopea!», y nada más.

—¿Y Taqi?

—El no grita: «¡Taqi!», y Taqi no grita, si es lo que preguntáis.

—Sea como fuere —dijo Casiopea—, hemos vuelto para enterrarle.

Una vez más Masada se retorció los dedos como si tratara de exprimirlos.

—Por desgracia, no hay ningún cuerpo que recuperar.

—¡Pero es que yo sé dónde buscar! Bajo la Cúpula de la Roca. Basta con sondear el Pozo de las Almas.

—Mi querida Casiopea, podéis creerme, eso precisamente ya se ha hecho.

—¡Quiero hacerlo yo misma!

Él la miró, con los ojos bañados en lágrimas.

—Sin duda no lo sabéis, pero el incendio que estalló en el Pozo de las Almas fue de una potencia tan devastadora que provocó el hundimiento de la roca que se encontraba justo encima. De golpe, las llamas se apagaron y el Pozo de las Almas quedó tapado.

—¿Y qué? Basta con cavar o con levantar la roca.

—Eso costó un mes de esfuerzos a un centenar de hombres. Los zapadores de Saladino trabajaron día y noche para tratar de levantarla. Lo consiguieron en parte, y eso les permitió registrar el Pozo de las Almas de arriba abajo. Podéis creerme si os digo que Saladino y Yahyah no dejaron ni una pulgada de terreno sin examinar. Por desgracia, no consiguieron encontrar nada, aparte de una importante cantidad de nafta... Ya no queda ninguna esperanza de poder recuperar nada. Todo ha quedado triturado, roído, disuelto...

—¿Y la puerta de los infiernos? ¿La que Reinaldo de Châtillon pretendía abrir con ayuda de la Vera Cruz?

—La tradición católica sostiene, en efecto, que los infiernos se encuentran en las regiones inferiores del mundo, «*in medio terrae*», en el centro de la tierra. En un magma informe, mezcla de azufre, rocas y betún en fusión, donde los condenados permanecen sumergidos por toda la eternidad sin que sus cuerpos se consuman. Pero...

Cruzó las manos, jugando con los dedos.

—Aunque los hierosolimitanos afirmen que una de las nueve puertas que conducen a los infiernos se encuentra justo bajo el Pozo de las Almas, nada ha corroborado nunca esta aserción.

—¡Vamos! —exclamó Simón—. No podéis decir eso. No vos.

—Sé de qué hablo. No olvidéis que soy un antiguo comerciante de reliquias. No será a mí a quien haya que enseñar hasta qué punto las mayores mentiras son también

las que mejor funcionan.

—Quiero ir a verificarlo por mí misma —dijo Casiopea—. Si realmente no hay ninguna esperanza de descender a los infiernos por el Pozo de las Almas o de recuperar el cuerpo de mi padre, quiero asegurarme personalmente de que es así.

—Como deseéis. Pero la explanada de las Mezquitas está vigilada. Allí no puede entrar quien quiere.

A modo de respuesta, Simón le mostró el salvoconducto firmado por Saladino.

Capítulo 18

El misterio eterno, ¿quién lo conoce? Ni tú ni yo. A este enigma que nos persigue,
¿quién lo ha vencido? Ni tú ni yo.

Detrás de la cortina, de ti y de mí, ¿quién se afana? Y la cortina se levanta, la
escena está vacía.

Ni tú ni yo.

Omar Jayyam,

Rubayat

El hombrecillo se roció el rostro con un poco de agua fresca. Parecía muy fatigado. Casiopea se dijo que no debía de dormir mucho, con todos sus enfermos. Pero si estaba cansado, no se quejaba de ello. Este Masada estaba lejos del que había acompañado a Morgennes en su búsqueda de las lágrimas de Alá, y más lejos aún del que acudía regularmente al oasis de las Cenobitas para transformar allí a sus esclavas en un remedio contra la lepra.

—¿Qué se ha hecho de Yahyah? —preguntó súbitamente Casiopea, al recordar al adolescente que Masada había comprado en el mercado de Damasco.

—No ha dejado de recorrer Tierra Santa en busca de un medio para hacer salir a Morgennes y a Taqi de los infiernos. A la cabeza de esos a los que llaman los «Diez», llegó incluso a Egipto, a Siria... Sin llegar a descubrir nunca nada, por desgracia. La última vez que le vi fue poco antes de Navidad, cuando vino a registrar el Pozo de las Almas. Le pregunté cómo le iba, y me respondió que estaba preocupado. Los asesinos no dejaban de acosarle y ya habían matado a más de la mitad de sus hombres. «Como si mi búsqueda fuera un sacrilegio o supusiera un peligro para ellos», me dijo. Lo que no le impidió preparar una nueva expedición a una tierra desconocida llamada Tenebroc, o Tartaria. «Allí ni siquiera hace falta descender bajo tierra para encontrar el infierno, porque Tenebroc es el infierno», me explicó. ¿Os dais cuenta?

Casiopea asintió con la cabeza, recordando su corta experiencia en el Vesubio. ¿Habría también torrentes de lava y erupciones en Tartaria?

—¿Y Babucha? —inquirió.

—Sigue con él.

—Es una perrita muy valiente.

—¡La más valiente que pueda existir!

Rieron, y aquello les hizo bien. En realidad Babucha era cualquier cosa menos valiente, pero la vida, el azar o la providencia le habían hecho compartir las experiencias de formidables aventureros, y aquello la había convertido, a ella

también, en una aventurera, una aventurera a pesar suyo.

—Tomad —dijo Masada sacando de su arca un pañuelo de seda negra—. Era de Morgennes; quiero decir, de vuestro padre...

Casiopea sonrió al reconocer el pañuelo con el que había bailado hacía tanto tiempo —una eternidad— para Saladino y los prisioneros francos. Había pasado por tantas manos: las de Guillermo de Montferrat, luego las de Morgennes..., antes de volver a sus propias manos, para finalmente ir a parar a las de Masada.

—No, guardadlo. Me siento feliz de saber que está aquí. Es como si mi padre estuviera aquí también, cerca de vos.

—Gracias —murmuró Masada.

Y después de colocar otra vez el pañuelo en el arca, les guió hacia la salida.

Cuando se encontraron de nuevo en el exterior, Simón se dio cuenta de que sus yeguas habían desaparecido.

—¡Han robado nuestras monturas!

—No, no —dijo Masada—. Uno de mis hermanos, sabiéndoos de visita entre nosotros, las habrá llevado probablemente a los establos. Junto a Carabas —concluyó con un guiño.

—¡Carabas, vuestro asno! ¿Cómo está? —preguntó Casiopea.

—A fe mía que más que bien para ser un asno con más de mil años.

—¿Más de mil años? —dijo Simón, sorprendido—. Creía que apenas tenía más de un siglo.

Masada se detuvo en seco y frunció las cejas.

—¿Estáis dispuestos a guardar un secreto?

—Sí —respondieron al unísono.

—¿Lo juráis?

—¡Lo juramos!

—Pues bien, en ese caso... —dijo bajando la voz—. Tengo la convicción de que Carabas conoció a Jesús.

—¿A Jesús? —dijo Simón.

—Exactamente. El Jesucristo de los cristianos, nuestro Salvador, el Hijo de Dios.

—¿Puedo preguntaros...?

—Oh, no es complicado. Era en Navidad. Los hermanos hospitalarios de la leprosería de San Lázaro quisieron instalar un pesebre, en la sala grande, para ayudar al Espíritu Santo a descender sobre los enfermos. Pero si bien un muñeco podía representar al Niño Jesús, y algunas almas caritativas a san José, María y los Reyes Magos, ¿quién podía hacer de vaca y de asno?

—¿Una vaca y Carabas? —aventuró Casiopea.

—Ya no teníamos vaca. En cuanto al asno, fue de una simplicidad bíblica, si puedo expresarme así. Apenas habíamos terminado el pesebre, la puerta se abrió sola

para dar paso a Carabas. Y aunque normalmente en esa estación la sala grande está en sombras, un rayo de luz la atravesó y le guió hasta el Niño Jesús. En realidad no es que lo necesitara para encontrarlo, pero lo cierto es que constituyó un espectáculo pasmoso. Cuando finalmente llegó a la altura del muñeco, Carabas se inclinó ante él como ante un rey. Luego, después de haber doblado las dos patas delanteras, dobló también las traseras y se instaló junto al Niño Jesús. Era una visión tan extraordinaria que muchos de nosotros lloramos. Y me creáis o no, en el mismo momento en que Carabas se sentó, las campanas del Santo Sepulcro se pusieron a tocar a arrebató. ¡Y no existía ninguna razón para hacerlas sonar! ¿No es prodigioso?

—Sí —respondieron al mismo tiempo Casiopea y Simón.

Tras intercambiar una rápida sonrisa, los tres amigos subieron por la calle del Temple, que conducía al muro de las Lamentaciones y luego a la explanada de las Mezquitas. En el momento en que se dirigían hacia una de las quince puertas que permitían acceder a ella, un guardia les detuvo.

—¡Prohibido el paso! —gritó en árabe.

Simón le tendió el salvoconducto de Saladino.

Al principio el hombre se mostró desconfiado, pero después de examinar el documento atentamente y de reconocer el sello de los ayubíes, les propuso acompañarlos.

—De este modo nadie os pondrá inconvenientes una vez estéis en la explanada.

—Muchas gracias —dijo Masada.

Las altas puertas que cerraban la entrada de la explanada de las Mezquitas se entreabrieron. Frente a ellos, la Cúpula de la Roca —que los árabes llamaban Qubbat al-Sakhra— se elevaba hacia el cielo, recogiendo en su cubierta dorada los reflejos de la noche. A su derecha, el antiguo Templo de Salomón, donde los templarios habían establecido sus cuarteles a principios del siglo, había vuelto a convertirse en la mezquita al-Aqsa.

Aparte de algunos guardias, no se veía un alma.

Casiopea sintió cierta tristeza al pensar que estos lugares por los que tantos cristianos habían encontrado la muerte volvían a ser musulmanes. «¿Para qué ha servido su sacrificio?»

A su lado, Simón, que estaba aún más nervioso, lanzó una mirada despreciativa a los soldados que montaban guardia a la entrada de la mezquita al-Aqsa y se volvió hacia Casiopea.

—Apresurémonos. No tengo ninguna gana de eternizarme aquí...

Rápidamente se dirigieron al centro de la vasta explanada —el Haram al-Sharif de Taqi— y entraron en la Cúpula.

En el interior el aire era tan frío que su aliento se convertía instantáneamente en nubéculas de vapor. Por otro lado, en el ambiente flotaba un olor a ceniza fría, nafta y

madera calcinada a pesar de que...

—Hace varios meses que se apagó el incendio —explicó Masada mientras se descalzaba—, pero hace muy poco que han levantado la roca. Por otra parte, algunos zapadores afirman que no todos los fuegos están apagados aún. Y tal vez tengan razón; este hedor parece atestiguarlo.

Simón ahogó un ataque de tos detrás de su puño cerrado.

—¿Estamos obligados a quitarnos las botas? —preguntó.

—Por favor —dijo Casiopea—. Obedece.

Simón se descalzó y empezó a quejarse del frío, que le helaba los pies.

—¡Uno se congela aquí!

—Es a causa de los muertos —le dijo el guardia.

—¿Cómo es eso?

—Los ulemas afirman que se debe a las almas que permanecen estancadas en el Pozo de las Almas, incapaces de encontrar su camino hacia los infiernos o el paraíso.

Simón contempló el lugar donde había combatido, menos de seis meses atrás, junto a Morgennes y Casiopea contra Sohrawardi y los templarios blancos.

—Parece todo tan lejano —suspiró—. Casi como si hubiera ocurrido en otra vida.

Masada les condujo hacia una inmensa cortina que obstruía el centro de la sala, y después de apartarla con la mano, les invitó a precederle por una escalera que descendía lentamente girando en torno a un andamiaje en forma de columna hueca.

—Aquí se encontraba en otro tiempo la roca de Abraham —explicó Casiopea.

—Exacto —añadió Masada—. Pero después de su caída en el Pozo de las Almas, no ha quedado más que este agujero. De modo que id con cuidado y no os acerquéis demasiado al centro...

Al contemplar el andamiaje y los polipastos que servirían para levantar la roca al nivel de la explanada de las Mezquitas, Casiopea no pudo evitar exclamar:

—¡Qué trabajo de titanes!

—Cuando se trata de religión —dijo Masada—, los hombres son capaces de ejecutar los peores horrores y también las más increíbles proezas.

La escalera se detenía unos metros más abajo, al pie de una inmensa roca suspendida en el aire por unos imponentes cordajes.

—Estas cuerdas —explicó Masada— sirven para impedir que la roca vuelva a obstruir el Pozo de las Almas, mientras se espera para volver a colocarla en su lugar una vez se hayan instalado todos los polipastos.

De un salto, Simón se subió a la roca, haciéndola vacilar.

—¿Y ahora?

No hubo respuesta. Solo los terroríficos chirridos de las cuerdas y el andamiaje.

—¡Baja! —le ordenó Casiopea.

Simón saltó a tierra en el mismo lugar donde había comprendido que la cruz

sobre la que se había tendido, después de haberse hundido su cuchillo de combate en el vientre, la cruz que Morgennes había protegido creyendo que era la Vera Cruz, la cruz de la que se habían apoderado los ejércitos de Saladino durante la batalla de Hattin, no era, ciertamente, la Vera Cruz —en el sentido de que no era la cruz en la que Cristo había sido crucificado—, sino algo mejor que eso; porque esa cruz era la Santa Cruz de Morgennes, la cruz por la que el padre de Casiopea había dado su vida y sacrificado su honor y su alma. Esta cruz valía para él más que la Vera Cruz, y se sentía feliz de habérsela arrancado de las manos a su padre, que no la merecía. «Que se pudra en el infierno», pensó mientras volvía junto a Casiopea.

Arrodillada junto a la roca de Abraham, la joven trataba de distinguir lo que había debajo.

—No se ve nada de nada —refunfuñó.

Servicial, el guardia se inclinó para ayudarla y acercó su antorcha al Pozo de las Almas.

—¡Cuidado! —aulló Masada—. Vais a provocar una ex...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Una violenta detonación resonó en la gruta, proyectando a Casiopea hacia atrás. Simón apenas tuvo tiempo de lanzarse sobre el guardia para aplastarlo contra el suelo, y Masada se encontró de repente boca abajo en la escalera. El calor era tan intenso que creyeron que iban a abrasarse. La llama se había elevado tan alto que por un instante había iluminado toda la gruta, antes de disminuir de tamaño.

—¡Imbécil! —tronó Masada levantándose con los miembros doloridos—. ¡Pedazo de idiota! ¿Dónde tienes la cabeza?

Una nube de humo negro surgió del fondo del Pozo de las Almas, sumergiéndolos en unas densas tinieblas apenas disipadas por la luz de las llamas.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Masada—. ¡Deprisa!

Casiopea se levantó y se pasó las manos por el cuerpo. Había tenido suerte. Tenía las cejas completamente quemadas, pero nada roto. Además, sus cabellos, protegidos por el velo, estaban casi intactos. En cuanto a Simón, seguía tumbado sobre el guardia, que yacía inmóvil junto a un principio de incendio que se extendía ya al andamiaje.

—¡Simón! —gritó Casiopea saltando sobre la roca—. ¡Llévate al guardia fuera de aquí! ¡Masada, id a buscar ayuda!

Mientras Simón sujetaba al guardia por debajo de los brazos para arrastrarlo hacia la escalera, Casiopea desenvainó a *Crucífera* y se lanzó a cortar las cuerdas que mantenían a la roca en el aire. Pero del Pozo de las Almas brotaba humo y llamas, como pequeños demonios que trataban de atraparla. Intrépidamente, cortó uno, dos, tres cabos...

Tenía que hacerlo rápido. Algunas secciones del andamiaje ya empezaban a arder.

Si no se apresuraba, el fuego alcanzaría a toda la instalación y se necesitarían años para reparar los daños. Finalmente, la roca basculó hacia un lado, y luego hacia el otro.

—¡Vigila, no resbales! —le gritó Simón.

Por toda respuesta, Casiopea ahogó un violento ataque de tos y descargó un último golpe con *Crucífera*. Se escuchó un crujido ensordecedor, y la roca de Abraham volvió a caer pesadamente sobre el Pozo de las Almas, arrastrando el andamiaje en su caída. Se había acabado. La humareda acre se disipó y el incendio quedó reducido a algunos pequeños fuegos dispersos.

Casiopea, que había rodado por el suelo y había envainado de nuevo a *Crucífera*, volvió a la escalera y ayudó a Simón a llevar al guardia.

—Daos prisa —les dijo Masada—. ¡Oigo gritos!

Un momento después, el lugar estaba invadido por una multitud de soldados cargados con palas y cubos que se introdujeron en las entrañas de la Cúpula de la Roca para atajar el incendio. Su capitán estaba ciego de ira. ¡Sosteniendo entre sus manos las botas de los culpables, reclamaba también su cabeza!

—Será mejor que desaparezcamos —murmuró Masada—. Sobrina del sultán o no, no daría un céntimo por nosotros si nos encontraran.

Simón y Casiopea asintieron y, después de abandonar al guardia en un rincón fresco de la mezquita, aprovecharon la intensa confusión provocada por el incendio para volver al hospital de San Lázaro.

—Necesitarán un montón de tiempo para volver a ponerlo todo en condiciones —resopló Masada trotando por delante de Simón y Casiopea.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Casiopea.

—Tres o cuatro meses, tal vez una docena... ¡Ay, uy, ay! —chilló a causa de las piedrecitas que le lastimaban los pies—. ¡Solo Dios lo sabe!

Entonces, a pesar de las llamas que le habían chamuscado el pelo, un frío intenso invadió a Casiopea.

—Si había aún una minúscula esperanza de encontrar el cuerpo de mi padre, acaba de desvanecerse...

—No lo toméis a mal —dijo Masada—, pero yo... ¡ay!, si fuera vos..., ¡uy!, consideraría la posibilidad de que esta roca fuera su lápida sepulcral.

—¿Y su tumba los infiernos?

—¡Vamos —dijo Simón—, no desesperemos! ¡Todavía quedan cinco!

—¿Cinco qué? —preguntó Casiopea.

—Cinco puertas de los infiernos, ya que según Chefalitone y su antepasado Virgilio hay nueve en total, y nosotros ya hemos eliminado cuatro: esta, las de los volcanes y la de los pantanos del Aqueronte...

Apretando los puños, Casiopea se preguntó qué otras pruebas les esperaban y

recuperó el ánimo. Volvía a confiar. «Cinco puertas; es más de lo que necesito para triunfar.»

Capítulo 19

Esta alta montaña, ¿cuál es? ¿Y cuál es esta gran roca?

El exilio occidental

Simón y Casiopea se despidieron con emoción de Masada, y antes de partir le obsequiaron con los ungüentos que les había dado Guillermo de Tiro.

—Para vuestros pies, para ese pobre guardia y para vuestros enfermos —dijo Casiopea.

Masada les dio las gracias efusivamente, mientras se frotaba sus pobres pies doloridos.

—¿Hay algo que pueda hacer por vosotros? —inquirió.

—Bien..., si pudierais decirnos dónde podemos encontrar a los muhalliq...

—Me pareció oír que habían abandonado el servicio de Saladino y habían vuelto a su desierto, al norte y al este de Damasco. Es todo lo que sé. ¿Puedo seros útil en alguna otra cosa?

—Sí, por favor. Si veis a mi madre, Guyana de Saint-Pierre, decidle que recibí su carta. Nosotros partimos hacia el Krak de los Caballeros, donde dejaremos noticia de nuestro paradero al hermano comendador, Alexis de Beaujeu.

—Contad conmigo. En cuanto a ese desgraciado incidente, yo me encargo. No os preocupéis, todo se arreglará. Os indicaré cómo abandonar la ciudad por una poterna discreta que normalmente no está vigilada.

—Si además pudierais darnos unas botas —dijo Simón—, no estaría nada mal.

Masada miró sus pies.

—Le preguntaré al intendente.

Una vez calzados de nuevo, Simón y Casiopea asieron las bridas de sus yeguas y siguieron a Masada hasta una puerta oculta que tuvieron que franquear bajando la cabeza.

—Bien. Aquí se separan nuestros caminos —les dijo Masada—. Adiós.

—Adiós —respondió Simón saludándole con la mano.

—Hasta la vista —añadió Casiopea.

Se abrazaron.

—No olvidéis que, a fuerza de buscar el infierno —les previno Masada—, convertiréis vuestra vida en un infierno.

—¡La mía lo es desde hace mucho! —exclamó Simón montando en su yegua.

—¡Gracias por el consejo! —dijo Casiopea abrazándole por última vez.

Y partieron hacia el Krak de los Caballeros bajo la mirada de Masada, que no apartó la vista hasta mucho, muchísimo tiempo después de que hubieran desaparecido

en el horizonte.

Detrás de ellos, el cielo se teñía de rojo, sin que supieran si era a causa del alba o del incendio.

—¿Cuánto tiempo hace que no hemos dormido? —preguntó Simón, agotado.

—Deesde que abandonamos Tiiro —respondió una voz que procedía del talego. Era Rufino. Lo habían olvidado por completo.

—Lo siento mucho —dijo Casiopea.

Para hacerse perdonar, lo sujetó contra su cuerpo en la silla cuando volvieron a montar. Habían decidido ir al Krak de los Caballeros, una de las dos fortalezas francas que habían resistido la marea musulmana que había barrido Tierra Santa después de la derrota de Hattin.

Aquí y allá se veían ruinas de castillos, prueba de la violencia con la que las tropas de Saladino habían aplastado a los francos. De trecho en trecho, piedras calcinadas sobresalían de la tierra ennegrecida como raigones. En primavera, las hierbas volverían a cubrirlas, y dentro de unos años ya nadie recordaría que en tal o cual lugar se habían levantado los orgullosos eslabones de la cadena de plazas fuertes que los francos habían pasado en torno a sus enemigos.

Antiguas iglesias habían perdido su cruz, reemplazada por una media luna, y Casiopea, a pesar de su cuarto de sangre musulmana, se sentía tan desplazada en estos parajes como Simón.

—Apresurémonos —dijo.

—¿No crees que deberíamos descansar primero?

—Descansaremos esta noche, en el Krak. Te recuerdo que tenemos toda una jornada a caballo por delante, y detrás tal vez perseguidores...

Simón asintió con la cabeza, dio un vigoroso talonazo en los flancos a su yegua, y ambos partieron a todo galope hacia el norte.

Para el visitante poco acostumbrado a la rugosidad de la montaña sobre la que se levanta, el Krak de los Caballeros puede parecerse a un dragón. Sobre todo cuando es de noche. Agazapada sobre su roca, la fortaleza tiene todo el aire de un cazador al acecho, con las fauces apoyadas en las patas delanteras y las garras al descubierto, dispuesto a saltar sobre su presa.

Cuando el Krak abre un ojo, es que un centinela, en lo alto de una de sus torres de vigía, enciende un fuego para advertir al adversario: «Estamos aquí velando. ¡No os acerquéis o lo lamentaréis!».

Muchos sarracenos preferían continuar su camino antes que atreverse a atacar esta plaza fuerte que no había sido sitiada desde que en 1163 el propio Nur al-Din se había

partido los dientes contra ella. La leyenda contaba que había huido tan precipitadamente que había perdido una pantufla, pantufla que había recogido un valeroso templario llamado Galet el Calvo, que la había conservado como trofeo.

Por desgracia, esa noche, cuando Casiopea y Simón se presentaron en las inmediaciones del Yebel Ansariya, ninguna luz brillaba como un faro en la cima de la vieja roca donde se encontraba encaramado el Krak.

—¿Por dónde seguiremos? —dijo Simón jadeando.

Casiopea escrutó la oscuridad, impaciente ella también por descubrir el camino que conducía hasta el Krak. ¡Soñaba con un jergón donde poder estirarse! Simón y ella estaban agotados, y sus monturas aún más. Pero, por desgracia, unas gruesas nubes negras se cernían sobre ellos entre ruidos de tormenta, bloqueando la luz. La oscuridad era de una profundidad insólita, inexplicable si se piensa que normalmente las estrellas servían de guía a los viajeros.

—Parece que estemos en el culo de un caldero —dijo Casiopea—. Ni siquiera mi halcón quiere alejarse de mí.

El ave de presa, encaramada en la parte trasera de la silla de Casiopea, había plantado sus garras tan profundamente en el cuero que parecían incrustadas en ella.

—Aquí pasa algo que no es natural —murmuró Simón.

Desenvainó su espada, y Casiopea le imitó inmediatamente. La hoja de *Crucífera* emitió un frío resplandor azul, señal de que había peligro.

—¡Vuelve a enfundarla! —exclamó Simón—. Harás que nos descubran...

Casiopea no se lo hizo repetir dos veces. Sin embargo, el solo hecho de sujetar su empuñadura había bastado para reconfortarla. Su padre había incrustado en ella una cruz por una razón que desconocía. Tal vez sentimental. O tal vez, simplemente, porque los hospitalarios tenían por costumbre decorar así la base de su arma...

—¡Mira! —susurró de repente—. ¡Allá, sobre esa cresta!

Con el dedo señaló una protuberancia rocosa donde se distinguía la figura de un jinete.

Simón miró en la dirección que ella le indicaba, y vio una mancha luminosa. Tal vez fuera efectivamente un hombre a caballo. Pero también podía ser un reflejo, la luz de un farol filtrada por una nube. Por otra parte, no tenía ni idea de la distancia a la que se encontraba el supuesto jinete.

—¿Qué es eso?

—Creo que es Taqi —dijo Casiopea, que se había detenido—. Nos muestra adonde debemos ir.

Simón se incorporó sobre los estribos, frunció las cejas y se colocó la mano sobre los ojos haciendo visera.

—¿Estás segura?

—¡Segurísima!

Simón se dejó caer de nuevo sobre la silla y hundió las espuelas en los flancos de su montura.

—¡Vayamos a verlo!

Su yegua relinchó y saltó hacia delante, seguida por la de Casiopea. Se reunieron en el inicio de un camino en pendiente que ascendía hacia el Krak.

—Es la senda que buscábamos —dijo Casiopea.

Nervioso, Simón se volvió sobre su silla para asegurarse de que nadie les seguía. Temía una emboscada. Del mismo tipo que la que él mismo había organizado con los templarios blancos para tender una trampa a unos hospitalarios surgidos, en su mayoría, del Krak. ¿Tratarían de vengarse? No, era imposible. «Por un lado, están todos muertos. Y, por otro, ya he ido antes al Krak, con Morgennes y Casiopea.»

Entonces todo había ido perfectamente; nadie se había enterado del papel que había representado en la aniquilación de los hospitalarios encargados de escoltar el rescate de la Santa Cruz. Sujetando de nuevo el olifante que le colgaba del cuello, Simón buscó a Taqi con la mirada.

Pero el jinete había desaparecido.

¿Adonde había ido?

—¡Ahí, más arriba! —exclamó Casiopea.

Levantó los ojos y lo descubrió, encaramado en otro espolón rocoso. Pero ¿realmente era él? ¿Y cómo había podido aparecer tan lejos del lugar donde le habían visto la primera vez? «¿Es un sueño? Al fin y al cabo es posible, estamos tan cansados...» Simón se frotó los ojos, se pellizcó el dorso de la mano... Todo fue inútil.

—Increíble...

—Date prisa —le apremió Casiopea—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Como en el volcán?

—Si Taqi aparece, es que hay peligro.

—¿Qué dice *Crucífera*?

Casiopea guardó a un quejumbroso Rufino en su talego y desenvainó de nuevo a *Crucífera*. Una vez más, la hoja emitió una fría luz azul, bastante más viva que la precedente. La luz reveló unas formas agazapadas en las rocas en torno a ellos. Las figuras emboscadas, con el rostro pintarrajeado de verde y negro y armadas de hondas y cuchillos, les lanzaban miradas siniestras.

—¡Al galope! —gritó Casiopea espoleando a su caballo, que salió disparado hacia delante.

Simón la imitó. En el mismo momento en que partía a todo galope, un hombre, soltando un aullido bestial, se lanzó sobre el lugar donde se había encontrado un instante antes.

—¡Los asesinos! ¡Cuidado!

Descargó un mandoble, tratando de apartar a un segundo asaltante, pero el asesino consiguió aferrarse a la silla. Casiopea hizo girar bruscamente su montura y acudió en auxilio de Simón, a quien el asesino trataba de desalojar de los estribos. Un golpe a la derecha, un golpe a la izquierda, y Casiopea le encajó a *Crucífera* en los riñones.

El asesino se desplomó en el suelo; pero ya llegaban otros. ¿Cuántos? Imposible decirlo. Casiopea y Simón tenían la impresión de que incluso las rocas se transformaban en criaturas demoníacas. La noche no era más que un grito, un alarido cuya agudísima vibración perforaba la oscuridad como una flecha. Y entonces, como por arte de encantamiento, la noche vomitó sobre la montaña oleadas de criaturas semidesnudas con los ojos chispeantes de fiereza, armadas de dagas y hondas que manejaban con movimientos de bestia salvaje.

Simón y Casiopea se esforzaban en avanzar hacia el Krak, repartiendo mandobles en torno a ellos. A veces la hoja encontraba en su camino una armadura, que traspasaba de parte a parte.

—¡Son demasiado numerosos! —gritó Simón.

—¡Valor!

La yegua de Casiopea lanzó una coz que reventó el cráneo a dos asesinos. Entretanto, el halcón había abandonado la silla para participar en el combate. Con sus garras aceradas, tajaba rostros y brazos. Pero Casiopea le silbó que buscara refugio en las nubes.

—¡Vuela más alto!

Extrañamente, el ave permaneció en los parajes, contentándose con evitar las piedras que los asesinos le lanzaban con sus hondas.

«Decididamente, esto no es normal...», pensó Casiopea.

—¡Simón, haz sonar el cuerno! —gritó.

—¡Que Dios no lo quiera! —le respondió él con un orgullo que Casiopea encontró particularmente inapropiado—. ¡Nadie podrá decir jamás que el conde de Roquefeuille ha hecho sonar el cuerno por unos paganos!

—No por unos paganos, Simón. ¡Por unos demonios!

Acababa de librarse de una oleada de asaltantes, y el resto de los asesinos habían vuelto a ocultarse tras las rocas.

—Es el momento. ¡Hazlo sonar, te digo! ¡Tienes los brazos ensangrentados!

—¡Jamás!

En torno a ellos, el espacio se ennegreció. La oscuridad se hizo más densa. Y luego, de repente, Casiopea recibió una bofetada. Al llevarse la mano a la mejilla, vio...

—¡Sangre!

—¿Quién te ha golpeado? —preguntó Simón.

—Se diría que ha sido el viento...

Miraron alrededor, pero los asesinos no habían reaparecido. Y entonces fue como si la noche misma les atacara. Hordas de cuervos que habían surgido de la oscuridad trataron de reventarles los ojos, espantaron a sus monturas y se lanzaron contra su halcón.

—¡Sopla! —gritó Casiopea a voz en cuello mientras trataba de calmar a su yegua y protegerse el rostro al mismo tiempo—. ¡Sopla! ¡Por piedad!

Entonces Simón soltó las riendas de su montura, agarró el cuerno, se lo llevó a la boca y, sin preocuparse de los cuervos que volaban en torno a su cabeza y le golpeaban continuamente con las alas o el pico para arrancárselo de las manos, sopló con todas sus fuerzas.

El sonido del olifante desgarró el aire e hizo retroceder a los cuervos durante un breve instante. Simón y Casiopea aprovecharon el momento para forzar a sus monturas a seguir adelante a pesar de sus heridas, su miedo y su agotamiento.

—Por allá —dijo Casiopea jadeando—. ¡Sigo viéndole! ¡Es él! ¡Taqi!

Simón ni siquiera miró. Volvió a soplar; por última vez, porque los cuervos volvieron, aún más agresivos que antes. Volaban tan cerca de su rostro que le impedían tocar el cuerno y le arañaban las manos. La sangre caía en gruesas gotas sobre su silla, y creyó que había llegado su última hora.

—¡Dios conmigo! —exclamó—. ¡Debo ser fuerte! ¡*Gloria, laus et honor Deo in excelsis!*

Estaba tratando, en vano, de hacer el signo de la cruz, cuando un estruendo llegó a sus oídos. Se hubiera dicho que era un torrente que corría montaña abajo. Entonces, al levantar los ojos, distinguió la forma luminosa que Casiopea llamaba Taqi y la vio agitarse, engrandecerse y torcerse para convertirse en...

—¡Los hospitalarios! ¡Estamos salvados! —exclamó Casiopea.

«Tú tal vez, pero yo...», pensó Simón, diciéndose que si acudían era porque habían oído el cuerno de uno de sus hermanos, asesinado por él el verano precedente.

—¡Por aquí! —se desgañitó Casiopea—. ¡Por aquí!

Renunciando tanto a soplar como a servirse de su espada, Simón golpeó con su olifante a los cuervos que le agredían. Uno de ellos recibió un golpe tan fuerte que giró sobre sí mismo y cayó. El cuerno estaba rojo de sangre y tenía plumas pegadas. Simón aún lanzó varios golpes más y abatió a otros dos pájaros.

Luego los cuervos desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado. Algunas estrellas empezaron a titilar, y las tinieblas se convirtieron en oscuridad, y la oscuridad en penumbra. Detrás de las rocas, los asesinos levantaron la cabeza para ver qué era lo que causaba aquel estruendo. Eran hospitalarios blancos lanzas en ristre y equipados con antorchas. Los caballeros galopaban tan cerca los unos de los otros que no se hubiera podido introducir la hoja de un cuchillo entre sus filas.

—¡Montjoie! —gritaron al unísono—. ¡Por la Virgen y por Cristo!

—¡Por la Madre y el Hijo! —continuó Casiopea blandiendo a *Crucífera*—. ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Los asesinos huyeron en desbandada. A pesar de que los superaban en número, optaron por escapar y corrieron montaña abajo, donde algunos de ellos cayeron atravesados por una lanzada.

—¡Por aquí! —volvió a gritar Casiopea levantándose sobre los estribos y agitando su espada—. ¡Estamos aquí!

Crucífera dejaba profundos surcos azules en la noche, y a su luz distinguió a su halcón, que yacía en el polvo con el cuerpo ensangrentado.

—¡Cocotte!

Casiopea saltó de su caballo, sostuvo al halcón entre sus manos y apoyó la oreja contra su pecho. Su corazón latía todavía, débilmente. Después de murmurarle unas palabras tranquilizadoras y de besarle con ternura, lo colocó bajo su camisa y volvió a montar. En ese momento llegaron los hombres que habían acudido a socorrerles. La columna de hermanos caballeros rodeó en un instante a Casiopea y a Simón envolviéndolos en un capullo protector. Luego, como los afluentes de un vasto y poderoso río, dos filas de caballeros se lanzaron en persecución de los últimos asaltantes. Inútilmente. Los asesinos se habían evaporado. ¿La montaña se los había tragado? ¿Habían encontrado refugio en un subterráneo o una falla?

—¡Vuestros nombres! —gruñó entonces una voz que Casiopea reconoció enseguida.

—Noble y buen sire Alexis, ¿sois vos?

—¿Casiopea?

—La misma, y Simón.

—Y yooo —añadió Rufino desde las profundidades del talego donde Casiopea lo había puesto a resguardo.

—No nos quedemos aquí —dijo Alexis de Beaujeu—. Es peligroso. Seguidnos hasta el Krak, y allí os curaremos.

Casiopea contempló las alturas, sumergidas en la oscuridad. En lugar de permitirle ver mejor, las antorchas que enarbolaban los hospitalarios formaban un halo luminoso detrás del cual la noche se hacía más densa. Casiopea escrutó en vano las sombras en busca del misterioso caballero blanco que les había guiado por la ladera del Krak.

Capítulo 20

Después de las tinieblas, espero la luz.
Job, XVII, 12

En la ahora ya familiar gran sala del Krak, un monje soldado les sirvió un caldo tan límpido como agua clara. Casiopea mojó en él un pedacito de pan y se lo dio al halcón, que lo tragó con dificultad.

—Me hubiera gustado poder ofreceros un festín —les dijo Alexis de Beaujeu—, pero ya casi no tenemos carne, y conservamos nuestras reservas para una situación comprometida.

«¿Una situación comprometida? ¿Acaso la pérdida de Jerusalén y de la casi totalidad de las tierras cristianas no lo era?»

—Todo está perfecto —respondió Casiopea acariciando a su halcón.

—Estamos solos aquí —añadió Alexis—. Y únicamente podemos contar con nosotros mismos...

El comendador del Krak lanzó una mirada desolada a las frías paredes de la austera sala, con la chimenea desesperadamente vacía. Si no hay madera, no hay fuego. Incluso las losas, que antaño aparecían cubiertas de paja, ahora estaban a la vista.

—Apenas somos un centenar —prosiguió Alexis—, cuando en otra época éramos cerca de dos mil. He enviado a una docena de hombres a Tiro, para que apoyen a Conrado de Montferrat. Espero que este sacrificio no sea inútil, porque es mucha la falta que nos hacen...

Su mirada recorrió toda la habitación.

—Eso no impide que sea un honor y una alegría acogeros en nuestra humilde morada —declaró—. Consideraos en vuestra casa.

—Si la situación es tan difícil, ¿por qué os quedáis? —inquirió Simón.

—¿Quién puede decir con certeza que un combate está perdido por adelantado?

Simón no respondió.

—Y aunque fuera así, ¿no vale la pena luchar? ¿Dar testimonio, a pesar de todo, de que creemos en algo más que en la fatalidad? ¿Y no dejarnos abatir nunca, ocurra lo que ocurra?

—Eso depende del combaaate —intervino Rufino desde el rincón de la mesa donde lo había instalado Casiopea.

—Exactamente. Pero mi combate es bueno, ya que me ha permitido acudir en vuestra ayuda —concluyó Alexis esbozando una sonrisa.

Casiopea se la devolvió. Y entonces Alexis acarició a su vez al halcón y declaró:

—Un par de días de descanso, y estará recuperado —afirmó—. Daré orden de que le traigan ratones.

—Gracias —murmuró Casiopea.

Ella misma tampoco se sentía muy en forma. Quemada, medio asfixiada bajo la Cúpula de la Roca, con los brazos y las piernas llenos de cortes y sin haber dormido desde hacía más de treinta horas, solo aspiraba a tenderse y cerrar los ojos.

—Id a descansar —les dijo Alexis de Beaujeu—. A juzgar por vuestro aspecto, cualquiera diría que salís de los infiernos.

—No andáis muy descaminado.

Alexis de Beaujeu les escoltó a través del patio principal y les condujo a una pequeña habitación donde había una gran cama. Aunque el suelo ya no estaba cubierto de juncos, sus muros seguían adornados con hermosos tapices. Casiopea reconoció la habitación que había ocupado en otro tiempo el conde de Trípoli, poco antes de ser asesinado.

—¿No os molesta dormir aquí? —preguntó Alexis—. Sé que esta habitación está unida a recuerdos dolorosos, pero es la mejor del Krak.

—Es perfecta —dijo Casiopea mirando alrededor, preguntándose de dónde vendrían los fantasmas.

—Para mí, también —dijo Rufino, que no tenía ninguna necesidad de dormir.

—Lo lamento mucho, pero los hombres dormirán con los soldados —le anunció Alexis de Beaujeu.

—Me parece muy bien —dijo Simón—. Pero no hace falta que os preocupéis por mí. Yo no necesito cama. («Yo tampoco», soltó Rufino.) Puedo dormir directamente sobre la piedra.

—Afortunadamente, si es que puede decirse así, no son jergones lo que falta. De modo que aprovechémoslos...

Casiopea depositó a su halcón sobre el polvoriento colchón, se tendió sobre él y cerró los ojos. Estaba tan cansada que ni siquiera oyó cómo Alexis, Simón y Rufino le daban las buenas noches.

Capítulo 21

Todo ante él es vanidad, porque hay un destino común para todos, para el justo y para el malvado, el puro y el impuro, el que hace sacrificios y el que no los hace; lo mismo el bueno que el pecador, el que jura como el que tiene reparo en jurar.

Eclesiastés, IX, 2

Cuando Casiopea despertó, todavía era de noche.

Auscultó a su halcón, que había recuperado fuerzas, y sosteniéndolo delicadamente entre sus manos, lo llevó a la gran sala del Krak cruzando un patio muy oscuro. Unos soldados se ejercitaban en la quintana, a la luz de una antorcha que sostenía un hermano sargento de rostro severo.

—¡Eh, vos! —le interpeló Casiopea—. ¿No cedéis nunca en vuestros esfuerzos para tener que entrenaros tanto de día como de noche?

—Buenos días —respondió el hermano sargento—. Tranquilizaos; si bien el día está efectivamente consagrado a la oración y a los ejercicios, la noche lo está al reposo... y a la oración.

—Pero, entonces, ¿por qué estáis entrenando? No lo comprendo...

Alexis de Beaujeu surgió de pronto de la gran sala y se dirigió directamente hacia ella.

—Ahora precisamente iba a interesarme por vos. ¿Habéis dormido bien?

—Demasiado o no lo suficiente, ya que aún es de noche.

—Desengañaos, Casiopea; en realidad, es de mañana. Son tercias pasadas. Pero, desde hace unas semanas, la noche se prolonga sobre nosotros y no nos deja...

Al levantar los ojos, Casiopea vio que un velo negro oscurecía los cielos. Un dosel opaco y tenebroso que temblaba con un ruido de aguacero.

—No temáis. No atacarán.

—Pero ¿de qué, de quién estáis hablando? —inquirió.

—De los cuervos. Nuestros arqueros y ballesteros los mantienen a distancia. Si atacan, será una carnicería. No olvidarán fácilmente los daños que les infligimos en los primeros días. Derribamos tantos que el patio estaba alfombrado con ellos. Era imposible no pisarlos.

—¿Y decíais que os faltaba carne?

—Su carne es tan coriácea que os desafío a que traguéis aunque sea solo un minúsculo bocado de ella. Hemos tenido que quemarlos —dijo señalando un montón de cenizas que había en un rincón—. Estos cuervos son almas de condenados a las que un maleficio ha dado la apariencia de horribles pájaros negros, fruto de no sé qué embrujo que practican nuestros vecinos los asesinos.

Casiopea reprimió un estremecimiento y le siguió al interior de la gran sala, donde sirvieron un festín de ratones a su halcón. Mientras el ave disfrutaba del manjar, Casiopea agradeció a Alexis su hospitalidad.

—Y sobre todo vuestra ayuda de ayer noche. Sin vos, no sé qué hubiera ocurrido.

—Oí sonar el cuerno, y entonces salimos.

—Se lo diré a Simón. El dudaba en usarlo.

—Ese olifante pertenecía a uno de los nuestros. ¿Sabéis cómo cayó en manos de vuestro amigo?

—Debió de recogerlo en el campo de batalla.

—Probablemente —suspiró Alexis—. Si os lo pregunta, decidle que le autorizo a conservarlo. Siempre estaré encantado de acudir en ayuda de un amigo del Hospital.

Casiopea tragó un poco de agua y de pan que habían dispuesto sobre la mesa, con la esperanza de calmar su hambre y los gruñidos de su estómago.

—Lo siento, estoy hambrienta.

—No os excuséis. Me hubiera gustado poder ofreceros algo mejor.

—Por favor, no he venido aquí para comer —dijo Casiopea, tomándole las manos—. Simón y yo...

Se preguntaba cómo iba a anunciarle que Morgennes era su padre. Pero algo en la expresión de Alexis de Beaujeu le decía que ya lo sabía. Alexis y Morgennes se conocían desde hacía tanto tiempo... ¿Era posible que lo hubiera adivinado? ¿Habría leído en ella los rasgos heredados de su padre?

—Creo saber lo que os preocupa —dijo Alexis.

—Es posible —replicó Casiopea sonriendo.

Alexis le apretó las manos a su vez.

—Hace unas semanas, una mujer vino a vernos —explicó.

—¿Mi madre?

—¿Quién si no?

Casiopea se levantó. Se esforzó en imaginar a su madre, a caballo en la montaña, llegando al Krak de los Caballeros, conversando con Alexis de Beaujeu ante una sopa color de agua.

—¿Os visitó hace varias semanas? Pero ¿cómo pudo hacerlo? Apenas acababa de partir. Yo misma he necesitado más de un mes para volver.

—Iba calzada con un extraño par de botas, legado de un tal padre Poucet.[\[1\]](#) Gracias a ellas, me dijo, podía avanzar siete leguas en un paso. No es sorprendente, pues, que haya cubierto distancias tan vastas en tan poco tiempo.

—¿Y qué buscaba?

—A vos.

—¿Y a Morgennes?

—Fui yo quien le anunció que vuestro padre había muerto —dijo Alexis bajando

la cabeza.

—¿Así que lo sabíais?

—¿Que era vuestro padre? No. Fue ella quien me lo dijo...

Alexis levantó la mirada. En su rostro de rasgos rudos, como tallados a cuchillo, se reflejaba la emoción que sentía.

—Como supondréis, teníamos muchas cosas que decirnos. Yo conocí bien a vuestro padre. Estuvimos a punto de ser nombrados caballeros juntos, por el rey Amaury. Pero Morgennes declaró: «Majestad, yo no merezco este honor».

—¿Por qué razón?

—¿De modo que no sabéis nada de su historia?

—Por desgracia, no. Era mi padre y no sé nada de él. Solo le conocí unas semanas, mientras buscaba la Vera Cruz. Y entonces ni siquiera sabía que era mi padre.

—Igual que él ignoraba que erais su hija.

Alexis apartó su silla y se levantó de la mesa. Mientras caminaba hacia la chimenea, donde no ardía ningún fuego, empezó a explicarle a Casiopea cómo había conocido a Morgennes, en Alejandría, durante las campañas de Amaury.

—Con el paso de los años, trabamos amistad. Y puedo aseguraros que hubiera estado orgulloso de vos. Era una persona excelente. Excepcional, incluso. Le tenía en tanta estima que en el año de gracia de 1186, cuando fue preciso designar a un nuevo guardián de la Vera Cruz, insistí para que se eligiera a vuestro padre. Sabía que él no lo deseaba, pero también sabía que era, más que ningún otro de nuestros hermanos, el guardián ideal de la Cruz... Ignoraba, sin embargo, que lo sería hasta el punto de sacrificarle su honor y su alma —dijo bajando la voz—. Espero que no me lo tengáis en cuenta.

—No puedo creer que un hombre que lo ha dado todo por la Vera Cruz se pudra en el infierno. O mejor dicho, porque le vi caer con mis propios ojos, ¡no puedo aceptar que permanezca allí!

—Bah, no siempre se debe creer lo que se ve. Sé que no fue bautizado...

—¿No fue bautizado?

—No.

Alexis de Beaujeu parecía absorto en sus pensamientos, como perdido en un doloroso pasado; aunque en un pasado en el que de todos modos podía encontrar algo de calor, hasta tal punto los tiempos actuales eran fríos y tan privado estaba de amigos.

—Vuestro padre era judío, por su madre.

Casiopea abrió unos ojos enormes, sorprendida, y se dispuso a escucharle con la máxima atención.

—Nunca se lo he dicho a nadie. En el Hospital nadie lo sabe excepto yo. Lo que

explica que pudiera integrarse en nuestras filas. Como os he dicho, Morgennes era alguien excepcional. En resumen, todo esto era para deciros que vuestro padre no puede estar en el infierno. Deberíais preguntaros más bien si no estará en el Sheol, el más allá de los judíos.

Alexis le explicó entonces que el Sheol se citaba en numerosas ocasiones en el Antiguo Testamento. Esta palabra designaba en su origen un lugar «en las profundidades de la tierra» donde las almas estaban tendidas en el polvo sin ninguna esperanza de resurrección.

—Pero nosotros hemos elegido traducir este término, demasiado hebraico para el gusto de los cristianos, por «fosa», «tumba», «estancia de los muertos» o «infierno». Por otra parte, algunos griegos eligieron traducirlo por «Hades».

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Desde que supe de la muerte de vuestro padre, no dejo de pensar en el más allá. Mis funciones no me permiten abandonar a mis hombres o dejar el Krak, pero no me impiden conversar con nuestro hermano enfermero, que es un gran erudito, o sumergirme en la lectura de los libros de nuestro *scriptorium*.

Casiopea pensó en todo eso, recordó las palabras exaltadas de Chefalitione, los avisos de Conrado de Montferrat y de Saladino y su conversación con Masada.

—Puede que tengáis razón —le dijo a Alexis—. Tal vez no haya, después de la muerte, ni sufrimiento ni esperanza de resurrección. Pero tal vez no sea así. Tengo intención de proseguir mi búsqueda, porque hasta ahora me ha permitido conocer a personas magníficas que tenían todas una opinión diferente sobre esta cuestión. Quiero forjarme la mía propia. No solo seguir los pasos marcados por los grandes héroes de la Antigüedad y nuestros monjes visionarios, sino confiar únicamente en mi corazón, mi intuición, mis sentimientos. Poner mi energía, mi voluntad, al servicio de esta búsqueda, ¡y salvar a mi padre, no de la muerte, sino de los infiernos!

Alexis de Beaujeu mostró una amplia sonrisa.

—¡Tengo la impresión de oír hablar a Morgennes! —exclamó.

Luego se acercó a ella y le dijo:

—Sois vos quien tiene razón. Soy un imbécil que ha trocado la reflexión por una fe confortable... Por desgracia, no puedo acompañaros ni poner hombres a vuestra disposición; pero sabed que, mientras esté en el Krak, siempre encontraréis aquí un refugio donde reposar.

—Gracias.

Alexis tomó aire.

—¿Qué os parecería ir a visitar a un viejo amigo de vuestro padre? —le propuso de repente.

—¿Quién es?

—Alguien a quien vos misma habéis conocido un poco, me atrevería a decir...

—Pero ¿de quién estáis hablando?

—De Raimundo de Trípoli.

Capítulo 22

El fuego se apagará y el castigo se disolverá en las brasas.

Bérroul,

Tristán e Iseo

Después de ir a buscar a Rufino y a Simón, se dirigieron al pequeño cementerio de la capilla del Krak, donde los restos del conde Raimundo de Trípoli yacían enterrados bajo una lápida anónima.

—Es aquí —les dijo Alexis de Beaujeu, mostrándoles una lápida donde no figuraba ningún nombre, sino solo la fecha: «1187».

La visión de la sepultura llenó de emoción a Casiopea. En cierto modo habían sido Rufino y ella los que habían causado la muerte del conde; por más que hubieran sido solo instrumentos en manos de los asesinos...

—Solo tres personas sabíamos que el conde se encontraba aquí —continuó Alexis—. Morgennes, el capitán Tommaso Chefalitione y yo mismo. Pero me parece que ahora podré hacer inscribir su nombre. Jerusalén ha caído y la Vera Cruz ha desaparecido para siempre, de modo que no creo que sea necesario seguir manteniendo el secreto.

—¿No creéis que Jerusalén vaya a ser reconquistada? —le preguntó Simón.

—¿Con qué hombres?

—Los que seguirán a los reyes de Francia y de Inglaterra.

—Si vienen, ya veremos.

—No tenéis fe —dijo Simón.

Alexis no respondió.

—¿Mi madre os dijo adonde iba? —le preguntó Casiopea, para cambiar de tema.

—A ver a uno de sus amigos, el jeque de los muhalliq. Confiaba en que él supiera dónde encontraros, y si no era así, esperaba al menos poder dejarle un mensaje para vos.

Casiopea asintió con la cabeza.

—¿Sabéis dónde están? Ya se lo pregunté a Saladino, y ni siquiera él supo responderme.

—Según mis informaciones, al este de aquí. En el desierto de Samiya. Creo que están cansados de combatir y que su jeque ha vuelto a su primer amor: las artes.

—No llegaremos nunca, con todos esos cuervos.

—No os preocupéis. Una escolta os acompañará hasta el pie del Yebel Ansariya. A partir de ahí, no debería haber peligro...

—¿Por qué no esperaaar aquí? —protestó Rufino—. Después de todo, podría ser

muuy bien que Guyana de Saint-Pierre volvieera a pasar por aquí. Se desplaza taaan rápidamente...

—¡Ya hemos perdido demasiado tiempo! —exclamó Simón.

—En cualquier caso —dijo Casiopea a Alexis—, no queremos abusar de vuestra hospitalidad. Si volvéis a ver a mi madre, decidle simplemente que yo también he ido a ver a los muhalliq. Les dejaré un mensaje para ella.

En ese momento un joven hospitalario se acercó a Alexis con aire compungido.

—Noble y buen hermano comendador...

—¿Sí?

—Me envía el hermano enfermero. Dice que le faltan camas en la *domus infirmorum*.

—¡Otra vez! —suspiró Alexis—. Es una epidemia... Perdonad, amigos míos —se excusó ante Casiopea, Rufino y Simón—, pero el deber me llama. Me veo obligado a abandonaros. Por si la desgracia no se cebara bastante en nosotros, una misteriosa epidemia tiene ahora a la mitad de mis hombres postrados en cama. Afortunadamente, nuestro noble y buen hermano enfermero vela por ellos. Pero está solo, y desbordado...

El comendador del Krak desapareció dejándoles en medio de la oscuridad, con una antorcha y la pequeña tumba de Raimundo de Trípoli por toda compañía. Por fin solos, al abrigo de las gruesas murallas del Krak, Simón y Casiopea se sintieron extrañamente en paz. La tensión que había ido creciendo entre ellos se desvaneció, y Simón se sentó en la hierba que había brotado en el contorno de la última morada del conde.

—Qué lástima que ofreciéramos todos nuestros ungüentos a Masada —dijo Casiopea—. Hubiéramos podido entregar parte de ellos a este hermano enfermero y cuidar a mi halcón.

—Sobre todo hubiéramos debido guardarlos para nosotros. ¡Mira en qué estado nos encontramos!

—Yo estoy bien —respondió Casiopea—. Esta noche de sueño me ha revigorizado.

—Pues yo he tenido continuas pesadillas.

—¿De qué naturaleza?

Simón la miró fijamente, y Casiopea se dio cuenta de que tenía los ojos increíblemente rojos, como inyectados en sangre.

—No he dejado de pensar en el cuerno. Temía que te preguntaran por él.

—Está todo arreglado —dijo Casiopea—. Puedes conservarlo.

Pero aquello no le tranquilizó. Simón parecía anormalmente nervioso.

—Gracias —dijo levantándose, y a continuación tomó torpemente a Casiopea en sus brazos y la apretó contra sí.

Ella se soltó. Tal vez un poco demasiado rápido, y sin duda demasiado bruscamente.

—Lo que daría por poder estrechar a mi padre en mis brazos, aunque fuera solo una vez —susurró para disimular su incomodidad.

—Y yooo —sollozó Rufino.

Un viento helado sopló en torno a ellos, levantando torbellinos de polvo y arena. Rufino parpadeó.

—¡Tengo los ojos llenos de areena! —se quejó—. ¡Casiopea, por favoor!

Casiopea esbozó una sonrisa, se inclinó sobre Rufino y le limpió delicadamente los ojos con su pañuelo.

—Ya está —dijo cuando hubo acabado.

Luego lo colocó contra su cadera y lo protegió con su capa.

—No nos quedemos aquí —dijo—. Esto es un cementerio. Recemos un padrenuestro por el reposo del alma de Raimundo de Trípoli y partamos. No tenemos tiempo que perder.

Pero, sorprendentemente, Simón ya no parecía tener prisa por irse, y se limitó a mirarla con tristeza sin moverse de donde estaba.

—Si fuera yo quien estuviera en el infierno —dijo—, ¿habrías ido a buscarme allí?

—Pero es que tú no estás en el infierno, que yo sepa.

—Si fueras tú, yo no lo habría dudado ni un momento. Sin que importaran los riesgos que tuviera que correr.

Ella le observó largamente, se colocó los cabellos en su sitio.

—Se levanta viento, tenemos que irnos —dijo.

—Adelantaos. Ya os alcanzaré.

Comprendiendo que Simón tenía necesidad de quedarse solo consigo mismo, Casiopea se marchó dejándole la antorcha, atravesó de nuevo la capilla del Krak y se unió a la escolta de caballeros que la esperaba en el patio.

Simón contemplaba las tumbas, pensando que Casiopea y él podrían haberse encontrado bajo una de ellas si no hubiera hecho sonar el cuerno. A falta de estar reunidos en vida, lo hubieran estado en la muerte. Pero había que salvar a Morgennes, ayudar a Casiopea. Ayudarla costara lo que costase. De pronto, la búsqueda de Casiopea le pareció más importante que cualquier otra cosa. Más importante que el amor devorador que sentía por ella. Más importante que ser el último de los Roquefeuille. Que morir sin dejar herederos. Sentía por Casiopea la devoción que los asesinos sentían por su señor, el Viejo de la Montaña. «Tomadme —murmuró—. Salvad a Morgennes y tomadme.»

¿A quién se dirigía? A nadie en particular. Al viento. A los muertos. Al vacío. Al

frío.

Recordando que llevaba en la bolsa de la cintura el fragmento de cruz que le había quitado a su padre, lo sacó de ella. Era lo más precioso que poseía. «La cruz de Morgennes», pensó. Luego miró la antorcha que Casiopea le había dejado. El fuego quemaba con indiferencia la madera que le daba vida.

—Háblame —dijo Simón a la antorcha—. Tú que estás hecha de fuego, ¿sabes si Morgennes está en tu casa? ¿O bien es mi padre?

La llama siguió ardiendo imperturbablemente.

—Háblame, o...

Pero el fuego seguía lamiendo el perímetro de la antorcha, crepitando suavemente. Era inútil amenazar a las llamas. Lo sabía. El fuego podía morir aquí, sobre este pedazo de madera, y seguir ardiendo en otra parte.

«Ya que los dioses quieren ofrendas, les entregaré una...»

Acercó las llamas a su pedazo de cruz truncada.

—Come —le dijo a la antorcha—. Regálate...

El pedacito de madera no se encendió inmediatamente. Empezó a calentarse, a chisporrotear y luego a ennegrecerse. Y después, como si hubieran nacido de sus entrañas, unas llamas empezaron a roer su perímetro. Al verlas alimentándose de la madera, Simón pensó en el cadáver de Raimundo de Trípoli, al que los gusanos habían roído también.

—Condúceme al infierno —dijo al fuego—. Tómame en lugar de Morgennes. ¡Por Casiopea!

En su mirada brillaban dos llamas incandescentes.

El fuego estaba en él.

Tenebroc



Capítulo 23

Franquean los montes y las rocas escarpadas, los valles profundos, los desfiladeros, llenos de congoja.
El Cantar de Roldán

Casiopea se volvió varias veces en su silla para despedirse de Alexis de Beaujeu. El comendador, apostado en lo más alto de las más altas murallas del Krak, vigilaba a los cuervos. A pesar de la escolta que había proporcionado a Casiopea y Simón — durante el tiempo que necesitarían para bajar el Yebel Ansariya—, temía un ataque de esas malditas aves.

Hubiera sido un ataque suicida, pero los cuervos —como sus amos, los asesinos — tenían la costumbre de operar así. Poco importaba el número de antorchas, de lanzas o de espadas que se les opusieran. Un centenar o miles de ellos caerían; pero una decena conseguirían pasar y sembrarían la destrucción y el terror entre sus enemigos.

Murmuró una oración, sin estar muy seguro de que fuera escuchada. Qué importaba. No rezaba para eso.

En cuanto a Simón, un cúmulo de pensamientos contradictorios le atormentaban. Pensaba una y otra vez en su experiencia del cementerio. Su pedacito de cruz se había consumido por entero, y lo había abandonado en el polvo de las tumbas. Ahora que había cumplido con esos famosos ritos propiciatorios, tan caros a las divinidades antiguas, ¿le darían lo que deseaba tan ardientemente? ¿No solo salvar a Morgennes, sino hacer feliz a Casiopea?

«No —rectificó—. No tengo necesidad de su amor. No en un principio...»

Lo que quería por encima de todo en ese momento era poseerla, solo poseerla. Tenerla toda para él. Pegar sus labios a los de ella y meterle la lengua en la boca, sentir chascar contra sus dientes el esmalte de los dientes de Casiopea, pasarle una mano por los cabellos, apretar su seno con la otra y hundirle la rodilla entre las piernas...

«¿Por qué no tengo derecho a un simple beso cuando los asesinos hicieron lo que quisieron con ella cuando la capturaron?»

Se decía, sobre todo, que si conseguía hacer salir a Morgennes de los infiernos, tal vez Casiopea tuviera más tiempo para él. Y luego, ¿quién sabía? Tal vez a Morgennes le gustara la idea de que se casaran. ¿No formaban acaso una buena, una magnífica pareja?

—Simón —le dijo Casiopea—, para. Me das miedo. Tengo la impresión de que te oigo pensar... ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

El no respondió.

—¿Simón?

—Avancemos —replicó en tono seco—. Hablaremos más tarde.

Cuando llegaron al pie del Yebel Ansariya, la escolta se alejó para subir de nuevo hacia el Krak. Por encima de ella, una noche de pájaros se arremolinaba peligrosamente. Luego la escolta desapareció en un recodo del camino, y Casiopea miró alrededor tratando de orientarse.

Hacia el este: ese era su objetivo.

Se aseguró de que las rocas no ocultaran ningún peligro, como la noche anterior.

—Si lo que me contó Alexis es cierto —le dijo a Simón—, los asesinos no salen durante el día. Deberíamos poder cabalgar tranquilamente. Lo único que nos falta es encontrar a los muhalliq en alguna parte del desierto.

—El desierto es grande —dijo Simón.

—Lo sé. Pero basta con caminar de un punto de agua a otro. Los conozco todos, confía en mí. Si no están en el primero, estarán en el segundo. Y si no están en ese, tal vez estén en el siguiente. No te preocupes, no nos perderemos...

«De todos modos, ya estoy perdido...», pensó Simón.

Simón no creía en el Flegetonte, ese río de fuego que supuestamente corría por los infiernos. Para él no era más que una leyenda, propagada por gente como Chefalitione. Sin embargo, solo unas horas después de haber franqueado la línea que separaba el desierto de la llanura, juró haberlo visto. Más de una vez Simón lo oyó chisporrotear a su lado, mientras su yegua avanzaba con esfuerzo. Sentía en su pecho un soplo cálido, bajaba los ojos, creía ver toda una franja de desierto en ascuas, y luego... nada. Solo un polvo de oro orlado de azul y la aplastante luz del sol.

—¿Dónde está tu primera fuente? —dijo jadeando, al cabo de varias horas de cabalgada.

Casiopea tendió el brazo hacia delante.

—Por ahí.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Entonces Simón detuvo a su caballo y desmontó. Después de enjugarse la frente, sacó su cantimplora y bebió un trago. Luego vertió un poco de agua en la palma de su mano para dar de beber a su yegua y a la de Casiopea.

—Hay que darles de beber —explicó—; si no, no aguantarán.

Casiopea le miró y bebió un poco también ella. El agua estaba caliente, muy caliente. Francamente desagradable. Sabía a cuero viejo.

—Del invierno pasamos al verano —dijo Simón—. Todo en apenas media jornada a caballo.

Volvió a montar y se alejó en dirección al sol. Un sol inmenso, que brillaba de un modo tan insoportable que Simón creyó que se trataba de otro sol, de un sol que existía solo para este desierto, un sol que dirigía todos sus fuegos contra él. La arena revoloteaba sobre el suelo, picoteando las patas de los caballos, aglutinándose contra su pecho, sembrando un velo turbio sobre toda la superficie del desierto.

—¡Qué lugar! —resopló Simón—. ¿Estás segura de que hay gente que vive aquí?

—¿Conoces alguna región del mundo donde no viva nadie?

Simón rebuscó en su memoria, pero no encontró ninguna. Incluso el Robot el-Khaliyeh, ese aterrador desierto al que los árabes llamaban el «Gran Vacío» y donde el poeta demente Abdul al-Haz-red había errado durante diez años, lo atravesaban las caravanas. En cuanto al Sinaí, más al sudoeste de su posición, ¿no era acaso la patria de los maraykhát y los ofitas, esas tribus de beduinos que se calificaban de «hijos de los escorpiones y las serpientes»?

—No —respondió Simón con una extraña entonación—. Realmente estamos por todas partes...

Casiopea levantó las cejas y soltó una risita.

—¡Oyéndote, casi se diría que somos una enfermedad!

—A veces me pregunto si a la tierra no le iría mejor sin la humanidad.

—¿No decías que la tierra había sido creada por Dios para nosotros?

—La tierra, tal vez. Pero ¿este desierto? ¿Crees realmente que ha sido Dios quien lo ha creado?

Esta vez fue Casiopea la que no respondió. Porque, efectivamente, ese desierto — el desierto de Samiya — parecía una llanura surgida de los infiernos. ¿Tal vez en otro tiempo había habido aquí un gigantesco precipicio que el infierno había aprovechado para remontar a la superficie de nuestro mundo? En todo caso, esta vasta extensión de arena hacía las funciones de muralla para las montañas donde se agazapaban los asesinos. Saladino la había franqueado en 1176, cuando había asediado Masyaf, feudo del aterrador Sinan, el Viejo de la Montaña. Pero su esfuerzo había sido inútil. Unos meses más tarde había tenido que desandar el camino con sus ejércitos sin haber conseguido sacar de su madriguera al jefe de los asesinos.

—Qué curioso que «desierto» sea un nombre masculino —dijo Simón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Casiopea—. Explícate.

—El desierto es una mujer, estoy seguro. Tan cruel como una mujer, e igual de indiferente a todo lo que pasa a su alrededor. Como las mujeres, tiene senos, esos oasis en los que soñamos con mojar nuestros labios...

—Vaya, hablando de oasis, ¡precisamente ahí hay uno! —exclamó Casiopea—. ¡Qué extraña coincidencia!

Casiopea creyó despertar de una larga y penosa pesadilla para mecerse en un dulce sueño. Un instante antes hubiera jurado que allí no había nada, y ahora, en

cambio, distinguía un pequeño oasis bordeado de palmeras datileras donde abrevaban los animales: antílopes y una vieja pareja de leones, que se alejaron al verles. Aquí, como en todas partes, el caballo era el animal noble por excelencia. El que tenía derecho a beber antes que todos los demás. Sobre todo si el hombre lo montaba.

Los antílopes se alejaron velozmente, mientras los leones, sin duda más perezosos —o más fieros—, escalaban con parsimonia la duna más próxima. Desde allí observaron cómo Simón y Casiopea conducían a sus monturas a la poza del oasis.

Una docena de palmeras doblaban la cabeza en dirección al agua como si quisieran contemplarse en ella. Los troncos temblaron al unísono cuando Simón y Casiopea ataron sus caballos a uno de los árboles. Se hubiera dicho que sus palmas transmitían el mensaje: «¡Intrusos! ¡Vigilad!».

Casiopea se inclinó hacia el agua. Una onda recorrió su superficie cuando se aproximó. Podía ver su rostro en ella. Sus cejas, que volvían a crecer. Y sus cabellos, que le caían en cascada sobre los hombros. La impresión que tuvo al sumergir la mano en el líquido fue como de un beso. Estaba tibia y particularmente clara. Le dio un poco a su halcón, cuyas heridas ya habían cicatrizado, y le acarició suavemente el plumaje mientras bebía.

«Es extraño —pensó—. Se diría que este oasis ha aparecido solo para nosotros... Como si un instante antes también aquí hubiera habido solo un agujero, que ha colmado con su llegada.»

—Gracias —murmuró.

—¿A quién das las gracias? —preguntó Simón, mientras Casiopea veía aparecer su reflejo en el agua junto al suyo.

—A los dioses desconocidos.

—Esto me recuerda una histooria... —gruñó Rufino.

—Nos la contarás más tarde —le interrumpió Simón—. Damos de beber a los caballos, llenamos nuestras cantimploras y listos. No tenemos tiempo que perder en peroratas.

—Oooh —dijo Rufino, ofendido.

—¿Quieres beber? —le propuso Casiopea, para consolarlo.

—¡Pooor favor!

Casiopea cogió agua formando una copa con las manos y las acercó a los labios del anciano obispo de Acre.

—Creía que sobre todo no había que darle de beber —comentó Simón.

—Solo un poquito —respondió Casiopea—. No puede hacerle daño, y le gusta tanto...

Cuando hubo terminado de beber y toda el agua empezó a escurrirse por la base de su cuello, Rufino exclamó satisfecho:

—¡Qué delicia! ¡Oooh, qué bueno!

Considerando probablemente que no había peligro, la leona y el león encaramados en la duna se levantaron bostezando. El león incluso se arriesgó a lanzar un tímido rugido, para invitar a los antílopes a volver. Y cuando Casiopea ofreció de beber a su halcón, los animales volvieron a ocupar su puesto a la sombra de las palmeras.

Después de haber saciado su sed, los viajeros montaron de nuevo.

—Mirad —dijo Casiopea—. Se diría que las palmeras nos desean un buen viaje.

Simón se volvió sobre su montura y vio cómo los árboles se mecían al viento con un movimiento de péndulo.

—Es solo el viento...

¿Cuánto tiempo hacía que cabalgaban? El sol ya había sobrepasado el cenit, y la sombra de los dos jinetes no paraba de alargarse.

—Debe de ser entre nonas y vísperas —dijo Casiopea—. En todo caso nos dirigimos rápidamente hacia el fin de la tarde.

—Es evidente —comentó Simón—. Hagas lo que hagas, siempre te dirigirás hacia el fin de la tarde. Incluso estando metida en tu cama.

Casiopea se dijo que más valía no responderle. Estaba ansiosa por encontrar a los muhalliq. Y una vez entre ellos, ¿quién sabía? Tal vez encontraría una buena excusa para separarse de Simón. «Lástima. Hubiera podido ser un buen amigo. Pero como enamorado es verdaderamente insoportable...»

De pronto, un crujido bajo los cascos de sus caballos les intrigó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Casiopea—. Se diría que el desierto cruje, como un bosque.

—Extraño —dijo Simón—. Realmente extraño.

Por más que avanzaran al paso, seguían oyendo siniestros crujidos a intervalos más o menos regulares. Luego se volvieron sistemáticos. Sus caballos avanzaban entre un continuo ruido de vidrios rotos.

—Voy a ver —dijo finalmente Casiopea.

Bajó de la silla y se inclinó hacia delante. Apartando un poco de arena con la mano, puso al descubierto la punta de una gran cáscara.

—Me pregunto qué clase de pájaro ha podido poner un huevo como este —se interrogó en voz alta.

Imitándola, Simón también puso pie a tierra y se inclinó sobre los huevos que se encontraban enterrados en la arena.

—¿Huevos de dragón? Me han dicho que en otro tiempo encontraron algunos en el Krak de los Caballeros.

—Su cáscara sería más sólida —declaró Casiopea.

—Tal vez sean huevos de avestruuuz —dijo entonces Rufino.

—No —repuso Simón, levantándose con un cráneo entre las manos.

Capítulo 24

Tenía conmigo a *djinns* que estaban a mi servicio.

Sohrawardi,

El exilio occidental

De nuevo Simón tuvo la visión de una tempestad de fuego abatiéndose sobre el desierto. Caían llamas del cielo. El sol enrojecía y el aire vibraba como la piel de un tambor.

—¡Qué sufrimiento! ¡Qué terrible sufrimiento! Aquí murió gente quemada viva...

Casiopea miró alrededor. En algunos lugares, bajo el desierto, se adivinaban enormes placas de arena vitrificada. Se hubiera dicho que era un mar transformado en vidrio, un mar de aristas aceradas, cortantes; un mar convertido en tumba de sus habitantes.

—Estamos en un cementerio —comentó amargamente.

El viento seguía soplando sobre la arena, cubriendo y descubriendo multitud de cadáveres petrificados en horribles expresiones de dolor, cuerpos calcinados agitados por las olas de un mar indiferente. De pronto, el viento descubrió a un hombre con el brazo tendido hacia un caballo. Su mano emergía del fúnebre sudario, unida al cuerpo solo por un jirón desgarrado de un rojo aterrador. Estaba medio cerrada, crispada, como en una última tentativa de escapar a la muerte. Frente a ella, los dientes del caballo parodiaban una sonrisa, un rictus abominable que provocó náuseas a Casiopea.

—Pero ¿quién está enterrado aquí? —preguntó Simón.

—¿Será el antiiiguo ejército de Cambises? —aventuró Rufino.

—Cambises murió en Etiopía —precisó Casiopea—. De modo que no son sus hombres. Por otra parte, estos muertos me parecen recientes.

Cerró los ojos y sintió un indecible sufrimiento en torno a ella. Unos hombres habían levantado su tienda aquí; luego un cielo de fuego se había abatido sobre ellos, y ya no había habido más que el vacío, un vacío inmenso y doloroso. La emoción que sentía era tan viva que se llevó la mano a la boca. ¡Sangre! Un minúsculo fragmento de vidrio acababa de cortar el labio.

—¡No debemos quedarnos aquí!

Se incorporó y corrió hacia los caballos. Sobre sus patas y su pecho, numerosas incisiones mostraban que algo les había herido.

—¡El viento arrastra vidrio además de arena! ¡Tenemos que proteger a nuestras monturas!

Simón extendió las mantas que llevaban sobre las yeguas, cubriéndolas lo mejor

que pudo.

—Que el diablo...

Pero no acabó la frase.

De repente había caído la noche. No la habían visto llegar. En el desierto las transiciones eran mucho más violentas que en otros lugares.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simón.

Casiopea se pasó la mano por los labios, por sus labios resecaos, soldados por el calor. «¡Quemados! ¡Quemados vivos!», pensó. ¿Podía asegurarse que el peligro había pasado? Unas personas —¿los muhalliq?— habían llegado ahí, y luego el fuego había caído como una lluvia incandescente. Habían vivido una agonía rápida pero dolorosa, y luego nada. Solo una jaula de vidrio donde se detenían sus gritos.

—¡Qué horror! —exclamó.

—Tenemos que irnos —dijo Simón—. ¡Pide a tu halcón que nos guíe!

Casiopea levantó los ojos hacia el cielo estrellado y distinguió a Cocotte, volando por encima de las dunas. Un vapor negro las recorría, como la mano de un sembrador diabólico repartiendo muerte en forma de cristal. Un océano de un violeta oscuro, infinito y aterrador, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Eran naufragos perdidos en un mar en el que cada ola era tan cortante como una espada.

Un frío intenso les invadió, y Simón lamentó haber utilizado la manta para cubrir su montura. Temblaba de arriba abajo. ¿Era la fiebre?

—Dirijámonos hacia esas estrellas —sugirió Casiopea tendiendo el dedo hacia una miríada de estrellas que titilaban justo por encima de la línea del horizonte hacia la que volaba el halcón.

Con su brillo cálido, parecían más reconfortantes que las otras, que brillaban con un resplandor frío por encima de sus cabezas.

Por curiosidad desenvainó a *Crucífera*. Pero la espada no brillaba.

—Muy bien —dijo Simón.

Sujetando a las yeguas por la brida, con las manos y el rostro envueltos en pedazos de tela, caminaron hacia esas extrañas estrellas que brillaban entre las dunas. El desierto crujía bajo sus pasos. Se miraron las botas. Empezaban a lacerarse, permitiendo que los colmillos de vidrio les ensangrentaran los pies.

Pero las estrellas se acercaban. De hecho...

—¡No son estrellas! —gritó Casiopea—. Son...

—¡Hogueras de un campamento! —exclamó Simón.

—No, no son de un campamento. Vienen hacia nosotros.

—¿Antorchas?

Casiopea sacó de nuevo a *Crucífera* de su vaina. Simón la observó, ligeramente inquieto. Pero el brillo metálico de la espada les tranquilizó. Las brillantes luces que iban hacia ellos ondulaban siguiendo el perfil de las dunas. Probablemente las

llevaban gente montada en camellos. ¿Beduinos?

—Encendamos una antorcha —propuso Casiopea.

Simón sacó una de su talego, la encendió y la levantó tan alto como pudo. El fuego le calentó la mano, y el crepitar de la llamita le arrancó una sonrisa.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —gritó Casiopea sin saber a quién llamaba de ese modo.

En la lejanía, algunas luces le respondieron, oscilando ellas también.

—Nos han visto. ¡Vamos, valor!

Siguieron avanzando, hasta salir por fin de la zona maldita. Los crujidos de vidrio y de hueso dejaron de escucharse, y frente a ellos unas manchas blancas emergieron de la oscuridad. Una tribu de beduinos. La mayoría iban montados en camellos. Otros seguían a pie, sosteniendo una lanza con la punta dirigida hacia el cielo. En cabeza iba un anciano con el rostro arrugado como un membrillo. Casiopea reconoció a su viejo amigo, el jeque de los muhalliq, Nâyif ibn Adid, que había aparecido como por ensalmo en medio de las luces. Detrás de él se apretujaban un grupo de personas —imposible decir cuántas—. Todos, hombres, mujeres y niños, estaban en guardia, por miedo al enemigo. Sus ojos, hundidos en las órbitas, eran opacos, vacíos de toda sustancia, y sobre la parte visible de su piel se leían las secuelas de la tempestad de llamas y fragmentos de vidrio que se había abatido sobre ellos.

Era como una tribu de muertos vivientes.

—Que la paz sea contigo, noble jeque de los muhalliq —dijo Casiopea adelantándose hacia el anciano jefe, de cuya hospitalidad había disfrutado en tantas ocasiones.

—Y contigo, noble hija del desierto —dijo jadeando Nâyif ibn Adid, llevándose la mano al corazón—. ¿Puedes decirme tan solo si tengo el honor de dirigirme a ti o a tu fantasma?

—¡Por Alá! ¡Desde luego que soy yo, Casiopea!

—Entonces ayúdame a bajar—dijo el viejo jeque tendiéndole la mano.

Casiopea le ayudó a bajar del camello mientras los muhalliq formaban un círculo a su alrededor.

—Noble jeque, ¿puedo saber por qué me habéis preguntado si yo era mi fantasma?

—Te diré por qué, igual que se lo dije a tu madre...

—¿Mi madre? —exclamó Casiopea—. ¿De modo que la habéis visto? ¿Cuándo? ¿Adonde se fue?

—Todas estas preguntas merecen que nos sentemos en torno a un té —respondió Nâyif ibn Adid.

El jeque se volvió hacia su tribu, pronunció unas palabras e inmediatamente se montaron unas tiendas en la noche, con tanta rapidez que parecían surgidas de la

misma arena.

El campamento cobraba vida como si siempre hubiera estado allí.

Capítulo 25

Yo era el amo de la fuente de bronce fundido. Y dije a los *djinns*:
—¡Soplad en ella! Que se vuelva como el fuego.

Sohrawardi,
El exilio occidental

Después de conducirlos al interior de su tienda, levantada en medio de la nada, Nâyif ibn Adid invitó a Simón y a Casiopea a tomar asiento sobre unos blandos cojines dispuestos en torno a una mesita baja. Dos mujeres —muy ancianas, a juzgar por su extrema lentitud— se acercaron para servirles un té perfumado, así como un plato de dátiles y pistachos. Simón las observaba preguntándose cómo se las arreglaban para no volcar nada, ya que sus ojos desaparecían casi por completo tras el velo.

—Creo que no conozco a tus compañeros —dijo Nâyif ibn Adid mirando a Rufino y a Simón.

—Yo me llamo Rufiino, antiguo obispo de Aacre —hipó Rufino desde el cojín donde lo había depositado Casiopea.

—Que la paz sea contigo —repuso Nâyif ibn Adid inclinando la cabeza.

—Y yo soy Simón, conde de Roquefeuille —dijo este haciendo una reverencia.

—Que la paz sea contigo también, Simón, conde de Roquefeuille.

El jeque les señaló con un gesto la bandeja de frutos secos.

—No esperéis a que me sirva para empezar. Yo he perdido el apetito...

Casiopea dudó, pero Simón, que sentía cómo su estómago gruñía asaltado por el hambre, no se hizo de rogar y hundió la mano en el plato de pistachos.

—Gloria de los muhalliq, hay tantas preguntas que me queman en los labios que no sé por dónde empezar —balbució Casiopea.

—En ese caso permíteme que acuda en tu ayuda y te evite el trabajo de reflexionar. Seré yo quien te diga por qué he creído ver a tu fantasma cuando has aparecido ante mí hace un momento.

Al ver que el viejo jeque se levantaba para acercarse a un mueble situado en un rincón de la tienda, Casiopea se permitió coger un puñado de dátiles, y luego otro. A su lado, Simón masticaba sonoramente, lo que no incomodaba en absoluto al viejo jeque, encantado de ver cómo sus huéspedes hacían honor a su hospitalidad. De pronto, un tintineo les hizo volver la cabeza.

—¿Reconoces este ruido? —preguntó Nâyif ibn Adid a Casiopea.

—¡La campana de la llamada! —exclamó.

Aquel sonido reavivaba en Casiopea penosos recuerdos. Aquella campana de

bronce le había sido entregada el verano pasado, cuando Saladino le había encargado que fuera a reclamar refuerzos a Bagdad. La llamaban la «campana de la llamada» porque, según la tradición, todos los que la oían gritaban: «¡Refuerzo! ¡Refuerzo!», y se unían al portador para prestarle su apoyo. Por desgracia, mientras iba de camino a Bagdad, Casiopea había caído en una emboscada que le habían tendido los asesinos. La campana se había quedado en el desierto, donde los muhalliq la habían encontrado, cerca del cadáver de la camella de Casiopea. El jeque había llorado lágrimas de sangre. No porque Casiopea hubiera fracasado, sino porque había sido capturada.

—Sabes que siempre te he considerado como mi hija —dijo agarrándole las manos—. Esta campanita y su cordoncillo de pelos negros era todo lo que me quedaba de ti. La hacía sonar todas las noches para honrar tu memoria. ¡Y para que todos aquí recordaran a la bella y noble sobrina de Saladino, que había partido en busca de refuerzos a Bagdad cuando solo era musulmana a medias!

Simón miró a Casiopea.

—¡Tú! ¡Tú hiciste eso! —exclamó—. ¡Gran Dios, hay que felicitarse de que los asesinos te lo impidieran!

—Cállate —respondió ella fríamente—. No sabes lo que estás diciendo.

Simón frunció el ceño y se hizo con un nuevo puñado de pistachos.

—Cuando tu madre vino a verme —continuó el jeque de los muhalliq—, no pude evitar hablarle de esta campana. Y de lo que significaba su descubrimiento en medio del desierto.

—¿De modo que le dijisteis que estaba muerta?

—Muerta, no. Tal vez muerta, sí...

Por su aire contrito, podía verse que el jeque lo lamentaba.

—¿Y cómo reaccionó?

—¡Por Alá, no se dejó abatir! Me dijo que no creería que estabas muerta hasta que no tuviera tu cadáver entre sus brazos.

Casiopea sonrió al pensar en su madre. Esa respuesta era muy propia de ella. A su modo, Guyana era una mujer dura. No por casualidad la había enviado, apenas entrada en la adolescencia, a la academia del megaduque Colomán, el maestro de las milicias de Constantinopla. Volvió a ver sus cabellos entrecanos, recogidos bajo un velo cuando no estaban ocultos por sus ropas de monje. Por una razón que Casiopea desconocía, su madre siempre se había resistido a dejar que se alejara. ¿Tal vez porque era una niña particularmente temeraria? Solo sus padrinos, Gargano y Chrétien de Troyes, se atrevían a jugar con ella. Su madre era todo severidad. Aunque ahora Casiopea comprendía por qué. Al no tener familia, a excepción de su hija, Guyana había vivido siempre con el temor a perderla... De pronto un pensamiento cruzó por su mente. Todos esos muertos, ahí fuera...

—¿Quiénes son esos desventurados enterrados en el desierto no muy lejos de aquí?

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del jeque. Su voz tembló, y se encogió sobre sí mismo como una hoja en otoño.

Casiopea posó la mano sobre el brazo del viejo jeque, que sollozó.

—¡Es mi pueblo! ¡Mis hijos, mis hijas!

Simón dejó de masticar y levantó la cabeza.

—Fuerzas maléficas, sobrenaturales, nos atacaron poco después de la marcha de tu madre —prosiguió Nâyif ibn Adid—. Se lanzaron sobre nosotros como langostas sobre un campo de trigo. No pudimos hacer nada para defendernos, excepto huir en todas direcciones. ¿No os habréis cruzado acaso con algunos miembros de mi tribu que vagaban entre las dunas?

El jeque levantó los ojos, lleno de esperanza.

Pero Casiopea y Simón sacudieron la cabeza. No habían visto a nadie, solo cuerpos prisioneros de un desierto vitrificado.

—Al distinguir vuestra antorcha, hace un momento, me dije que tal vez... Pero no, solo erais vosotros dos. Tendremos que seguir buscando.

Casiopea no se atrevía a hablarle de los numerosos cráneos que Simón y ella habían aplastado antes de llegar allí.

—¿Qué clase de fuerzas sobrenaturales? —inquirió Simón.

—¡Eran *djinns*, sin duda alguna! Una lluvia de fuego se precipitó desde los cielos cuando no había nubes. Como si nos hubieran derramado sobre la cabeza un caldero de llamas. Pero no era un caldero. ¡Era el infierno! No creáis nunca a los que os digan que está abajo, en las regiones inferiores de la tierra. ¡El infierno está en torno a nosotros!

—Justamente allí queremos ir —dijo Casiopea.

El jeque de los muhalliq clavó en ella dos ojos brillantes de fiebre.

—¿Quién os dice que no estáis ya en él?

Simón tragó saliva.

—Habéis hablado de *djinns*... —le recordó.

—Son una suerte de demonios —le explicó el jeque de los muhalliq—. Espíritus maléficos, aunque en ocasiones se encuentre a alguno bueno. A veces. Raramente...

Nâyif ibn Adid se sirvió una taza de té, pero le temblaba la mano. Renunciando a beber, dejó la taza.

—Los *djinns* son espíritus elementales —continuó—. Del agua, el viento, la tierra o el fuego. En este caso, los que se abatieron sobre nosotros eran del fuego. Sohrawardi los invocó.

—¿Sohrawardi? Pero si está muerto —objetó Simón—. Vi cómo sucumbía, devorado por las llamas, en el combate bajo la Cúpula de la Roca.

—El que manda sobre el fuego no puede sucumbir por el fuego...

—Eso es muy cierto —hipó Rufino.

—Pero ¿qué quería de vos?

—¿De mí? Probablemente nada; si no, no estaría aquí hablando con vosotros. Suponemos que tenía algo contra ciertos miembros o invitados de mi tribu —añadió apretando la mano de Casiopea.

Las lágrimas velaron los ojos del viejo jeque, que amaba tanto las artes que siempre había puesto un gran empeño en atraer a su corte a artistas del mundo entero. Así, en el año de gracia de 1178, Chrétien de Troyes había sido invitado a residir entre los suyos en compañía de su protector y amigo el conde de Flandes.

—Como toda madre cuyo hijo se ha ausentado demasiado tiempo —prosiguió el viejo jeque—, Guyana de Saint-Pierre estaba preocupada por ti. Llegaba del Krak, donde esperaba que pudieran informarla de dónde te encontrabas. Pero Alexis de Beaujeu no había vuelto a verte desde que partiste de Tierra Santa...

—Lo sé, venimos de allí.

El viejo jeque inclinó la cabeza lentamente y acarició su taza de té, sin duda para calentarse la mano.

—Entonces ya debéis de saber que ha sido informada de la muerte de ese caballero Morgennes; vuestro padre, me dijo.

—Sí.

—Con razón o sin ella, estaba convencida de que os encontrabais en su compañía.

—¿En el infierno? —preguntó Simón.

—En el infierno, sí, por desgracia.

Casiopea giró la cabeza en dirección al desierto, donde había tantos muertos como semillas en un campo justo después de la siembra.

—¿Mi madre se cuenta entre las víctimas de los *djinns*?

—Afortunadamente no, Casiopea. En su infinita bondad, Alá no permitió que eso ocurriera. Por otra parte, Guyana es demasiado rápida. Cuando los fuegos del infierno se abatieron sobre nosotros, ella ya estaba lejos.

—¿Hacia dónde se fue?

Nâyif ibn Adid hizo un gesto con la mano para indicar una dirección.

—Mucho más al norte y al este. Ahí donde nosotros no vamos. A un lugar donde no va nadie desde que los ejércitos de Alejandro Magno amurallaron el acceso.

—Pero ¿dónde es eso?

—Lo llaman el valle tenebroso, Tenebroc, o también Tartaria. Se dice que allí reina una noche sin fin, que no es más que una sucesión de estepas sin barrancos ni montañas. Se dice también que Alejandro Magno lo rodeó por miedo a perder en él a su ejército. Y que prohibió a todos que hollaran su suelo, si no querían que su alma fuera devorada por los demonios.

—Sí —dijo Rufino—. Yo también he leído muuuchos textos sobre este tema. Se habla sobre todo de una pueeerta gigantesca que bloquea el acceso, para impedir que los demooonios saalgan.

—Pero ¿por qué iba a ir mi madre a ese lugar?

—Porque pensaba que te encontraría allí —respondió Nâyif ibn Adid—. Junto a Morgennes... ¡Qué ironía que partiera tan rápido! A fuerza de correr tras de ti, te ha adelantado.

—En fin, lo importante es que está viva... Pero decidme, si no era a mi madre, ¿a quién apuntaba el señor de los *djinns*?

Nâyif ibn Adid abrió los brazos en señal de ignorancia.

—Solo Dios lo sabe. Mi tribu contaba antes con tres mil tiendas. Desde que los *djinns* se encarnizaron con nosotros solo cuenta con un millar. Pero lo que es seguro es que los fuegos del infierno se concentraron en una zona en particular.

—¿Cuál?

—La de los invitados.

Casiopea tuvo una intuición.

—¿Alojabais a un artista llamado Hassan Basras? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Está...?

—Todos los cráneos son más o menos parecidos, es difícil decir a quién pertenece este o aquel. Pero no hemos vuelto a ver a Hassan Basras. Y él no abandonó el campamento.

—Una noticia muy triste —soltó Simón levantándose, y después de masajearse en las rodillas como si se preparara para partir de nuevo, añadió—: Bien. No queremos abusar por más tiempo de vuestra hospitalidad, tenemos un largo camino ante nosotros.

Casiopea le miró estupefacta, y Rufino se quedó con la boca abierta. Un invitado nunca se despedía de un jeque. Siempre esperaba a que fuera él quien le despidiera, aunque para eso tuviese que esperar varias horas —o varias lunas, si su hospitalidad se volvía insistente—. Simón no podía haber sido más grosero.

—Se hace tarde —dijo suavemente Nâyif ibn Adid—. Y estoy cansado...

Cargando en su haber la falta de delicadeza de Simón, el jeque de los muhalliq invitaba a sus huéspedes a que le dejaran. Pero Casiopea, que no había agotado ni de lejos su lista de preguntas, quería seguir interrogando al jeque sobre Hassan Basras.

—¿Fue Hassan quien pintó esto? —quiso saber.

Mostró al viejo jeque el cuadrito que le había dado Conrado de Montferrat, el retrato del que el misterioso caballero que se parecía a Taqi se había evaporado.

—Sí, es una de sus obras.

—¡Qué lástima que no sea posible conversar con él! ¿No tiene familia? ¿Alguien

con quien pueda hablar?

—Por desgracia, o por suerte, no tenía a nadie. Como muchos artistas, era un solitario. Todo lo que queda es una parte de su material. Lo había dejado bajo mi tienda, donde estaba realizando mi retrato...

Casiopea miró en la dirección que le indicaba Nâyif ibn Adid y vio algunos potecitos de barro colocados junto a una plancha de madera.

—Son sus pinturas. Algunas son muy raras y difíciles de obtener. Las creó él mismo a partir de pigmentos extraídos de unas setas que solo crecen en un lugar del mundo. Estos pigmentos, una vez triturados, se aglutinan con aceite de linaza al que se asocian diversas esencias... Es un método totalmente original y sumamente innovador. Si no entendí mal, lo aprendió de un monje llamado Pixel, un almero.

—¿Qué es un almero? —preguntó Casiopea.

—Alguien que se comunica con los muertos.

De todas las tribus de beduinos, supersticiosos por naturaleza, la de los muhalliq era probablemente la más inclinada a creer en el poder de los pentáculos y otras inscripciones cabalísticas. Ellos habían trazado sobre la piel de Casiopea, poco antes de la batalla de Hattin, ciertos versículos del Corán y símbolos alquímicos destinados a protegerla, y ellos también le habían ofrecido el más célebre de los amuletos de la buena suerte del islam, la mano de Fátima, asegurándole que estos encantamientos la ayudarían a cumplir su destino.

Al ver que Simón golpeaba el suelo con el pie, impaciente, a la entrada de la tienda, Casiopea no se extendió y se limitó a hacer una última pregunta:

—Estas setas, ¿de dónde provienen exactamente?

—De los pantanos del Lago Negro, en Etiopía. Según Hassan Basras, ese es el lugar en que estas setas, las *Vita verna*, proliferan. Lo que no impide que valgan una fortuna. Porque, por alguna razón que no me explicó, son extremadamente difíciles de obtener. Por otra parte, no creo que fuera a recogerlas él mismo...

Viendo que Simón ya había salido, Casiopea se apresuró a preguntar al viejo jeque:

—¿Puedo llevarme prestado uno de estos potes?

—Llévatelos todos. No creo que nadie venga a reclamármelos. De todas formas, casi había acabado mi retrato.

Nâyif ibn Adid se acercó al cuadro en que trabajaba el artista y lo observó con aire grave. El jeque estaba representado de pie, tan pálido como una sombra, sobre un fondo rojo y negro.

—Como la tempestad que se abatió sobre nosotros —señaló amargamente.

Capítulo 26

Y así empezó su búsqueda y atravesó muchas regiones sin recoger la menor noticia.

Chrétien de Troyes,
El Caballero del León

—Por culpa tuya —dijo Casiopea a Simón— no hemos podido hablar de la desaparición de Taqi.

—No tenía nada que contarnos.

—Pues yo creo, al contrario, que nos hemos enterado de muchas cosas.

—Pamplinas. Lo único que sabemos es que tu madre le visitó y que él le habló de las llanuras de Tartaria.

—Ya es mucho.

—¡No lo suficiente para mi gusto! Por mi parte, todo lo que he podido sacar de este encuentro es que tu jeque está entusiasmado con la pintura al óleo de setas...

Casiopea tiró de las riendas de su yegua, forzándola a detenerse, y después dejó que Simón —que no redujo la marcha— se distanciara.

—¿Sabes que a veces eres insoportable? ¡Ves el mal en todas partes! —le gritó.

—Tal vez sea porque yo veo las cosas con claridad.

—¿Y eso qué significa?

—Que es Dios quien ha permitido que perdiéramos la Vera Cruz. Que es Dios quien ha permitido que tu padre se encuentre en el infierno. Que es Dios quien ha permitido que Saladino reconquistara Jerusalén.

—Bueno, muy bien. Dios es nuestro enemigo. ¿Y? ¿Justifica eso tu comportamiento?

Simón no le respondió, pero sintió deseos de abofetearla. Una idea realmente extraña. Pero tan seductora... Tuvo que esforzarse para contener ese impulso y continuar su camino como si no hubiera ocurrido nada. Conrado de Montferrat, Alexis de Beaujeu, e incluso el jeque de los muhalliq... Todos le eran antipáticos. Pero si tenía que ir al infierno para salvar a Morgennes, ¡como hay Dios que lo haría!

—Ay, Casiopea, Casiopea, no creas que soy insensible a tu pena —acabó por decir con voz melosa, obligándose a mentir—. Al contrario. Mi única preocupación es servirte. Soy tu esclavo. Ordena y obedeceré.

—Limítate a ser tú mismo y vuelve a convertirte en el noble y buen Simón con el que cabalgaba este mismo otoño bajo estos mismos cielos.

—Ese Simón ya no existe, mi muy querida Casiopea. Murió al mismo tiempo que Morgennes.

—Entonces mi pena es doble —murmuró ella sin que Simón le oyera.

Y después de arrear a su montura volvió a colocarse a su lado, manteniéndose alerta, desconfiando de ese extraño muchacho cuya mirada se inflamaba cada vez que hablaba con ella.

—Vamos hacia oriente —dijo—. Tartaria se encuentra al nordeste de Persia. Preparémonos para un viaje largo, muy largo...

Capítulo 27

Gusanos y tinieblas, suplicio, frío y ardores.
Mirada del demonio, remordimiento y dolores.

Jacobo de la Vorágine,
La leyenda dorada

Los meses que siguieron representaron para Casiopea un largo y duro calvario. Forzada a cabalgar con un compañero del que no le hubiera importado prescindir —pero muy útil para alejar a los bandidos—, se parapetó en el silencio.

«Y pensar que era mi madre la que deseaba entrar en un convento...»

A veces dejaba escapar un suspiro. O intercambiaba unas palabras con Rufino, que se expresaba cada vez mejor y de manera menos exasperante a medida que las semanas sucedían a las semanas.

Pero lo que la iba minando, sobre todo, era el paisaje que atravesaban. Se hubiera dicho que el cielo —de un color gris plomo— se había derramado sobre la tierra, aplastando las montañas y tapando los valles. Nivelándolo todo. Cielo y tierra se confundían hasta formar una única región uniformemente gris y llana. Podían cabalgar por ella durante días, pero siempre acompañados por la misma llovizna impalpable, la misma niebla, el mismo silencio.

Cabalgar por esas llanuras era remontarse al inicio del mundo, cuando el tiempo no existía, antes de que Dios creara la tierra y la vegetación. El aire era pesado, agobiante. A menudo se sumergían en una especie de letargo o se dormían sin siquiera darse cuenta. El espacio no era más que una línea enmarcada por sus pestañas; no había ni una montaña, ni una colina, ni un bosquecillo. En el cielo, solo el halcón rompía la monotonía de los grises melancólicos que el sol se esforzaba vanamente en disipar.

A veces les resultaba difícil creer que existían. En otros momentos, jirones del pasado les volvían bruscamente a la mente, como burbujas de gas escapando del lodo. Y de nuevo se veían en tal o cual momento de su vida en que habían sido más felices. Luego volvían a abrir los ojos. Ahí estaban, siempre a caballo. Y nada había cambiado. Era siempre el mismo paisaje, la misma calma, que no tenía nada que ver con la paz de espíritu.

«Dios no ha acabado este país —se dijo Casiopea—. Por una razón indeterminada, fue a descansar cuando debiera haberlo terminado. Es el país del Séptimo Día.»

—Es peor que estar en el maaar —dijo una noche Rufino a Casiopea—. En el maaar al menos está la espuma y las salpicaduras de las olas. A veces el oleaje foorma volúmenes. Un pájaro lanza un griiito. O la aleta de un delfíiin deja una estela en el aaagua. Pero aquí todo es siempre lo mismo. ¿Estamos siquiera seguros de avanzaaar?

—Realmente no podría asegurarlo —respondió Casiopea—. Tal vez sea esto el infierno. Hagas lo que hagas, nada cambia nunca.

—Entoonces, si puedo expresarme así, tanto da quedarse de brazos cruzaaados.

—Es justamente lo contrario. Hay que pelear.

—¿Peleaaar? Pero ¿coontra qué?

—No contra qué, sino para qué. Para dar testimonio de aquello en lo que se cree. La esperanza. El movimiento. El cambio. Pelear, justamente, porque tal vez todo esté perdido de antemano. Pelear por existir, sin odio ni cólera. Simplemente para estar vivo. Debes tener confianza y seguir avanzando. Al final aparecerá algún signo.

—Antes del finaaal, espero... —rezongó Rufino.

Cuando se detenían para acampar, Casiopea le encontraba a la comida un sabor a polvo, y al vino una acidez de vinagre. Ya no tenía apetito, pero se esforzaba en proporcionar a su cuerpo aquello que necesitaba para proseguir su búsqueda. En el curso de esos demasiado escasos momentos de distracción, Casiopea disfrutaba de una orgía de imágenes. Camellos, algunos cargados con un pesado equipaje, y otros liberados de sus fardos, entraban o volvían a partir del khan. Generalmente iban cargados de muebles y de tiendas dobladas, de armas y de odres medio deshinchados, que había llegado el momento de llenar. Pero a veces uno de ellos llevaba un cargamento tan enorme de utensilios de cocina, platos y barreños de cobre, que tintineaba sonoramente, con un ruido de nave amarrada.

De un palanquín montado sobre un gran camello blanco, con el pecho adornado de joyas, descendieron cuatro mujeres. Su velo no estaba tan cerrado como el de las muhalliq y dejaba ver sus ojos enmarcados de khol y una cadenita de oro que pasaba por sus fosas nasales. Con sus muñecas y sus tobillos cubiertos de ornamentos, y charlaban entre ellas tapándose la boca con una mano decorada con henna para ahogar sus risas. Cuando vieron a Simón, desaparecieron rápidamente.

En otros lugares, grupos de comerciantes —a juzgar por sus panzas prominentes— charlaban tomando café, sentados en círculo en torno a un fuego. Algunos fumaban en pipa o masticaban opio, mientras otro les daba noticias de su casa. Cuando llegaba la hora de la oración, extendían sus alfombras y se volvían hacia La Meca, ayudándose del mihrab excavado en una sección de la muralla.

Pero aparte de los khans, su única referencia era el disco solar, que extrañamente se reducía día tras día, en tamaño e intensidad, contentándose con efectuar solo un

corto y tímido paseo por encima del horizonte. Como si supiera que no era bienvenido allí.

—Tenebrooc, o Tartaaaria —explicó una noche Rufino a Casiopea—, es ese lugar que los antiguos llamaban el valle tenebroso.

—¿Ya lo conocías?

—Sí. En fin, un poco. Leí liibros sobre este teema, hace mucho tiempo. Mi paaadre quiso ponernos sobre aviiiso, a mi hermano y a mí, contra la presencia del maaal... «¡El infierno no está reservaaado solo a los mueeertos!», acostumbraaaba a decirnos. «Los que deberán permaneecer en él llevan en sí, desde los primeros instantes de viuda, la marca de ese lugar maldiito...»

—Es curioso. Si estamos, como tú pretendes, en el infierno, ¿por qué no hay demonios? Ni siquiera hemos visto guardianes.

—No hay Cerbeeero...

—Ni Carente. No recuerdo haber franqueado ninguna frontera. .. Y sobre todo, esperaba ver torrentes de lava y rocas incandescentes, un poco como en el fondo del Vesubio. Y no viajar a pleno día a la luz de las antorchas.

—¿En pleno día? —intervino Simón—. Está oscuro desde hace tanto tiempo que ya no sabemos si es de día o de noche. Tú hablas de jornadas de marcha, pero tal vez sean noches. O al revés.

—Se diría que conoces bien este lugar...

—Tengo la impresión de haber nacido en él —confesó Simón.

Y era verdad. Si eso era el infierno, había nacido ahí. En un lugar donde tus hermanos siempre pasan por delante de ti. Un lugar donde no existes. Donde te tratan como alguien que está de más, o, en el mejor de los casos, como algo despreciable. Simón el Parco. Simón el Pequeño. Simón el Insignificante. Simón que hubiera debido morir ya que causó, al nacer, la muerte de su madre... «Aunque mi padre, en el momento de exhalar el último suspiro, estaba contento de tenerme, después de que sus otros cuatro hijos hubieran muerto. Eso es lo que fui para él. Un vulgar heredero, encargado de asegurar su supervivencia en el más allá...»

Ese gusto amargo que Casiopea encontraba en sus comidas, Simón lo había sentido siempre. Igual que siempre había sentido la falta de luz, incluso en Tierra Santa. Solo en el contacto con Morgennes —o, antes que él, con el asesino Wash el-Rafid o con Reinaldo de Châtillon—, Simón había tenido la luminosa sensación de haber encontrado por fin su camino. De ser considerado. El infierno era descubrir a su familia sentada a la mesa para cenar sin que nadie se hubiera preocupado de llamarle. El infierno era no tener nunca un sillón en el que sentarse junto a los suyos. El infierno era oír que el panteón de los Roquefeuille —donde reposaban su padre y sus antepasados— no podría alojarle porque habían cedido su lugar a una prima lejana. El infierno era tener que aprender el oficio de las armas a escondidas de sus

hermanos, que estaban todos colocados como escuderos de un caballero amigo de la familia. Era mentir a los oficiales de la comendaduría de los templarios, forzando su entrada con las palabras: «Me envía mi padre...».

Era sufrir hasta el punto de oír llorar a su corazón permanentemente, de oír gritar a su cabeza.

Era tener tal necesidad de revancha contra el mundo y los suyos que nada, nunca, podría satisfacerla. Era, sobre todo, saberse condenado.

Simón llevaba el peso de su sufrimiento desde hacía tanto tiempo que tenía la espalda encorvada.

De modo que, en este lugar donde el cielo era tan bajo que se parecía a la bóveda de las minas, se encontraba en su casa.

Sin embargo, aún no habían llegado al infierno.

No del todo.

Pero, como el viejo Heraclio de Jerusalén había explicado a Rufino, las estepas que lo bordeaban llevaban en sí, desde las primeras leguas, la marca de ese lugar maldito. Y existía una frontera.

Capítulo 28

En los confines de Persia, hacia tramontana, hay una grandísima llanura donde se encuentra el Árbol Solo, al que los cristianos denominan el Árbol Seco.

Marco Polo,

El descubrimiento del mundo

El signo que esperaba Casiopea se presentó un día —o una noche— bajo la forma de un árbol. Un árbol distinto a todos los que hasta entonces habían visto Simón y ella, incluso en el oasis de las Cenobitas.

Era un árbol a la vez blanco y negro, cuyas hojas se agitaban tan rápidamente bajo el efecto del viento que se veía gris. En cuanto a sus frutos, parecían bolas de niebla.

—Qué árbol tan curioso —dijo simplemente Casiopea.

Al principio creyeron que sería fácil llegar hasta él; pero al cabo de dos cenas —ahora era su forma de contar el paso del tiempo— tuvieron que reconocer que estaban engañados.

El árbol aún se encontraba lejos. Sin embargo, en este país desolado representaba el faro que necesitaba su desamparada expedición. Siguieron avanzando, pues, hacia él con la esperanza de alcanzar un puerto. Aunque habían acampado lejos del extraño árbol, se despertaron justo a su lado.

—¡Huele a caféee! —hizo notar Rufino, que antes de su decapitación era un gran aficionado a ese brebaje.

—Tienes razón —corroboró Casiopea.

Miraron alrededor buscando de dónde procedía el olor, tan incongruente en esos parajes.

—¡Nada!

Fue Simón quien encontró su origen al levantar los ojos.

—¡Ahí!

Apuntando al árbol con el dedo, les señaló dos grandes botas que colgaban por debajo de las ramas.

—¿Sois vos quien hace café?

Las botas se agitaron y luego descendieron hacia ellos. Dos fuertes muslos las prolongaban, seguidos de un torso, un par de brazos y una cabeza adornada de una poblada barba...

—¡Gargano! —exclamó Casiopea.

Mientras el gigante se dejaba caer al suelo y Simón desenvainaba su espada, ella se precipitó hacia su padrino y lo abrazó hasta casi ahogarlo.

—¡Casiopea! —exclamó Gargano—. ¿Tú aquí? Pero... cuidado, ¡harás que derrame el café!

—¿Y si nos presentaras? —dijo Simón volviendo a envainar su espada.

—Es mi padrino. Un antiguo y gran amigo de mi madre. En materia de combate, él me lo ha enseñado todo.

—Oh, no todo —balbució Gargano sonrojándose.

—Casi todo. El resto lo aprendí en Constantinopla, bajo la férula de Colomán.

—Admitamos que te inculqué las bases; pero hay que reconocer que lo llevabas en la sangre.

Aunque superaba en altura a Casiopea por cinco o seis cabezas, el gigante mantenía los brazos bien altos para no quemar a su ahijada con su vaso de café. Una sonrisa franca coronada por un magnífico bigote gris y dos ojos que chispeaban de malicia revelaban su naturaleza profunda: Gargano era un gigante bueno, del tipo que no se encuentra a menudo en los cuentos de hadas.

—¿Y si nos sirvieras café? —le pidió Casiopea después de haberlo estrechado entre sus brazos una vez más.

—Encantado —dijo el gigante reprimiendo un bostezo, y sacó de la gran bolsa que llevaba a la espalda una gran copa, que llenó y entregó luego a su ahijada.

Casiopea bebió golosamente y después tendió la copa a Simón. En ese momento, en el cielo, el halcón lanzó un grito.

—Veo que has traído a Cocotte —dijo Gargano—. Has hecho bien. ¿Me habéis encontrado gracias a ella?

—No —respondió Casiopea—. Ha sido gracias a...

Pero no veía gracias a qué había sido, si no era a la suerte, o a la providencia.

—Entonces es que estaba escrito —dijo Gargano ahogando un segundo bostezo—. Perdonad que bostece, pero voy tan corto de sueño...

El gigante se vació la cafetera en la garganta, y luego se palmeó el jubón para eliminar algunas manchas negras y blancas.

—Porquería —dijo—. Esto me recuerda los pantanos que...

Se detuvo, sin atreverse a hablar de Morgennes, recordando la promesa que le había hecho hacía veinte años.

—En fin, que estoy contento de haberos encontrado.

—Hemos sido nosotros los que te hemos encontrado —le corrigió Simón.

—Tal vez —dijo el gigante—. O tal vez no. Quién sabe, con la extraña geografía de estos parajes y todos los milagros que pueden producirse en ellos... Es como los pantanos, os digo.

—¿Qué pantanos, padrino Gargano? —preguntó Casiopea—. No dejas de mencionarlos, pero nosotros no sabemos nada de ellos.

—Oh... pantanos situados en Etiopía, con miríadas de pequeñas mariposas con

alas que tan pronto son negras como blancas y montones de...

—¿Setas? —le interrumpió Casiopea.

—Pues sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

Casiopea sacó de su alforja uno de los potes de pintura de Hassan Basras.

—¿Como las que componen estos pigmentos?

—¿Dónde has encontrado eso? —le preguntó Gargano.

—Me lo dio el jeque de los muhalliq.

—Es infinitamente precioso.

—Lo sé.

Simón hundió un dedo en el pote de pintura y lo frotó contra su pulgar.

—Parece polvo.

Al husmearlo, lo inhaló por descuido y le provocó un ataque de tos.

Casiopea se echó a reír, y Gargano le ayudó a recuperarse dándole numerosas palmadas en la espalda.

—Gracias, ya está bien, ya está bien —dijo Simón.

Un segundo vaso de café más tarde, mientras por todas partes a su alrededor la bruma se espesaba, se tendieron —los que podían hacerlo— contra el tronco del Árbol Solo.

—Aaaah —suspiró Rufino—, sentir un tronco contra la espalda... ¡Cómo me gustaría teneer esta sensación!

—¿Echáis en falta vuestro cuerpo? —preguntó Gargano.

—Terriblemente. Pienso en él sin paaarar... Me gustaría mucho sabeer dónde está...

—Tal vez simplemente ya no esté —aventuró Simón.

—¡Oh, por favor, no digas barbaridaades! —aulló Rufino—. ¡Claro que está en algún siiiitio!

Los ojos de la cabeza decapitada parpadearon varias veces y las aletas de su nariz se agitaron como si estuviera a punto de estallar en lágrimas.

—Le has puesto triste —dijo Casiopea.

—Nada de eso —objetó Simón—. No he hecho más que formular una evidencia.

Gargano les observaba interesado.

—Según la Biblia, existen dos árboles que no se parecen a ningún otro, plantados por Dios en el jardín del Edén —declaró—. Uno de ellos es el Árbol del Conocimiento. Pero nadie sabe dónde se encuentra...

—En el oasis de las Cenobitas —le informó Simón.

—Oh... ¿De modo que lo habéis descubierto?

—Sí —respondió Casiopea—. Pero esa es otra historia...

—El otro —prosiguió Gargano mientras palmeaba el tronco contra el que estaban

apoyados— sería este: el Árbol de la Vida. Se dice que puede resucitar a los muertos... De manera que tal vez haya alguna esperanza si se llega a encontrar vuestro cuerpo, mi señor Rufino.

—Exceleeencia —le corrigió Rufino—. Aunque téecnicamente no sea ya el obiiispo en funciones de Aaacre, aún conservo el título. Por otra parte, lo sé toodo sobre este árbol.

—¿Ah sí? ¿De verdad?

—Eres un verdadero pozo de ciencia —se burló Simón—. Ya ves, al fin y al cabo, no tienes realmente necesidad de un cuerpo...

—Déjale hablar —le interrumpió Casiopea—. Lo siento, Rufino. Dinos lo que sabes sobre este árbol.

—Se trata de un áaarbol mítico. Algunos lo llaman el Áaarbol Seco. Otros, el Áaarbol Solo. Yo lo llamo el Àaarbol del Fin del Mundo... Es un áaárbol milagroso. Un áaárbol cuyas hojas son verdes por un lado y blaaancas por el otro, y cuyos frutos dicen que tienen la virtud de curar todos los maaales...

Mecidos por las palabras de Rufino, creyeron dormirse mientras en torno a ellos la bruma se hacía algodonosa y tenían la sensación de que los cuatro se habían deslizado bajo una misma manta de gasa con un árbol en medio.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —preguntó Simón al gigante.

—Forzosamente hay que pasar por aquí para llegar a Tartaria. El propio Alejandro Magno atravesó esta región, con más de cien mil caballeros.

—Según el Corán —dijo Casiopea—, Alejandro Magno construyó una inmensa muralla en los confines del mundo conocido para impedir que Gog y Magog nos invadieran.

—Es como en el Antiguo Testameeento —precisó doctamente Rufino—. Donde está escrito que los pueblos de Goog y Magoog saldrán de su refugio para invadir la tieeerra cuando se acerquen los Ultimos díiias.

—Normal si son demonios —añadió Simón.

—Qué divertido —comentó Gargano.

—¿Por qué os dirigíais a Taaartaria? —le preguntó Rufino.

—Iba tras las huellas de la madre de esta joven —confesó Gargano señalando a Casiopea—. Guyana partió tan deprisa que no tuve tiempo de advertirla. Por aquí, una mujer sola está expuesta a muchos peligros... Y, por cierto, os estoy infinitamente agradecido por escoltar a Casiopea —le dijo a Simón.

—Somos dos los que la escooltamos —replicó Rufino, irritado.

—Os estoy muy agradecido a ambos —terció Gargano.

Y mientras Simón se levantaba para hacerse con unas manzanas de sombra, Gargano se volvió hacia Casiopea.

—Gracias a las botas que heredó de Poucet, tu madre se desplaza con extrema

rapidez —le dijo—. Alcanzarla no ha sido tarea fácil.

—¿Cómo? ¿De modo que tú también la has visto? Parece que solo nosotros somos incapaces de lograrlo...

—Deberías conseguirlo fácilmente, porque ha dejado de correr.

—Explícate. No me digas que...

Temiendo lo peor, Casiopea palideció; pero Gargano la tranquilizó.

—No, no. ¡No te preocupes!

Y soltó una carcajada, como si la muerte de Guyana fuera la cosa más improbable que se pudiera imaginar.

—No está muerta. Al contrario, me atrevería a decir. Pero lo que vas a descubrir tal vez no te guste...

—¿Qué es?

—No sé si me corresponde a mí explicártelo. De hecho, creo que sería mejor que fuera tu propia madre quien te lo dijera.

—Para eso tendría que encontrarla.

—Oh, la encontrarás. Dos mujeres como vosotras no pueden abandonar este mundo sin haberse cruzado de nuevo.

—De todos modos, me gustaría saber más.

—Puedo decirte que está como hechizada. Nunca la había visto tan radiante...

Gargano se echó a reír al ver la cara que ponía Casiopea.

—Lo comprenderás en su momento —le dijo.

Ante tanto misterio, Casiopea calló. Muy bien, lo comprendería en su momento. Pero ¿cuándo? Y ¿qué? Aunque su intuición le decía que ya sabía de qué se trataba...

Se acercaba la hora de partir. Casiopea habría estado encantada de pedirle a Gargano que los acompañara, pero Simón se plantó ante el gigante con una bolsa en la mano.

—He cogido frutos de este árbol —dijo—. Si, como pretendéis, tiene el don de resucitar a los muertos, es preciso que se los llevéis al jeque de los muhalliq. Le encontraréis más al oeste, en el desierto de Samiya...

Gargano agarró la bolsa, que desapareció entre sus manos enormes.

—Oh, muy bien...

Miró a su ahijada.

—¿Crees que es una buena idea?

Casiopea asintió con la cabeza. Sí. Si existía una posibilidad de que los frutos del Árbol Solo ayudaran al jeque de los muhalliq a salvar a los suyos, había que intentarlo. De modo que, después de depositar un beso en la mejilla de su padrino, le obsequió con una caricia.

—Ya no soy una niña... —le advirtió.

—No necesitamos compañía —añadió Simón.

Los dos compañeros intercambiaron una mirada, y Gargano comprendió que, más que los diablos del infierno, era Simón, sobre todo, quien representaba un peligro para Casiopea.

—¿Quieres que vaya con vosotros? —le propuso.

—No, gracias, querido padrino. Corre a ver a los muhalliq. Te necesitan más que yo.

—Muy bien, muchachos —dijo Gargano, que conocía el carácter inflexible de su ahijada—. En ese caso no me queda más que ir a visitar a los muhalliq. Si me necesitáis, ya sabéis dónde encontrarme...

Capítulo 29

Y os dice que Alejandro mandó construir una torre muy fuerte y una fortaleza a la salida del paso, de modo que esas gentes no pudieran pasar para caer sobre él ni sobre sus gentes, y hasta este día ha sido llamada la puerta de Hierro, y es el lugar donde el Libro de Alejandro cuenta cómo encerró a los tártaros entre dos montañas.

Marco Polo,
El descubrimiento del mundo

A pesar de las ganas que sentía, a veces, de renunciar, a pesar de la lasitud que la embotaba, a pesar del miedo, el hambre y la sed, Casiopea continuaba. «No reflexionar, avanzar. Ocurra lo que ocurra, avanzar. No pensar más que en esto, avanzar. Por mi padre y mi madre, avanzar...»

Solo cuando acampaban se permitía preguntarse a quién había podido encontrar su madre. Porque era evidente que había encontrado a alguien. ¿A Morgennes? Probablemente no, porque Gargano la había prevenido: «Lo que vas a descubrir tal vez no te guste...».

¿Otro hombre, entonces? Pero ¿quién? ¿A quién puede encontrarse uno en el camino de los infiernos? ¿Al diablo?

Casiopea reprimió un escalofrío. El diablo, con sus cuernos, su cola y sus patas de macho cabrío. ¿Tendría también una horca, como en las iluminaciones que su madre pintaba en otro tiempo en los márgenes de los manuscritos, en la abadía de Saint-Pierre de Beauvais, donde habían vivido mucho tiempo disfrazadas de hombres?

De pronto se levantó un viento del este. El, que tan discreto se había mostrado desde hacía varios meses, se oponía ahora a su progresión con un insidioso muro de aire. Lo más extraño era que alrededor de ellos la bruma no se movía. Había viento —lo sentía en sus cabellos, en su ropa—, pero las densas masas de niebla que les envolvían permanecían inmóviles. Como si la bruma fuera tan sólida, tan inmutable, que ni siquiera una tempestad pudiera disiparla. En el curso de los días el viento arreció. Y un día se convirtió en una borrasca. Esta vez la niebla se agitó. Casiopea llamó a su halcón para ponerlo a resguardo bajo su capa, y luego se vieron obligados a avanzar protegiéndose la cara con una *keffieh*, porque el viento soplaba con inusitada fuerza y les quemaba los ojos. Finalmente tuvieron que detenerse y taparles la cabeza a los caballos con una manta. Las yeguas, animales pacientes que confiaban en sus amos, se apretaron la una contra la otra con las cabezas apuntando en direcciones opuestas, y así permanecieron más de una hora, el tiempo suficiente para que Casiopea y Simón tomaran una decisión.

—¿Renunciar? —aventuró Simón sin demasiada convicción.

—Ni hablar —dijo Casiopea—. Si mi madre ha conseguido llegar al infierno, nosotros también.

—Pero ella tenía sus botas, y esta tempestad...

—Acabará por calmarse.

Sujetaron a sus monturas de las riendas, hicieron que se acostaran y se acurrucaron contra sus flancos. Casiopea y Simón pasaron largos momentos escuchando el latido de los corazones de sus caballos. Era un sonido, una música, reconfortante. A veces, a fuerza de mantenerse pegada contra su yegua, Casiopea soñaba que ella también lo era. Se veía galopando por praderas verdeantes, bajo un sol imponente. Un horizonte bordeado de bosques exuberantes, el fragor de un río, la frescura de las aguas. En sueños vivía la infancia que una yegua hubiera podido conocer en Europa.

De pronto se dio cuenta de que la tempestad se había calmado. ¡Y de que el corazón de su yegua ya no se oía! Después de haber liberado a su halcón, colocó la mano sobre el pecho de su montura y trató de sentir los latidos de su corazón...

«¡Nada!»

Estaba muerta.

Se volvió hacia Simón, que dormía con los puños cerrados, con la cabeza apoyada en el flanco de su yegua.

—¡Despierta! ¡En pie! —gritó.

Pero él no se movió. Entonces le cogió del brazo y le sacudió violentamente para obligarle a levantarse. Simón salió de su estupor, balbució unas palabras confusas y miró alrededor.

El aire era naranja, e incluso sus ropas tenían, entre sus pliegues, granitos de arena naranja. Casiopea tendió el dedo en dirección a una mancha blanca que tenía la forma de un hombre a caballo.

—¡Es Taqi! —aulló—. ¡Ha venido a salvarnos!

Pero la yegua permanecía inmóvil.

—Ven —dijo Simón tirándola del brazo—. No debemos quedarnos aquí. Montarás en mi yegua y yo seguiré a pie...

Simón y Casiopea salieron de la niebla para entrar en un profundo valle encajonado entre dos altas montañas que servían de contrafuerte a una imponente muralla de varios metros de altura, un inmenso muro gris, barrera entre dos mundos.

Aparte de los gritos que lanzaba el halcón en el cielo, no se oía ni un sonido. El aire estaba extrañamente inmóvil, como aletargado.

—La puerta de Hierro —murmuró Casiopea, llena de respeto por la gran muralla que Alejandro había construido hacía cerca de mil quinientos años.

Casiopea a caballo, y Simón a pie, pegado a ella, avanzaron hacia una gigantesca

puerta metálica empotrada en el centro de la muralla. La puerta era tan alta y tan ancha que los ejércitos de Alejandro hubieran podido franquearla en menos de una hora. No habrían tenido necesidad de ponerse en fila de dos, de cinco o de diez. Un millar de hombres habrían podido pasar en un abrir y cerrar de ojos de un lado a otro del muro si hubieran abierto esa increíble puerta. Pero estaba cerrada, y no veían cómo podían abrirla. Ni siquiera Gargano hubiera podido empujarla.

Casiopea escrutó el valle rodeado de montañas, buscando a Taqi.

—Aparece y desaparece. Es imposible saber si has visto a alguien o no, y menos aún saber si era realmente él.

Pero Simón no la escuchaba. Taqi le importaba muy poco. De todos modos, nunca le había gustado. Siempre burlándose de él y ridiculizándolo con su conocimiento del Corán y de los escritos sagrados. «Era un engreído —pensó Simón—. Un hipócrita.»

Al mismo tiempo, sin embargo, no podía dejar de sentir cierta admiración por quien se había arrojado al infierno siguiendo a Morgennes. ¿Por qué él no había actuado igual? A decir verdad, ni siquiera se le había ocurrido hacerlo. Y si se le hubiera ocurrido, ¿habría tenido el coraje de saltar? Simón decidió que de ningún modo debía responder a esa pregunta, y se prohibió pensar en ello.

Cuanto más se acercaban a la imponente muralla, más se adentraban en su sombra. Detrás de ella, grandes nubes negras oscurecían el cielo, cubriéndolo todo con un denso manto de tinieblas. Simón se estremeció al pensar que tal vez Morgennes estaba tan solo a dos pasos.

Llegaron al pie de la inmensa puerta, cada uno de cuyos batientes era al menos tan grande como la catedral que se construía en París.

—No tiene cerradura ni picaporte... —observó Casiopea.

Ella y Simón avanzaron a lo largo de la muralla con la esperanza de llegar a su extremo. La puerta de Hierro no podía ser la única puerta. Sin duda debían de existir otras más pequeñas.

—En mi opinión —dijo Casiopea—, la puerta principal solo debe de abrirse en circunstancias excepcionales.

—Pero ¿en qué sentiiido? —preguntó Rufino—. Porque por lo que séee, solo se abrirá una vez, cuando llegue el fin del muuundo.

—Probablemente hacia los infiernos —respondió Simón—. A fin de permitir que nuestros ejércitos penetren en ellos rápidamente para matar demonios. Si no, no veo por qué Alejandro, en su infinita sabiduría, hubiera tenido que insertar una puerta en pleno centro de su muralla...

Hacía una eternidad que caminaban y no tenían realmente la impresión de haber progresado mucho. ¿Tal vez se habían equivocado? ¿Tal vez la única forma de cruzar

esa muralla era pasar a través de la gran puerta...?

—La verdad, no nos imagino escalándola —dijo Simón.

—Y además, ¿con qué íbamos a hacerlo? —preguntó Casiopea—. Puedo enviar a mi halcón al otro lado, pero, aparte de Rufino, no veo a quién podría llevar...

—¿Qué día es hoy? —preguntó súbitamente Simón.

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Porque una leyenda cuenta que las puertas del infierno se abren una vez al año, para dejar salir a los condenados.

—Podríamos estar en septiembre, o en agosto. ¿Es un buen mes para los muertos?

—Novieembre sería mejor —dijo Rufino.

—Podríamos acampar al pie de la puerta y esperar.

—¿Y si no se abre nunca?

—Sin duda mi madre ha conseguido pasar —dijo Casiopea—. Entonces, ¿por qué no nosotros?

—Tu madre esto, tu madre lo otro... —refunfuñó Simón—. En primer lugar, no tenemos ninguna prueba de que lo haya hecho. Y si es tan lista como imaginas, ¿por qué no nos ha esperado? ¿Y a Morgennes, acaso lo salvó?

Casiopea no respondió. Prefería el aparente espíritu de cooperación de que Simón había dado prueba hasta ese momento, pensó, a esos arranques de cólera.

En ese preciso instante, apenas a unos cientos de metros de las primeras estribaciones de la montaña, Casiopea vio, incrustada en una de las numerosas torres intercaladas en la muralla, una minúscula puerta metálica. Despojos de caballos en estado de descomposición cubrían el suelo ante ella, en un caos de cráneos, fémures y cajas torácicas en medio de los cuales se enmohecían una docena de sillas.

—Curioso —comentó Casiopea mientras desmontaba—. Una muralla que alcanza el cielo, una puerta que haría levantar la cabeza a un titán, y además esa puerta metálica apenas más grande que la de la bodega de Saint-Pierre de Beauvais y todos esos cadáveres de caballos... Me gustaría saber dónde están sus jinetes.

Simón se acercó a ella, pisoteando los huesos y los restos de arneses que cubrían el suelo. A la altura de sus ojos vio una aldaba en forma de serpiente, que le recordó a la del hospital de San Lázaro.

—Si la uso, ¿crees que se abrirá la puerta? —le preguntó a Casiopea.

—Solo hay una forma de saberlo...

Casiopea sujetó la aldaba y la abatió tres veces contra la placa en forma de luna. Tres golpes sordos resonaron en el interior de la fortaleza. Mientras esperaban la llegada del portero, Casiopea llamó de nuevo a su halcón y Simón introdujo en su mochila los escasos víveres y la exigua provisión de agua que todavía guardaban en sus talegos. Luego despacharon a su yegua con una palmada en la grupa. Preferían devolverle la libertad antes que dejarla atada junto a los esqueletos que se

amontonaban ante la entrada.

Al cabo de un rato, un postigo metálico se entreabrió en lo alto de la puerta. Una forma oscura les contempló desde una reja y luego la puerta se abrió chirriando.

Capítulo 30

Por mí irás a la ciudad doliente, por mí irás al eterno dolor, por mí irás con la
perdida gente.

Dante,
El Infierno

El hombre, o mejor dicho, el ser que les había abierto, era más o menos tan alto como ellos y apestaba a macho cabrío. Iba vestido con un sayo con un capuchón que le ocultaba el rostro, y después de abrir emitió un silbido que ellos interpretaron como una invitación a seguirle.

Simón y Casiopea se encontraron en la base de una estrecha escalera de caracol, donde no podían avanzar dos personas de frente. La pequeña puerta metálica se cerró por sí sola y les envolvió una oscuridad que apenas disipaba levemente el farol del portero. Ascendieron en silencio durante una eternidad, subiendo escalones y más escalones, hasta que los pies empezaron a dolerles.

—Qué lugar más fascinante —murmuró Casiopea.

Motivos geométricos que representaban líneas entrecruzadas decoraban los muros a intervalos más o menos regulares. En cuanto a los escalones, llevaban inscripciones que a Casiopea le resultaba difícil descifrar, probablemente porque el tiempo y el paso de otros muchos visitantes las habían borrado en parte. Con todo, tenía la impresión de que se trataba de nombres de personas y de fechas. ¿De nacimiento y de muerte? ¿Estaban penetrando en los infiernos caminando sobre las tumbas de los jinetes cuyos caballos habían visto fuera?

—¿Adonde nos conducís? —preguntó Simón al hombre del sayo.

El extraño portero no le respondió. Finalmente, después de una ascensión interminable, se detuvieron en un rellano de forma irregular. En un rincón había una puerta pequeña débilmente iluminada por una tronera, y en el otro, la escalera, que seguía subiendo hacia unas tinieblas insondables. El portero abrió la puertecita, entró antes que ellos en una sala de apariencia bastante banal y se dirigió renqueando hacia una pesada mesa de madera. Dejó el farol sobre ella y se acercó una escudilla que contenía lo que parecía un guiso de carne y verduras, pero ¿qué clase de carne y qué clase de verduras? Simón y Casiopea no hubieran sabido decirlo.

A Casiopea se le puso la piel de gallina al contemplarle. Maquinalmente se llevó la mano al costado izquierdo, en busca de *Crucífera*. La cruz de bronce incrustada en la empuñadura de la espada la tranquilizaba.

—Beeber —susurró de pronto el guardián, tendiendo un dedo hacia el centro de la mesa.

Simón se estremeció al ver la mano de la criatura, cubierta de escamas grisáceas como la de un leproso. Esforzándose en ocultar su miedo, caminó a su vez hacia la mesa, donde descansaban tres copas, y eligió una.

—No, esta no —prosiguió el portero—. La medio vacía...

—Qué horrible forma de hablar —susurró Rufino a Casiopea—. Podría esforzarse un poco.

—¡Chiss...! —siseó Casiopea, llevándose un dedo a los labios.

Simón miró las tres copas. La primera estaba llena hasta el borde, la segunda estaba medio llena, y la tercera estaba totalmente vacía. La que había tomado era la copa medio llena. Aparentemente no era la buena. Pero entonces, ¿cuál era la buena?

Después de intercambiar una mirada con Casiopea, que se contentó con levantar sus cejas renacientes, Simón dejó la copa sobre la mesa, eligió la que estaba llena hasta el borde y empezó a verter su contenido en la que estaba vacía. Cuando la hubo vaciado hasta la mitad, se la ofreció al guardia.

—Graacias —susurró este último. Y se la bebió ávidamente. Cuando hubo terminado, la dejó sobre la mesa.

—Perfecto... Yo soy el Maestro de las Llaves y las Puertas —dijo—. Los que quieren franquear la puerta del vacío deben someterse a mis pruebas. Vosotros habéis superado la primera.

—Vaya, una buena noticia, sin duda —suspiró Simón con aire aliviado—. ¿Y puede saberse qué les ocurre a los que fracasan?

—No —dijo el guardián mientras introducía un cucharón en la escudilla del guiso.

—¿Qué es la puerta del vacío? —preguntó Casiopea.

—La puerta que hay que franquear para ir al otro lado. ¿No es ahí adonde queréis ir?

—No lo sabemos —dijo Simón—. Todo depende de lo que haya allí.

—Eso lo sabréis cuando vayáis.

—Ya veo —repuso Simón—. Supongo que no tenemos elección. Entonces =— dijo haciendo crujir los dedos— habladnos un poco sobre el carácter de estas pruebas. ¿Con qué demonios deberemos enfrentarnos? ¿A qué tentación tendremos que resistir?

—Quedan tres pruebas —respondió el guardián—. Cada uno de vosotros deberá someterse a una de ellas.

—Pero yooo nooo, ¿verdad? —preguntó Rufino.

—Desde luego que sí —siseó el portero.

—¿Y qué pruebas son esas? —inquirió Casiopea.

—La fácil, la difícil y la medianamente difícil; elegid.

—¡Yo escojo la fáacil! —se apresuró a responder Rufino.

—Y yo la difícil —añadió Casiopea.

—Bien —dijo Simón—. Para mí la que queda...

—Empecemos —continuó el guardián—. Decidme —preguntó a Rufino—, ¿cuánto hacen diez veces una vez diez veces una vez dos veces una vez uno?

—¡Dios mío! Pero esto es terriblemente difícil... ¡Hay demasiadas cifras! No estaba preparado. ¿Podéis repetir la pregunta?

—No.

—¿Cuántas veces hacen diez veces una vez diez veces una vez dos veces una vez uno? —repitió Casiopea.

—No respondáis en su lugar o fracasaréis todos —la advirtió el Maestro de las Llaves y las Puertas.

—Veamos, veamos —reflexionó Rufino—. Diez veces uno hacen diez. Multiplicado por diez, cien. Multiplicado por uno, sigue siendo cien. Multiplicado por dos... son doscientos. Multiplicado dos veces por uno... ¡sigue siendo doscientos!

—Bravo.

—Pues sí, era fácil. En fin, fácil a priori... —dijo con una sonrisa radiante.

El portero se volvió entonces hacia Simón y le tendió cuatro cartas que habían salido, como por arte de magia, de una de sus mangas. En la primera carta, marcada con la cifra 1, rugía un león; en la segunda, marcada con un 2, volaba una especie de halcón, y en las dos últimas, marcadas cada una con un 6, resplandecían una luna y un sol.

—Con ayuda de estas cuatro cartas, escribidme el número más alto posible.

Simón estudió las cartas. Un león, un halcón, una luna y un sol. Así como un 1, un 2, un 6 y otro 6. A primera vista el número más alto posible era 6621. Pero debía de haber algún truco; si no, la prueba no hubiera sido calificada de «medianamente difícil». Buscó ayuda en Rufino y Casiopea, y vio que el anciano obispo de Acre se mordía los labios, totalmente superado por la dificultad del enigma, mientras que Casiopea fruncía las cejas para luego... ¡darle la espalda sin más! ¿Cómo se atrevía?

Dominado por la ira, estuvo a punto de tirarle las cartas a la cara al guardián. Si esta prueba era calificada de «medianamente difícil», ¿cómo calificaría la que consistía en hundirle su espada en el corazón? ¿De imposible? El Maestro de las Llaves y las Puertas parecía un anciano, y no llevaba armas...

Pero en ese momento el portero siseó:

—¡No lo hagáis, os lo advierto!

Simón se acercó a las cartas y tendió la mano hacia el 6, disponiéndose a colocarlo al principio de una línea de cifras. Pero dudó y examinó la carta más de cerca. Representaba una luna. Redonda y pálida, y sin las manchas que la salpicaban habitualmente. Miró el reverso, donde se encontraba la misma luna adornada con un

6. ¡Y entonces lo comprendió! Había que darle la vuelta. No cambiando de cara, sino invirtiendo la figura, de modo que el 6 se transformara en un 9. Después de todo, la luna, incluso del revés, seguía siendo la luna.

—¡Lo encontré! —gritó.

Y dispuso las cartas de la forma siguiente: luna, sol, halcón y león. Dicho de otro modo, 9921.

—Vaya, de manera que para vos —le dijo el guardián— la luna va antes que el sol... En todo caso, bravo, ¡habéis demostrado poseer una gran perspicacia!

—Los astros me han ayudado un poco —respondió Simón dirigiendo un discreto guiño a Casiopea.

Tenía la sensación de haberse quitado un enorme peso de encima, y trató de cruzar la mirada con el Maestro de las Llaves y las Puertas. Pero, bajo el capuchón, todo era penumbra, como si el misterioso guardián no tuviera cabeza.

—Y ahora nos toca a nosotros —siseó dirigiéndose a Casiopea—. Ya veremos si estáis tan inspirada como vuestro compañero.

Lentamente fue a buscar su farol y se dirigió hacia una serie de tres puertas que se encontraban del otro lado de la mesa. Después de abrir la de la derecha, le pidió a Casiopea que se acercara. La puerta daba a las tinieblas.

—He ahí el arco del vacío.

—Ya veo. ¿En qué consiste mi prueba?

—Hay que pasar.

Casiopea adelantó la cabeza, asomándose al Vacío.

—No veo nada. Si paso, me caeré... —reflexionó.

—No os engaño. Si pasáis, estaréis salvada.

—¿Me permitís? —preguntó Casiopea.

Y sin esperar respuesta, llamó a su halcón levantando el puño. El ave se posó sobre él, rodeándolo delicadamente para no herirla.

—Casiopea —dijo Simón—. Desconfía...

—Es lo que hago —respondió ella.

Con mucho cuidado, se acercó al vacío y trató desesperadamente de sondear sus dimensiones.

—¿Adonde conduce esto? —inquirió.

—Para saberlo, hay que saltar.

—¿Y esa es vuestra prueba difícil? ¿Un abismo al que debo lanzarme? ¡Es absurdo!

Casiopea dio un paso atrás y tendió el puño hacia delante mientras le decía a su halcón:

—¡Ve y cuéntame!

Sin lanzar ni un grito, el ave se alejó volando y desapareció en la oscuridad.

Mientras la esperaba, Casiopea fue a examinar las otras dos puertas. La del medio era de metal y no tenía ningún pomo.

—¿Cómo se abre? —preguntó.

El guardián no respondió.

Casiopea no se tomó a mal su silencio y fue a mirar la puerta de la izquierda. Era de madera. Esta, al menos, tenía picaporte. Casiopea lo bajó, la puerta se abrió..., ¡y vio que daba a un corredor en llamas! Instintivamente, Casiopea dio un paso atrás. Y luego se detuvo en seco.

—¿Cómo es que no me he quemado...?

Volvió la mirada hacia el Maestro de las Llaves y las Puertas.

—¿... y que la puerta no se ha consumido? —preguntó.

—El fuego que no has encendido no te quemará —declaró el guardián.

—Os doy las gracias —respondió Casiopea—. Habláis claro, y esa es una gran cualidad.

—Y vos escucháis bien, gentil dama —replicó el Maestro de las Llaves y las Puertas inclinándose ligeramente.

Casiopea volvió en dos zancadas a la primera puerta y silbó entre los dedos. Unos aleteos, y su halcón estaba de vuelta sobre su puño.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó.

Por toda respuesta, el pájaro se contentó con desplegar las alas y lanzar un breve grito.

—Es lo que pensaba. Sígueme, Simón, conozco la respuesta.

Sin que pudiera decir el motivo, Casiopea estaba segura de que, en la sombra de su capuchón, el misterioso guardián sonreía.

—Paso —dijo—. Y elijo esta puerta.

Se acercó al pasillo en llamas y dio un paso adelante.

Capítulo 31

La noche era tan negra que ni siquiera veía a su caballo.

Chrétien de Troyes,
El Caballero del León

Lugar indeterminado, fecha indeterminada

Simón y Casiopea despertaron en el corazón de unas densas tinieblas, envueltos en un hedor a carne en descomposición. Los cuerpos despedazados de numerosos caballos se pudrían sobre pilas de viejas osamentas. Grandes moscas volaban de despojo en despojo, sembrando la oscuridad de aterradores reflejos azulados.

—¡Puaj! —dijo Simón—. ¡Qué horror! ¿Crees que hemos vuelto a nuestro punto de partida?

—No —respondió Casiopea sacudiéndose el polvo despreocupadamente—. No sé de dónde proceden estas monturas, pero en cualquier caso hemos conseguido pasar al otro lado de la puerta de Hierro.

Y le mostró la vertiente oscura de las altas murallas, cuya cima se perdía en la noche borrascosa y cuya base estaba tan sólidamente plantada en el suelo que parecía hundirse en las entrañas de la tierra.

—Renuncio a comprender —dijo Simón—. Pero ¿puedes decirme cómo lo hiciste para adivinarlo?...

—Fue gracias a los términos que empleó el Maestro de las Llaves y las Puertas. Al hecho de que dijera: «Hay que pasar». Era un indicio. «Pasé», como en las cartas. Y finalmente, cuando vi las llamas de la tercera puerta, lo comprendí todo.

—Explícate.

—¿Adonde vamos nosotros?

—Al infierno.

—Sí. Y en el infierno hay llamas, ¿no es cierto?

—Sí. Llamas y demonios armados de picas que plantan en el trasero de los condenados...

—Al ver esas llamas me dije que nos mostraban el camino.

—¿Y las otras dos puertas?

—La del vacío, en mi opinión, no conduce a nada... Caes eternamente.

—Pero, entonces, ¿el Maestro de las Llaves y las Puertas trató de engañarte?

—En lo que concierne al más allá, yo solo escucho a mi corazón. Y no a la solución de este o aquel. Y sobre todo, tuve la suerte de estudiar en Saint-Pierre de Beauvais la obra de Beda el Venerable, donde estaba escrito: «El fuego que no has

encendido no te quemará». Por lo visto, el portero también la conocía.

—Yo creo que en tu lugar hubiera saltado —confesó Simón—. Para probar mi valor.

—Y yooo también —añadió Rufino—. Al menos, en ootro tiempo.

—Hombres de demasiada fe —ironizó Casiopea—. Yo antes pido ver.

Y dicho esto, los tres se dirigieron hacia lo que suponían que era el oriente.

En este infierno extraño, donde no había fuego ni demonios, avanzaban por un terreno llano, aparentemente infinito. A la luz de sus antorchas —reducidas por la oscuridad al estado de tristes cabos de vela—, distinguían placas de hierba amarillenta, desecada por el frío.

—Esperaba que esto fuera un horno —señaló Simón—, y nos encontramos en medio del invierno.

—Del otro lado del mundo. Ahí donde el sol no brilla.

—Busquemos a Morgennes...

Simón miró alrededor, tratando de atravesar la oscuridad, pero solo veía extensiones de negrura que se prolongaban hasta el infinito. A menudo se detenían al raso, no tanto para descansar como para encender un fuego. Como si lo que importara fuera alimentar a sus ojos. Ahítos de oscuridad, tenían sed de luz.

Cuando la hoguera crepitaba, lanzando sus cortas llamas al asalto de las tinieblas, le daban de comer todo lo que tenían a mano: ramitas recogidas en el curso de su periplo, algunas briznas de hierba quebradiza, una planta amarillenta. O arbolitos secos, espinos que crecían aquí y allá sobre la estepa y que se detenían a recoger, arrancándolos de la tierra con sus raíces.

—Me gustaría volver a ver el cielo —suspiró Simón en una de esas paradas.

—Pues ten paciencia —respondió Casiopea—. Porque, como dicen los tuaregs, «al extremo de la paciencia está el cielo».

—Pero si es lo único que hago... —dijo él, lanzando un suspiro de exasperación.

Lanzó un guijarro al fuego, una minúscula piedra blanca que enseguida quedó cubierta de cenizas. Por encima de ellos, el halcón lanzó un grito, y Casiopea levantó la mirada.

—¿Cómo sabes dónde está? —le preguntó Simón.

—No lo sé.

—¿Y eso no te preocupa?

—A veces sí.

Sin embargo, no parecía intranquila.

—¿Y no le impides volar?

—Es un pájaro; vuela. Es normal.

Casiopea tiró de la manta hacia arriba para cubrirse los hombros y tratar de

dormir. Pero no dejaba de darle vueltas a la cabeza. «Cuánto se parece este lugar a mi vida —pensaba—. Una noche de toda una vida. Y poco importa si el día se levanta, y al día siguiente se levanta de nuevo, porque siempre es de noche, siempre la misma noche que vuelve a empezar eternamente. El mañana existe tan poco como el ayer. Es una noche de antes del primer día, de antes de la creación del mundo, donde solo reina un hoy informe sin estrellas ni luna, porque Dios aún no las ha creado. Es una noche tempestad, donde luz y tinieblas están estrechamente mezcladas. Una noche voraz, donde nuestra única esperanza es ser digeridos. Una noche telaraña, donde nosotros somos las presas y el tiempo la araña...»

Se durmió sin siquiera darse cuenta, mientras Simón no apartaba los ojos del fuego.

Una noche —o un día—, llegaron al pie de un montículo constituido por decenas de miles de piedras. Como no habían visto ninguna en los alrededores, se dijeron que decenas de miles de viajeros debían de haberlas recogido en la estepa y las habían llevado hasta allí. ¿Por qué razón? Lo ignoraban. Pero la pequeña colina era el primer relieve que veían desde que se habían alejado de la puerta de Hierro. Decidieron escalarla.

La ascensión no les exigió un gran esfuerzo, y recordó a Simón el montón de cráneos que habían escalado en otro tiempo, en los subterráneos de la Moría, con Morgennes. Una vez en la cima, contemplaron los alrededores. Por desgracia, en torno a ellos todo era oscuridad, una noche uniforme que lo cubría todo, como si esta parte del mundo fuera demasiado pobre para vestirse con cualquier otra cosa que no fuera el negro.

—Nuestra pequeña noche personal —suspiró Simón—. Solo para nosotros dos.

—Para nosotros treees —mugió Rufino desde la bolsa donde le habían metido.

Pero Casiopea no escuchaba. En silencio, depositó un guijarro en lo alto del pequeño túmulo que adornaba la cima del montículo.

—¿Qué haces? —preguntó Simón.

—Honro a los dioses. Rindo homenaje a los viajeros que nos precedieron, y saludo a los que vendrán detrás de nosotros.

—¿A los dioses? ¿A qué dioses? ¿A los de los infiernos?

—A los dioses, sean los que sean. De los infiernos o de otra parte...

—¡Los honras cuando te han arrebatado a tu padre! —le espetó Simón.

Y lanzó una patada a una piedra, que salió rodando colina abajo.

—Yo de ti no haría eso —le previno Casiopea.

—¡Todo esto no son más que supersticiones! —replicó Simón, indignado.

Se acercó al túmulo, donde capas de cera fundida daban testimonio de que alguien había encendido velas allí, y tomó una de las piedras al azar.

—¡No temo a los dioses ni a la muerte! —gritó arrojándola lo más lejos posible, tan lejos que no la oyeron caer.

Casiopea sacudió la cabeza, disgustada. Y volvió a bajar para preparar el vivac, presa de un mal presentimiento.

Capítulo 32

En el fuego, las palabras dolientes se traducían en lenguaje de llama.

Dante,
El Infierno

—¡Crucífera!

Casiopea se despertó, jadeante, con la frente bañada en sudor y el pecho ardiendo. En la hoguera que había a su lado había crujido una rama. Probablemente ese ruido la había despertado. Pero ¿quién había gritado?

—¿Papá?

En la noche oscura, nadie le respondió. Al otro lado del fuego, Simón seguía durmiendo, con el rostro vuelto hacia las llamas. Sobre sus párpados cerrados veía bailar los reflejos dorados del fuego, causa, tal vez, de las pesadillas que atormentaban sus noches.

Porque, desde hacía varias semanas, Simón dormía muy mal y tenía pesadilla tras pesadilla.

«Es a causa de mi padre —se dijo Casiopea—. Simón se siente culpable de no haberle salvado...»

—Y yo —murmuró arrancando un tizón de las llamas—. ¿Qué debería decir yo, que no actué mejor que él?

Miró el tizón, como si la llamita que brillaba en su extremo pudiera responderle.

Un nuevo crujido en el fuego llamó su atención. Se acercó a la hoguera y hundió la mirada en lo más profundo de las llamas incandescentes, tratando de establecer un lazo con las potencias infernales que retenían a Morgennes prisionero.

—Papá...

Pero enseguida calló, por miedo a que Simón la tomara por loca si se despertaba. «Papá —siguió, pensando en los sueños que había tenido Masada—. Estés donde estés, te encontraré. Te salvaré, te lo prometo.»

Volvió a lanzar el tizón a las llamas, donde desapareció sin ruido, y luego lo vio arder sin preocuparse por el calor que le quemaba en las cejas y las mejillas. Finalmente, cuando el tizón se hubo consumido, se levantó y se ciñó la espada que en otro tiempo había sido la de su padre: Crucífera.

Volviéndose hacia Simón, que seguía bañado en reflejos anaranjados, le lanzó una patadita:

—Despierta. Nos vamos...

Simón gruñó pero no abrió los ojos. Al contrario, simuló que le costaba un terrible esfuerzo despertarse. No quería que Casiopea sospechara que desde el

principio la había estado observando a través de sus párpados entrecerrados.
Porque él también había oído la voz en las llamas.

Capítulo 33

El fuego que no has encendido no te quemará.
Beda el Venerable,
Historia ecclesiastica gentis Anglorum

Casiopea seguía inquieta. El modo como Simón había lanzado la piedra desde lo alto del túmulo, la noche anterior, era un nuevo signo, un signo de que perdía la razón. «¿Y si partiera sin él? En esta noche tan oscura, nunca me encontraría. Pero no, es imposible. Además, lleva a Rufino...» Miró a Simón, que tenía prácticamente su misma edad, y lo encontró muy joven. Demasiado joven para ser abandonado.

«Su padre ha muerto, sus hermanos también. Nunca conoció a su madre, y querría fundar una familia. En cierto modo le comprendo. Le compadezco. Pero su actitud me horripila.»

Desde que podía recordar, ella siempre había parecido mayor de lo que era. Las malas lenguas le atribuían pensamientos que nunca había tenido, actos que nunca había realizado. Pero esas malas lenguas nunca hubieran podido imaginar todo lo que había hecho desde su infancia en Saint-Pierre de Beauvais hasta Constantinopla, donde había tenido que plegarse a las reglas más estrictas.

Al recordar el largo tiempo que había pasado en la academia del megaduque Colomán, el «señor de las milicias» de Constantinopla, una sonrisa asomó a su rostro. «Una infancia sin padre, con un gigante y un *Litterato* como padrinos, y una adolescencia solitaria, entrenándome entre mercenarios... Pero ¿por qué, Dios mío, me envió mi madre con Colomán?» El asunto resultaba aún más incomprensible porque, según todas las apariencias, la academia del señor de las milicias estaba reservada exclusivamente a los hombres. «Entonces, ¿por qué me aceptó?» Casiopea lanzó un puntapié a la fogata que habían encendido para la noche, enterrando las brasas bajo las cenizas. El fuego empezó a extinguirse y luego se apagó del todo, soltando una nube de polvo a modo de último estertor.

—Ya hemos ganduleado bastante —dijo Casiopea.

Habían reemprendido la marcha, preocupados por la escasez de provisiones, preguntándose qué comerían y si el dolor que sentían en las piernas se calmaría, cuando oyeron unos ladridos. En la lejanía, unos perros alborotaban.

—Tú que querías un Cerbero —dijo Casiopea—, tal vez lo encuentres.

Simón se llevó la mano al costado y rozó la empuñadura de su espada.

—Tengo con qué someterlo.

Avanzaron a través de pirámides de cráneos que les llegaban a la cintura, y luego distinguieron un collar blanco de tiendas redondas. Parecían los ojos globulosos de una extraña criatura enterrada en la arena. La bestia lanzaba aullidos estridentes, cuyo origen descubrieron bien pronto. Unos dogos enormes, mastines de pelo gris, se disputaban un cadáver, que reducían a pedazos. Un perro tiraba de un brazo y otro atacaba el pecho, mientras un tercero despedazaba una pierna.

La mano de Simón se crispó sobre la empuñadura de su espada.

—Calma —dijo Casiopea.

Se dirigieron hacia las tiendas y, cuando estuvieron cerca, unos hombres salieron de ellas. Tenían los ojos oblicuos, el cabello negro y la piel amarilla, y les miraban con aire socarrón mientras intercambiaban bromas en una lengua desconocida. Simón se mostró indignado por su conducta, pero los tártaros —si es que eran tártaros— se limitaron a masticar las briznas de hierba que se habían colocado entre los dientes y no le concedieron el gusto de iniciar una pelea.

—¿Serán demonios? —se preguntó Simón en voz alta.

Casiopea no hizo ningún comentario.

—Sacadme un poco de la boolsa, que pueda ver yooo también... —pidió Rufino.

Sobre unas fogatas se asaban pedazos de carne ensartados, tal vez de caballo. Para darles más gusto, los tártaros —si ese era el nombre de esos demonios— los rociaban con vino, y si quedaba algo, se lo bebían riendo a carcajadas. Un poco más allá, asaban unas costillas, dispuestas sobre unas parrillas colocadas sobre fuegos medio enterrados. Esta abundancia de carne hizo salivar a Simón y Casiopea.

Aparentemente, los caballos tenían una gran importancia para los tártaros, que se regalaban con su carne y se confeccionaban vestidos con su piel: una especie de túnicas de mangas muy anchas, toscamente cortadas, cerradas por delante con botones de cuerno y tan largas que se arrastraban por el suelo. Probablemente tallaban los cascos para convertirlos en pequeños objetos decorativos o en mangos de cuchillos para los niños.

En un rincón en la sombra, un puñado de ancianos probaban un queso con aire conspirativo. Era un queso muy particular, hecho con la leche de una yegua que acababa de amamantar a su potrillo. Apenas este había acabado de alimentarse, el tártaro lo degollaba, le sacaba el estómago lleno de leche y lo suspendía durante unos meses en su yurta. El queso se servía luego directamente de la panza del potrillo. Este queso, llamado «leche de madre», era una exquisitez, y solo se comía en las grandes ocasiones. Se decía que tragar un bocado alimentaba tanto como toda una comida y que volvía locos a los que abusaban de él. De repente, uno de los conspiradores —un anciano de ojos claros— lanzó un grito y luego les indicó con un gesto que le siguieran.

—No parecen en absoluto hostiles —dijo Casiopea.

—Mala señal —replicó Simón, con la mano aún más crispada sobre su espada.

—¿No has pensado nunca que el enemigo podrías ser tú?

Simón no respondió, pero puso cara de ofendido. Casiopea siempre estaba dispuesta a llevarle la contraria. Esos tipos eran demonios, estaba seguro. Y aunque no lo parecieran, sabía que si Casiopea desenvainaba a *Crucífera*, la espada emitiría una luz azulada señalando la presencia de un peligro inminente.

Si no le pedía que la extrajera de su vaina, era porque no quería provocar a los demonios. Aún no.

En el cielo opaco por encima de las yurtas, que varias hogueras y antorchas dispersas teñían de un amarillo anaranjado, Simón y Casiopea vieron ondear cintas de seda multicolores. Un poco más lejos, en lo alto de unos pilares, eran unas crines de caballo trenzadas las que se agitaban al viento. Luego, una procesión de niños y viejas desdentadas les condujeron al centro del campamento, hacia una yurta de donde emergió un hombre inmenso, con una espesa barba que le colgaba sobre el vientre como un estandarte blanco. Visiblemente, aquella barba era su orgullo, porque no paraba de acariciarla y de hacer que se inflara sobre su pecho.

—Acercaos, acercaos, amigos, amigos... —dijo en *lengua franca* teñida de un fuerte acento oriental—. ¿Habéis cabalgado bien?

—Por desgracia, no —respondió Casiopea—. Nuestros caballos murieron, y hemos tenido que venir a pie.

—Humm... —murmuró el anciano—. Es una mala señal... Espero que los demonios no os hayan seguido...

—No lo creo.

—¿Cómo es que habláis nuestra lengua? —preguntó Simón, sorprendido.

—Es para honrar al Preste Juan —le explicó el anciano—. Porque su dominio comprende nuestras estepas, así como todas las tierras que las bordean. ¿Sois emisarios suyos?

—Sí —mintió Simón.

—No —respondió Casiopea al mismo tiempo.

—Yo sí, ella no —se apresuró a añadir Simón para zanjar la cuestión.

—Ah, ya veo. Entonces esta joven es vuestra...

—Es mi guardia de corps.

—¡Ah, ya veo! ¿Así que vos sois el hombre que el Preste Juan me envía para negociar la compra del mapa?

—La compra del mapa...

—El mapa de los infiernos. Me ha hecho saber que su prometida quería uno a cualquier precio.

Simón y Casiopea se miraron de reojo, tratando de reprimir su emoción.

—¡El mapa de los infiernos, sí! —exclamó finalmente Simón—. ¡Eso es lo que queremos!

Por fin estaban a punto de alcanzar su objetivo, después de meses y meses de periplo.

—Venid a tomar el té —dijo el anciano invitándoles a entrar en su cabaña, de donde salía un delicioso aroma a té negro.

—Huele bien —comentó Casiopea, y entró la primera en la cabaña, en el centro de la cual ronroneaba un brasero.

Simón entró tras ella sin fijarse en que el techo de la yurta era bajo, tan bajo que chocó con la frente contra él. El jefe de los tártaros emitió un gruñido de contrariedad, como si Simón acabara de proferir un juramento.

—¿Qué? —dijo Simón—. No es culpa mía si soy alto...

Casiopea se limitó a lanzarle una mirada exasperada y se abstuvo de todo comentario. Después de instalarse sobre unos cojines de seda rojos y amarillos, Simón y Casiopea aceptaron gustosamente la taza de té que el jefe les ofreció.

—Gracias, gracias —dijo Casiopea inclinando la cabeza varias veces.

—Gracias —dijo simplemente Simón.

Mientras desde el exterior los niños la observaban riendo, Casiopea husmeó el té, de aspecto lodoso. Percibió aromas de leche, de té negro y de sal. «Interesante», se dijo. Tomó un trago.

—Muy bueno, gracias.

En cuanto a Simón, se limitó a dejar su taza en el suelo y ya no lo tocó.

El jefe les obsequió con amplias sonrisas y les propuso que terminaran lo que aparentemente era para ellos una comida. Se trataba de una fuente de cuadraditos blanquecinos, rellenos de una extraña materia parda.

—Perro hervido —añadió.

—Tiene un aspecto delicioso —dijo Casiopea tomando un bocado, preocupada por no ofenderle.

—Tenéis a un muerto ahí afuera —dijo Simón, aludiendo al cuerpo que habían despedazado los perros.

—Sí, sí... Se ha marchado esta misma mañana —dijo el jefe—. Gran tristeza.

—¿No lo enterráis?

—¿Enterrarlo? ¡Desde luego que no!

—Pero ¿por qué?

—¿Adonde iría su alma si lo enterráramos? El pueblo de las estepas nunca entierra a sus muertos. Los dejamos al aire libre, a la entrada del pueblo. Así los perros se los comen y todo el mundo está contento...

Casiopea se sobresaltó, aunque el jefe no lo percibió. Estaba demasiado ocupado

explicándoles cómo, gracias a la ayuda de un chamán y de un mapa de los infiernos desplegado ante él, el alma del difunto empezaba por atravesar nueve puentes guardados por los demonios... Luego, tras haber franqueado los nueve recintos de los infiernos, el alma se dirigía hasta siete montañas de oro, cada una más alta que la precedente, para llegar por fin...

—Al Árbol de la Vida, medicina de inmortalidad que nos permite volver a la vida —concluyó con los ojos brillantes de felicidad.

—Práctico —comentó Casiopea volviendo a dejar su plato de perro hervido.

—Tres regiones, cinco ríos, seis puertas, y ahora nueve recintos y siete montañas —refunfuñó Simón—. Me pregunto qué será la próxima vez. ¿Ocho cielos y doce catedrales?

—No le hagáis caso —dijo Casiopea—. Está muy cansado...

El jefe de los tártaros hizo como si no hubiera oído nada. Casiopea aprovechó para observarle. Aunque desgastadas por años de cabalgadas, sus ropas parecían de excelente factura, y, detalle divertido, las botas tenían las puntas levantadas, como si temiera herir la tierra al caminar.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Casiopea.

—Me llamo Jabalí el Simplón, y soy el jefe del clan de los borjigid.

—Yo me llamo Casiopea, y este es Rufino.

—Muy hoonrado —mugió Rufino.

Simón se presentó a su vez (conde Simón de Roquefeuille), pero Jabalí el Simplón solo tenía ojos para Casiopea y la cabeza cortada que sostenía sobre sus piernas cruzadas.

—¿Qué extraña cosa tenéis ahí encima de vuestros muslos? —dijo—. ¿Eso forma parte de vuestro cuerpo?

—¡De ningún moodo! —exclamó Rufino—. Yo soy una persooona independiente de esta joooven...

—¿Y cómo habéis llegado a encontraros en ese miserable estado?

—¿Miseraaable? ¿Quién os ha dicho que es miseraaable? Bien, de acuerdo, es efectivamente miserable. Dicho esto, no me las arreglo tan maaal para alguien que está privado de sus braaazos, sus piernas y su torso. De todos modos, si conocierais un sortilegio capaaaz de devolvérmelos, estaría más que encantado de haceros una ofeeerta...

—Lo lamento, excusadle —intervino Casiopea tapándole la boca con la mano—. Es un charlatán incorregible.

—¡Es toodo lo que me queda! —bramó Rufino.

Casiopea levantó los ojos al cielo, hacia la tela de fieltro y las ramas entrecruzadas que formaban el techo de la cabaña. Una cuna colgaba de él. Vacía, aparentemente. ¿La desgracia se había abatido sobre la familia del jefe? ¿El niño

había crecido normalmente? ¿O el bebé estaba con su madre, en alguna parte en el campo? Entonces Casiopea pensó en Morgennes.

—Vamos en busca de un hombre... —le dijo al jefe.

—De un muerto —precisó Simón.

—¿Un muerto? —preguntó el jefe, sorprendido—. Entonces nuestros perros se lo habrán comido.

—No, no, no es un muerto —rectificó Casiopea.

—¿Lo habéis entregado a los perros? ¿A Morgennes? ¡Cómo habéis osado! —exclamó Simón, indignado, levantándose bruscamente.

Se incorporó con tanto ímpetu que volvió a golpearse contra el techo de la yurta. El jefe emitió un silbido irritado. En ese momento, un chiquillo irrumpió en la cabaña, agarró a Simón de las calzas y trató de arrastrarlo fuera. Jabalí el Simplón le habló en una lengua gutural que ni Casiopea ni Simón comprendieron; pero el chiquillo seguía tirando, haciendo caso omiso de las recriminaciones del jefe de su tribu. Finalmente, Jabalí el Simplón se levantó y asió al chiquillo del brazo. Sujetándolo con fuerza hasta hacerle daño —aunque el crío no dio la menor muestra de dolor—, le obligó a soltar a Simón y lo echó de un puntapié en el trasero.

—Os ruego que excuséis a mi hijo —dijo bajando la cabeza—. Es tan tozudo como la noche.

—¿Cómo se llama? —preguntó cortésmente Casiopea.

—Temudjin.

—¿Y qué quería de mí? —inquirió Simón.

—Haceros salir. Dice que traéis desgracia.

Simón le miró, hirviendo de cólera.

—Pero volvamos al hombre que buscáis —prosiguió Jabalí el Simplón—. ¿Qué aspecto tiene?

—Tiene unos cincuenta años —respondió Casiopea—. La última vez que le vi llevaba barba... Pero tal vez se la haya quemado desde que...

Se detuvo. ¿Cómo describir a un hombre —su padre— que se encontraba rodeado de llamas la última vez que le había visto? ¿Debía hablar del fuego? Decidió que no.

—Era mi padre —dijo Casiopea—. Un hombre recto y generoso. Un hombre bueno, púdico. Mirad. Esta era su espada.

Sacó a *Crucífera* de la vaina y la tendió al jefe de los tártaros. La hoja lanzaba terribles destellos azules. Consciente del honor que suponía que le ofrecieran el arma, Jabalí el Simplón la examinó con atención sin atreverse a tocarla.

—Es una espada magnífica. Creo que, si hubiera visto a su propietario, lo recordaría.

Simón lanzó una mirada encendida a Casiopea, una mirada en la que podía leerse: «¿Lo ves?, ya te lo había dicho. Estos hombres son los hijos del diablo». Pero

Casiopea no prestó atención a su muda advertencia.

—Calma —le dijo.

Y a continuación se volvió hacia Jabalí el Simplón.

—Vamos, tomadla —le ofreció—. Si queréis saber qué tipo de hombre era mi padre, tomad su espada. Esta hoja era como él. Con raíces que se hundan lejos en el pasado, un lado impenetrable, un lado austero, y al mismo tiempo algo luminoso.

Pero el hombre no se atrevía a tocarla. Entonces ella le mostró la cruz de bronce engastada en la empuñadura de la espada.

—Mirad —dijo presentándosela—. Fue él quien la insertó...

—Una cruz —dijo Jabalí el Simplón—. Entonces, ¿era un cristiano?

—Entre otras cosas.

—Tal vez pueda ayudaros a encontrarlo, pero ¿por qué pensáis que está aquí, en el País de las Hierbas?

—¡Pues porque esto es el infierno y este hombre está muerto! —le espetó Simón.

—¿El infierno? De ninguna manera —balbució, sorprendido, Jabalí el Simplón—. ¡Está mucho más al oeste!

—¿Al oeste? ¿De donde venimos? —preguntó Casiopea.

—Todo lo que sé es que está a varios días a caballo —respondió Jabalí el Simplón—. Al otro lado de una inmensa muralla... Se dice que, para ser autorizado a franquearla, hay que dejar el caballo a la entrada y luego superar varias pruebas que tienen un carácter iniciático.

—¿Una muralla con una puerta de hierro en el centro? —inquirió Casiopea.

—Sí, sí. El infierno está del otro lado, ¡todo el mundo lo sabe!

—Pero si venimos de allí —objetó Simón.

Instintivamente, Jabalí el Simplón retrocedió hacia el fondo de su yurta.

—No seréis demonios, ¿verdad? —preguntó.

Con movimientos febriles, extrajo de su funda un largo puñal de hoja curvada que llevaba en la cintura.

—No, no somos demonios —dijo Casiopea inclinando humildemente la cabeza—, sino huéspedes indignos de vuestra hospitalidad.

Y levantó sus manos desnudas con la esperanza de apaciguar los ánimos.

—¡Nos gustaría ver el mapa, por favor!

Jabalí el Simplón emitió un gruñido.

—Está bien, pero solo porque este mapa es muy importante para la prometida del Preste Juan... —dijo.

—¡Gracias! —exclamó Casiopea—. También es muy importante para nosotros.

El jefe de los tártaros la observó un momento, y luego, tranquilizado con respecto a sus intenciones, volvió a enfundar su daga.

—No será un regalo —les previno.

—Tenemos con qué pagar.

Por desgracia, Casiopea sabía muy bien que apenas les quedaba nada. Empezaba a lamentar la pérdida de su oro y sus diamantes.

—Este es el mapa que queréis —dijo Jabalí el Simplón, blandiendo un rollo de papel.

Casiopea tendió la mano hacia el mapa, vio un territorio dividido en nueve recintos atravesados por otros tantos puentes y dudó un instante. Pero el tártaro hizo un gesto de asentimiento con el mentón.

—Podéis echarle una ojeada antes de comprarlo —aclaró.

Puso el mapa en la mano de Casiopea.

—¿Cuánto queréis por él? —preguntó ella.

Los ojos de Jabalí el Simplón apuntaron a *Crucífera*.

—Me gustaría tener esa espada.

—¡Nunca! —dijo Simón.

—Primero quiero asegurarme de que este mapa es realmente lo que decís —añadió Casiopea.

Entonces se fijó en el brasero que se encontraba en el centro de la yurta y recordó la ocasión en que, a bordo de *La Stella di Dio*, Chefalitone había acercado a una llama su mapa de los infiernos.

—Si este mapa conduce al infierno, no lo dañarán unas pocas brasas.

Y lanzó el rollo de papel al brasero. El jefe de los tártaros lanzó un grito al ver cómo el rollo de papel se retorció, se ennegrecía y luego se inflamaba y era devorado por el fuego.

—¡Maldición! —exclamó.

—Lo lamento —dijo Casiopea—, pero no vamos a hacer negocios.

Y se dirigió rápidamente hacia la salida de la yurta.

—¡Habéis tratado de engañarnos! —aulló Simón.

Casiopea acababa de salir de la cabaña, cuando Simón golpeó el brasero con su espada. Algunas brasas saltaron fuera y cayeron sobre los cojines, que se prendieron inmediatamente.

—Lo que no arda nos conducirá al infierno —dijo Simón.

Y lanzó un violento golpe contra Jabalí el Simplón.

—¡No! —gritó Casiopea.

La hoja azulada brillaba más que nunca, mientras en el exterior resonaban gritos. Los ojos de Simón estaban al rojo, con el color de las llamas que devoraban la yurta. Casiopea gritó algo otra vez, pero su grito quedó ahogado por los ladridos de los perros que se abalanzaban sobre ellos, azuzados por unos tártaros ebrios de cólera.

Capítulo 34

¡Apártate, pájaro malvado!

Dante,
El Infierno

Después de la noche llegó el día.

Una mañana clara, con un cielo de un azul ardiente donde planeaba el halcón. Por debajo de él, en el horizonte, ondeaban las cimas nevadas del Yebel Ansariya, olas minerales de un mar petrificado. Y esta parodia de espuma, crispada sobre su alma de piedra, devolvía al cielo los reflejos resplandecientes del sol.

El ave lanzó un grito doliente.

Un relámpago turbó las brumas en que estaban bañadas las montañas y los vapores se disiparon, a pesar de que no soplaba viento.

—¿Qué haaaces? —preguntó Rufino—. ¿No irás a advertirles de nueestra veniiida?

El ave no respondió.

—Es verdaaad —prosiguió Rufino—. Lo había olvidaaado. Tú no sabes hablaaar.

El antiguo obispo de Acre, que prácticamente no había abierto la boca desde el inicio de su peligrosa misión, ya no podía seguir soportando el silencio de los cielos.

—¿Y pooor qué iba a callarme? —dijo como para sí mismo—. Después de toodo, solo estamos tú y yooo. Y no creo que mi discuuurso te moleeeste.

Por toda respuesta, el halcón batió las alas y remontó a las alturas, donde el cielo estaba oscuro y las estrellas centelleaban.

—¡Es hermooso!

Rufino, con los ojos muy abiertos, paseaba la mirada por esas maravillas normalmente reservadas a las aves y los dioses.

—¡De modo que era verdaaad! ¡Las estrellas siguen pegaaadas al cielo incluso después de la salida del soool! Sin embargo, se diríiia que han cambiado de lugaaar...

Aun así, eso no le impedía reconocer, ahí, la Osa Mayor, allá, la constelación del León, y más al norte, la de Casiopea.

—Casiopeeea —continuó Rufino—. Espero que estéees bien...

Pensó en la que les esperaba, allí abajo, ante ellos. Aquella hacia la que volvían volando. ¿Estaría aún con vida?

—¡Haced que síii!

Para él, estos últimos días se confundían. Todo lo que había visto, suspendido por los cabellos entre las garras del halcón, era la noche, la noche y de nuevo la noche; y también, a veces, cuando levantaba la vista, la cabeza del ave, su corto pico aguileño,

su garganta abigarrada, teñida de tonos pardos y grises. Dicho de otro modo, una sombra entre las sombras.

—Eh, halcón, ¿llegaremos prooonto?

Como de costumbre, el ave no contestó.

—Espero que Casiopeeee aguaaante...

Si hubiera tenido un cuerpo, Rufino se hubiera estremecido. Pero ya no lo tenía. De modo que se contentó con escupir un «Brrr...».

«Vamos —se reprendió a sí mismo—, no debe de hacer tanto tiempo. Seguramente aún sigue viva... Pero hay que darse prisa.»

—¡Más ráapido!

El ave batió de nuevo las alas y ascendieron aún más arriba en la oscuridad, tan arriba que la tierra parecía un ojo, el espacio un párpado y el horizonte una pestaña.

—¡Ya no puedo respiraaar! —jadeó Rufino.

El halcón descendió un poquito.

«Por Dios, seré imbécil. No tengo necesidad de respirar si ya no tengo cuerpo...»

—¡Qué estúupido!

El ave lanzó un grito y volvió a tomar altura. Volaba tan alto que sus plumas se mezclaban con el azur. Desde la tierra, ni el más perspicaz de los observadores hubiera podido distinguirla.

—¡Vigiiila, no me sueeeltes! —balbució Rufino, aterrorizado.

A pesar del vértigo, bajó los ojos y se forzó a mirar. Montañas de cimas aguzadas que elevaban sus colmillos para atacar el cielo. Pueblos, villas y aldehuelas, pegados como garrapatas a los flancos demacrados del Yebel Ansariya. Dominándolos, de trecho en trecho, viejos castillos de piedras desgastadas, verdosas por los líquenes, elevaban sus torrecillas medio derruidas. De repente, los cuervos, que habían encontrado refugio en ellas, alzaron el vuelo.

—¡Cuidaaado! —advirtió Rufino—. ¡Los cueeeervos del Krak!

El halcón lanzó un grito. Lo sabía. Desde hacía tiempo. Justamente porque había presentido su llegada, volaba tan alto. Volviendo a batir las alas, arrastró a Rufino hacia la otra vertiente de un pico escarpado. Cosa extraña, su cima estaba horadada por una galería vertical, una especie de pozo que se hundía en sus entrañas.

—¡Conozco este lugaaar! —chilló Rufino con voz temblorosa—. Es Masyaaaf, la fortaleza del jefe de los asesinos. No debemos quedarnos aquí. ¿Por qué has pasado por aquí? De acueeerdo, era el camino más coorto para volver hacia Casiopeeee, pero ¡es muy peligrooso!

Demasiado tarde.

Los siniestros cuervos subieron hacia ellos. Eran como las emanaciones de un millón de calderos escapadas de las pótimas de un millón de brujas. El halcón y Rufino se encontraron rodeados de vapores negros.

—¡Socooooorro! —chilló Rufino.

El halcón se encogió sobre sí mismo y salió disparado hacia la luz.

—¡Tengo miiieedo!

Después de un largo picado, en el que a Rufino se le heló la cara, el ave corrigió el rumbo y voló, a unos pies del suelo, en dirección a los desiertos de Siria. El azul del cielo estaba ahí de nuevo, tan deslumbrante como antes de la llegada de los cuervos. Pero enseguida los pájaros se dispersaron y se dejaron caer sobre Rufino y el halcón como una lluvia de grandes copos negros.

—¡No se ve naaada! —bramó Rufino—. ¡Aleexis de Beaujeu! ¡Envíanos a tus arqueeros!

Pero el comendador del Krak estaba demasiado lejos para oírle. Y de todos modos, Rufino y el halcón se encontraban fuera del alcance de sus armas. El ave de presa batió vigorosamente las alas y volvió a alcanzar el refugio de las alturas. Por desgracia, dos grandes cuervos le esperaban allí emboscados. Los dos pájaros negros se lanzaron como un rayo sobre ellos.

El halcón, que había sobrevolado más de una vez esta región, sabía que los cuervos no abandonarían su zona. Cuando llegara al desierto, los pájaros volverían a su percha y con su amo, fuera quien fuese. El problema eran esos dos, que le esperaban en pleno cielo, batiendo las alas como unos nadadores entre dos aguas, y eran dos veces más grandes que él. El halcón desplegó las alas y fue aspirado por los cielos. Se elevó tan rápido que los cuervos no tuvieron tiempo de golpearlo. Después de haber ganado suficiente altura, descendió bruscamente en picado y soltó a Rufino. Como una piedra de catapulta, el antiguo obispo de Acre, aullando de terror, topó de lleno contra uno de los córvidos. Con las alas maltrechas, la maléfica criatura cayó en barrena en el corazón de la fuliginosa bandada que ya se lanzaba de nuevo al asalto.

El halcón volvió a cerrar las alas y se hundió para recuperar a Rufino, que caía hacia el suelo medio desvanecido de terror.

—¡No vueeeelvas a haceeer nuuunca eeeso! —gritó después de que el ave lo hubiera atrapado de nuevo.

Sus gritos se desvanecieron en el viento, mientras el halcón escapaba a toda velocidad hacia el desierto de Samiya. El ave volaba tan rápido que Rufino no tenía tiempo de fijar la mirada en nada. Pero los córvidos seguían pisándoles los talones.

—¡Más ráaaapido!

Un esfuerzo más y la montaña desaparecería a su espalda.

—¡Vaaamos!

El halcón voló a ras de tierra, espantó a algunas gacelas, dispersó a una familia de gerbillos; pero todo fue inútil. La bandada de cuervos seguía tras ellos, cada vez más cerca, cada vez más negra.

—¡Nos alcanzaráaan! —gritó Rufino a voz en cuello.

El halcón desplegó sus alas al máximo y se elevó verticalmente, con la esperanza de despistar a la mano oscura que avanzaba hacia ellos.

—No es posiiible —chilló Rufino—. ¡Su nombre es legiíoon! ¡*Nomen illis legiio!*

Entonces, de repente, algunos cuervos les alcanzaron. El halcón esquivó, fintó, efectuó giros, rizos... Y soltó a Rufino, para atraparlo en el último momento con una garra.

—¡Socooooorro!

Rufino, que ya no podía soportar aquello por más tiempo, cerró los ojos. Un estruendo de graznidos superagudos le reventó los tímpanos. El ruido era tan fuerte que volvió a abrir los ojos. Todo estaba oscuro; los cuervos les envolvían tan estrechamente y eran tan numerosos que tapaban la luz del sol bajo un sudario de alas. El halcón vio una salida, recto hacia delante. Como un nadador en aguas profundas que se apresura a remontar a la superficie, batió las alas para escurrirse de la melaza en que estaban sumergidos y acabó por reventar la masa negra que se aglutinaba ante ellos.

Saltó sangre y surgió una ola luminosa.

—¡Gloria a ti, oh soool! —gritó Rufino—. ¡Tú dispersas la noooche y reconfooortas a los valerosos!

Entrechocando los dientes, inició una plegaria. Pero en ese momento una sombra se lo tragó. Por encima de ellos, los dedos carbonosos de una mano compuesta por un millar de córvidos se extendían para atraparles.

—¡Pájaros del demooonio!

Nunca hubiera creído que fueran a abandonar su territorio.

Pero aunque los cuervos eran numerosos —y estaban, sin duda, guiados por la magia—, el halcón era rápido. Acelerando, dejó atrás a los cuervos, que poco a poco se fueron dispersando.

El desierto estaba ahí: una vasta extensión de arena y rocas, salpicada de pequeños montículos de crestas pardas de donde surgían algunos cactus de aspecto languideciente. El halcón se dirigió hacia ellos en un largo vuelo planeado. Esperaba que los cuervos no le siguieran hasta allí por miedo a que los despedazaran sus púas, tan afiladas como los sables de Kali. Sin embargo, los pájaros se arriesgaron.

Entonces se puso a volar en zigzag, pasando tan cerca de los cactus que la escuadrilla de cuervos se aplastó contra ellos, como una ola contra una roca.

—En fin —suspiró Rufino—, la próxima veeez recuérdame que giiire siete veces la lengua en la booooca antes de aceptar partiir en misión. Y ahora, ¡en maaarcha hacia Tenebrooc!

El halcón lanzó un grito, que resonó majestuosamente bajo la bóveda de los cielos, y continuaron su viaje.

Más tarde, mucho más tarde y mucho más al este, sobrevolaron una alta muralla y luego una vasta extensión negra, de ceniza y polvo. Ahí no había más vegetación que una hierba amarilla y corta, ni más animales que algunas ratas y caballos salvajes. No era un lugar para la vida.

Sin embargo, dos manchas blanquecinas daban a este paisaje lunar un aspecto insólito. ¿Realmente eran dos manchas? No. No se trataba de dos manchas, sino de dos cabezas; dos cabezas que sobresalían del suelo y hacia las cuales el halcón descendió en picado.

—¡Ya llegaaamos! ¡Ya llegaaamos! ¡Señor, haaaz que ella siga con viiida!

Poco le importaba a Rufino que Simón también siguiera vivo, porque había sido justamente él quien había causado este drama...

—¡Casiopeeeea! ¡Casiopeeeea!

Rufino gritó hasta desgañitarse, pero Casiopea no se movía. ¿Estaba muerta? El halcón se posó a dos pasos de la mujer y soltó a Rufino, que rodó sobre sí mismo y se encontró cara a cara con...

—¡Casiooopea!

Los labios de la joven, que tenía el cuerpo enterrado hasta el cuello, se movieron despacio. Un débil gemido de dolor escapó de su garganta, y a Rufino le pareció que trataba de abrir los ojos.

—Aguanta, Casiopeeeea. ¡Aguaaanta!

Un nuevo estertor, seguido por un temblor de los párpados.

—¡Ya llega, Casiopeeeea! ¡Él lleega!

Él llega



Capítulo 35

Bajo este noble y hermoso sicómoro, plantado en tiempos de Abel, surgía una
fuente de rápido caudal.

Chrétien de Troyes,
El Caballero de la Carreta

Desde su caída al río, ¿cuántas semanas, cuántos meses habían transcurrido? Emmanuel era incapaz de decirlo. Al haber permanecido inconsciente, había perdido por completo la noción del tiempo. Deliraba casi sin parar. Creía encontrarse en el infierno o en el paraíso. A veces, cuando sorprendía a la Emparedada deshaciéndose, con ayuda de un cuchillo, de los gusanos que le corrían por la lengua, estaba convencido de encontrarse en la morada de Lucifer.

Hasta que Guillermo de Tiro le dijo:

—Al mismo tiempo que la gratificaba con el don de la videncia, Dios la castigó llenándole la boca de gusanos.

—Pero ¿por qué?

—Sin duda para forzarla a no hablar demasiado —susurró el viejo árbol—. Con cada frase que pronuncia se multiplican los gusanos. Lo que explica que elija cuidadosamente sus palabras y a sus interlocutores...

—Ahora que estoy curado, debo volver al Krak.

—Desde luego, valeroso caballero.

Emmanuel miró al viejo árbol y creyó ver una sonrisa entre sus ramas.

—¿Os reís?

—Río, sí. Porque no tienes bastante confianza en Dios.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Si estás aquí en lugar de en el Krak, es por una buena razón. Una razón conocida por Dios y solo por Él. Tú, sin duda, te dices: «Esto es una catástrofe. Yo no estaba en el Krak y tal vez les haya ocurrido una desgracia...».

—Sí. Pero no veo qué tiene eso de gracioso.

—No es divertido, pero me hace sonreír. Porque yo sé que si caíste al río, fue gracias a Dios, o a causa de Él.

—¡Yo lancé mi caballo al río porque mi muerte me pertenece!

Esta vez no le cupo ninguna duda: el viejo árbol era todo él una sonrisa.

Un día —¿o era una noche?— Emmanuel decidió partir.

—Ha llegado el momento de que me vaya —dijo a Guillermo y a la Emparedada.

Esta gimió, y el antiguo arzobispo de Tiro se limitó a asentir.

—En efecto, hermano Emmanuel. Ha llegado el momento.

—Nunca podré agradeceros todo lo que habéis hecho por mí. Me habéis salvado la vida.

—Ha sido Dios quien te ha salvado la vida —respondió el viejo árbol.

Después de ponerse su gambesón de cuero y abandonar, en cambio, su cota de malla —demasiado pesada y, sobre todo, completamente oxidada—, Emmanuel estrechó a la Emparedada entre sus brazos y se despidió del viejo árbol.

—Adiós —les dijo—. Tal vez volvamos a vernos...

El viejo árbol se estremeció de las raíces a la punta de la copa y le explicó que, igual que todos los árboles estaban un poco en él, él estaba un poco en todos los árboles.

—De modo que tendré noticias tuyas, no hay duda... Si quieres complacerme, respétame. Planta una bellota de vez en cuando, si tienes ocasión de hacerlo. No nos tales inútilmente, y ven a sentarte sobre nuestras ramas. Así estaré contento...

—Lo prometo.

Emmanuel posó la mano sobre el tronco del viejo árbol y la dejó apoyada el tiempo suficiente para que los nudos del sicómoro se imprimieran sobre su palma.

Luego, sin volver la vista atrás, se dirigió hacia el río al-Assi y remontó su curso —como habían hecho un año antes Morgennes y sus amigos—. Se preguntaba si el mundo tal como él lo había conocido existiría todavía. «¿Y Châtillon? ¿Estará aún con vida? ¿Y ese joven templario que tocaba el cuerno?» Emmanuel se enjugó la frente. Hacía cada vez más calor. Bajo los efectos del bochorno, incluso el agua parecía aletargada.

El camino que seguía estaba sumergido en la oscuridad; debía mantener la mano sobre la pared de la derecha y prestar atención para no resbalar y caer al agua. «Las ninfas no me salvarán por segunda vez», se dijo. En algunos lugares el techo era tan bajo que debía encorvarse para seguir avanzando. Aquello le hizo pensar en el jefe de los asesinos, que había establecido su fortaleza en el hueco de una montaña. Se decía que había hecho perforar subterráneos tan profundos que había dado con el fuego original —el fuego del que habían surgido los *djinns*—. Se decía también que había cerrado un pacto con estas fuerzas elementales. A cambio de ofrendas cotidianas de sangre humana, los *djinns* habían excavado la piedra con sus manos incandescentes, llegando hasta Damasco. E incluso mucho más lejos...

Se enjugó la frente una vez más y se detuvo a escuchar. ¿No había oído algo parecido al sople de una forja? No. Debía de ser el viento...

Para darse valor, murmuró un avemaria y prosiguió la marcha. Finalmente, después de un largo avance teniendo por única guía el rumor de las aguas, distinguió en el techo del túnel algunos reflejos ambarinos, y un poco más tarde entrevió una

abertura en la roca.

—¡Luz, por fin!

Se hubiera dicho que el sol había deslizado un ojo en el subterráneo para observar a la extraña criatura que caminaba hacia él: un hombre de barba y cabellera enmarañadas.

Protegiéndose los ojos con la mano, Emmanuel olfateó el cálido olor del desierto, preguntándose si llegaría a reunirse algún día, en el mejor de los casos, con sus hermanos hospitalarios, y en el peor, con los sarracenos.

Una vez saciada su curiosidad, el sol reemprendió su ascensión y dejó a Emmanuel en medio de la nada. Porque en el exterior del subterráneo del que acababa de emerger no había más que arena, arena y arena hasta donde alcanzaba la vista. «Decididamente —se dijo—, no he tenido suerte. Sobrevivir a una caída impresionante, pasar no sé cuánto tiempo recuperándome de mis heridas en una gruta, con un árbol y una profetisa por toda compañía, para encontrarme luego solo en medio de ninguna parte...»

Esta situación le recordó la ocasión en que había partido al encuentro del convoy que transportaba el rescate de la Vera Cruz y había tenido que orientarse en una región que no conocía. «Si uno no puede elegir su vida, puede elegir, al menos, su muerte», se había dicho entonces.

—¡Muerto por muerto —exclamó adoptando la divisa de Morgennes—, más vale pelear y llegar hasta el final!

Curiosamente, jamás, en toda su existencia, se había sentido tan fuerte y tan vivo como en ese momento... Sobreviviría. Estaba convencido de ello. Guillermo de Tiro tenía razón: si Dios le había salvado, sería porque tendría alguna razón para hacerlo.

«Eh, tú —le dijo mentalmente al sol—. ¿No podrías enviarme una señal? ¿Echarme una mano?» Con los ojos levantados hacia el cielo y una mano sobre la frente, Emmanuel esperó a que se produjera algún movimiento. Nada. «¿Hacia dónde debo ir?» Para encontrar una guía, pensó en orientarse por el sol, y dirigirse, pues, en dirección a él o en la opuesta. Caminando hacia el oeste, acabaría por llegar al Yebel Ansariya, a sus asesinos y —si tenía suerte— al Krak de los Caballeros. Mientras que al este había desierto y más desierto, y luego Mesopotamia, Persia y la noche.

«Vayamos hacia el Krak», se dijo Emmanuel.

Después de haber caminado mucho tiempo sobre una arena tan fina que se hundía en ella hasta las pantorrillas, llegó un momento en que se quedó sin fuerzas. Se sentó para descansar, tomó su cantimplora y se la llevó a la boca... Estaba vacía. Esta vez era el final.

«Es demasiado estúpido.» Recordó la época en que había acompañado a Guillermo de Tiro y a Balduino IV al desierto de Robot el-Khaliyeh, donde había creído que moriría. «No se escapa dos veces al desierto...»

Se tendió y cerró los ojos. «Al menos puedo morir en paz. Tal vez.» Entonces entonó por enésima vez un avemaria para confiar su alma a su Señora. «*Ave Maria, gratia plena: Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus...*» Sintió un gran bienestar, como una ola de frescor.

«¿Una ola de frescor?»

Emmanuel volvió a abrir los ojos y se dio cuenta de que se encontraba efectivamente a la sombra de un... No conseguía definir qué era aquello. Parecía un hombre, pero mucho más grande. «¿Un gigante?»

Se puso en pie de un salto y movió los brazos en dirección a la sombra.

—¡Eh, eh!

Sí. Realmente era un hombre, pero, aunque se acercaba a él a toda velocidad, él no le había visto. «¿Qué clase de demonio es ese? —se preguntó Emmanuel—. ¿No me habré equivocado al descubrirle mi presencia? ¿O será un ángel bajado de una nube para prestarme auxilio?»

Siguió observando al extraño individuo que se aproximaba a pasos de gigante. «¿Y bien? —se preguntó Emmanuel—. ¿Ángel o demonio?» Optando por un desenlace feliz, eligió ir al encuentro del misterioso viajero, que aumentaba de tamaño a medida que se acercaba. Pronto se dio cuenta de que cada uno de sus pasos multiplicaba al menos por cien el de un ser humano normalmente constituido.

«Es un hombre, sí. De gran tamaño, es cierto; pero de todos modos un hombre. ¿Adonde irá corriendo así?»

Apenas había acabado de plantearse la pregunta cuando el desconocido pasó sobre él con tanta facilidad como si hubiera sido una brizna de hierba y prosiguió su loca carrera hacia el oriente.

—¡Eh! ¡Vos! ¡Señor Rápido, aquí!

¿Le había oído? Aparentemente no, porque la figura del extraño individuo ya se empequeñecía en el horizonte.

—¡Menuda es mi suerte! Tengo una oportunidad entre un millón de tropezarme con alguien aquí, y va y resulta que es sordo...

Ya volvía a partir hacia el oeste, en la dirección que suponía que era la del Krak de los Caballeros, cuando una voz gruñó a su espalda.

—¿Cómo me habéis llamado?

Emmanuel se volvió, y se encontró frente a un hombre con la constitución de una montaña, ancho de espaldas, con una gran barba, que le contemplaba con aire inquisidor, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Señor Rápido, porque avanzáis a grandes zancadas!

—Cierto. Es que tengo prisa, aunque estoy muy cansado.

—Entonces, mi señor, sois muy amable al deteneros para conversar conmigo.

—No charlaré mucho tiempo, ya voy con gran retraso. Pero decidme, de todos

modos, ¿qué hacéis en estos parajes?

—Me he perdido.

—¿Queréis que os deje en alguna parte?

Emmanuel reflexionó rápidamente y tendió el dedo en dirección a poniente.

—Voy hacia allá.

—Y yo hacia allá —dijo el gigante señalando la dirección opuesta.

Emmanuel no lo dudó ni un instante.

—Entonces yo también, si no os molesta.

—Nones.

Y sin decir una palabra más, el gigante lo levantó y lo sujetó contra su pecho, donde Emmanuel podía oír los «bum, bum» del corazón del gigante, que palpitaba como si fuera un tambor militar.

—¿Puedo saber adonde me lleváis?

—Al infierno —respondió Gargano.

Capítulo 36

Gargano. La montaña había recibido su nombre por él, o bien, según ciertos libros, era él quien había recibido su nombre por la montaña.

Jacobo de la Vorágine,
La leyenda dorada

De camino a Tartaria, Septiembre de 1.188

El gigante daba unas zancadas tan largas que una sola le bastaba para salvar una colina, dos un montecillo, y diez un bosque. En torno a ellos, los paisajes se reducían a manchas de color, amarillo polvo, arena y oro patinado. A pesar del viento que les silbaba en los oídos, Emmanuel y Gargano no paraban de conversar.

—¿Aún estamos en septiembre, pues? —preguntó Emmanuel al gigante.

—Sí, ¿por qué?

—Porque es el mes de mi caída. Quería saber cuántos días, o semanas, habían pasado desde que perdí completamente la noción del tiempo...

Sin embargo, una duda atormentaba a Emmanuel. «Septiembre, septiembre... No puedo creer que mi curación haya sido tan rápida...» Sus heridas, en el muslo y en los brazos, hacía tiempo que se habían cerrado y habían cicatrizado del todo. Por otra parte, sus cabellos habían crecido mucho y la barba le llegaba al pecho.

—Septiembre... Pero ¿de qué año? —se arriesgó a preguntar con voz temblorosa.

—1188 —respondió Gargano.

Un primer brinco les llevó a la cima de un cerro, y un segundo, abajo del todo. Emmanuel sintió que el corazón le subía a la garganta.

—Entonces ¡hace un año! Contadme...

Gargano le informó de la tragedia que había padecido la cristiandad en Tierra Santa, y a Emmanuel le embargó un inmenso sentimiento de culpa.

—Vuestra presencia no hubiera cambiado nada. Deberíais pensar más bien que es una suerte que os encontréis aún con vida para participar en la reconquista.

—La verdad es que me cuesta un poco compartir vuestra forma de ver las cosas.

Poco tiempo después llegaron a un árbol gigantesco, cuya verticalidad contrastaba vivamente con las llanuras que acababan de atravesar.

—Qué árbol más curioso —comentó Emmanuel, que solo había tenido tiempo de echarle un vistazo, tan rápido iba el gigante.

—Sí, es el Árbol Seco, o el Árbol Solo... Llegamos al fin del mundo, y él marca la frontera.

—La frontera...

—La primera de las fronteras, porque la auténtica llega ahora. ¡Sujetaos!

Emmanuel pasó los brazos en torno al cuello de Gargano y miró en dirección al lugar hacia donde corría el gigante. Era una muralla enorme, con la cima almenada de nubes.

—¿Qué es eso?

—La muralla de Alejandro Magno.

Tras coger impulso, el gigante voló por encima de la puerta de Hierro en un salto que pareció durar una eternidad. Se encontraron en medio de las nubes, donde unos pájaros espantados se apartaron graznando.

—¿No vamos bajo tierra? —preguntó Emmanuel a Gargano.

—No —respondió este—. El infierno está al otro lado.

—Ah...

—¡Sujetaos bien que bajamos!

Su caída tuvo lugar en medio de unas ráfagas de viento tan intensas que no intercambiaron ni una palabra más. Cuando finalmente Gargano tocó tierra, Emmanuel recibió una sacudida tan brutal que se preguntó si había hecho bien en aceptar la ayuda del gigante.

—Tengo los sesos en la planta de los pies —le dijo a Gargano, para describir el lamentable estado en que se encontraba.

—Podéis consideraros afortunado, porque los míos me han salido por las nalgas —replicó Gargano.

Y continuaron su camino en medio de una noche sin estrellas.

—¿Y ahora qué buscamos? —le preguntó Emmanuel.

—Un pájaro.

De pronto se escuchó un ruido de huesos triturados.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que acabo de aplastar algunos cráneos —respondió el gigante mirando bajo su pie—. En fin, qué le vamos a hacer.

—Dicen que trae suerte.

—Ha sido con el pie derecho.

—Oh, no hay que hacer mucho caso de esos cuentos...

Prosiguieron su camino en medio de las tinieblas. Como un centinela de guardia en lo más alto de una torre de vigía humana, Emmanuel cumplía con su tarea con una profesionalidad adquirida a lo largo de cientos de noches de vigilancia desde el Krak de los Caballeros.

—El pájaro que buscáis, ¿cómo es? —preguntó.

—Como un halcón peregrino.

—Ah, ya veo. Pequeño, rápido. De color azul y pardo.

—¡Veo que sois un experto!

—¿Y qué tiene de especial?

—Es el halcón de mi ahijada, que se encuentra en grave peligro.

—Pues entonces ¡apresurémonos!

Gargano aceleró aún más; pero la noche sucedía a la noche, copiándose a sí misma sin el menor atisbo de originalidad. ¿Cuánto tiempo hacía que corrían? Emmanuel se dijo que no debía de hacer más de una hora.

—¡Qué rápido corréis! ¡Qué pulmones!

—Y eso que me caigo de sueño.

Emmanuel estaba estupefacto.

—De todos modos, ¡es algo pasmoso!

—No soy yo —le explicó Gargano—. Son mis botas. Son ellas, y solo ellas, las que me permiten ir tan rápido. Y si me doy tanta prisa es porque ya he perdido mucho tiempo buscando a su propietaria para pedirle que me las prestara.

—¿Y aceptó fácilmente?

—Era para salvar a su hija.

—Ah —dijo una vez más Emmanuel—. Debe de ser una joven realmente extraordinaria para tener semejante madre y semejante salvador.

—¡Semejantes salvadores! —le corrigió Gargano—. ¡Porque ahora somos dos!

«Decididamente —pensó Emmanuel—, todo esto es muy extraño. Pero, después de todo, no más que mi estancia en el oasis de las Cenobitas...»

—¿Y cómo se llama vuestra ahijada?

—Casiopea.

—¡Bonito nombre!

—Bonita persona.

—¿Está casada?

—Aún no.

—¡Apresurémonos! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Gargano sonrió y continuó a su ritmo, rápido y regular. No quería agotarse en las primeras leguas, porque no sabía nada sobre la superficie de los infiernos, llamados también Tenebrec o país de los tártaros. Y sobre todo, sabía que probablemente tendría que correr en círculos concéntricos para tener una oportunidad de encontrar a Casiopea, si el halcón no aparecía antes.

—¡Gargano! ¡Mirad!

Sacando una mano del estrecho capullo formado por los brazos del gigante, Emmanuel señaló un resplandor rojizo en el horizonte.

—¡Un incendio!

—No —dijo el gigante—. Es la aurora...

Era efectivamente la luz de la aurora, que crecía rápidamente, como si el sol tuviera prisa por recuperar el tiempo que había pasado iluminando la otra vertiente de

la tierra.

—No dejemos que les alcance la luz, eso la mataría.

—¡Por todos los cielos! ¿Es que vuestra Casiopea es una vampira para temer así al astro solar?

—Nones. Simplemente se encontraría expuesta a él de tal manera que perdería la vida. Vamos, escrutad el cielo en busca de una mancha gris-azul con tintes pardos...

—¿Como esa?

Emmanuel tendió el dedo hacia un punto que giraba en el cielo, cada vez más azul.

—¡Cocotte, por fin!

Gargano saltó en dirección al halcón.

—¡Mirad si distinguís algo en la vertical del pájaro, vos que tenéis tan buena vista! —dijo a Emmanuel.

Este se irguió en la atalaya que formaban los brazos del gigante y escrutó el horizonte en el punto donde el alba ahuyentaba a las sombras. Siguiendo con los ojos el largo rayo de luz que barría la estepa grisácea, distinguió de pronto un minúsculo fulgor.

—¡Ahí abajo!

Gargano giró en la dirección que le indicaba, y unos instantes después los dos camaradas se encontraban a solo unos pies de tres cabezas posadas en el suelo: las de Simón, Casiopea y Rufino, que chilló:

—¡Por fiiin!

Capítulo 37

Y sorprendí a mi hermana envuelta en el castigo divino, a mi hermana que había permanecido en la parte oscura de la noche.

Sohrawardi,

El exilio occidental

Emmanuel y Gargano cavaron la tierra en torno a Casiopea y Simón, procurando liberarlos con la máxima delicadeza posible de la tumba donde les habían enterrado los tártaros. Por momentos, los dos jóvenes abrían los ojos y dirigían miradas vacías a sus salvadores. Parecían más muertos que vivos, así que Emmanuel tuvo que recurrir a todos sus talentos como hospitalario para resucitar las partes de sus cuerpos que habían empezado a morir. Masajeando una pierna o un brazo, obligando a una rodilla a doblarse, a una mano a cerrar los dedos, Emmanuel se concentró en recuperar a los dos desventurados viajeros a los infiernos que los tártaros quisieron matar a fuego lento después de que Simón hubiera querido abrasarles a ellos.

—Este joooven ha perdido totalmeente la cabeza —les explicó Rufino—. Trató de incendiaaar su campameeento, y en parte lo logróoo...

—¿Por qué razón? —preguntó Emmanuel.

—Estaba convenciido de que había iiido a parar entre demonios, porque la hoooja de la espada de Casiopeeea emitía un resplandoor azul.

—¿Su hoja brillaba?

Emmanuel se detuvo a examinar con mayor atención la vaina y la espada que Gargano había retirado del agujero adonde habían arrojado a Casiopea, y reconoció enseguida a *Crucífera*.

—¡Pero si es la espada de Morgennes!

—Y ahora es la de su hija —añadió Gargano señalando a Casiopea.

—¿Morgennes tenía una hija? —preguntó Emmanuel, sorprendido, observando el rostro tumefacto de la joven, marcado por una exposición demasiado prolongada al sol.

—¿Conocíais a Morgennes?

—Le conozco tanto como él me conoce a mí, ¡y nadie me conoce mejor que él! Incluso fui su escudero...

—También fue mi amigo.

—¡Y el míio! —añadió Rufino resoplando ruidosamente.

—Pero, por la Virgen María, ¿por qué habláis de él en pasado? —les preguntó Emmanuel, que se había estremecido al pensar que podía haberle ocurrido una desgracia al hombre a quien siempre había considerado como un padre sustituto.

Gargano iba a responderle cuando un estertor resonó a su lado: Casiopea gemía para atraer su atención.

—¡Mi ahijada! Trata de decirnos algo —dijo Gargano, precipitándose hacia ella.

El gigante le levantó la cabeza y Emmanuel pegó su oreja contra la boca de la joven.

—*Crucífera*... —murmuró.

—Está aquí —respondió Gargano—. En manos del noble y buen sire Emmanuel.

Casiopea miró a Emmanuel a través de sus párpados entreabiertos y le observó tan atentamente como pudo. Debido a la fatiga y a la oscuridad, creyó ver a Morgennes, con la espada en la mano.

—Papá —susurró.

—Delira —dijo Gargano—. Tenemos que apresurarnos y llevarla a un médico.

—¡Una tormenta de polvo! ¡Viene hacia nosotros...! —gritó de pronto Emmanuel.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

—Pero ¿cómo? —dijo Rufino, preocupado—. Los tártaros se llevaron nuestras monturas.

Por toda respuesta, Gargano se limitó a sonreír. Con un formidable salto, alcanzó el refugio de los aires, llevando a Simón bajo un brazo y a Casiopea bajo el otro, a Emmanuel agarrado a su espalda y a Rufino en su alforja. No corría tan rápido como a la ida para no distanciarse del halcón, que les seguía volando.

—¿Adonde vamos? —inquirió Emmanuel.

—A Damasco.

—¡Pero allí está Saladino!

—Sí, pero también los mejores médicos del mundo.

Confiando en el destino, seguro de haber encontrado a unos excelentes compañeros, Emmanuel renunció a discutir. Se limitó a levantar las cejas, divertido, y volvió la cabeza, intrigado por saber qué ocurría a su espalda. La tormenta había alcanzado finalmente las tumbas de Simón y Casiopea. Resplandores de sables y caballos corveteantes se dibujaban en las trombas de polvo. Los tártaros estaban ciegos de ira. Uno de ellos, un hombre muy joven, apuntó su espada en dirección a la puerta de Hierro y juró vengarse.

Capítulo 38

Hay que dejar que los muertos duerman con los muertos.
En este mundo de iniquidad, no caigas presa de la pena.
Con el amigo de dulces labios y estatura de hada. Entrega tu corazón y bebe tu
vino, no lances tu vida al viento...

Omar Jayyam,
Rubayat

Guyana de Saint-Pierre no podía creer lo que veía.

¡Casiopea estaba ahí, viva! Acariciando la frente de su hija, besándola tiernamente, le prodigó toda la ternura que había omitido darle durante casi veinte años.

«¡Gracias, Dios mío! ¡Sabía que Nâyif ibn Adid se equivocaba! —se decía recordando la campana de bronce que el jeque de los muhalliq le había mostrado—. ¿Por qué he esperado a estar en Damasco para abrazar a mi hija?»

Recordó el nacimiento de Casiopea, en El Cairo, el 23 de diciembre del año de gracia de 1169. Y luego la llegada a Francia, donde Chrétien de Troyes y el padre Poucet («¡que Dios le tenga en su gloria!») las habían acogido, para hacerlas entrar luego en Saint-Pierre de Beauvais disfrazadas de monjes. No había ni que pensar, pues, en demostrar ninguna clase de amor a la joven persona que la seguía a todas partes. Algo que, sin embargo, no les había impedido ser felices allí.

Precisamente para rendir homenaje a esta abadía, Guyana había elegido como apellido Saint-Pierre; porque, aparte de su hija, no tenía familia... Su madre, Leonor de Aquitania, consideraba que ella no existía, y su padre, Shirkuh el Voluntarioso, había muerto hacía tiempo. A manos de Morgennes. Es verdad que estaba este último, con quien se había casado. Pero no había vuelto a verle desde hacía casi veinte años...

—Casiopea —murmuró—. Cúrate, te lo suplico...

Gracias a los cuidados del buen doctor Ibn al-Waqqar, el antiguo médico de Nur al-Din y ahora el de Saladino (cuando residía en Damasco), Casiopea se restablecía poco a poco; pero necesitaría meses para recuperarse de la dura prueba a que se había visto sometida en Tartaria, por culpa de Simón.

—Fue a causa de la espada...

—¿Cómo? —preguntó Guyana de Saint-Pierre—. ¿Qué quieres decir?

—*Crucífera*... —articuló Casiopea.

Guyana miró la espada, que seguía guardada en su vaina junto al lecho donde descansaba su hija. ¡*Crucífera*! De modo que esa era la famosa espada que

Morgennes había renunciado momentáneamente a buscar porque Amaury I de Jerusalén le había ordenado que emprendiera la búsqueda de «la mujer que no existía», es decir, de ella misma.

Intrigada, Guyana se levantó del sillón, del que prácticamente no se había movido desde que Gargano había traído a Casiopea, y se dirigió hacia la espada.

—Aquí estás, pues...

Como una mujer a quien presentaran a la amante de su marido, observó la espada con aire grave, sin atreverse a tocarla. «Esta cruz...» Al ver la cruz de bronce engastada en la empuñadura de la espada, reconoció la cruz que Morgennes llevaba siempre encima. «La cruz de su padre.»

—Papá... —suspiró Casiopea—. ¡Morgennes!

Guyana de Saint-Pierre se volvió hacia su hija, con los ojos bañados en lágrimas. «Perdón, mi niña, mi amor. Perdón por haberte ocultado su existencia durante todos estos años.» Refrenando la cólera que empezaba a surgir en su interior —la cólera que se había apoderado de ella al enterarse de que Morgennes había envenenado a su propio padre, Shirkuh el Voluntarioso—, Guyana se acercó a la espada y la extrajo de su funda. A la luz del día, que penetraba por las grandes ventanas orladas de cortinas blancas del *bimaristan*, Guyana vio brillar la hoja con un resplandor metálico, plateado.

Después de haber examinado a su rival casi desdeñosamente, la devolvió a su vaina y regresó junto a su hija. «¿Quién hubiera dicho que acabarías convirtiéndote en una guerrera?»

—Tu padre, probablemente —suspiró al recordar cuánto había soñado Morgennes en ser armado caballero.

—¿Mamá?

Casiopea abrió un ojo y miró a su madre, que le tomaba la mano.

—¿De verdad eres tú?

—Estoy aquí, querida.

Guyana se inclinó sobre su hija y la estrechó entre sus brazos.

—Estoy contenta de haberte encontrado al fin —murmuró Casiopea.

—Yo también.

Madre e hija permanecieron abrazadas mucho rato.

—¿Volverás al convento? —le preguntó Casiopea.

—No —respondió Guyana—. Ahora ya no...

Se separaron, y Casiopea, que había recuperado el color, se incorporó en su cama y miró alrededor.

—¿Dónde estoy?

—En Damasco. Gargano os trajo, a Simón, a Rufino y a ti, con la ayuda de un joven caballero llamado Emmanuel.

—¿Emmanuel? ¿Quién es?

—Un amigo de tu padre.

—¿De modo que ya no es realmente un joven?

—Sí lo es. Porque, si he entendido bien lo que me explicó, no era más que un niño cuando tu padre lo tomó a su servicio. Era su escudero.

—Entonces debe de ser un hombre de bien.

—Eso creo, sí.

Casiopea sintió de repente un intenso dolor de cabeza, y se masajeó en la frente.

—¿Y papá? Lo has... —quiso saber.

—Por desgracia, no, no lo he encontrado, si era eso lo que preguntabas. Pero, sabes, en cierto modo tu padre no nos ha dejado. Está ahí —dijo posando la mano sobre el corazón de su hija—, y aquí también —añadió tocándose el suyo.

—Me hubiera gustado tanto conocerle mejor...

—Lo sé. Pero aún es posible. Existe una biblioteca, en Francia, donde Chrétien de Troyes escondió un importante manuscrito. En él relata su encuentro con tu padre y los viajes que hicieron juntos.

—¿Dónde está ese manuscrito?

—En Saint-Pierre de Beauvais. En la biblioteca de la abadía existe un pasaje secreto que conduce a una segunda biblioteca, donde están cuidadosamente guardados, como preciosos tesoros, todo tipo de manuscritos iluminados. Uno de ellos es justamente el de *Morgennes*, en el que Chrétien trabajó durante muchos años sin poder acabarlo. Ese libro explica la historia de tu padre, desde su nacimiento hasta que fue armado caballero... Ve a Saint-Pierre, encuéntralo, y si quieres conocer a tu padre, sumérgete en esa obra.

Casiopea apretó la mano de su madre.

—Lo recuperaré. ¡Te lo juro! —prometió.

Guyana le regaló una amplia sonrisa.

—Querida, tengo que confesarte una cosa...

Casiopea miró a su madre y esperó a que hablara. Pero Guyana no sabía cómo abordar el tema, de modo que fue Casiopea quien habló.

—Has encontrado a alguien de quien te has enamorado. Se lee en tu rostro.

Guyana sonrió de nuevo y murmuró un tímido «gracias». Con casi cuarenta años, la madre de Casiopea había adquirido un tipo de belleza que le envidiarían muchas muchachas con una tercera parte de su edad. Una especie de seguridad, una forma de estar en el mundo, que le permitía aprovechar los placeres de la vida sin falsa vergüenza.

—Soy tan feliz. Más de lo que...

No acabó la frase, porque no tenía muchas ganas de confesar a su hija que el hombre que había encontrado la llenaba más que su padre.

—Gracias, mamá.

—¿Por qué me das las gracias?

—Porque una madre feliz es el más hermoso regalo con el que pueda soñar un hijo. Junto con un padre feliz...

—¡He decidido que no regresaré al convento, pardiez! Parto a la India a reunirme con mi amigo.

—¿A la India? ¿Es un indio?

—No. Es un francés que se llama Felipe. Pero conoce bien las tres Indias y sus lenguas. En otro tiempo fue el médico y embajador extraordinario de su santidad Alejandro III, que lo envió a buscar... Querida, ¿puedes guardar un secreto?

—¿No dicen los árabes: «Más vale abrazar a una serpiente que confiar un secreto a una mujer»?

—Lo dicen, sí. Pero tú eres mi hija, y a ti me dirijo. Sabes que el año pasado partí precipitadamente a Tierra Santa porque deseaba volver a verte...

—Sí, lo leí en tu carta.

—De hecho, no era la única razón.

Guyana se mordió el labio, como si lo que tenía que comunicarle fuera algo muy difícil de decir. Sin embargo, la decisión estaba tomada. Hablaría de ello a su hija, y tanto peor si no la creía. Levantándose de nuevo de su silla, caminó hacia la mesa, donde había dejado un pequeño paquete envuelto en tela. Lo deshizo y mostró el contenido a su hija.

—¡Un cuadro! —exclamó Casiopea.

—Un icono, pintado hace más de medio siglo por un amigo de tu abuelo, el padre de Morgennes... Contemplar este cuadro fue lo que hizo que me aficionara a la pintura. De algún modo puede decirse que gracias a él practico la iluminación. Mira.

Casiopea examinó la pintura y vio a un joven con una mirada chispeante de picardía y el cuerpo tatuado.

—¿Es él, mi abuelo?

—No. El individuo que ves aquí se llama Azyme. Era un copto al que conocí bien, un gran amigo de tu padre y mío. En su juventud había acogido en su casa al padre de Morgennes, que viajaba en compañía de un monje llamado Pixel.

—Pixel... Ya he oído ese nombre —dijo Casiopea, esforzándose en asimilar las informaciones que le transmitía su madre—. ¿No era un almero? ¿Un hombre capaz de hablar con los muertos?

—Sí. Pero sobre todo era un pintor de enorme talento. Murió asesinado hace unos cuarenta años, por unos asesinos que le obligaron a beber sus potes de pintura...

—¡Qué horror!

—Este cuadro es prácticamente todo lo que me queda de tu padre. Azyme me lo ofreció, porque...

Guyana parecía trastornada, a punto de estallar en lágrimas; pero pronto se rehízo.

—Tengo tantas cosas de que hablarte, mi dulce y bienamada hija —prosiguió—, que no sé por dónde empezar. Te pido que me disculpes. Este icono ha cambiado, misteriosamente. Azyme me había ofrecido una pintura que le representaba en compañía de tu abuelo, el padre de Morgennes. Y ahora tu abuelo ha desaparecido. Sé que te resultará increíble, pero este icono, que era todo lo que me ligaba a Morgennes, cambió el año pasado. Más o menos en el momento en que tu padre moría. En esa época, evidentemente, yo no tenía ninguna razón para pensar en él. Hacía tantos años que estábamos separados... Pero cuando me di cuenta de que la figura de tu abuelo se había borrado del icono, supe que había ocurrido algo terrible.

Casiopea palideció bruscamente.

—¡Es increíble! —exclamó—. De un cuadro pintado por un artista musulmán, llamado...

—Hassan Basras.

—¿Le conoces?

—Desde luego. Fui a verle, mientras estaba con los muhalliq.

Como es un gran conocedor de las artes, pensé que podría informarme sobre las técnicas empleadas por Pixel para pintar este icono. Y fue, en efecto, una conversación de lo más provechosa. Me dijo que empleaba los mismos pigmentos que habían utilizado algunos pintores de la Antigüedad. Pigmentos, me explicó, que tenían la propiedad de dar vida a aquellos a los que representaban... Sé que trabajaba en el retrato de Nâyif ibn Adid. Espero que lo haya terminado.

—Mamá, ha muerto.

—¿Muerto? Pero ¿cómo?

—Los asesinos lo mataron.

Casiopea le contó lo que había visto en el desierto de Samiya y lo que le había explicado Nâyif ibn Adid, para quien la terrorífica tempestad de fuego que se había abatido sobre su tribu solo podía ser obra de Sohrawardi, señor de los *djinn*s y temible nigromante al servicio del Viejo de la Montaña...

Las dos mujeres se miraron un momento sin decir nada.

—Escúchame, Casiopea —dijo finalmente Guyana de Saint-Pierre—. Debes pensar en ti. Y dejar que los muertos duerman con los muertos. Deberías volver a Francia, recuperar el manuscrito de Chrétien de Troyes y casarte...

—Mamá —la interrumpió Casiopea—, aún no ha llegado el momento. Estoy de acuerdo contigo. Me equivoqué al arrastrar a Simón a esta loca búsqueda de los infiernos, en Tartaria o Dios sabe dónde. Porque el único infierno que encontré allí fue el que yo misma creé. Sobre todo, ocurra lo que ocurra, es una búsqueda que debo llevar a cabo sola... Aunque al escucharte casi pienso que papá vivirá siempre con tal de que llegue a encontrar descanso, no en la tierra, sino en mi obra.

Guyana de Saint-Pierre le acarició la mejilla.

—Si un día vas a la India, ven a verme. Resido en el palacio del Preste Juan.

—¿El Preste Juan? ¿No era el hombre a quien obedecían los tártaros?

—Por el momento, pero son orgullosos y fieramente independientes. Cuando aquel con quien comparto ahora mi vida se enteró de cuál era el objeto de mi búsqueda, les pidió un mapa de los infiernos; pero en lugar de ofrecérselo respetuosamente, trataron de vendérselo... Felipe teme que sea un primer signo de rebelión contra su autoridad. Se puede tener controlada a la gente con ficciones, hasta que estalla una crisis...

—¿Ficciones? ¿De qué hablas?

Guyana sonrió enigmáticamente y confesó:

—Después de haber recorrido en vano las Indias Maior, Minor y Media en busca del Preste Juan —confesó—, Felipe comprendió que no era más que una leyenda. ¿Quién la forjó? ¿Cuándo? ¿Por qué razones? Tal vez el tiempo nos lo diga, pero de momento no sabemos nada al respecto. Lo que puedo explicarte, sin embargo, es cómo Felipe utilizó esta leyenda en su favor. Con sus draconoctes, esos soldados de élite encargados de cazar a los dragones, se forjó un reino en la India, donde tomó el título de Preste Juan. Nadie, hasta el momento, ha discutido su poder. Bajo este nombre reina ahora sobre las tres Indias y los reinos que las rodean, entre ellos Tartaria. Y a este hombre encontré mientras os buscaba, a tu padre y a ti...

—Lo adiviné cuando me crucé con Gargano al pie del Árbol Seco.

—Gracias a las botas que Poucet me legó, recorrí miles de leguas antes de llegar a ese árbol. Y allí, en sus ramas, descubrí un mapa. El tiempo y la intemperie lo habían deteriorado mucho, pero decidí seguirlo e ir a donde me decía que fuera.

—¿Es decir?

—¡Al reino del Preste Juan!

—Pero yo creía que no existía.

—A mi llegada existía. Felipe lo había fundado.

A Casiopea le parecía formidable la forma en que las leyendas cobraban vida, casi independientemente de las voluntades humanas. Como si las ideas se impusieran a los hombres, hicieran lo que hicieran para escapar de ellas. No era una cuestión de locura o razón. Algunas ideas debían nacer. La humanidad les servía de receptáculo. Eso era todo.

Capítulo 39

¡Bien loco es quien desea su propia muerte como haces tú, por inconsciencia!

Chrétien de Troyes,
El Caballero de la Carreta

Después del tiempo de las leyendas llegó el del sueño, y Guyana dejó que su hija descansara. Cerró con suavidad la puerta de la habitación y volvió al jardín del *bimaristan*. Allí, Gargano y un Emmanuel peinado y recién afeitado charlaban tranquilamente, dando sorbitos a una taza de café sobre el brocal de una fuente en la que gorjeaban los pájaros.

—¡Qué magnífico jardín! —observó Guyana—. Es como encontrarse en el paraíso...

—Solo desde que vos habéis llegado —dijo Emmanuel con galantería.

Guyana le sonrió, apreciando el cumplido.

Esta escena le recordaba a otra que se había desarrollado casi veinte años atrás, en El Cairo. Un caballero había surgido en el seno del Cofre donde vivía encerrada y la había raptado. Ese caballero era Morgennes. «En realidad —se dijo—, el azar no existe. No por nada Morgennes propuso a este joven que se convirtiera en su escudero.»

—Emmanuel, ¿vuestro corazón pertenece a alguien? —inquirió Guyana.

—Sí, señora —respondió Emmanuel.

—Oh —dijo Guyana con cierta decepción—. ¿Puedo saber el nombre de aquella que tiene el honor de teneros por adorador?

—María, santa patraña de la Orden de los Hospitalarios —respondió Emmanuel.

«Entonces no todo está perdido —pensó Guyana—. Si yo he renunciado a Dios por Felipe, ¿por qué Emmanuel no podría renunciar a la Virgen por Casiopea?»

En ese momento Simón hizo su aparición. El joven estaba de un humor tan sombrío que a su alrededor el mismo aire parecía oscurecerse. Su aflicción se transmitió al jardín, donde los pájaros dejaron de cantar.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó Gargano, con los ojos rojos de fatiga.

Simón le lanzó una mirada que rebosaba odio.

—Salvaré a Morgennes, aunque tenga que perecer en el intento —replicó.

—Nadie os pide que lo hagáis —le dijo Guyana.

—Salvaré a Morgennes —se obstinó Simón—. Nadie aquí parece preocuparse por eso. Yo sí.

—¿Salvarle? Pero ¿de qué, de quién? —preguntó Emmanuel, preocupado, ya que nadie le había comunicado aún la terrible noticia—. ¿Alguien va a decirme por fin

qué le ha ocurrido?

Gargano y Guyana de Saint-Pierre se volvieron hacia él, preguntándose cómo podrían anunciarle lo acontecido de la forma más delicada posible.

—¡Se encuentra en el infierno! —declaró bruscamente Simón.

—Lo lamento —dijo Gargano—. Iba a decírtelo, pero...

Emmanuel inclinó la cabeza tristemente, tratando de reprimir un estremecimiento. Un frío gélido le invadía. Por segunda vez en su vida, un ser querido le había abandonado, dejándole solo en el mundo.

—En fin —dijo respirando hondo—, no queda más que rezar.

—¡Rezar! —exclamó Simón, indignado—. Eso es bueno para los cobardes. Hay que pelear, con la espada en la mano, e ir a buscarlo.

Emmanuel levantó los ojos, rojos de tristeza.

—Nadie conoce mejor a Morgennes que yo —replicó—. Le serví mucho tiempo, como escudero. Y creo poder decir, noble y buen hermano caballero, que vuestros métodos no son los suyos. Dudo que él los aprobara.

—Poco me importa que los aprobara o no. Lo que cuenta es salvarle.

—¿Y qué piensa de eso Casiopea?

—Creo que ha renunciado a hacerlo.

—¿Cómo podéis decir semejante cosa? —intervino Guyana de Saint-Pierre—. Ella desafió a los fuegos del Vesubio, afrontó los de la Cúpula de la Roca, atravesó el desierto de Samiya y recorrió Tartaria, donde vos perdisteis la cabeza —concluyó apuntando con un dedo acusador a Simón.

—Yo la acompañé a cada uno de esos lugares. Si no hubiera estado ahí para salvarla del Vesubio, ni siquiera habría llegado a Tiro. Soy el único que ha creído en ella...

Hizo una pausa para contener su cólera.

—Nadie es más digno de ella y de Morgennes que yo —añadió dirigiéndose a Emmanuel con los puños temblorosos, como si se contuviera para no golpearle.

—Vamos, calmaos —le dijo Guyana de Saint-Pierre.

—¡Que me calme! Eso me dijo también Casiopea cuando nos encontramos frente a los demonios de Tartaria.

—Pero ¿de qué demonios estáis hablando?

—De los que *Crucífera* desenmascaró. Casiopea no quiso prestar atención a su resplandor, cuando la espada brillaba como nunca lo había hecho.

—¿Y si fueras tú el demonio? —preguntó Emmanuel.

Los ojos de Simón lanzaban chispas.

—Entonces ¡yo mismo me mataría! —declaró.

—Los mandamientos de tu Dios lo prohíben.

—Perfecto. ¡Así iré derecho al infierno y salvaré a Morgennes!

El intercambio de palabras entre los dos jóvenes había sido vivo, cargado de electricidad. Súbitamente, Simón se arrodilló a los pies de Guyana y le asió las manos.

—¡Por mi honor y mi fe, juro ante vos, noble y bella dama, que salvaré a Morgennes aunque para ello tenga que perder el alma!

—Levantaos, me dais miedo —respondió Guyana.

Simón se levantó, en medio de un silencio que Gargano turbó para citar a su viejo amigo Chrétien de Troyes: «¡Bien loco es quien desea su propia muerte como haces tú, por inconsciencia!».

—Mi muerte no es nada al lado de la maldición eterna a la que condenáis a Morgennes —espetó Simón sin mirar al gigante.

Luego retrocedió un paso para tenerlos a los tres en su campo de visión.

—Y si afirmáis que le amáis, estáis mintiendo —añadió.

Dicho esto, volvió a su habitación.

—Se ha vuelto completamente loco —dijo Guyana de Saint-Pierre.

—¿Vuelto? —replicó Emmanuel, que empezaba a preguntarse si no había visto ya antes a Simón en algún sitio.

Capítulo 40

Saben mucho de encantamientos y artes diabólicas, y se pasan el tiempo invocando a los demonios.

Marco Polo,
El descubrimiento del mundo

Montado sobre Extasis Místico, Saladino desfilaba en medio de la multitud.

La gente se esforzaba para acercarse al sultán, con la esperanza de tocar su caftán o, a falta de algo mejor, su caballo; pero los mamelucos vigilaban, formando entre la multitud y Saladino un muro de lanzas y cimitarras, y no dudaban en rechazar violentamente a los atrevidos. Porque en Damasco, tan cerca del Yebel Ansariya, donde los asesinos tenían su feudo, era preciso extremar las precauciones.

Aquí más que en El Cairo, la multitud tenía muchas razones para acercarse a Saladino; ya fuese porque lo adoraban (tras detestar a su predecesor, Nur al-Din), ya fuese porque lo detestaban (tras adorar a su predecesor Nur al-Din), ya fuese porque lo detestaban igual que habían detestado a Nur al-Din —y ese era el caso de los asesinos—. Mantener a la multitud apartada de aquellos a los que adulaba u odiaba no era tarea fácil. A veces, un adorador demasiado entusiasta recibía una lanzada por haber querido acariciar el caftán del sultán. «Alabado sea Alá —decían entonces sus amigos—. ¡No hay que compadecerle! Ahora está en el paraíso. ¡Alá es grande!» Morir por eso estaba casi tan bien como morir por haber tratado de besar la Kaaba, con ocasión del peregrinaje a La Meca.

Pero Saladino no tenía ninguna gana de que murieran por él. Morir por el islam o por Jerusalén, de acuerdo; pero morir por haber rozado su túnica... «¡Qué sandez!»

En ese día 27 de rajab de 566, primer aniversario de la reconquista de Jerusalén, el sultán estaba embargado por todo tipo de emociones positivas y negativas. Sí, negativas también. Porque ¿quién podía saber con cuántos adeptos contaba, entre ese gentío, Rachideddin Sinan, el Viejo de la Montaña?

Mientras observaba a la multitud que había acudido a saludarle, Saladino se preguntaba: «Y ese, con sus gritos entusiastas, ¿no sacará un kandjar de debajo de la camisa y se lanzará sobre mí? Y ese otro, que sonrío bobaliconamente, ¿quién puede asegurarme que no es un conspirador?».

Pero, una vez más, Saladino decidió ponerse en manos de Alá, el único amo de nuestros destinos. Recordó lo que le había dicho en otro tiempo Sohrawardi, cuando estudiaban el Corán en compañía de Nur al-Din: «No olvides que todo lo que te sucede no podía ser evitado y que lo que no te sucede no podía sucederte. ..». Saladino suspiró y luego sonrió. «En ese caso, ¿para qué sirven mis mamelucos?»

Su mirada se volvió hacia los soldados que componían su guardia personal, y pensó en esos esclavos comprados de niños en los mercados del bajo Volga. Con sus túnicas amarillo azafrán, se hubiera dicho que eran espigas de trigo rodeando a un cuervo.

Al lado del sultán cabalgaba Shams al-Dawla Turansha, el *atabek* de Damasco, que por fin acababa de dar por concluida la larga y difícil misión que Saladino le había encomendado. Se trataba de explorar los mil y un subterráneos que gangrenaban el subsuelo del mercado de Damasco, a fin de extirpar de ellos a los asesinos. Por desgracia, como los topos, estos no se habían dejado atrapar fácilmente, y las galerías que habían excavado no se extendían solo bajo la plaza del mercado.

—... sino bajo toda la ciudad, e incluso más allá, excelencia —dijo jadeando el gordo *atabek*, con la frente brillante de sudor.

—Razón de más para expulsarlos de ahí —replicó Saladino.

—Es que estos subterráneos constan de varios niveles, serenísima.

—Envía más hombres.

—Ya está hecho, Grandeza del Islam.

—¿Y te han presentado su informe?

—Aún no, oh Pilar de la Religión.

—Acaba ya con tus zalemas y explícame por qué tus soldados aún no han realizado un informe.

—Es que no han vuelto, oh Saladino.

—Pero si me has dicho que la investigación estaba cerrada.

—Lo está, igual que estos subterráneos.

—¿Y eso significa...?

—Los he hecho tapar. Equipos de zapadores han provocado un derrumbe. Los asesinos no podrán utilizarlos nunca más para salir a su antojo en tal o cual punto de la gran, silenciosa y blanca Damasco.

«De hecho —se dijo Saladino—, este incapaz ha acabado por encontrar el medio de librarse del problema.»

En la plaza del mercado, donde el año anterior había acontecido el drama, la vida había vuelto por sus fueros. Desde el esclavo sobre el que llovían bastonazos, pasando por la hurí que bailaba al son de los tambores, hasta las ricas esposas que acudían a hacer sus compras, incluso los mendigos y los asnos, todo lo que hacía de un mercado un mercado se encontraba reunido aquí. Naranjas, limones, berenjenas y alcachofas compartían el espacio con un ruidoso revoltijo de corderos y cabras, traídos para ser degollados. Un armero ofrecía a los que no tenían cuchillo unos instrumentos soberbios aunque muy caros, fabricados por su vecino forjador, y otros no tan onerosos pero de buena calidad, abandonados en Hattin por los franjis.

Inmóvil en medio de la multitud, un hombre de elevada estatura, delgado y con una nariz muy ganchuda clavaba en Saladino su mirada de acero. A pesar de sus cabellos grises, no había perdido ni un ápice de su soberbia. Era el doctor Ibn al-Waqqar.

Saladino saltó de su caballo y se dirigió hacia el doctor, al que estrechó contra su pecho.

—La salud sea contigo —le dijo.

—Y contigo, mi sultán —respondió al-Waqqar—. ¿Estás contento de tu expedición?

—Sí y no —dijo Saladino con un gesto evasivo—. Pero ahora que estás aquí, siento que todo va mejor. ¿Y tú? ¿Estás contento con tu nuevo *bimaristan*?

—Más que contento, estoy encantado, y honrado. Porque me ha permitido curar a centenares de valientes. Así, por ejemplo, recientemente tu sobrina...

—Casiopea.

—Sí. Se restablece poco a poco gracias a mis cuidados.

—Querrás decir gracias a Alá, ¿verdad? —le corrigió Saladino.

—Gracias a los numerosos talentos que Alá me ha otorgado —respondió el médico con una sonrisa.

Saladino le devolvió la sonrisa y dio las gracias a una anciana que le había ofrecido una naranja.

—Está bien —dijo mientras empezaba a pelarla—. Vayamos a ver, pues, esa maravilla de *bimaristan* que me ha costado tan caro como una compañía de mamelucos...

—¡Pero que te ahorrará tener que volver a comprarla!

Saladino volvió a sonreír y se metió en la boca un gajo de naranja.

—He tomado una decisión —dijo masticando.

—¿Cuál?

—Como sabes, he tenido que renunciar a apoderarme de Tiro. Esos perros sarnosos de los franjis esperan, sin duda, que anuncie algunas medidas punitivas. Pero voy a hacer todo lo contrario. Me lo agradecerán, me alabarán en sus canciones y relatos, y en realidad, lejos de serles útil, esta acción les perjudicará más que una ofensiva militar.

—¿Qué acción?

—Voy a liberar, entre otros prisioneros, al maestre de los templarios, al que retengo en mis calabozos desde la reconquista de Jerusalén. Conrado de Montferrat es un temible adversario, demasiado astuto para mi gusto. De modo que reforzaré los poderes de su principal competidor, el antiguo rey de Jerusalén Guido de Lusignan, devolviéndole a su más fiel aliado.

—¿Gerardo de Ridefort?

—¿Qué mejor que un templario para sembrar cizaña en el campo de esos perros infieles?

Saladino sonrió de nuevo y tomó otro gajo. En ese momento su mano tocó algo viscoso. ¡La naranja estaba infestada de gusanos! La soltó y la fruta reventó contra el suelo, donde las larvas se pusieron a reptar. Entre los pedazos de naranja agusanada apareció un pedazo de papel. Ibn al-Waqqar se inclinó para recogerlo, apartó los gusanos que corrían sobre él y se lo tendió a Saladino, que lo desdobló y leyó: «Estás en nuestro poder».

Justo debajo de esta frase, una mano blanca en filigrana evocaba el motivo de una telaraña. Se trataba del símbolo de los asesinos: la mano del imán oculto que, más allá de la muerte, guiaba a sus discípulos hacia la Verdad.

Capítulo 41

No hay remedio para todos los males de la tierra. El mío está tan profundamente enraizado que no puede ser curado.

Chrétien de Troyes,
Cligès

Alertado por los clamores, Simón miró por la ventana de su habitación. Saladino acababa de entrar en el *bimaristan*, seguido por el doctor Ibn al-Waqqar, por sus guardias y por un inmenso corro de cortesanos que lanzaban gritos histéricos, como si se hubiera producido una tragedia.

—¡Por Alá, conservad la calma! —gritaba el médico—. ¡Y que me traigan mis electuarios, rápido!

Asistentes con blusas negras corrían en todas direcciones, temiendo despertar sospechas si no desarrollaban una actividad frenética.

—¿Qué ocuuurre? —preguntó Rufino desde la mesa donde Simón lo había colocado.

—Con un poco de suerte, tal vez reviente —dijo simplemente Simón.

—¿Quiéeen?

—Saladino —espetó Simón—. Tengo la impresión de que ha sido víctima de una tentativa de asesinato...

—¡Dios mío, qué draaama! ¡Espero que se recupeere!

—Yo no. Quiero que reviente entre atroces sufrimientos.

—¡Oh! No es muy amaaable querer semejante coosa. Es el tío de Casiopeea, no puedes desearle algo asíii.

—Se lo deseo mil veces.

—Estás enfadaaado a causa de Emmanueeel. Ves en él a un rivaaal, porque os ha salvaado.

—No ha sido él quien nos ha salvado, sino Gargano.

—Entoonces, puede que estés enfadaaado porque te sientes culpaaable...

—¿Culpable? ¿De qué, por todos los cielos?

—De haber perdiido el controool de esa manera, con los táaartaros.

—Eran demonios. Alguien debía matarlos. Si salimos perdedores en el enfrentamiento, no es culpa mía.

—Erais dos contra millaaares.

—Es lo que estoy diciendo.

—Deberías guardaaar cama, aún estás enfeeermo. Lo veo en tus ojos, aarden de fieebre.

—El mal del que sufro no puede ser curado.

—Suuufres de amar y de no seeer amado en correspondeencia. Es un mal baaaaal.

El rostro de Simón enrojeció de ira.

—Casiopeeea no está enamoraada de ti —prosiguió Rufino—. Y tú te imagiinas que es el fin del muuundo. ¡Pero no es el caaso!

—Ya empiezo a estar harto de oírte.

—¡Es porque diiigo la verdaaad! Muéeestrate diiigno de ella, deeeja de lamentaaarte...

Simón se acercó súbitamente a la mesa, sujetó a Rufino por los cabellos y lo llevó hasta su cama, donde le hundió la cara en la almohada. Al principio la cabeza no dejaba de lanzar gemidos. Entonces la apretó con más fuerza y empezó a contar hasta cien. Al llegar a treinta, Rufino gemía mucho menos. Y en el sesenta ya no decía nada.

—¡Cien! —exclamó Simón—. ¡Y por fin silencio!

Se frotó las manos, encantado de haberse deshecho de esa odiosa cabeza parlante, y luego salió al pasillo.

Ese fue el momento que eligió un pájaro para entrar en la habitación. Después de haberse posado en el borde de la ventana, miró a derecha e izquierda, lanzando algunos «chiiips» amistosos. Como todo estaba silencioso y tranquilo, voló hasta la mesita, donde picoteó algunos granos de uva antes de distinguir la curiosa cabeza tonsurada que sobresalía de la almohada. Con un breve aleteo, fue a posarse sobre ella. La cabeza no se movió.

—¡Chiiip! —cantó el pájaro.

—¿Fe ha iiido? —preguntó Rufino con voz ahogada.

—¡Chiiip! ¡Chiiip!

—Cocotte, ¿erez túuu?

El pájaro volvió la cabeza en todos los sentidos, y luego, considerando que aquella percha era excesivamente ruidosa para su gusto, volvió a salir al jardín.

—¡Feee a fuscar a Cocotte!

Pero el pájaro ya no estaba allí. Rufino esperó, pues, un breve instante, parpadeando en la oscuridad en que le había sumergido ese loco de Simón, espiando los ruidos, al acecho del menor signo que indicara que su verdugo volvía... Pero había demasiado jaleo, demasiados gritos lanzados por no sabía quién. De modo que se arriesgó a gritar:

—¡Focooorro! ¡Cafiopeeea!

Esta vez se produjo un gran escándalo fuera, y Rufino se dijo que era inútil desgañitarse. «Nadie puede oírme. Esperemos un poco...»

Se armó de paciencia y empezó a canturrear para entretener la espera.

Interiormente sonreía. Interiormente, porque si hubiera sonreído de verdad, los pliegues de la almohada se le habrían metido en la boca, y si había algo que Rufino detestaba era que le amordazaran. Sin embargo, si sonreía era porque Simón, en su brutal arrebatado de furor, había olvidado un detalle: él no tenía necesidad de respirar. Gritó de nuevo Rufino cuando volvió la calma.

—¡Focooooorro! ¡A míii!

La puerta se abrió y alguien entró. Rufino trató en vano de encogerse sobre sí mismo, intentando hacerse lo más insignificante posible para el caso de que fuera Simón.

—Y bien, Rufino —dijo un joven—. ¿Todavía tirado en la cama?

—¡Focooooorro!

Una mano lo asió delicadamente por la base del cuello y lo giró de cara a la luz. Era Yahyah, el antiguo esclavo de Masada, que había partido el año anterior con los Diez en busca de un medio de hacer salir de los infiernos a todos los que habían caído en ellos por error.

—¡Oh, Yahyah, qué sorpreesa más agradaaable! ¿Qué haces aquíii?

Yahyah adoptó un aire compungido. Después de haber recorrido Tierra Santa durante todo un año, seguía sin haber descubierto un acceso a los infiernos. Peor aún, durante ese tiempo los asesinos, los *djinns*, no habían dejado de acosar a los Diez.

—Soy el único que queda, el único superviviente —dijo Yahyah—. Los Diez se han convertido en Uno. Un Uno que se siente terriblemente impotente...

—¡Oh, cómo lo sieeento! Pero quiero creer que todo eeesto no ha sido en vano.

Yahyah se esforzó en poner al mal tiempo buena cara.

—¿Y tú? ¿Qué hacías con la nariz metida en el cojín? —preguntó.

—¡Es ese looco! —balbució Rufino—. ¡Ha tratado de mataaarme! ¡Quería ahogaaarme!

—Pero ¿de quién hablas?

—¡De Simóoon! Justo en el momento en que Saladiiino entraba...

—Hay que encontrarle —dijo Yahyah en tono grave—. Simón siempre ha sido un exaltado. Capaz de lo menos bueno y de lo peor.

—¡Ha dicho que quería que reventaaara!

Encajándose a Rufino bajo el brazo, Yahyah corrió hacia la sala de reconocimiento, donde los médicos del *bimaristan* al-Nüri recibían a los enfermos.

En ese momento, solo uno de ellos era objeto de todos sus cuidados: Saladino. El sultán, más afectado en su orgullo que en su físico, echaba pestes contra los médicos que se esforzaban en auscultarle.

—¡No es de mí de quien hay que ocuparse, sino de ellos! —dijo señalando a los numerosos pacientes que desde hacía largas horas esperaban tendidos sobre esteras.

Un rumor de protesta surgió de la multitud; todo el mundo estaba de acuerdo en

afirmar que el sultán valía más que cualquier otro. Saladino se levantó y ordenó a los médicos que le dejaran tranquilo.

—¡Traedme a mi sobrina! —gritó—. Por lo demás, me encuentro estupendamente, gracias...

Y abandonó la sala, sin saber muy bien adonde iba, pero seguido por una veintena de hombres armados y otros tantos cortesanos y médicos. «Me encuentro estupendamente», se repetía en su fuero interno. Y sin embargo, temblaba. No olvidaba que su adorado tío, Shirkuh el Voluntarioso, había muerto después de haber apretado entre sus labios un limón envenenado.

—¡Yahyah! ¡Estás de vuelta! —exclamó al ver al joven que llevaba a Rufino en brazos.

Yahyah se arrodilló a los pies del sultán y apretó la mano de Saladino contra su frente.

—No puedo decir cuánto lo lamento, noble sultán. Como un penitente vengo a implorar vuestro perdón. Porque he fracasado.

Cortesanos, médicos, pacientes y soldados rodeaban a Yahyah, esperando la respuesta del sultán.

—Nadie está obligado a lo imposible.

—Me hubiera gustado tanto salvar a vuestro sobrino...

—Alá es el Clemente. Como le dije a Casiopea el año pasado, no creo que Taqi permanezca en el infierno. En cuanto a ese caballero Morgennes, ¿quién soy yo para oponerme a los deseos del Altísimo? De modo que levántate, mi querido Yahyah, valiente entre los valientes, y acompáñame ahora a visitar a mi sobrina. Seguro que se sentirá feliz de volver a verte.

Luego el sultán bajó los ojos hacia la cabeza cortada.

—Y vuestro amigo Simón, ¿dónde está? —le preguntó.

Yahyah se estremeció y balbució unas palabras que Saladino no comprendió.

—Ha desaparecido —explicó Rufino—. Después de haber tratado de mataarme. Por otra parte, temo que vaya a...

El sultán era todo oídos.

—Atentar contra vuestra vida —acabó Yahyah en lugar de Rufino.

—Ya veo —dijo Saladino con calma—. Pues bien, tendrá que esperar su turno, porque delante hay otros muchos pretendientes.

—Por desgracia, no sabemos dónde está.

—Encontradle —ordenó Saladino a sus guardias—. Registrad el hospital. Si es preciso, registrad la ciudad. Enviad jinetes al exterior, pero traédmelo. ¡Quiero tenerlo aquí esta noche!

Dos mamelucos inclinaron la cabeza y luego se alejaron gritando órdenes a los guardias alineados a lo largo de los muros y apostados junto a las puertas. El rumor se

extendió por todo el *bimaristan*: «¡Un diablo blanco trata de matar a Saladino! ¡Hay que hacer lo imposible por impedirselo y conducirlo ante el sultán atado de pies y manos!».

Saladino sonrió a Rufino y cogió del brazo a Yahyah.

—Y ahora vamos a ver a Casiopea —le dijo.

Capítulo 42

¿Él protege su honor? ¡Yo el mío! ¿Él busca su gloria? ¡Yo la mía!
¿Él quiere batirse a cualquier precio? ¡Pues bien, yo cien veces más!

Chrétien de Troyes,
El Caballero de la Carreta

«Maldita cabeza cortada», se repitió Simón por milésima vez. Sin ella, sin sus discursos estúpidos, tal vez aún estaría viendo a Saladino entrar en el *bimaristan* y todo habría ido como la seda. Pero ahora debía huir. A esas alturas, probablemente ya habrían descubierto a Rufino, y la noticia de su muerte debía de estar corriendo por la ciudad... No había tiempo que perder.

Pero ¿adonde podía ir? «A donde los francos resisten todavía. A Tiro. ¡A Trípoli!»

Oculto detrás de un pilar, en un pasillo reservado a los cuidadores, Simón acechó la llegada de algún individuo aislado, para dejarle inconsciente o matarle y robarle luego sus ropas. Para distraer la espera se divirtió imaginando lo que le haría a Emmanuel si llegaban a encontrarse cara a cara. «Para empezar, ¿cómo es que no está muerto? Porque si no recuerdo mal, le vi en El Khef cuando yo estaba con los templarios blancos y trabajaba con los asesinos...»

Simón era, en efecto, el misterioso templario blanco al que Emmanuel había perseguido después del ataque al convoy de los hospitalarios. Y de hecho, Simón recordaba ahora perfectamente haber visto caer a Emmanuel a las aguas del al-Assi, donde su caballo y él habían desaparecido entre una floración de espuma. «Ha ido al infierno y ha hecho un pacto con Satán para volver», se dijo Simón.

—En todo caso, si busca pelea, la encontrará —susurró entre dientes.

En ese momento una puerta se abrió.

Un joven con la cabeza envuelta en un turbante avanzó por el pasillo. Solo. «Una presa fácil», pensó Simón, al observar el aspecto enclenque de su víctima. En cuanto llegó a su altura, Simón saltó sobre él y le pasó un brazo en torno al cuello. Por desgracia, el joven se defendió con el vigor de un tigre y, después de haberse liberado del brazo de su agresor, lo catapultó por encima de su hombro, lo aplastó contra el suelo y se dispuso a golpearle entre los ojos.

—¡El diablo blanco! —exclamó el enfermero, al reconocer al hombre tras el que todos corrían.

Por toda respuesta, Simón trató de lanzarle un puntapié, pero el enfermero lo esquivó.

—Detente —le dijo—. ¡Puedo ayudarte! Sin mí, nunca saldrás de aquí. Todas las salidas están vigiladas, y los mamelucos registran a todo el mundo.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? —preguntó Simón desconfiando de sus palabras.

—Porque perseguimos el mismo objetivo.

El enfermero contó tres palpitaciones antes de explicarse, para que Simón comprendiera bien lo que iba a anunciarle.

—Soy un asesino.

—¡Y qué! ¡No por eso eres mi aliado!

Del otro lado de la puerta, un ruido les hizo volver la cabeza.

—¿Quieres que lo discutamos aquí? —dijo el enfermero en tono apremiante—. ¿O prefieres hablarlo más tarde, en un lugar seguro?

—Eso último me satisface más —dijo Simón—. Pero no te confíes. Si me has tendido una trampa...

—¿No crees que ya te habría matado?

Simón no hizo ningún comentario y agarró la mano que el enfermero le tendía para ayudarlo a levantarse.

—¿Y ahora? —preguntó Simón.

—Sígueme.

Capítulo 43

Necios, esa es, decididamente, la palabra que yo emplearía para calificar a los franjis.

Usama Ibn Munqidh,
Enseñanzas de la vida

Antes de entrar en la habitación de Casiopea, Saladino despidió a una veintena de guardias y cortesanos y rogó a sus médicos que le esperaran fuera: Conociendo las manías de su sobrina y su rechazo a llevar el velo, explicó que no era conveniente que nadie que no fuera él la viera con la cabeza descubierta, ¡sobre todo en Damasco, su capital!

Los guardias, su corte y los médicos adoptaron un aire ofendido, molestos ante la idea de que Saladino tuviera que soportar que esa joven —¡que era además su sobrina!— se negara a someterse a la santa ley del Corán.

—Escuchad —explicó Saladino—, lo importante no es la forma en que las mujeres viven la religión. Después de todo, solo son mujeres^ no nos corresponde a nosotros juzgarlas. ¡El Altísimo lo hará!

Y levantando un dedo sentencioso, aniquiló cualquier veleidad crítica por parte de sus guardias y sus cortesanos.

Luego fue a saludar a su sobrina.

Casiopea seguía acostada en la estrecha cama que habían puesto a su disposición. Rodeada de cojines, saboreaba lo que para ella era una situación inédita, con excepción de esa extraña noche pasada en el Krak. Hasta el momento presente había conocido sobre todo las sillas de caballo o de camello, la dura piedra de la academia del señor de las milicias, en Constantinopla, o el jergón preparado en un rincón del *scriptorium* de Saint-Pierre de Beauvais. Todavía recordaba el chirrido de las plumas rasgando el pergamino durante el día, y los correteos frenéticos de los ratones durante la noche.

—¿Cómo te encuentras, mi queridísima niña? —le preguntó Saladino al entrar.

—Mejor que bien —respondió Casiopea.

El sultán cerró la puerta tras de sí y descubrió con sorpresa que, por respeto hacia él, Casiopea había tendido la mano hacia un velo y se disponía a cubrirse los cabellos.

—No es necesario —dijo Saladino—. Te doy las gracias por esa atención, pero si realmente quieres hacerme feliz, ¡esfuérzate en curarte!

Casiopea volvió a dejar el velo sobre la mesita junto a su cama, mientras Saladino

le pedía permiso para sentarse.

—No me habías dicho que Morgennes era tu padre —dijo agitando el dedo.

—No quería inspiraros pena. Perdonadme por habéroslo ocultado.

—Estás totalmente perdonada. Pues si tu padre era un infiel, era también un caballero como nunca volverán a tener los franjis. No podrías haber tenido mejor padre. ¿Sabes que él mismo fue curado aquí, en este *bimaristan*, por mi propio médico? El excelente doctor Ibn al-Waqqar...

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Casiopea.

—Deben de ser Rufino y Yahyah —respondió Saladino—. Les había pedido que esperaran un poco antes de entrar.

—Pues bien, ¡que entren ahora! —exclamó Casiopea.

Y así Yahyah hizo su aparición, sosteniendo a Rufino en sus manos.

—¡Yahyah! —exclamó Casiopea—. Estoy contenta de volver a verte. ¿Has tenido éxito en tu búsqueda?

—Por desgracia, no, gentil dama. He fracasado. Removimos cielo y tierra, interrogamos a numerosos sabios y a un número aún mayor de locos, registramos de arriba abajo no sé cuántas montañas y atravesamos más de diez mil ciudades, villas y pueblos, aldehuelas y lugarejos; todo en vano. Puede decirse que el infierno se ha derrumbado sobre Morgennes y Taqi, y también sobre los Diez, me temo.

—¿Qué queréis decir?

—De los Diez, solo quedo yo —respondió Yahyah, compungido.

—Tío, este muchacho ha demostrado sobradamente su bravura. ¿No se le podría recompensar?

Saladino se acarició su barbita de chivo.

—Desde luego que sí —declaró—. Le enviaré a Tiro para que consolide nuestras posiciones allí.

—Gracias, excelencia —dijo Yahyah inclinándose.

—Hacéis de Yahyah el enemigo de mis amigos —murmuró Casiopea.

—Solo el de esos perros franjis —replicó Saladino.

Casiopea tomó las manos de su tío entre las suyas.

—¿Así que no habéis renunciado a apoderaros de Tiro? —inquirió.

El sultán levantó los ojos al cielo.

—Desgraciadamente, aunque la mayoría de los infieles son unos imbéciles, este Conrado de Montferrat ha olvidado serlo. Me ofreció una resistencia tan firme que provisionalmente renuncié a tomar la ciudad al asalto.

Casiopea esbozó una media sonrisa, ya que esa noticia no era forzosamente mala para ella.

—¿Y ahora?

—Como acabo de decir, consolido mis posiciones.

—¿Mientras buscáis el modo de debilitar las de vuestros enemigos?

—No, eso ya no lo busco. Lo he encontrado.

—¿Qué vais a hacer?

Saladino sonrió a su sobrina y la besó tiernamente en la frente.

—Te amo demasiado para explicarte mis secretos. No olvido que tu padre era un hospitalario, y que tu madre...

—Se encuentra a vuestra espalda... —dijo una voz tan reconocible como su nombre detrás de Saladino.

Soltándose de las manos de Casiopea, el sultán se levantó y observó largamente a su prima, Guyana de Saint-Pierre. Buscaba en ella un rasgo, una expresión, que le recordara a su tío, Shirkuh el Voluntarioso. Y como ocurre a menudo en esos casos, la encontró en sus ojos. La mirada de Guyana de Saint-Pierre brillaba de picardía e ingenio. Además, dos finas arrugas de sonrisa, en las comisuras de sus labios, hablaban de su amor por la vida, incluso en las peores pruebas. Guyana era una mujer de porte orgulloso y carácter decidido. No era sorprendente que siempre se hubiera negado a convertirse y que hubiera huido con Morgennes, antes de dejarle.

—¿De modo que vos sois la esposa de Morgennes, la madre de Casiopea?

—Para vos soy sobre todo la hija de Shirkuh. Así como, espero, vuestra bienamada prima...

—Pues bien, mi bienamada prima —dijo Saladino mesándose la barba—, habládme sin rodeos y decidme con franqueza: ¿la vida aquí no vale infinitamente más que la vida en Francia?

—No cuando se es una mujer, excelencia.

—Las mujeres no tienen las mismas necesidades que los hombres.

—No discutamos. Os estoy infinitamente agradecida por habernos acogido, a mi hija y a mí, en este *bimaristan*, que está, lo sé, prohibido a las personas del sexo femenino. Estoy en deuda con vos...

—Tío, madre, si me lo permitís, me despediré de vosotros —les interrumpió Casiopea—, porque no tengo intención de eternizarme aquí, aunque este lugar se parezca al paraíso. Mi queridísimo tío, a vos que habéis tenido la bondad de pedir al doctor Ibn al-Waqqar que se ocupe de mí, no sé qué puedo deciros, aparte de manifestaros, como mi madre, mi infinito agradecimiento. En cuanto a ti, mamá, gracias también. Por todo lo que has hecho. No sé si volveremos a vernos, pero quiero que sepas que haré lo que me has dicho y reemprenderé sin tardar la redacción de mi *Continuación y fin de Perceval*, demasiado tiempo diferida.

—Es una excelente decisión —dijo Guyana de Saint-Pierre.

—Sin duda —aprobó Saladino con una fina sonrisa.

—¿Puedo entrar? —preguntó Emmanuel, asomando la cabeza por la puerta

entreabierta de la habitación.

—Vamos, dejadle pasar —dijo Saladino a uno de los mamelucos, que amenazaba al joven con su sable—. Es uno de los valientes que socorrieron a mi sobrina...

Mientras Emmanuel entraba, Casiopea le dio las gracias efusivamente por haberla salvado. El hospitalario se sonrojó, balbució que «todo el honor» era suyo y que por otra parte se había contentado con seguir a Gargano, y que él mismo había sido salvado y que no podía hacer menos por la hija de Morgennes, y que, y que, y que... Daba la impresión de que no podía parar de hablar, y continuaba encadenando frases como para ocultar su turbación.

Saladino miró a su sobrina, y en ese momento tomó conciencia de que hubiera podido perderla. «Qué orgulloso estoy de ella —pensó—. ¡Lástima que no sea un hombre, hubiera sido un sobrino magnífico!» Ciertamente que por sus venas corría más sangre cristiana que musulmana, pero la sangre musulmana era de tal calidad, se decía, que una sola gota bastaba para hacer bascular un océano de sangre cristiana del lado del islam.

—Si partís —dijo Saladino—, deberíais unirlos a la caravana de prisioneros cristianos a los que he autorizado a volver con los suyos. He dado orden a mis caballeros de que les escolten hasta Tiro, donde harán lo que mejor les parezca.

—Vuestra magnanimidad os perderá —observó Guyana.

—Tal vez sí —dijo Saladino con una sonrisa—. Y tal vez no.

En ese momento llamaron de nuevo a la puerta.

—¿Qué ocurre ahora? —se indignó Saladino, que empezaba a encontrar exasperante esa manía que tenían todos de entrar cuando había ordenado que no le molestaran.

El doctor Ibn al-Waqqar asomó la cabeza por la puerta.

—Tengo aquí a un tal Gargano que desearía hablaros —dijo.

—¡Que entre! —tronó Saladino—. Y vos también, ya que estáis aquí. De este modo ya estaremos todos...

Ibn al-Waqqar entró con Gargano, que le seguía con la cabeza baja y aire afligido.

—Gracias —murmuró el gigante.

—He pensado que os gustaría oír lo que tiene que decirnos —explicó el médico.

Saladino clavó su mirada de acero en Gargano.

—Y bien, ¿qué tenéis que decirme? —inquirió.

—Simón ha conseguido huir —susurró el gigante.

—¿Cómo lo sabéis?

—Babucha me lo ha dicho.

—¿Babucha? ¿Quién es?

—Es mi perra —dijo Yahyah—. He tenido que dejarla en la puerta del *himaristan*.

—¿Y cómo se explica eso? ¿Es que vuestra perra habla?

—No, ladra —precisó Gargano—. Pero resulta que yo sé hablar con los animales. Babucha me ha asegurado que había olfateado el olor de Simón...

—Si ha salido, sin duda mis mamelucos lo habrán detenido. Tienen orden de registrar a todo el mundo.

—Según ella, pasó por un subterráneo. Olfateó su olor a través de una boca de ventilación, y está segura: era él.

—¿Un subterráneo? ¡Qué diablos ocurre aquí! ¡Creía que...!

Loco de ira, Saladino gritó:

—¡Que me traigan a Shams al-Dawla Turansha! ¡Quiero hablar con ese hipopótamo!

Dos mamelucos partieron en busca del *atabek* de Damasco.

—Pero ¿qué hacía vuestra perra apostada en la entrada del hospital? —preguntó Saladino—. ¿Estaba de guardia?

—No —respondió Yahyah—. No tenía derecho a entrar.

Viendo que Saladino parecía sorprendido, el buen doctor Ibn al-Waqqar intervino.

—Excelencia, permitidme que os recuerde que vos mismo prohibisteis la entrada en este *bimaristan* a los animales y a las mujeres.

Capítulo 44

La maldad, la ignominia o la pereza no pueden conocer la decadencia; la caída es patrimonio de los valerosos.

Chrétien de Troyes,
Perceval o el cuento del Grial

«Los que no han querido saber nada de mí lo lamentarán amargamente —pensó Simón—. Como en los valerosos tiempos de los templarios blancos, me asocio con los asesinos. Salvo que hoy ya no tengo a mis antiguos compañeros. Reinaldo de Châtillon está muerto. Wash el-Rafid también... Pero qué importa eso: ¡fundaré una nueva orden! ¡Los caballeros de Simón!»

Ante él, el asesino avanzaba, guiando sus pasos, previniéndole.

—Procura no poner el pie en el centro del subterráneo, han colocado trampas. Mantente pegado al muro de la derecha.

—¿No al de la izquierda?

—Pregunta estúpida —le amonestó el asesino—. No responderé.

Simón se contuvo para no golpearle. Los asesinos no eran sus aliados. No. Pero podían serle útiles. Se trataba de buscar el modo de utilizarlos.

Avanzaron por corredores que rezumaban humedad y hormigueaban de cucarachas. Manchas verdosas se extendían por los muros como placas de sarna. En algunos lugares, extraños ecos se respondían: ruidos apagados de la ciudad, cosas que caían al agua, chillidos de ratas, «plics» y «plocs» diversos.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Simón.

—Lejos de aquí, a un lugar seguro.

—¿Por qué haces esto?

—Porque mi amo lo ha ordenado.

—¿Rachideddin Sinan?

El asesino no respondió.

Caminaron durante cierto tiempo por una galería iluminada por unos pocos respiraderos que le daban un aspecto de calabozo. Del techo colgaban raíces. Algunas eran tan largas y estaban tan cerca las unas de las otras que formaban espesas cortinas, que el asesino apartaba con la mano. Finalmente desembocaron en una habitación redonda donde resonaba el fragor de unas aguas agitadas.

—Aquí convergen los siete ríos de Damasco —explicó el asesino—. Estamos en el corazón de la ciudad, en su alma...

El hombre se arrodilló sobre una reja metálica bajo la que hervían las aguas residuales de la ciudad y ordenó a Simón que le imitara.

—¡Prostérnate!

Simón dudó en obedecer al infiel, pero una fuerza desconocida le forzó a doblar las rodillas a pesar suyo. Ahí, en la bruma que flotaba sobre las aguas, una forma empezaba a aparecer. Simón parpadeó, tratando de distinguirla mejor a pesar de la ausencia de luz... «¿Papá?», preguntó creyendo reconocer los rasgos de su padre. Pero la imagen cambió, se borró. Ya no había nada. Probablemente era su imaginación, que se divertía haciéndole ver objetos en el vapor de agua, como se ven a veces en las nubes...

—¡De rodillas! —repitió el asesino.

Esta vez Simón consintió en arrodillarse. Colocando las manos bien planas sobre la reja, murmuró:

—Obedezco.

La forma en la bruma cambió de consistencia; pasó del blanco al rojo incandescente. Los ríos ya no parecían constituidos de agua, sino de lava. El calor aumentó. Simón se puso a sudar a chorros, como si estuviera en un horno. El fuego crepitaba suavemente, gruñendo y palpitando como el corazón de una fiera.

«El alma del mal —se dijo Simón—. Y el corazón de Damasco...»

Entonces comprendió que, a pesar de sus esfuerzos, los damascenos nunca podrían deshacerse de esas llamas. El fuego les gangrenaba. La ciudad no era más que una llaga, un forúnculo. Los perfumes de las magníficas rosas que florecían en sus jardines apenas conseguían enmascarar el infierno que las roía. Damasco era el mal, un mal inmenso, profundo, por encima del cual los damascenos se entregaban a sus ocupaciones como hormigas sobre un cuerpo putrefacto.

—¡Crucífera! —siseó una voz extraña.

Simón levantó la cabeza y miró hacia las llamas. Pero ¿realmente había llamas? ¿O bien se encontraban en sus ojos, que encendían cualquier cosa sobre la que posara su mirada? Era eso, sí. No había más llamas que las que ardían en él y le hacían dirigir a todas las cosas una mirada inflamada.

—¡Crucífera! —crepitó de nuevo la voz.

Era la misma que se había dirigido a él en el valle tenebroso.

—Sohrwardi —murmuró Simón—. ¿Sois vos?

—¡Soy aquel a quien llamaste! —se encendió la voz.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En el Krak de los Caballeros. ¿Lo has olvidado ya?

—No.

—Tráeme a *Crucífera* —siseó la voz—, y te prometo que, a cambio, Morgennes se salvará y Casiopea será feliz.

—¿Y si además quiero que Emmanuel muera entre atroces sufrimientos?

—¿No es eso incompatible con la felicidad de Casiopea? Pero, en fin, si es lo que

deseas... Dame a *Crucífera* y hablaremos de ello.

—¿Dónde? ¿Cuándo? De hecho, creía que habíais muerto.

—El fuego no muere nunca —dijo la voz.

—Sin embargo...

—Basta con una brasa. Poco importa el lugar. El fuego es la resurrección. ¡El fuego es la vida!

—Desde luego —aprobo Simón.

De pronto tuvo la sensación de que la temperatura había aumentado. Sudaba a mares. Gruesas gotas de sudor se perdían en sus cejas, en sus ojos.

—En cuanto a ti —prosiguió la voz de las llamas dirigiéndose al asesino—, esta es tu recompensa por haberme traído a este joven.

Bajo el asesino, la reja metálica empezó a enrojecer. Enseguida un olor a cerdo asado llenó el aire, mientras el hombre gemía y lanzaba aullidos de dolor, de atroz sufrimiento. Simón vio cómo se metamorfoseaba en una masa informe, en una mezcla de carne calcinada y ropa quemada. El hedor era tan sofocante que Simón sintió náuseas. Finalmente, antes de derrumbarse sobre la reja incandescente, una grieta obscena se abrió como una sonrisa en medio de su rostro carbonizado.

—Tú también sonreirás —dijeron las llamas al tiempo que se dirigían hacia Simón.

El joven templario levantó los ojos.

—Ahora que él ya no está aquí para guiarme, ¿adonde debo ir? —preguntó en el tono más firme que pudo.

Uno de los siete corredores que partían de la pequeña sala circular se inflamó súbitamente. Simón se sobresaltó, temiendo que las llamas le estuvieran destinadas, pero el fuego no le quemó; se limitó a mostrarle el camino. De hecho podía ver a algunas ratas de bigotes trémulos que hurgaban en los detritus.

—El fuego que no has encendido no te quemará —continuó la voz de las llamas.

Simón se levantó y avanzó por el corredor inflamado.

Capítulo 45

En efecto, Dios odia a los traidores y a la traición más que a cualquier otra falta.

Chrétien de Troyes,
Cligès

Tres mamelucos entraron y les liberaron de sus cadenas.

—¿Alguien ha pagado por fin nuestro rescate? —preguntó Gerardo de Ridefort.

Por toda respuesta, uno de los mamelucos le indicó la salida del calabozo.

—¿Tal vez Heraclio, el patriarca de Jerusalén?

—Más bien tu asqueroso rey de Jerusalén —replicó Kunar Sell desde su jergón—. Porque, en lo que respecta a tu Heraclio, es inútil soñar: ¡ni siquiera los judíos están tan apegados a su oro!

Gerardo de Ridefort se volvió hacia él, se encogió de hombros y siguió ignorándole.

—¡Puaj! —exclamó Kunar Sell—. Asquerosos templarios. Cantan a la paz con voz de falsete, y en realidad solo piensan en la guerra.

—Al menos nosotros peleamos —murmuró Ridefort.

—¡Si el reino cayó, fue por vuestra causa! —tronó Kunar Sell.

El antiguo templario blanco con la frente tatuada con una cruz recordó las circunstancias que les habían llevado allí. Ridefort había sido capturado por los sarracenos mientras trataba de huir de Jerusalén en el momento en que Saladino se apoderaba de la ciudad. En cuanto a él, que había acabado por ponerse del lado de Morgennes en el combate que le había enfrentado con Sôhrawardi y sus esbirros, había aceptado depositar sus armas a los pies de Saladino, reconociendo su derrota.

—El conde Raimundo de Trípoli era un sabio —prosiguió Kunar Sell mientras un mameluco le despojaba de sus cadenas—. Hubieras debido escucharle, templario.

—Era un traidor —espetó Ridefort sin volverse.

—Que valía más que tú.

El danés se levantó, se frotó las muñecas, dio las gracias al mameluco que le había liberado y se unió al maestre de los templarios, que, para desentumecer los músculos, pateaba el suelo al pie de la escalera que conducía fuera de los calabozos.

—Me das lástima —continuó Ridefort dirigiéndole una mirada llena de altivez—. Como ese Morgennes al que decidiste apoyar.

—¡Porque combatía a los asesinos!

—También él era un traidor. ¡Y de la peor especie! Y un traidor es siempre un cerdo, aunque haya traicionado al diablo. Y cuando además traiciona a Dios...

—Nadie puede traicionar a Dios —replicó Kunar Sell.

El antiguo maestre de los templarios le dirigió una mirada amenazadora. Vano esfuerzo, porque el danés le sacaba dos cabezas y no era un hombre que se dejara intimidar.

—Me gustaría saber por qué me colocaron en tu calabozo —se preguntó Ridefort en voz alta.

—Sin duda porque su religión les prohíbe tener pocilgas —replicó Kunar Sell.

Ridefort quiso lanzarle un puñetazo a la cara, pero el danés le sujetó el brazo y se lo retorció, abortando de entrada cualquier veleidad belicosa de parte del templario.

—Ya lo arreglaremos fuera —repuso Ridefort.

—En lo que a mí respecta, ya está arreglado —dijo Kunar Sell.

Los mamelucos les empujaron escaleras arriba dándoles golpecitos con el asta de sus lanzas, y los dos antiguos prisioneros se encontraron finalmente al aire libre.

—Y bien —dijo Ridefort—, ¿conoceremos alguna vez la identidad de nuestro benefactor? ¿Le habrán autorizado siquiera esos cerdos musulmanes a entrar en la ciudad, o tal vez le han obligado a esperarnos en otro lugar?

—Ridefort, a «esos cerdos musulmanes», como vos decís, debéis vuestra libertad —tronó una voz.

El cadí Ibn Abi Asrun —jefe de asuntos judiciales, civiles y religiosos del reino— se encontraba ante ellos en una pequeña plaza rodeada de casas de tejados planos, a los que habían subido algunos damascenos para observar a los infieles. Un cordón de mamelucos impedía que los curiosos se acercaran demasiado a los franjis, por miedo a un ataque.

Gerardo de Ridefort hizo como que no había oído. Otros cristianos, otros prisioneros, se encontraban igualmente presentes. Entre ellos, Ridefort y Kunar Sell reconocieron al viejo marqués Guillermo de Montferrat, al que Saladino finalmente había aceptado liberar.

—Si estáis aquí —le dijo Ridefort—, supongo que Tiro ha caído, ¿no es así?

—De ningún modo —respondió Montferrat—. Saladino, en su magnanimidad, ha decidido liberarme a pesar de que no ha recibido ni una moneda de mi rescate. ¡Ya veis qué gran sultán es!

—Que la paz sea con él —murmuró el cadí.

—Que la paz sea con él —repitió Montferrat.

—Esta magnanimidad, sin duda, oculta alguna argucia —dijo Ridefort.

—Tal vez —prosiguió Montferrat—, pero, por el momento, ¿no estáis contentos de poder aprovecharos de ella?

—La aprovecharé, sí —dijo Ridefort—, como Morgennes en otro tiempo...

—Dicho de otro modo, ¿cometiendo traición? —preguntó Kunar Sell.

—Siento interrumpiros, caballeros —intervino el cadí Ibn Abi Asrun—, pero confío, igual que el sultán, en que nadie aquí cometerá traición. Porque si bien

Saladino acepta devolveros la libertad y haceros escoltar hasta la ciudad de vuestra elección, lo hace solo a cambio de la promesa de que no volveréis a empuñar las armas jamás.

—Prometido —respondió un poco demasiado rápidamente Ridefort—. Pero ¿a qué debemos este repentino acceso de «magnanimidad»?

—Saladino no ha sido insensible a los numerosos requerimientos realizados por Guido de Lusignan, vuestro rey, que al encontrarse aislado, e incluso amenazado, por Conrado de Montferrat, suplicó a Saladino que liberara a sus aliados. Y le juró que atravesaría el mar.

—¿Atravesar el mar? ¡Diantre!

—Si vuestros reyes son como nuestros sultanes, deben ser dignos de crédito —dijo el cadí—. Un rey nunca faltaría a un juramento.

—Entre nosotros, nunca nadie, súbdito o rey, lo haría —dijo Gerardo de Ridefort, indignado.

—Muy bien, entonces, ¿estáis dispuestos a jurar?

—Desde luego —confirmó Ridefort.

—En ese caso, repetid después de mí —empezó el cadí dirigiéndose a Gerardo de Ridefort y a Kunar Sell—: Juramos...

—¿Y ellos no juran? —le interrumpió Gerardo de Ridefort, señalando a Montferrat y a los otros prisioneros francos.

—Ellos ya han jurado —explicó el cadí—. Empecemos de nuevo: Juramos, por lo que es más sagrado para nosotros, cruzar el mar y no volver a empuñar jamás las armas contra los musulmanes bajo ningún pretexto. Juramos igualmente no financiar combates contra ellos ni incitar a la revuelta, sino, al contrario, hacer todo lo que esté en nuestra mano para contribuir a la paz entre cristianos y musulmanes.

Kunar Sell y Ridefort repitieron las palabras del cadí y juraron respetar este trato por lo que era más sagrado para ellos.

—En verdad que es un juramento extraño —señaló Gerardo de Ridefort a Ibn Abi Asrun—. Entre nosotros, los templarios, un juramento comprende siempre una parte en la que se expone el tipo de castigo a que se haría acreedora una persona que rompiera dicho juramento.

—Entre nosotros, los musulmanes —explicó el cadí—, eso no puede plantearse siquiera.

Gerardo de Ridefort puso cara de sorpresa. El caballero empezaba a pensar que todos los musulmanes eran unos imbéciles.

—¿Y eso por qué?

—Porque a ninguno de nosotros se le ocurriría romper un juramento...

Ansioso por cambiar de tema, Ridefort preguntó:

—¿Y dónde está, pues, nuestra escolta?

—Aquí mismo —contestó el cadí, mostrándole a un centenar de jinetes que se apelotonaban en el centro de la calle principal.

Vestidos de oro y blanco, los guerreros resplandecían al sol. Formaban una magnífica escolta, y Yahyah la encabezaba, acompañado de Babucha. La perrita pelirroja movía la cola, impaciente por salir a pasear.

—Muy bien —asintió Ridefort en tono impaciente—. Estoy ansioso por volver a ver a mi rey... Vamos —dijo dirigiéndose a los jinetes.

Pero ni el cadí ni Kunar Sell ni los otros prisioneros se movieron de donde estaban.

—¿A qué esperamos para partir? —se impacientó Gerardo de Ridefort.

—A que una hija y una madre puedan despedirse como es debido —respondió el cadí.

Capítulo 46

Es malo alimentar el duelo, porque es estéril.
Chrétien de Troyes,
Cligès

—Toma mis botas —dijo Guyana—. Te serán útiles.

Y tendió a Casiopea el par de botas que le había legado Poucet. Pero Casiopea las rechazó.

—He vivido muy bien sin ellas hasta el presente —le explicó—, mientras que a ti te han permitido venir hasta aquí e incluso encontrar a tu gentil amigo. Guárdalas.

Guyana de Saint-Pierre pareció dudar, pero un intercambio de miradas con Casiopea le hizo ver que era inútil insistir.

—En todo caso, querida hija —prosiguió—, hay una cosa que no me impedirás que te ofrezca; es esto.

Guyana sacó de una limosnera una piedra en la que se entremezclaban el negro y el blanco.

—¿Qué es? —preguntó Casiopea sintiendo como un hormigueo en el pecho.

—Esto hizo posible tu nacimiento, y el de tu padre —murmuró Guyana con una voz cargada de emoción—. Sin esta piedra nunca me hubiera quedado embarazada.

—¿Y hasta ahora no me habías hablado de ella?

—¿Debería haberlo hecho antes, cuando no eras más que una niña inocente?

—¿Y después?

—¿Después? ¿Debo recordarte que partiste, apenas adolescente, a la academia militar de Constantino Colomán?

—Porque tú me enviaste allí.

—Siguiendo los consejos de Chrétien de Troyes, y también porque...

Guyana tragó saliva, como si lo que iba a explicar a su hija fuera algo doloroso.

—Porque tu padre también había estado en la academia. He ahí el motivo —declaró en el tono de alguien que está pasando por una prueba difícil.

Se levantó, retorciéndose las manos, y empezó a caminar arriba y abajo entre la cama de su hija y la ventana. Una brisa ligera entraba en la habitación, moviendo las finas cortinas de algodón blanco.

—A pesar de todo, deseaba que te acercaras a tu padre. Aunque no quisiera hablarte de él, siempre consideré que había muerto, es cierto; pero también pensé siempre que es mala cosa alimentar el duelo. Porque es estéril. Por eso no me deshice en lágrimas cuando Alexis de Beaujeu me anunció la muerte de tu padre. En primer lugar, sobre todo, pensé en ti. Que nunca le habías conocido...

Casiopea se acercó a su madre.

—Mamá, te lo ruego, no nos peleemos ahora —imploró—. Pronto nos habremos separado, probablemente para siempre.

—Entonces toma esta piedra.

—Me niego a ser madre —replicó Casiopea, rechazando la piedra.

—Ahora tal vez. Pero ¿y mañana? Quién sabe lo que querrás dentro de seis meses, dentro de un año...

Casiopea se atrincheró en un silencio del que nada parecía poder sacarla.

—Soy una mujer, sé de qué hablo —prosiguió Guyana.

—Nunca.

—Ese joven, Emmanuel..., algo me dice que no le eres indiferente.

—Es un hospitalario, y se debe a su Señora.

—Que menciones eso me mueve a pensar que ha llamado tu atención.

—¡Mamá! Déjame tranquila. Todo lo que quiero es acabar mi obra.

—La terminarás, estoy segura. Para alguien como tú, que ha salido airoso de tantas pruebas, ¿qué puede haber más sencillo que acabar un cuento de aventuras?

Casiopea esbozó una sonrisa. Sí, algo le decía que lo conseguiría. Lo presentía.

—Creo saber por qué Simón ha perdido los estribos de repente —dijo súbitamente a su madre.

Esta la miró con expresión grave. ¿Qué iría a comunicarle ahora?

—Es a causa de *Crucífera*. Creo que Simón hubiera querido la espada para él. Era la de papá, de acuerdo. Pero él cree que debería corresponderle. Se consideraba el escudero de Morgennes, el que debía tomar el relevo. Ver a *Crucífera* entre las manos de una mujer, aunque sea la hija de Morgennes, le resultaba demasiado insoportable. Lo comprendí en Tartaria, y creo que él también lo comprendió, cuando la espada se puso a brillar...

Casiopea hizo una pausa. Necesitaba beber. Pero, por desgracia, adelantándose a su partida, los esclavos del hospital habían recogido la vajilla de la habitación. Lo único que podía refrescarla un poco eran unas magníficas naranjas, colocadas en una ensaladera decorada con versículos del Corán. Casiopea se acercó, tomó una y empezó a pelarla.

—Ah, era eso, pues —dijo Guyana—. Cuando Emmanuel y Gargano te trajeron de Tartaria, me hablaste de la espada...

—Si su hoja brillaba, no era a causa de los tártaros. Era a causa de Simón. El peligro era él.

Guyana la observó sin decir nada, y le colocó un mechón de cabellos en su sitio.

—También era lo que pensaba Emmanuel —corroboró.

Casiopea extrajo un gajo de naranja y se lo tragó.

—Está deliciosa. ¿Quieres? —ofreció a su madre, tendiéndole otro gajo.

Guyana lo aceptó y se deleitó paladeando la naranja, que era particularmente refrescante.

Había llegado el momento de separarse. Guyana se calzó las botas de Poucet y se cargó su equipaje a la espalda. Sobre la mesa de la habitación del *himaristan* dejó la extraña piedra que su hija había rechazado, así como un pequeño paquete.

—Aquí encontrarás el retrato que Pixel hizo del padre de Morgennes y de Azyme. Este cuadro te pertenece.

Luego miró por la ventana como si estuviera impaciente por echarse a volar.

—Aunque tu abuelo se haya borrado de él, siempre será un recuerdo —añadió.

Lanzó un profundo suspiro, se acercó a Casiopea y la estrechó entre sus brazos.

—Te lo ruego, toma esta piedra. Ahora es tuya, y nadie que no seas tú podrá tocarla. Ni siquiera yo... Si alguna vez deseas tener un hijo, esta draconita podrá ayudarte. Ya comprenderás por qué.

Casiopea asintió silenciosamente con la cabeza. No quería disgustar a su madre. Por otra parte, Guyana tenía razón: «No se puede saber lo que los próximos meses, los próximos años, nos depararán. De modo que es mejor que no cerremos el campo de lo posible».

Guyana apretó a su hija hasta casi ahogarla, en un último abrazo que valía por mil.

—Adiós, hija queridísima.

—Adiós, queridísima madre.

—Y si un día vas a la India, no dejes de visitarme.

—Te lo prometo.

Guyana se ajustó las correas de su costal y saltó por la ventana. Casiopea corrió hacia ella para ver si había aterrizado en el jardín, pero el lugar estaba vacío; solo vio a unos pájaros jugando en la fuente.

—Adiós, mamá —dijo Casiopea levantando los ojos hacia los cielos.

Capítulo 47

Soy el lugarteniente de los reyes de Ultramar, que no me autorizan a abandonar
la ciudad.

Conrado de Montferrat, citado por Abu Shama,
El libro de los dos jardines

De pie sobre las almenas de Tiro, Conrado de Montferrat veía cómo se acercaba el largo convoy de prisioneros que los mahometanos acababan de liberar. Cuando la escolta que los acompañaba hubo partido, levantó la mano para indicar a sus hombres que no bajaran el puente levadizo. —Primero quiero hablar con ellos.

Entre las numerosas banderas que daban colorido al cortejo de los que deseaban entrar en su ciudad, había reconocido la del antiguo rey de Jerusalén: Guido de Lusignan. Ahora bien, para él, este estandarte ya no significaba nada. Con el desastre de Hattin, Guido había perdido todo su prestigio, toda legitimidad para gobernar. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que el antiguo monarca de Jerusalén se pusiera a aullar, desde lo alto de su caballo lleno de costras.

—¡Abre a tu rey!

—¿A quién? —preguntó Conrado, simulando que no había oído bien.

—¡A nos, Guido de Lusignan, rey de Jerusalén!

Conrado sonrió.

—¿Un rey? —replicó—. ¿Dónde está?

—¡Conrado! Por última vez te conmino a que nos abras las puertas de Tiro. Si no...

Guido calló.

«Si no, ¿qué?» Era lo que todos se preguntaban, tanto bajo las murallas como en lo alto de las almenas. Conrado desafió a Guido con la mirada, cruzó los brazos y le dirigió una sonrisa cargada de sarcasmo.

—Si no, ¿qué? —soltó—. Hace más de un año que mis valientes y yo resistimos a las tropas de Saladino, ¿y tú pretendes obligarme a abrir? ¿A ti y a tus doce caballeros? ¡Bah! ¡Nunca! Si te autorizo a entrar aquí, no será como un rey, sino como un humilde soldado dispuesto a combatir bajo mis órdenes.

Al pie de las murallas, un murmullo de descontento se elevó en el grupo de caballeros que rodeaban a su majestad.

—Tal vez deberíais dejar que le hablara yo —dijo una forma encapuchada que se encontraba justo al lado del rey.

—No —replicó Guido—. Yo soy el rey. ¡Si alguien debe convencer a ese marquesito de que me abra las puertas de la ciudad, soy yo!

—Como gustéis —replicó Casiopea—. Como decís, vos sois el rey.

E hizo retroceder a su caballo para unirse a sus compañeros de viaje: Emmanuel, Gargano, Kunar Sell y Guillermo de Montferrat.

—Debería dejarme hablar con mi hijo —dijo el viejo marqués a Casiopea—. Conrado me abriría...

—Pero es que Guido, justamente, no quiere que Conrado os abra a vos, sino a él...

—Conrado no cederá jamás —suspiró Guillermo—. Conozco a mi hijo. Cuando está persuadido de que defiende una causa justa, es tan imposible hacerle cambiar de opinión como desviar una flecha de su curso.

—¿Qué causa justa defiende exactamente? —preguntó Emmanuel.

—Mi hijo está convencido de que si Tiro cae en manos de Guido de Lusignan, se producirá un nuevo desastre. Y él ve en Tiro la única posibilidad, para los cristianos, de volver a asentarse en Tierra Santa y liberar de nuevo Jerusalén. Preferiría morir antes que capitular.

Guillermo intercambió una mirada llena de tristeza con Casiopea. Ni uno ni otro habían olvidado cómo, en el momento de negociar la rendición de la ciudad con Conrado de Montferrat, este se había negado a ceder al chantaje del sultán.

—Al final, Saladino no me ha matado —suspiró Guillermo con los puños crispados sobre las riendas.

—Mi tío sabe reconocer el valor. Vuestro hijo también, por otra parte.

Su conversación fue interrumpida de nuevo por Guido, que seguía desgañitándose.

—¡Conrado, ábreme inmediatamente las puertas; si no, iré a Trípoli!

—Ve al infierno si lo deseas, a mí tanto me da.

Guido hizo un gesto para indicar a Conrado que había dejado de escucharle y se volvió hacia Gerardo de Ridefort y los otros caballeros.

—Conrado no es más que un calzonazos que prefiere las comodidades de Tiro al combate contra el enemigo. Por eso nos, Guido de Lusignan, rey de Jerusalén, invitamos a todos aquellos que quieran proseguir el combate a que nos acompañen a Trípoli.

—¿Proseguir el combate? —preguntó Emmanuel, sorprendido—. Pero si habíais prometido atravesar el mar...

—Y he mantenido mi promesa. He navegado un poco antes de volver aquí.

—Eso no es digno de un rey —dijo Emmanuel, indignado.

—¿Acaso vos tenéis intención de rendir las armas?

—Yo nunca juré hacerlo. Saladino no me pidió nada.

—Ya veo —se burló Guido—. Está claro que, como antiguo escudero de Morgennes, sois experto en lo que se refiere a hacer arreglos con vuestra

conciencia...

—¡Mi padre no era un traidor! —gritó Casiopea.

—Desde luego que no —replicó Lusignan—. Si se convirtió al islam, fue solo por su gusto por la aventura.

—Fue para continuar sirviendo a su fe.

—Si ese fue el caso, ¿por qué sus hermanos del Hospital lo juzgaron y condenaron?

—Porque él fue a verlos, y no temió enfrentarse a su tribunal.

Gerardo de Ridefort hizo avanzar a su caballo hacia Casiopea.

—Conozco bien el asunto del que habláis, gentil dama, porque yo mismo participé en él —intervino Ridefort—. Y me gustaría saber esto: si vuestro padre es el héroe que decís, ¿dónde está la Vera Cruz?

—En Roma —murmuró Casiopea.

—¿De verdad?

Tomando por testigos a la docena de caballeros que le rodeaban, Ridefort continuó:

—¿Está en Roma, y nosotros no sabemos nada de ella? Desde Urbano III, dos Santísimos Padres se han sucedido en la Santa Sede, ¿y no nos han informado de esta gloriosa noticia? ¡Tonterías! No, yo creo que si Morgennes renegó de su fe, fue simplemente porque era un cobarde.

—Retirad vuestras palabras u os las haré tragar —dijo Casiopea señalando a *Crucífera*.

Ridefort la miró burlescamente, satisfecho de haber conseguido encolerizarla con tanta facilidad.

—Casiopea, calmaos —intervino Emmanuel, poniéndole la mano sobre el brazo, y añadió dirigiéndose a Guido de Lusignan—: Sire, creo que vamos a quedarnos en Tiro. De hecho debo encontrarme con mis hermanos aquí.

—Oh, Dios mío, es terrible —replicó Ridefort en tono sarcástico—. ¿Habéis oído? ¡Esta doncella y el antiguo escudero de Morgennes no quieren unirse a nosotros para proseguir el combate! ¡Qué catástrofe!

Todos se echaron a reír.

—Yo me quedo con ellos —dijo Guillermo de Montferrat mirando a Emmanuel, con quien en otro tiempo había tratado de salvar la vida de Balduino IV.

—Que os vaya bien. No creo que echemos en falta vuestro débil brazo —se burló Ridefort.

—Yo también me quedo —dijo Gargano.

Ridefort se limitó a encogerse de hombros. ¿Gargano? ¿Y quién demonios era ese tipo tan estafalario?

—¿Y tú? —preguntó a Kunar Sell—. Supongo que te unes a la causa de estos

gallinas.

—Yo, al contrario que tú —respondió el danés con la cruz tatuada en la frente—, mantendré mi promesa.

—¡Porque te conviene! —se burló Ridefort.

—Decidme, ¿esa espada no será *Crucífera*? —preguntó de pronto Guido de Lusignan, que había observado con atención la magnífica espada que Casiopea había desenvainado.

—Sí, lo es —respondió Casiopea.

—Es la espada de los reyes de Jerusalén...

—Era la espada de mi padre —replicó Casiopea.

—Y antes de él, la de Balduino IV y Amaury I.

—Y antes de ellos, la de san Jorge —añadió Emmanuel, que conocía bien la historia de *Crucífera* por habérsela oído contar al propio Amaury I.

—¡Esa espada es mía! —declaró, encorajinado, Lusignan.

—¡Tanto como pueda serlo Tiro! —replicó Casiopea en tono decidido.

Viendo que Gargano apretaba los puños, que Kunar Sell empuñaba su pesada hacha danesa y que Emmanuel llevaba la mano al pomo de su espada, Lusignan contemporizó.

—Os autorizo a guardarla, por el momento. Pero cuando haya vuelto a ascender al trono, deberéis devolvérmela.

—Ya se verá.

—Está todo visto.

Luego se volvió hacia las gruesas murallas desde donde Conrado y sus hombres habían contemplado la escena.

—¡Eh, los de ahí arriba! —gritó Lusignan—. Si aún quedan valientes entre vosotros, os invito a reuniros conmigo en Trípoli. Os sentará bien después de soportar el aire viciado de Tiro, donde os contentáis con esperar una ayuda que no llegará nunca.

—Desengáñate, los refuerzos ya están en camino —respondió Conrado—. Acaban de informarme de la entrada de Barbarroja en Laodicea, solo treinta días después de haber franqueado los Dardanelos.

—¡Pamplinas! —tronó Guido.

—¡Cien mil hombres le acompañan! —continuó Conrado inclinándose entre las almenas—. ¡Sigue el mismo itinerario que Alejandro Magno y, como él, se dirige a Tiro!

—¡Por mi reino que no es cierto!

—Ya no tienes un reino que apostar.

Guido de Lusignan se encogió de hombros.

—Por última vez, ¡déjame entrar en mi ciudad! —insistió.

—Me pides —respondió Conrado— que te entregue una ciudad que te pertenece tan poco como a mí, porque yo soy solo su guardián. Sus verdaderos dueños se llaman Plantagenet, Felipe de Francia y Barbarroja. ¿Osarías medirte con ellos?

—¡Sí, oso!

—Entonces, en su nombre, yo te digo: ¡no entrarás!

Lusignan hizo dar media vuelta a su montura mientras mascullaba:

—Ya he hablado bastante con este portero.

Cuando se encontró a suficiente distancia de las murallas de Tiro, desenvainó la espada que llevaba al costado, se alzó sobre los estribos y recitó con voz tonante el magnífico discurso que debía resonar por los siglos de los siglos e inspirar el corazón de los valientes:

—¿Se ha dicho ya la última palabra? ¿Debe desaparecer toda esperanza? ¿La derrota es definitiva? ¡No! ¡Porque la cristiandad no está sola! ¡La cristiandad no está sola porque tiene a Europa tras ella! Esta guerra no limita su alcance al desventurado territorio del reino de Jerusalén. Esta guerra no ha quedado decidida con la batalla de Hattin. Esta guerra es una guerra santa. Todos los errores, todos los retrasos, todos los sufrimientos, no son obstáculo para que existan, en el mundo, todos los medios necesarios para aplastar un día a los infieles. ¡Fulminados hoy por las fuerzas paganas, podremos vencer en el futuro si Dios lo quiere! El destino del mundo está ahí. Nos, Guido de Lusignan, invitamos a los caballeros y los soldados cristianos que se encuentran en Tierra Santa o que lleguen a ella en el futuro, con sus armas o sin sus armas; nos, Guido de Lusignan, invitamos a los zapadores, los artesanos y todos los obreros especializados en armamento que se encuentran en Tierra Santa o que lleguen a ella en el futuro, a que se reúnan con nosotros en Trípoli a fin de proseguir el combate. ¡Ocurra lo que ocurra, la llama de la resistencia cristiana no debe apagarse y no se apagará!

Apenas hubo acabado de hablar, sus hombres desenvainaron a su vez sus espadas, las levantaron en alto y las dejaron caer para golpear sonoramente sus escudos. Finalmente, después de haber aclamado largo tiempo a su rey, partieron hacia Trípoli.

Tras su marcha, bajo las murallas de la ciudad quedaron solo cinco caballos. El pesado puente levadizo se elevó entre un gruñido de cadenas, y Conrado de Montferrat hizo su aparición. Conrado avanzó hacia su padre y le abrazó calurosamente.

—¡Padre! ¡Me alegro de veros con vida! Hubiera dado orden de preparar un festín para celebrar nuestro reencuentro, pero, por desgracia, ya he ordenado que se racionen los víveres.

De todos modos, Guillermo no tenía ninguna necesidad de un banquete. El simple hecho de volver a ver a su hijo le proporcionaba aún más alegría que la danza que

había ejecutado Casiopea bajo la tienda de Saladino.

—Le debes un padre a Saladino —dijo abrazando tiernamente a su hijo—. Así como a Casiopea.

—No lo olvidaré —respondió Conrado, y volviéndose hacia ella le dijo—: Si no he entendido mal, no habéis encontrado a vuestro padre, ¿verdad?

Casiopea desmontó y confió las riendas de su caballo a uno de los pajes de Conrado.

—Por desgracia, no —suspiró—. Ir a los infiernos es mucho más difícil de lo que creía Virgilio. Y ahora que hablamos de ello, decidme, ¿cómo está Chefalitone?

—Seguidme al puerto —respondió Montferrat—. Lo veréis vos misma.

Capítulo 48

¡Penas, desgracias habernos, y es todo! ¡En este mundo, un instante de asilo
recibimos, y es todo!
El enigma de la Creación permanece para nosotros como un completo enigma.
¡Y sin saber más partimos, llenos de pesadumbre, y es todo!
Omar Jayyam,
Rubayat

Conrado de Montferrat los condujo hacia el puerto, pero *La Stella di Dio* ya no se hallaba allí. Otras dos embarcaciones estaban amarradas en su lugar; una pequeña y redonda, para ir de pesca, y otra recta y fina, para asediar al adversario, darle caza y hundir sus naves.

—¿Chefalitione se ha ido? —preguntó Casiopea.

—Sí —respondió Montferrat alegremente.

—¿Y adonde?

—A Venecia, a comprar armas —dijo bajando los ojos hacia *Crucífera*.

Casiopea sonrió al pensar en las bolsas de oro y de diamantes que había ocultado en la arqueta de Montferrat. ¿Había una relación entre esta compra de armas y esa aportación de dinero? Al parecer sí la había, porque Montferrat continuó:

—Nunca adivinaríais lo que descubrí en el pequeño cofre donde guardaba mi cuadrito...

—No, ¿qué? —preguntó Casiopea en el tono más inocente del mundo.

—¡Dos bolsas llenas de oro y de diamantes!

Montferrat estaba entusiasmado. El lo consideró un don de los cielos.

—La señal que Dios me ha enviado, a mí, Conrado, como guardián de esta ciudad... Los reyes cuentan conmigo.

—Por cierto, ¿tenéis noticias de Josías? ¿Ha conseguido convencer a Inglaterra y a Francia de atravesar el mar?

—Por desgracia no, aún no. Hace un momento exageré un poco cuando le dije a Guido que los reyes venían... Pero ¡no puede tardar! De hecho, después de Venecia, Chefalitione tiene orden de dirigirse a Marsella, para esperar allí a Josías.

—¿Pero eso significa que no habrá ningún barco para llevarnos a Francia?

—Habrá que tener paciencia —respondió Conrado.

Casiopea dejó de caminar, y con ella Emmanuel, Gargano y Kunar Sell. A su alrededor, los mozos de cuerda se afanaban, cargando y descargando barcos, bajo la mirada burlona de unas gaviotas.

—Es un contratiempo enojoso —suspiró Casiopea—. Tenía cosas que hacer en

Francia. ¿No hay ningún medio de...?

—Por desgracia, no. Lo lamento mucho.

—En fin, entonces nos armaremos de paciencia —dijo Casiopea sentándose sobre un poste de amarre.

Conrado se frotó la barba.

—He visto que estáis muy apegada a esta espada —le preguntó, señalando a *Crucífera*.

—En efecto.

—Hacedme un favor: guardadla con vos. No dejéis que nadie os la arrebate. Eso podría tener consecuencias funestas.

—Podéis contar conmigo.

—Y ahora, en lugar de quedarnos aquí haciendo compañía a las gaviotas, ¿qué me contestáis si os invito a compartir mi comida?

Casiopea se volvió hacia sus compañeros para recoger su opinión.

—Desde luego mis viejos huesos necesitan un poco de reposo —gruñó Guillermo de Montferrat.

—En cuanto a mí, me caigo de sueño —dijo Gargano—. Un barril de café no me sentaría nada mal.

—Mi hacha está a vuestro servicio —declaró marcialmente Kunar Sell.

—Gracias —suspiró Casiopea—. Aunque lamentablemente no nos hará franquear el Mediterráneo...

—Yo tengo que reunirme con mis hermanos —declaró Emmanuel casi a regañadientes.

Casiopea le miró, decepcionada. Lamentaba que quisiera irse tan pronto. Le hubiera gustado averiguar por qué su madre le apreciaba. Después de todo, no había pasado mucho tiempo en su compañía; pero era evidente que le había causado una gran impresión.

Antes de que una vela se consumiera a la altura de un pulgar, Casiopea y sus amigos estaban instalados en torno a una mesa en la gran sala del palacio. El contraste con la última vez que se habían encontrado allí, a su llegada a Tiro, era sobrecogedor. Una atmósfera de guerra planeaba pesadamente sobre el lugar. Conrado había ordenado que retiraran todos los tapices, así como las palmatorias de oro y plata, para revenderlos.

—Gracias a ellos y a los frutos de la venta de diversas concesiones a los provenzales, los písanos y los genoveses, he podido hacer venir a algunos de los más brillantes artesanos venecianos. Asimismo, he vendido a unos judíos de Venecia el monopolio de las tinturas y de la industria del vidrio.

—De todos modos, deberías ir con cuidado —dijo su padre mientras masajeaba

sus músculos doloridos—, para no verte despojado de tus rentas. A base de ceder concesiones y monopolios, pierdes tu capital.

—No temas, padre —respondió Conrado mordiendo un muslo de pollo—. Ya he ganado más de lo que esperaba. Además, esos judíos de Venecia están realizando un trabajo notable. Han instalado talleres donde se crean los objetos más magníficos que haya admirado nunca. Ventanas, jarros, frascos... ¡no hay forma que no sepan dar al vidrio o al metal! No tienen par cuando se trata de rectificar una espada, aplanar un escudo o tejer una cota de malla...

—Señoor... —empezó Rufino desde la mesa, donde le había dejado Casiopea—. ¿Puedo permitirme solicitaaaros un favor?

—Os lo ruego —respondió Montferrat.

—¿Serían capaaaces vuestros artesanos de fijarme un gaaancho en la baaase del cuello? No es que quiera adoptaaar los usos y costumbres de nuestros amiiigos los murciélagos, pero así Casiopeeeea no tendría que llevaarme siempre en su mooochila o en su taleeego, y sobre todo —dijo poniendo los ojos en blanco— evitaría que Cocoootte me sujetara por los cabeeellos la próxima vez que Casiopeeeea me envíe en misióoon.

—De acuerdo —dijo Montferrat—. Examinaremos el asunto mañana mismo.

Gargano ocultó un bostezo con el dorso de la mano, mientras en un rincón resonaba el tintineo de unos dados agitados en un cubilete de cuero. Para engañar el aburrimiento, unos guardias desplazaban sobre una bandeja unos huesecitos, con movimientos dictados por los resultados de los dados. «¡Doble seis!», exclamó uno de los guardias. Conrado de Montferrat no les prestó atención, pero Emmanuel no pudo evitar pensar: «Tal vez no todo lo que ha dicho Lusignan sea falso. Estos hombres necesitan acción, y no solo limitarse a guardar esta ciudad para cuando vengan los reyes».

—Perdón —se excusó Gargano después de haber acabado de bostezar.

—¿Estáis fatigado, señor? —le dijo Montferrat—. ¿Deseáis acostaros?

—Me muero de ganas de hacerlo —suspiró Gargano—, pero mi montaña está lejos de aquí.

—¿Vuestra montaña?

—Yo soy el espíritu de una montaña, que ha venido a pasar unos años entre los hombres... Ahora mi labor ha terminado. Mis viejos amigos Morgennes y Chrétien de Troyes han muerto, Guyana va a volver a casarse, y en lo que respecta a Casiopea...

Dirigió una mirada llena de amor a su ahijada y le acarició tiernamente los cabellos.

—Ya no tengo nada que enseñarle. Para mí ha llegado el momento de volver a mi montaña y a mis animales, y de ir a dormir por unos siglos.

Y dicho esto, volvió a bostezar, mientras todos —excepto Casiopea— abrían unos ojos como naranjas.

Una vez terminada su frugal comida, Gargano y Casiopea fueron a pasear por las murallas. El litoral estaba acribillado de tiendas sarracenas, de las que llegaba música. Los sonos del laúd y el tamboril acompañaban el crepúsculo mientras se acercaba la hora de la oración, y las banderas sarracenas ondulaban al viento como bajo el yugo de un encantador de serpientes.

—Yahyah debe de encontrarse en una de esas tiendas —dijo Casiopea acodándose en una almena—. Con Babucha...

Gargano no respondió; se limitó a escuchar los sonidos de la noche: los gritos del halcón volando en la penumbra, el ruido de las olas chocando contra las rocas, y luego la llamada a la oración del muecín...

—¿Sabes? —murmuró—, cuando dije hace un momento que ya no tenía nada que enseñarte, no era del todo cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca te he hablado de tu padre.

—En efecto.

—Sin embargo, le conocí muy bien. Era, incluso, un amigo...

Su mirada se enturbió. En realidad Morgennes no era solo su amigo. Era, sobre todo, el hombre que le había salvado en otro tiempo de un destino peor que la muerte.

—¿No te he hablado nunca de los Pantanos de la Memoria?

—No. ¿Qué son?

—¿Conoces los pantanos del Lago Negro?

—Sí. Ahí crecen las setas que utilizó Hassan Basras para realizar los retratos de Taqi y del jeque de los muhalliq... ¿No serán los Pantanos de la Memoria esos famosos pantanos de los que ya me había hablado Nâyif ibn Adid?

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Gargano, antes de ser reemplazada por una expresión más sombría.

—Es un lugar terriblemente peligroso. Tu padre me salvó la vida allí.

Después de respirar hondo, Gargano le explicó cómo —en el año de gracia de 1169, el año del nacimiento de Casiopea— Morgennes le había ayudado a escapar de los Pantanos de la Memoria.

—Yo me encontraba allí con la joven sobrina del basileo, María Comneno. Pero en esa época ella viajaba disfrazada con ropas de hombre y se hacía llamar Nicéforo...

Sus ojos se empañaron, y Casiopea se dio cuenta de que cada vez le resultaba más difícil expresarse. A veces, una lágrima quedaba suspendida en su mejilla, y Gargano la enjugaba con una mano distraída.

—Morgennes llegó y nos sacó de allí, a María y a mí. Porque, ¿sabes?, los pantanos tienen el poder de hacerte perder la memoria.

—¿Como el Leteo?

—Como el Leteo, sí. Ese río de los infiernos donde los muertos van a beber con objeto de olvidar los placeres y las penas de su vida anterior...

—Ya veo —dijo Casiopea—. Entonces, ¿es por eso que las setas que crecen allí son tan difíciles de cultivar?

—Sí. Los que quieren recolectarlas olvidan rápidamente por qué habían acudido a esos pantanos y ya no los abandonan nunca. Peor aún, allí se transforman poco a poco en árboles.

Casiopea bebía las palabras de Gargano, preguntándose cómo había conseguido su padre no sucumbir a la maldición de los pantanos.

—Creo que fue gracias a su hermana —le explicó Gargano.

—¿Mi padre tenía una hermana?!

—Sí. Una hermana gemela, muerta justo antes del nacimiento de tu padre. Pero no sé si me corresponde a mí revelarte todas las circunstancias del caso.

—¡Quiero saberlo todo!

Una tos ahogada resonó a su lado. Se volvieron y vieron a Emmanuel, que salía de la sombra de una torre de vigía. Parecía cansado, agotado. Y al mismo tiempo, feliz.

—Perdonadme —les dijo—, pero lo he oído todo. Y he pensado que era mejor mostrarme.

—Si Casiopea lo permite, sois bienvenido —replicó Gargano.

Casiopea se limitó a sonreír, mientras observaba cómo el viento jugaba con los cabellos que caían sobre la frente de Emmanuel. Cerca de las sienes, unos vagos reflejos blancos daban testimonio de una madurez prematuramente adquirida. Le conferían un aire serio que no era desagradable —sobre todo cuando, como en ese caso, estaba compensado por una bonita mirada que brillaba de inteligencia y generosidad.

—No veo ningún inconveniente —dijo Casiopea.

—Gracias —replicó Emmanuel inclinándose ligeramente, con una mano sobre el corazón—. Pero no quería interrumpiros...

—Fue una verdadera pesadilla —prosiguió Gargano después de inspirar profundamente el aire cargado de aromas marinos—. Una escena de horror que persiguió a tu padre durante muchos años, hasta que encontró al fantasma de su hermana.

—¿Y dónde fue eso?

—En los Pantanos de la Memoria. Había jurado a tu padre que no hablaría nunca de ello a tu madre. Y asumí la decisión de no hacerlo tampoco contigo. Pero ahora

que ha muerto, supongo que no importa. El fantasma de tu tía habita esos pantanos, flotando en medio de los muertos, con los que se encuentra en permanente comunicación.

—Entonces quiero ir allí.

—¡Ni se te ocurra! No volverías nunca.

Por encima de ellos, en el cielo estrellado, el halcón lanzó un grito.

—¡Mi padre lo hizo!

—Y lo pagó muy caro. Además, su hermana lo protegía. Pero ni siquiera eso impidió que perdiera fuerza y capacidad retentiva. Porque tu padre tenía la memoria de cien hombres y la fuerza de una decena. Pregúntale a Kunar Sell, estoy seguro de que lo recuerda.

—¿Le conoció?

—Los dos fueron discípulos de Colomán en el mismo período.

—¿Amigos?

Gargano levantó las cejas.

—Más bien al contrario —reconoció.

—Debo ir a esos pantanos. Si mi tía se encuentra allí, quiero verla. Tal vez pueda permitirme hablar con mi padre. En todo caso, es la única que puede decirme ciertas cosas sobre él.

—Como ¿qué?

—Qué clase de niño era. Cómo eran mis abuelos. Si sigue en el infierno...

—Casiopea, mi adorada ahijada, te lo suplico. No hagas que me arrepienta de haberte hablado de esos pantanos.

Casiopea apoyó la cabeza contra el vientre de su padrino, como acostumbraba a hacer cuando era pequeña y se sentía sola. Porque, efectivamente, se sentía sola. Su padre estaba muerto. Igual que Chrétien de Troyes. Su madre se había ido, y Gargano pronto se iría también. Era el final de una época que ella no había tenido tiempo de vivir.

—Tengo que comprender —dijo—. Quiero saber. Pronto regresaré a Francia. Y probablemente nunca vuelva aquí, a esta tierra absoluta que incluso los príncipes cristianos se disputan. Quién sabe... Tal vez mi tía me proteja también a mí de los efluvios de los pantanos.

Gargano bostezó una vez más.

—Muy bien —dijo finalmente—. Te conozco, no renunciarás. De modo que escúchame bien...

Casiopea levantó la cabeza para mirar a su padrino.

—Antes de ir a esos pantanos, debes volver a Constantinopla, con Constantino Colomán.

—Dudo que acepte volver a verme. ¿Debo recordarte que me expulsó de su

academia?

—Únicamente debes introducirte en su palacio.

—¿En el Ojo de la Tierra? ¿La fortaleza del propio Colomán? ¿El lugar donde se forma a los mejores guerreros del mundo?

Gargano asintió gravemente con la cabeza.

—Justamente. Tú te has beneficiado de la mejor formación que pueda existir. Y ahora ha llegado el momento de sacar provecho de ella. Ya que estás decidida a recorrer esos pantanos mientras esperas el regreso de Chefalitone, te propongo lo siguiente: yo te acompañaré a los parajes de Constantinopla, y allí Kunar Sell y yo te diremos lo que debes hacer...

Emmanuel dio un paso adelante.

—Si lo permitís, yo también iré.

—¿Acaso no debíais reuniros con los miembros de vuestra orden? —preguntó Casiopea, extrañada.

Emmanuel esbozó una sonrisa y respondió que ya lo había hecho. Había ido a ver al hermano caballero encargado de la docena de hospitalarios que Alexis de Beaujeu había enviado al Krak para ponerse a su servicio. Sus órdenes no podían haber sido más simples: «¡Vigilad a *Crucífera*! Esa espada no debe caer en ningún caso en manos de Guido de Lusignan».

—O, lo que es lo mismo, he recibido orden de escoltar a la portadora de la espada allí donde vaya. Si vos lo permitís, claro está —añadió Emmanuel clavando su mirada en la de Casiopea.

—No veo ningún inconveniente —respondió ella.

El ojo de la tierra



Capítulo 49

A ella, la desgracia la vuelve audaz.
Ovidio,
Metamorfosis

El Ojo de la Tierra era más que una simple fortaleza.

Antes de convertirse en el palacio de Colomán, el imponente edificio con mil y una columnas había sido la residencia de los basileos. Allí habían muerto asesinados emperadores, y centenares de príncipes y princesas habían sido concebidos en habitaciones tan grandes que hubieran podido servir de casa a un comerciante acaudalado. Los mármoles más rosas, los oros más brillantes se utilizaron para su construcción cuando Constantino decidió trasladar la capital de su imperio de Roma a Bizancio, rebautizada como Constantinopla.

Eso fue en el siglo IV después de la Encarnación de Nuestro Señor. Desde entonces habían transcurrido casi nueve siglos. Casi mil años durante los cuales el Ojo de la Tierra encarnó el poder y la gloria de un imperio que no podía compararse a ningún otro.

Pero a partir de la dinastía de los Comneno, los basileos habían instalado su trono en el palacio de Blachernes, al noroeste de la ciudad. Allí había recibido Manuel Comneno a Guillermo de Tiro y a Amaury I de Jerusalén. Y allí Isaac Ange, el basileo actual, recibía en ese mismo momento a los emisarios de Saladino. Porque, después de haber apoyado durante mucho tiempo la acción de los francos de Tierra Santa, Constantinopla favorecía ahora a los sarracenos. Después de todo, eran sus vecinos más próximos, aquellos con los que deberían convivir en los siglos venideros, mientras que los francos corrían peligro de ser expulsados de Tierra Santa en cualquier momento. De hecho ya solo controlaban allí un reducido litoral que se disputaban a gritos.

—Sin todas nuestras disensiones internas, tal vez aún tendríamos Jerusalén — señaló amargamente Emmanuel.

—Sin todas sus disensiones internas, los sarracenos nunca hubieran perdido Jerusalén —dijo Casiopea sonriendo.

Emmanuel le devolvió la sonrisa y se acercó a ella. Se encontraban, en compañía de Kunar Sell y de Gargano, en una pequeña carreta parada en la cima de una alta colina arbolada. El largo brazo perfumado del Bósforo se enrollaba en torno a ella, y en la otra orilla se distinguían las luces de los edificios y los centenares de iglesias de Constantinopla.

—Apuesto a que estas iglesias serán reemplazadas algún día por mezquitas —

suspiró Emmanuel.

—Y puede que, a su vez, sean reemplazadas por otros edificios —añadió Casiopea, sonriendo más ampliamente aún—. La vida no es inmutable. Si queréis iglesias, debéis aceptar el cambio, porque antes de ellas no había nada.

—Es cierto.

—¡Lo sé!

Rieron, mientras el halcón planeaba en el alba naciente, lejos de sus risas y de los cerdos que gruñían en la parte posterior de la carreta.

—Me parece que no le gustan sus gritos —comentó Casiopea.

—O su olooor —mugió Rufino.

—Lamento las molestias —explicó Gargano—, pero son necesarias.

—Es nuestra tapadera —añadió Kunar Sell.

—Y es indispensable. En este momento la ciudad es un hormiguero de musulmanes. De modo que es mejor que no se nos acerquen demasiado.

El plan que habían ideado consistía en presentarse a la entrada de las cocinas de Colomán para ofrecer sus cerdos. La academia consumía una cantidad tan enorme de víveres de todo tipo que sin duda les autorizarían a descargar los animales. Entonces Casiopea aprovecharía la ocasión para colarse en el palacio.

—La zona que buscáis —le repitió Kunar Sell— está situada en el extremo nordeste del Ojo de la Tierra. En un lugar prohibido a los aprendices.

Casiopea asintió con la cabeza; recordaba aún perfectamente los treinta y tres latigazos que en otro tiempo había recibido por haberse acercado allí demasiado.

—Tendréis que pasar por los apartamentos privados de Colomán, llegar a los sótanos de su faro y luego atravesar sus jardines, cuidando de no dejaros ver por los draconoctes.

—¿Los draconoctes? —preguntó Emmanuel.

—Son cazadores de dragones —le explicó Casiopea—. En este caso se trata de la guardia personal de Colomán. Van montados en dragoncillos.

—¿De modo que los dragones existen de verdad? Morgennes, que conocía bien el tema, me dijo que no.

—Estos dragones son más pequeños que los de nuestras leyendas. Se dice que proceden de la India.

—De una isla llamada Komodo —precisó Kunar Sell—. Lo sé porque yo mismo formé y mandé algunas escuadras de draconoctes. Para resumir, os diré que el riesgo no está en que os oigan u os vean...

—Sino en que me huelan.

—Exacto. Estos dragoncillos tienen el olfato más desarrollado que los perros. Deberéis aseguraros constantemente de la dirección del viento antes de dar el menor paso. Y en caso de duda, echaos al suelo y quedaos quieta. Tienen muy mala vista, así

que no os detectarán si permanecéis inmóvil. Deberéis adoptar, pues, como decía nuestro viejo maestro Imru'al-Qays, la ligereza del lobo, la presteza del zorrillo...

—Los flancos de la gacela y las patas del avestruz —terminó Casiopea.

—Muy bien. Veo que no habéis olvidado vuestras lecciones.

—¡Las llevo grabadas en mi carne!

—¿Podéis explicarme —preguntó Emmanuel— por qué no podemos ir simplemente a ver a Colomán y comprarle sus armaduras?

—Porque no nos las vendería —le respondió Casiopea—. Constantino Colomán apoya a Isaac Ange, que a su vez apoya a Saladino.

—Lo que le convierte en nuestro enemigo —añadió Kunar Sell—. Algunos pretenden incluso que le ayudó a acceder al trono. De hecho, a menudo me pregunto si Colomán no estuvo siempre del lado equivocado. Isaac Ange nunca hubiera podido convertirse en emperador sin el apoyo del maestro de las milicias.

—¿Esas armaduras son realmente necesarias? —insistió Emmanuel.

—Sin ellas no sobreviviríais a los pantanos —dijo Gargano.

—Pero los pantanos...

—Nadie os obliga a acompañarme allí —dijo Casiopea.

Un centelleo furtivo brilló en los ojos de Emmanuel. La posibilidad de abandonar a Casiopea era inconcebible para él.

—¡Es mi deber! —declaró.

—Una sola armadura bastará —precisó Kunar Sell—. Porque, según Conrado de Montferrat, sus artesanos deberían ser capaces de hacer un duplicado.

—¿Sus judíos de Venecia? —preguntó Emmanuel.

—Me hicieron un gaaancho muy hermooso —mugió Rufino bajando los ojos hacia su cuello.

Habían obstruido su base con una nueva placa de metal de la que sobresalía un gancho metálico. Así podían suspenderlo de un árbol, plantarlo en el suelo o sostenerlo en la mano sin arrancarle los cabellos.

Se hizo un breve silencio, y luego la brisa les llevó un olor a pino que supuso un agradable cambio en contraste con el hedor en medio del que viajaban desde hacía más de una semana.

—¿De verdad que no podéis venir con nosotros? —preguntó Emmanuel a Gargano.

Todas las miradas se dirigieron hacia el amable gigante que había ayudado a Casiopea a dar sus primeros pasos. Gargano parecía preocupado y casi a punto de cambiar de opinión.

—Ya he tardado demasiado en volver —explicó—. Echo de menos mi montaña, y ella se muere sin mí. Si no me presento enseguida, es muy probable que desaparezca y, con ella, toda su fauna y su flora. Además, con vos no estoy preocupado —dijo

posando la mano sobre el hombro de Emmanuel—. Sé que velaréis por ella...

—Es hora de partir —le interrumpió Casiopea—. Constantinopla nos tiende los brazos.

Gargano se levantó, se desperezó y se masajeó las rodillas, doloridas de haber estado tanto tiempo dobladas.

—Toma —dijo dándole a Casiopea una de las manzanas de sombra del Árbol de Vida—. Es la última. Un pequeño regalo de despedida.

—Gracias —dijo Casiopea metiéndola en su bolsa—. Por cierto, ¿funcionaron con los muhalliq?

—Por desgracia, no. Los muertos siguieron muertos...

El gigante hundió la mano en los cabellos de Casiopea y le alborotó el pelo.

—¿Recuerdas que, cuando eras pequeña, no soportabas que te tocaran los cabellos?

Casiopea sonrió a su padrino, le tomó la mano y depositó un beso en ella.

—¡En ese aspecto no he cambiado!

—Adiós, amigos míos —dijo entonces Gargano dirigiéndose a Rufino, Emmanuel y Kunar Sell—. ¡Adiós, mi adorada ahijada!

—Adiós, padrino adorado —respondió Casiopea—. Abraza a tu montaña de nuestra parte.

—Lo haré.

Y como Guyana de Saint-Pierre unas semanas antes, Gargano desapareció. No de un salto, en los cielos, sino bajando hacia el oriente. Primero vieron cómo su imponente silueta ocultaba la de los troncos. Luego desapareció entre ellos. Finalmente, solo se escucharon crujidos de ramas.

Un animal lanzó un grito.

Y todo acabó. Gargano se había ido.

Capítulo 50

Flancos de gacela, patas de avestruz, ligereza de lobo, presteza de zorrillo.

Imru'al-Qays,
La Mu'allaqa

Casiopea se cubrió el rostro con el fino velo de lino blanco que se había llevado de Tiro para tener el aspecto de una esposa bizantina. Emmanuel, que se había disfrazado de comerciante, lucía unos anillos magníficos y se había colgado del cuello varias vueltas de collares. Una pieza de tela gruesa enrollada en torno a su estómago le proporcionaba una bonita panza, que daba testimonio del dinamismo de sus negocios. En cuanto a Kunar Sell, unos viejos calzones y una mala sobrecota le conferían el aspecto de un paje, papel que desempeñaba con brillantez. Sus armas estaban ocultas en un escondrijo situado bajo el carro.

En cuanto a Rufino, el antiguo obispo de Acre viajaría en la mochila de Emmanuel, donde habían practicado dos aberturas para que pudiera ver y asegurara la retaguardia del grupo.

—Nooo olvidéis hacerle también un agujeeero para que pueda respiraaar —dijo jadeando cuando cerraron la mochila.

—Tú no respiras —le recordó Casiopea.

—¡Ah, sí, es verdaaad!

—No olvides mantener los párpados bajos. Te los maquillaré de negro. Así nadie podrá ver nada. Pero evita abrir los ojos cuando estemos en medio de la gente; no me gustaría que empezaran a gritar: «¡Oh, Dios mío, una mochila con ojos!».

—Mantendrée los párpados baaajos —prometió Rufino—. Y me limitaré a miraaar entre las pestaaañas.

Una vez terminados todos los preparativos, el halcón fue enviado a sobrevolar los alrededores para comprobar que estaban libres de cualquier peligro. A su vuelta, la carreta descendió la pequeña colina y se dirigió hacia Constantinopla.

El problema no era entrar, sino circular por la ciudad. Una multitud densa, compacta, abarrotaba las calles a cualquier hora del día. Se formaban aglomeraciones para intercambiar ideas. Los grupos se mezclaban entre sí, hablando de filosofía o religión. A veces estallaba una pelea, y entonces los guardias intervenían; pero más que separar a los beligerantes utilizando la fuerza bruta, se esforzaban en convencerles de que dejaran de luchar o fueran a discutir a otra parte. Era una ciudad donde reinaban las ideas. Ni siquiera la noche interrumpía las conversaciones.

Cuando llegaba la oscuridad, sacaban antorchas a las calles y los oradores debatían a su luz vacilante. Dos sillas bastaban para seis culos. Por ello, la carreta se veía obligada a avanzar a paso de tortuga por la principal arteria de la ciudad.

—¡Dejad paso, convoy de filósofos! —se desgañitaba Emmanuel.

Poco a poco, la gente se apartaba de su camino; pero, como el mar que vuelve a cerrarse tras el casco que lo hiende, otros los reemplazaban. Por todas partes había puestos de venta de panecillos, de golosinas o de vino, puestos móviles que no esperaban al cliente, sino que se adelantaban a él. Mejor aún: se encargaban de crearlo. Una mujer, célebre por el apetito de sus hijos, era perseguida por media docena de vendedores ambulantes. Uno quería venderle tenedores y cuchillos, indispensables para los grandes de la ciudad. Otro, trapos para secarse los dedos; y un tercero, ¡pintura de labios! La mujer no les prestaba la menor atención, y confiaba a sus lacayos la tarea de ahuyentarlos.

Casiopea y Emmanuel seguían avanzando, esforzándose en rechazar todo lo que les ofrecían.

Después de haber comprado un montón de fruslerías sin ninguna utilidad, por fin vieron dibujarse, al extremo de la avenida, uno de los pórticos que conducían al Ojo de la Tierra. Como era la hora de la comida, varios carros —algunos cargados de cabras y otros de pescado fresco— se amontonaban allí, apretados los unos contra los otros. Nadie estaba autorizado a avanzar sin haber sido registrado antes. Unos guardias hundían sus lanzas en los sacos de grano, abrían los barriles de vino y examinaban a los animales.

—¿Qué temen? —preguntó Emmanuel.

—Hace varios años, unos asesinos consiguieron penetrar en el palacio del emperador ocultándose en la estatua de un elefante.

—Curiosa idea.

—Afortunadamente —explicó Kunar Sell—, Colomán estaba ahí. El desenmascaró a los intrusos y los pasó por el filo de la espada.

—Supongo que así se ganó su título de maestro de las milicias —aventuró Emmanuel.

—No —dijo Kunar Sell—. Por entonces ya lo era.

En ese momento, un guardia les indicó con un gesto que se acercaran.

—¿Qué vendéis?

—Buenos cerdos bien rollizos.

—¿Cuántos?

—Solo una decena.

—¿Cuánto queréis por ellos?

—Dos besantes.

El guardia inspeccionó la carreta, pero el hedor era tan fuerte que rápidamente renunció.

—Entrad, entrad —les dijo—, id a ver al pagador general.

Después de indicarles que franquearan la entrada del palacio, se dirigió hacia otro carro.

—Ya veis que no era tan difícil —dijo Casiopea.

—No. Es ahora cuando se complica.

Según el cargamento que transportaban, los carros debían dirigirse hacia los edificios «calientes» o hacia los «fríos». En los edificios «calientes», los animales pasaban a manos de los descuartizadores, y en los «fríos», las mercancías quedaban depositadas a la espera de una próxima comida.

—El lugar que nos interesa está al nordeste —explicó Kunar Sell.

Desde que estaban en Constantinopla, Emmanuel se sentía cada vez más inquieto.

—¿Estáis de verdad segura de que no queréis que os acompañe? —le preguntó a Casiopea.

—Me pondríais en peligro, es demasiado arriesgado.

—Silencio —les dijo Kunar Sell—. No es el momento de hablar de esto. Nos acercamos...

Mientras entraban en un espacioso almacén, Casiopea aprovechó una sacudida del carro para dejarse caer al suelo y deslizarse bajo las ruedas del tiro vecino. Pasando entre las patas de un buey, y luego de un asno, llegó a un largo corredor en tinieblas. Si sus recuerdos eran exactos, la terraza donde se invitaba a los nuevos reclutas a festejar la noche de su llegada se encontraba situada justo al otro lado. Solo tenía que llegar al jardincito, del que ya percibía el aroma a hierba y rosas recién cortadas, y luego pasar a lo largo de un muro decorado con magníficos frescos...

La dificultad estribaba en evitar a los numerosos guardias y aprendices de la milicia que se encontraban en esos parajes. Incluso los sirvientes eran militares. No había ni un solo civil. Casiopea dio la vuelta al velo de lino blanco que le cubría el rostro y desveló el forro. De color negro. Se dirigió al extremo del corredor y echó una ojeada al cielo para asegurarse de que su halcón volaba en las alturas. Efectivamente, el ave estaba allí, trazando giros pausados en el aire.

«Todo va bien», se dijo Casiopea. Se deslizó detrás de un seto de cipreses y se acercó a una pequeña puerta. Cerrada con llave. No sería eso lo que la detuviera. Revolvió en su limosnera y sacó unos cuantos ganchos y ganzúas. Muy pronto un «clic» le indicó que la cerradura había cedido, y empujó la puerta. Un soplo de aire fresco, cargado de un olor agridulce, le dio en la cara. Vino. El de las bodegas de la academia, una sala de grandes dimensiones donde estaban almacenados centenares de ánforas y toneles.

Allí esperó a que anocheciera, conforme a lo planeado, oculta entre dos barriles.

Cuando se hizo de noche, prosiguió su avance. Pero como el suelo de la bodega estaba cubierto de arena, se veía obligada a borrar sus huellas, y por tanto a progresar despacio. Además, estaba todo muy oscuro, lo que complicaba su labor.

Ligera como una gacela, avanzó cautelosamente hacia el fondo de la sala, iluminado por la luz que llegaba de una claraboya. Una escalera de piedra conducía a una puerta —«que da a las cocinas», recordó Casiopea—. Volvió a verse, con doce años, abriendo esa puerta y bajando esos mismos escalones para ir a buscar un barril a la bodega. En aquellos tiempos no tenía fuerza suficiente para levantarlo, de modo que había tenido que inventar toda clase de estratagemas para moverlo. Generalmente lo hacía rodar. O repartía el contenido en varios toneles más pequeños que transportaba de uno en uno, y luego de dos en dos. Hasta el día en que llegó por fin a levantar todo un barril. Ese día —lo recordaba como si fuera ayer—, Colomán la había ascendido a «marmitón». Ella, que al principio creyó que aquello le haría la vida más fácil, pronto tuvo una decepción al ver que, en lugar de barriles de vino, ahora tendría que transportar grandes calderos hirvientes desde las cocinas a los comedores. Sonrió al evocar esos recuerdos y se preguntó: «¿Tuvo también Morgennes que superar estas pruebas?».

—Vamos —murmuró—. No perdamos tiempo...

Después de asegurarse de que tenía el camino libre, se dirigió rápidamente a la escalera de piedra que conducía a las cocinas. Cuando llegó al pie de la escalera, se le ocurrió una idea. ¿Por qué no subía con un tonel para ocultar su rostro? Así se confundiría con el decorado.

Descubrió un tonel del tamaño adecuado, lo agarró y se lo cargó sobre el hombro izquierdo. El problema era que siempre había una increíble cantidad de gente en las cocinas. Y en la residencia de Colomán, una mujer era necesariamente una intrusa. Hizo un esfuerzo para recordar la distribución del lugar en el que iba a entrar. Cocinas hasta donde alcanzaba la vista, de techos altos, donde hileras de ollas y de hornos convivían con nubes de vapor y gritos estridentes. Con un poco de suerte tendría tiempo de girar a mano derecha, hacia una pequeña biblioteca donde se encontraban almacenadas miles de recetas de cocina y de donde partía una escalera metálica que subía hasta los apartamentos de Colomán.

Inspiró hondo y luego entró en las cocinas, como había hecho en otro tiempo centenares de veces. Una oleada de calor y ruido la golpeó en la cara. Los marmitones corrían en todas direcciones mientras les llovían órdenes de todos lados: «¡Más caliente!», «¡No tan frío!», «¡Más agua!». Chorros de vapor surgían del suelo silbando y tropezaban con las bóvedas del techo, donde se transformaban en bruma antes de caer chorreando sobre las losas de las cocinas. «No ha cambiado nada», pensó Casiopea mientras se dirigía apresuradamente, con la cabeza baja, hacia la

biblioteca. Unos jabalíes se asaban suspendidos de unas barras. Los pollos pasaban por las manos de los aprendices para ser decapitados, y eran tantos que sus cabezas formaban una pila que llegaba hasta las rodillas de sus verdugos.

«Así se acostumbra uno a la sangre», pensó Casiopea, recordando una vez más a su padre y preguntándose si también él habría decapitado pollos. «Un paso más y ya estoy», se dijo mientras procuraba mantener la cara entre su tonel y la pared.

«Es aquí.»

Pero en ese momento la puerta de la biblioteca se abrió de golpe para dar paso a Colomán.

Capítulo 51

Había quedado convenido entre nosotros que se dirigiría directamente al Puente
bajo el Agua.

Chrétien de Troyes,
El Caballero de la Carreta

Como habían convenido, Emmanuel condujo la carreta, ahora sin cerdos, hacia el Bósforo, cerca del famoso puente submarino por donde Casiopea debía surgir como Venus de su concha.

—Es aquí —dijo Kunar Sell al llegar a una zona de la ribera del Bósforo particularmente arbolada.

Una densa niebla se cernía sobre las orillas bajas que descendían suavemente hacia el río. Faltaba poco para la medianoche, y en el cielo estrellado la luna en su cénit hacía relucir suavemente las cúpulas doradas de las numerosas iglesias de Constantinopla.

Emmanuel, de espaldas a la carreta, contemplaba las aguas del río. En la otra orilla, barcas, naves y *uscieri* descansaban a la espera del frenesí de la mañana. Al levantar los ojos, vio el Santuario de la Virgen, y le dirigió esta plegaria silenciosa: «Mi Señora, tomad a Casiopea bajo vuestro manto».

El grito de un pájaro le respondió: era el halcón, que pasaba volando pausadamente ante la luna.

«¡Ha entrado!», pensó Emmanuel.

Su mirada se concentró en las aguas de donde emergería Casiopea. Pero ¿cuándo? ¿Y en qué estado? Se estremeció ante la idea de haber fracasado en su misión. «Había prometido que vigilaría la espada...» Se veía, como Morgennes, condenado a hundirse en el infierno para ir a recuperarla. Pero en realidad lo que le turbaba no era únicamente haber dejado la espada sin vigilancia, sino haber abandonado a quien la llevaba consigo. Casiopea. Lanzó un suspiro, que rápidamente se transformó en una nubecilla por el frío. Se preocupaba mucho más por ella que por la espada. Le resultaba difícil confesárselo. Pero eso era lo que sucedía.

Nervioso, se acercó al agua, que reflejaba la luna multiplicándola. Todo estaba en calma. El cielo y sus lánguidas nubes contribuían a crear una atmósfera de dulzura, de la que el peligro parecía desterrado; incluso la bruma que flotaba sobre el Bósforo parecía indiferente a los riesgos que asumía Casiopea y ascendía para dislocarse entre los árboles. Solo la masa imponente del Ojo de la Tierra, con sus troneras a través de las cuales se filtraba el resplandor del fuego, hacía gravitar sobre ellos una sensación de amenaza.

De pronto, la voz de Rufino interrumpió intempestivamente el silencio.

—De hecho, ¿cuánto hemos ganaado con esos ceerdos? —dijo desde la mochila donde le habían metido.

—Dos besantes —le informó Kunar Sell mientras masticaba una brizna de hierba.

—¡Dos besaaantes! ¡Por la sangre de Cristo! ¡Voy a hacerme charcuteeero!

—Estáis completamente loco —le dijo Kunar Sell.

—Es normal, he perdido la cabeeeza.

Capítulo 52

De ahí viene el ruido de gemidos y el son de crueles latigazos: ahí es el rechinar
de cadenas de hierro que se arrastran.

Eneas se detuvo y permaneció inmóvil, aterrorizado por el escándalo.

Virgilio,
Eneida

Casiopea no pudo contenerse y dio media vuelta bruscamente. Aprovechó un chorro de vapor escupido por una olla para ocultarse de Colomán y le observó. No había cambiado. La misma masa compacta de músculos y agilidad, que se desplazaba con una facilidad sorprendente. Tenía un aire a la vez de pantera y de lobo, de un gran lobo negro, de un jefe de manada. Pues Colomán reinaba sobre su academia como el diablo sobre los infiernos, y nadie osaría desobedecerle.

«Nadie —se dijo Casiopea—, excepto yo.»

Porque, efectivamente, durante su estancia en la academia Casiopea no tardó demasiado en negarse a ejecutar las misiones para las que la habían formado, al encontrarlas repugnantes y horribles. «¡No haréis de mí una esclava!»

«¡Prometiste servirme durante toda tu vida!», le había recordado Colomán. Y era cierto. Incluso había añadido en el momento de prestar juramento: «¡Cruz de madera, cruz de hierro, que vaya al infierno si miento!».

«Pues bien, ya está hecho», pensó.

En esa época, Colomán se había limitado a expulsarla de la academia, refunfuñando: «¡Que la peste sea con las mujeres y con toda esta familia!». Casiopea había creído que hacía alusión a su madre, a Chrétien de Troyes o a Gargano. Pero ahora se decía que Colomán debía de pensar en Morgennes.

«Quién sabe. Después de todo, tal vez me aceptó en su academia, donde normalmente las mujeres están prohibidas, porque sabía que Morgennes era mi padre...»

Oculto por el vapor y por su tonel, Casiopea vio cómo el megaduque caminaba hacia una de las escaleras que conducían a la planta baja. No apartó la vista de él, porque quería asegurarse de que se había ido. Pero, de pronto, Colomán aminoró el paso. Se volvió, registrando con la mirada la alta sala abovedada. ¿Qué había oído? ¿O visto? ¿O sentido?

En torno a él, la actividad disminuyó. Los marmitones, salseros, asadores y maestros cocineros temían su cólera. Una oleada de terror se propagó por las cocinas, y su frenética actividad se fundió como la nieve al sol. Los «clac-clac» de los cuchillos sobre los mármoles callaron y en toda la sala ya solo se oyó el canto de las

ollas y las cazuelas.

Y, justo en ese momento, Casiopea estuvo a punto de trastabillarse. De repente, inexplicablemente, *Crucífera* pareció doblar su peso. Peor aún. Parecía pesar un quintal, y Casiopea dobló la rodilla derecha y estuvo a punto de soltar el tonel.

Por suerte, en el momento en que esto se producía —y en que los ojos de Colomán pasaban sobre ella—, una olla silbó a su lado envolviéndola en una densa nube de vapor. A pesar del calor, Casiopea se sintió aliviada. Al ver que Colomán miraba a otro lado, avanzó hacia la biblioteca y se escurrió rápidamente por la puerta.

Solo cuando estuvo dentro de la habitación se permitió —después de haber verificado que estaba vacía— dejarse caer al suelo y lanzar un resoplido. «Los libros me han salvado», se dijo, con las manos apoyadas sobre el tonel. Luego corrió el pestillo y, con la puerta cerrada, examinó el lugar. Un candelabro iluminaba unas estanterías donde se amontonaban miles de pergaminos.

«Me ocuparé de esto más tarde», se dijo Casiopea mientras desenvainaba a *Crucífera*.

La hoja de la espada brillaba con un vivo resplandor azul, pero volvía a tener el peso normal. «¿Qué te ha ocurrido?», le preguntó silenciosamente. Como es evidente, la espada no le respondió. «Es la primera vez que me haces esto...»

Poco a poco, *Crucífera* recuperó su brillo metálico habitual. Aliviada, Casiopea la devolvió a su vaina y colocó el tonel de través ante la puerta, por si venía alguien. Desde los estantes, el ojo de los pergaminos enrollados sobre sí mismos la miraba deambular en medio de los códices que se amontonaban en la habitación. Uno de ellos, redactado en griego antiguo, se titulaba *Cómo servir los dragones*. Casiopea lo hojeó con rapidez. Estaba escrito en unciales, es decir, en letras mayúsculas, separadas las unas de las otras. Curiosamente, no se trataba en absoluto de un manual de cocina, sino de una obra que explicaba que los dragones efectivamente existían y que desde siempre habían reinado como amos sobre la tierra. «El hombre ha nacido para servirles», explicaba esta obra, escrita por un narrador anónimo que pretendía ser un contemporáneo de Alejandro Magno.

De hecho, según decía también el libro, el propio Alejandro Magno era un dragón que había tomado forma humana. «En fin —se dijo Casiopea—, al menos no habré venido para nada...» Cerró la obra, pero en ese momento unos pergaminos escaparon de ella. «¿Qué es esto?» Casiopea los recogió y vio unos símbolos trazados con tinta violeta, en una lengua desconocida, encabezados por un título en latín: *Draco fictio*. Alguien debía de haber comentado ese manual y tomado notas. Pero había algo que la intrigaba. La escritura... Se trataba de minúsculas cursivas, formadas por una mano delicada. No, no era la de Colomán —como podía esperarse—, sino la de una mujer. ¡Hubiera podido jurarlo! Un estremecimiento le recorrió la espalda. ¿Sería la de la legendaria Shyam? Esa «maestra de las especias», a la que Casiopea nunca había

conocido, había sido una de las últimas mujeres (antes que ella) en haber sido aceptada en la academia. ¿Cuántas veces no había oído, al amparo de la noche, alabar sus conocimientos, su sabiduría? Se decía que Colomán la había matado. ¿Por qué razón? Era un misterio.

Al parecer, Colomán había estado allí para consultar esa obra, o las notas que había dejado escritas Shyam.

El texto, redactado en una lengua que Casiopea no conocía, era indescifrable; pero forzosamente tenía que haber alguien, en algún sitio, que fuera capaz de leérselo. Metió el libro y las notas en la mochila estanca que Kunar Sell le había fabricado y continuó su camino.

La escalera metálica ascendía girando sobre sí misma hacia una habitación circular en la que se abrían unas pequeñas ventanas redondas. «Curiosa decoración — pensó Casiopea—. Se diría que procede de otro tiempo, de otro mundo...» Aguzando el oído para asegurarse de que nadie se encontraba cerca, se aproximó con pasos sigilosos a una puertecita y la abrió despacio. Nadie... Entonces vio un largo pasillo, y reconoció el interior del faro de Colomán. «Según Kunar Sell, el lugar que busco no está lejos...»

Mientras avanzaba unos pasos por el interior del pasillo pudo admirar diversos dibujos y esbozos que se encontraban colgados en las paredes: esquemas de armaduras y de barcos, uno de los cuales recordaba al Arca de Noé. Aromas de cobre empezaron a flotar en torno a ella cuando alcanzaba la salida del faro para dirigirse a un jardín que descendía en terrazas hasta el Bósforo. El olor de las acacias perfumaba el aire. La noche era cálida, tranquila, envolvente. Casiopea se deslizaba en ella como en un amplio vestido de seda, tranquilizada por la presencia de su halcón, que volaba muy alto en el cielo, estrella entre las estrellas.

El vuelo del halcón le proporcionaba todo tipo de informaciones. Posible presencia de un peligro, dirección a seguir... El riesgo era que podía hacer que la descubrieran. Colomán lo conocía, y si llegaba a verlo, sin duda lo identificaría.

En el fondo del jardín Casiopea distinguió un antiguo pasaje disimulado entre las plantas. Sin las informaciones de Kunar Sell, nunca se hubiera fijado en él. A decir verdad, era más una abertura que un pasaje; una falla abierta a otro mundo: el palacio tal como existía en la época de Constantino. De pronto escuchó un ruido en la oscuridad y se quedó petrificada. Encogiéndose sobre sí misma, tratando de confundirse con la vegetación, observó. Ahí, en el jardín, una forma imposible avanzaba a paso lento. ¿Qué era aquello? Un dragón.

Pero un dragón de pequeño tamaño, montado por un soldado equipado con una armadura erizada de pinchos y una lanza. «¡Un draconocite!» Según Kunar Sell —que sabía de qué hablaba— eran más temibles que los guardias de corps del emperador.

Entonces, en el cielo, su halcón lanzó un grito. No era cuestión de pelear, sino, al contrario, de mantener la discreción. Nadie debía saber que estaba allí para apoderarse de...

«Una armadura. En la parte antigua del palacio.»

Centrando toda su atención en su objetivo, Casiopea olvidó al draconocte y a su dragoncillo y se deslizó discretamente por el pasaje que tenía enfrente. Mientras avanzaba entre las ruinas de un corredor medio derrumbado, recordó haber leído —en el *Tratado de armería* de Mardi al-Tarsusi—, la descripción de una armadura forjada por Hefesto para la reina de los cráneos. Una armadura cuyas piezas se articulaban al modo del caparazón del bogavante y que confería a aquel que la llevaba la capacidad de moverse y de respirar bajo el agua. Esta armadura, de un rojo escarlata, había sido ofrecida luego a Alejandro Magno para permitirle explorar la Atlántida.

Casiopea, a la que esta leyenda fascinaba, se preguntó de qué color serían las armaduras que encontraría.

Rojas. Sin embargo, no por eso dedujo que tenía que tratarse de copias de la armadura de la reina de los cráneos, aunque el parecido fuera turbador. Porque, desde el lugar donde se encontraba —al borde de una balsa en el fondo de la cual se alineaban dos docenas de armaduras—, Casiopea se dijo que aquellas protecciones podían haberse fabricado perfectamente a partir de escamas de dragón. Después de todo, ¿no les habían dado caza los antiguos por este mismo motivo: para hacerse armas y armaduras?

Respirando hondo, Casiopea buscó con la mirada un torno o una polea, pero no había ninguno. Sin embargo, una ligera pendiente permitía descender hasta el fondo de la balsa. Por lo que parecía, podía ponerse la armadura bajo el agua. «Es extraño», se dijo; pero, después de todo, no era mucho más extraño que recorrer unos pantanos cuyos vapores provocaban amnesia.

De repente, su espada se hizo más pesada.

«¿Colomán?»

Casiopea se apresuró a desnudarse. ¡Deprisa! ¡Más deprisa! Conservando solo a *Crucífera* y su mochila estanca, entró en el agua. Una de las armaduras, no tan grande como las otras, parecía hecha para ella.

En ese momento unas ondas de choque hicieron temblar las cajas que se encontraban en la habitación. Una lluvia de polvo cayó del techo, añadiéndose al agua turbia.

—¡Los draconoctes!

Casiopea se hundió en el agua fría, arrastrada por el peso de *Crucífera*. Al lado de las armaduras el agua era roja, como si hubieran vertido sangre en ella. Casiopea agitó los brazos y las piernas para acercarse a la armadura que había distinguido y

deshizo las ataduras, que se movieron bajo sus dedos como si hubiera repetido esos gestos un millar de veces. «Estoy segura de que normalmente unos asistentes ayudan a los caballeros a colocárselas...», se dijo mientras empezaba a ponérsela. Entonces, ¿por qué lo conseguía ella tan fácilmente? No sabía por qué, pero tenía la impresión de que una presencia la apoyaba. «Yo ya he hecho estos gestos, o alguien que los ha hecho miles de veces me está ayudando.»

Apenas se había colocado la armadura, un dragoncillo hizo su aparición silbando de cólera.

Con el corazón palpitante, Casiopea se dirigió hacia el fondo de la balsa, manipuló una especie de rueda que abría una puerta circular disimulada en medio de los frescos, y la cruzó mientras los virotos de ballesta caían en torno a ella golpeando silenciosamente los mosaicos de la balsa.

Una vez en el otro lado, volvió a cerrar la puerta y la bloqueó con la vaina de *Crucífera*. La espada lanzaba unos destellos azules tan intensos que parecía que se hubiera desencadenado una tempestad, y era tan pesada que Casiopea apenas podía levantarla.

En el lado de la balsa, unas manos trataron de forzar la puerta, mientras Casiopea se alejaba con pasos lentos y pesados en dirección al Bósforo, donde sus compañeros aguardaban su llegada. O al menos, eso esperaba.

La vía de las armas



Capítulo 53

¡Oh, qué clemente fue la que vino en mi socorro!

Dante,
El Infierno

Un año entero había pasado desde su expedición al Ojo de la Tierra, y para Emmanuel no había duda posible: si Casiopea había triunfado, había sido gracias a la Virgen María. Para agradecer su ayuda a la santa Señora, patrona de su orden, se pasaba el día rezando en la pequeña capilla del palacio de Tiro, asegurándole que la veneraría «durante toda su vida», por hablar como Casiopea. Una Casiopea que ocupaba cada vez más sus pensamientos, hasta el punto de que a menudo soñaba con ella. La veía enfrentada a un peligro del que él no podía salvarla, y luego se despertaba, empapado en sudor, y se juraba que nunca más la dejaría aventurarse sola en el antro de quien fuera o de lo que fuese.

Todo un año durante el cual Casiopea se había esforzado vanamente en comprender por qué *Crucífera* se había vuelto más pesada de repente en presencia de Colomán, mientras Rufino perdía la vista leyendo el manuscrito titulado *Draco fictio*. A pesar de todos sus esfuerzos, el antiguo obispo de Acre no había conseguido descifrar las extrañas cursivas trazadas con tinta violeta.

—¡No entiendo nada de estos símbolos! —refunfuñaba—. ¡Me haces perder el tiempo!

Y bajando los ojos, señalaba la pila de pergaminos que Casiopea había robado en las cocinas de Colomán.

—No es latín, ni griego, ni árabe, ni arameo... ¡Ni tampoco romano, ni sajón, ni germano! ¿Qué quieres que entienda! El hecho de que los esté mirando un día tras otro no hará que se desprendan de su ropaje de misterio.

—No seas gruñón —dijo Casiopea metiendo los pergaminos en su alforja—. Pensé que te divertiría; estos curiosos símbolos forman unos dibujos muy bonitos. Me dije que, al modo de las estrellas, que acaban por revelar sus secretos al que las observa durante mucho tiempo, estos caracteres acabarían por hablar a alguien tan inteligente como tú. Me equivoqué. *Mea máxima culpa...*

Rufino levantó sus grandes ojos hacia ella y tomó conciencia de su tristeza. Casiopea tenía la sensación de que se trataba de un documento importante, al menos tan importante como lo que habían sabido sobre las setas gracias al diario íntimo de Guillermo de Tiro, que habían encontrado en la catedral.

Tenemos por seguro y estamos firmemente convencidos de que no nos

equivocamos cuando escribimos aquí que Jesús y sus discípulos, los apóstoles, habían adoptado la costumbre, procedente de una secta muy antigua, de cultivar setas en cavernas situadas por encima del mar Muerto. Aunque la historia de estas setas no nos sea conocida, pensamos que son originarias de Etiopía, la tierra de los Rostros Quemados. Y más concretamente de los pantanos del Lago Negro, que otros llaman también Pantanos de la Memoria o Pantanos del Olvido, como si en ellos se pudiera perder la memoria o beber los recuerdos de otros. Estas setas, que los antiguos romanos llamaban Amanita muscaria, o más comúnmente Vita verna, fueron objeto de un culto de la fertilidad desde la más alta Antigüedad, y creemos saber que el ilustre y muy glorioso Alejandro Magno las consumía con regularidad.

Igual que —y lo consignamos aquí para cumplir con un deber de verdad mientras invitamos fraternalmente al lector a perdonarnos que revelemos lo que otros, menos escrupulosos que nosotros, hubieran preferido ocultar guardando silencio— Nuestro Señor Jesucristo.

Tras leer estas palabras, Casiopea abandonó a Rufino y partió inmediatamente en busca de Emmanuel. Lo encontró en la capilla en compañía de Kunar Sell, con el que conversaba en tono grave.

—¡Emmanuel! ¡Kunar Sell! —les gritó.

Al verla toda sudorosa y con las mejillas escarlatas, Emmanuel creyó que se había producido un nuevo desastre. En cuanto a Kunar Sell, el danés empuñó su pesada hacha.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó.

—¡Venid a ver! ¡Las setas! ¡Las setas!

—¿Qué setas? —preguntó Emmanuel.

—¡Las del Lago Negro! ¡Guillermo de Tiro las menciona en su diario! ¿Es que no lo comprendes? ¡Los Pantanos de la Memoria!

—Justamente íbamos a hablarte de eso. Kunar Sell...

El caballero del Hospital se volvió hacia el antiguo templario blanco, que se inclinó y dijo a Casiopea:

—Señora, tengo dos noticias que anunciaros: una buena y una mala. ¿Cuál queréis primero?

Casiopea no dudó ni un instante.

—La mala.

—Los bribones de Ridefort y Lusignan se han hecho liberar de su juramento por Heraclio...

—El padre de Rufino —comentó Casiopea.

—Han tomado las armas para llevar el combate a Acre, donde se enfrentan a las tropas de Saladino.

—Es una mala noticia, en efecto. Principalmente para mi tío.

—Para nosotros también, porque el marqués de Montferrat ha decidido unirse a ellos.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Cansado de esperar a unos reyes que tardan años en cruzar el Mediterráneo, temiendo ser tachado de cobarde por toda la cristiandad, ha preferido unirse a Lusignan y Ridefort antes que ver cómo se arrogan ellos el título de vencedores.

—Entonces hay que ayudarle, ¡por descontado! ¿Y la buena noticia?

Kunar Sell sonrió ampliamente.

—Los judíos que Montferrat hizo venir a Tiro —la informó— han conseguido penetrar en los secretos de la armadura de los cráneos. Están fabricando una réplica. De aquí a un mes, creen que podrán tener dos. Y una tercera si esperamos a Navidad.

—Con una bastará, ya que solo me acompañará Emmanuel.

Casiopea se volvió hacia el hospitalario, que seguía encargado de escoltar a la portadora de *Crucífera*.

—Si te parece bien, evidentemente —añadió.

—No veo ningún inconveniente —replicó él sonriendo.

Kunar Sell dio un paso adelante.

—Señora, es mi deber recomendaros que esperéis —la advirtió—. Yo también tengo una deuda que saldar que nada borrará nunca. Frente a mí mismo y, sobre todo, frente a Morgennes. Permitid que os acompañe.

—Gracias —replicó Casiopea—, pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Y si el marqués de Montferrat no tuviera necesidad de nosotros en Acre, creo que partiría inmediatamente hacia esos pantanos.

—Yo nunca lo permitiría —sentenció Emmanuel.

—Ni yo —añadió Kunar Sell.

Ella les sonrió, feliz de tener tan buenos compañeros.

Capítulo 54

¡Afirman que habrá, e incluso que hay, un infierno!
¿Cómo queréis que crea en él?
Es un error o una mentira.

Si existiera un infierno para los enamorados, para los bebedores, el paraíso estaría
desierto.
Omah Jayyam,
Rubayat

Un infierno de barro, donde la tierra y la mierda rivalizaban con la blancura de las osamentas y el gris violáceo de los cadáveres. Fosas llenas de cuerpos, murallas y colinas formadas por los muertos, hombres caídos en combate, perforados por una flecha o una espada, con la cabeza metida entre los hombros por una maza o una piedra de catapulta que había enterrado el cuerpo y su grito en el barrizal que rodeaba a Acre.

Acre. Nunca una ciudad había llevado mejor su nombre, pensó Simón levantando los ojos hacia los muros rojizos que asediaba en compañía de las fuerzas de Lusignan. «Las fuerzas...»

—¿Quién habla de fuerzas? —masculló entre los pelos de su barba, aglutinados por la roña y el sudor.

Librándose de los restos de fango que ablandaba cada vez más una lluvia otoñal, se dirigió a pasos lentos hacia el Torón de San Nicolás, en la cima del cual se levantaba el pabellón del rey. Simón ya no conseguía recordar las razones que le habían impulsado a ir hasta allí.

Una roca cayó a unos pasos de él, impulsada desde las altas murallas de Acre, y entonces lo recordó: «Tengo que informarle de mi fracaso...».

Le habían encargado la misión de dirigir los trabajos de excavación emprendidos en el flanco este de la ciudad, y todo lo que ^ había conseguido era un agujero particularmente profundo, sí, tan profundo que había hecho que una parte de la muralla se derrumbara sobre sus propios zapadores. ¿Realmente deseaba ir a anunciar aquello al rey? Se encogió de hombros, indiferente a la suerte que le esperaba. Desde su fuga de Damasco ya nada tenía importancia para él. A decir verdad, se consideraba muerto.

«Sin Casiopea, la vida ya no tiene sentido.» Al pasear a derecha e izquierda su mirada encendida, vio a soldados con el cuerpo enflaquecido por las enfermedades y el agotamiento que se confundían con las paredes de las sombrías trincheras donde habían establecido su campamento. Cotas de malla hechas jirones, escudos y cascos

abollados, rostros ennegrecidos por el humo de las batallas... Gemidos, suspiros que surgían de unas barbas tupidas atestadas de parásitos. Manos esqueléticas que se esforzaban en cerrarse sobre las astas de las lanzas o las empuñaduras de las espadas. Todos estaban al límite de sus fuerzas. Y lo mismo podía decirse de los sarracenos. «Al final —pensó Simón— realmente he acabado por encontrar el infierno...»

No se habría sorprendido si se hubiese cruzado con Morgennes.

Con los miembros, las armas, la armadura y los cabellos cubiertos de ceniza y de fango, los soldados parecían salidos de los infiernos: un ejército de muertos, el *mesnie hellequin*. ¿Qué clase de demonios los conducirían al Sabbat?

Arrancándose con un ruido de succión de la tierra esponjosa, de la turba ensangrentada, levantó los ojos en dirección a las estacas inclinadas que defendían la tienda del rey Guido. Las fumarolas ascendían en torbellinos a un cielo saturado de negro donde las tormentas gruñían desde hacía varias semanas sin llegar a estallar. Simón se secó la frente, dejando en ella un rastro de hollín, y siguió subiendo. En la cúspide del pabellón, un estandarte pendía tristemente sobre la entrada. Los guardias, vencidos por el sopor, se habían sumergido en una apatía tal que parecía que se hubieran escurrido del estandarte. Todo el mundo estaba harto. Los asediados, de resistir; los asaltantes, de asaltar, e incluso el ejército de socorro enviado por Saladino para sorprender por la retaguardia a las fuerzas del rey Guido parecía haberse detenido. Cerebros embotados guiaban torpemente a unos miembros enviscados en una pesadilla.

Simón lanzó un suspiro, un vago gemido, y entró en la tienda. Los guardias ni siquiera hicieron el gesto de detenerle.

El rey se encontraba justo al lado de la entrada, cerca de un mueble. Tenía la cabeza inclinada, a causa del techo bajo, que le rozaba los cabellos. A través de la tela de algodón, agujereada por Dios sabe qué, una luz pegajosa se filtraba al pequeño espacio que el antiguo rey de Jerusalén ocupaba con su estado mayor.

—Majestad —dijo Simón.

El rey se volvió lentamente, como si emergiera de un sueño. Parpadeó, tratando de descubrir cuál de sus hombres se había dirigido a él, desde la abertura de su tienda.

Simón dio un paso adelante después de que sus ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad, o mejor dicho, de que la hubieran taladrado con las mil lenguas de fuego que ahora ardían en él y que le permitían ver incluso en la negrura pero lo teñían todo de rojo.

Se preguntaba por qué el rey no había ordenado que encendieran las antorchas. Pero, sobre todo, sentía la presencia de desconocidos. Su mirada se dirigió hacia la derecha, al rincón más oscuro de la tienda, y allí reconoció un resplandor azul, luminoso. «¡Crucífera!» Se mordió el labio inferior para no hablar. «¿Casiopea?»

¿Por qué no conseguía penetrar en las tinieblas de donde emanaba la horrible luz azul?

Su corazón latía desbocado y el sudor le corría por todo el cuerpo. Se irguió, fijó la mirada en el rey y cruzó los brazos a la espalda.

—¿Qué venís a hacer aquí? —le preguntó el rey.

—Mi informe.

Con un gesto, su majestad le indicó que hablara.

—Las paredes se han derrumbado...

—Bien...

—... sobre nuestros hombres.

Guido de Lusignan palideció, mientras Simón se arrodillaba y bajaba humildemente la cabeza.

—La muralla está casi intacta —añadió—. La operación ha sido un fracaso. Cavamos un agujero demasiado profundo y...

—¿Teníais intención de llegar a los infiernos para hacer surgir de allí a los demonios? ¿Creéis que no nos asedian ya bastante?

—Majestad, yo... Toda la culpa es mía. Haced lo que queráis conmigo.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos colgando a lo largo del cuerpo, Simón esperaba que le entregaran al verdugo. Pero Lusignan permanecía inmóvil. Parecía dudar. Finalmente chasqueó la lengua.

—Bah, al menos lo hemos probado... —dijo—. Pero todo esto va a cambiar. Porque tengo una buena noticia.

El rey invitó a Simón a levantarse.

—Creo que os conocéis —dijo.

Y señaló con la mano el lugar donde *Crucífera* —pero ¿era realmente ella?— brillaba.

—Yo... no lo sé —dijo Simón.

—Sí, nos conocemos —respondió Casiopea.

Entonces dio un paso adelante y Simón la vio, escoltada por Emmanuel y Kunar Sell y sosteniendo en sus brazos la cabeza de Rufino. Todos se observaron sin decir nada, mientras Simón se preguntaba qué estaban haciendo allí.

—Su exceleencia el marqués Conraado de Montferraaat nos envía a apoyaaar a su majestaaad —acabó por decir Rufino, dirigiendo una sonrisa desafiante al hombre que había tratado de asesinarle.

—Estoy encantado de ver que el marqués se une a mí —explicó Lusignan—. ¡Juntos venceremos!

—¿Cómo conseguiste sobrevivir? —preguntó Simón a Rufino—. Y vosotros, ¿cómo habéis podido llegar hasta aquí? Nuestro campamento está totalmente rodeado por las tropas de Saladino.

Efectivamente, mientras Lusignan asediaba Acre desde el 20 de agosto, el día 29, refuerzos enviados por el sultán habían llegado para cercarlos por la espalda. Acre era como un hueso de melocotón, un melocotón cuya pulpa eran los francos y la piel, el ejército de socorro enviado por Saladino. ¿Cómo conseguían resistir los francos entre estos dos adversarios? Para empezar, se habían procurado un acceso al mar, por donde les llegaban refuerzos regularmente. De algunos centenares, los hombres de Lusignan habían pasado a convertirse en millares. Y luego en decenas de millares. Así, desde el mes de septiembre de 1189, quinientos navíos habían llegado del norte por el estrecho de Gibraltar. Daneses, frisonos y flamencos —entre ellos el valeroso caballero Jacobo de Avesnes— se habían añadido a los bretones que ya se encontraban en el lugar. Luego habían llegado los franceses: los hombres del conde Enrique de Bar y los de Erardo II de Brienne, de Guillermo de Châlons, de Roberto de Dreux y de su hermano Felipe, obispo de Beauvais. Sin olvidar a numerosos caballeros de la Champaña.

En la llanura que ocupaban los cristianos empezaba a haber graves problemas de espacio. El lugar estaba abarrotado de soldados, y los refuerzos seguían llegando, cada vez más numerosos. Porque si los reyes tardaban, los marqueses y los condes, los duques, los príncipes y todos los que poseían un título se apresuraban a acudir a Tierra Santa. A finales de septiembre llegó el turno de que se añadieran a las numerosas tropas ya presentes a los italianos y los alemanes del arzobispo Gerardo de Rávena, el obispo Adelardo de Verona, el landgrave Luis de Turingia y el conde Otón de Gueldre.

Europa se apretujaba sobre un pedazo de tierra apenas más grande que París. De modo que lo que no podía ganarse horizontalmente se ganó verticalmente. Los zapadores excavaron galerías donde horadaron nichos, como en las catacumbas. Al principio había más vivos que muertos, pero luego los muertos se impusieron. Los cadáveres se utilizaban para consolidar los muros.

Llegaron nuevos refuerzos, y otra vez hubo más vivos que muertos. Pero menos alimentos para sustentarlos. El número de muertos creció de nuevo. Creyeron que aquello era el fin, el momento en que ganarían las ratas.

Fue en esta situación cuando Conrado de Montferrat decidió apoyar a los valientes —o los locos— que habían partido para atacar Acre y a los ejércitos de Saladino.

—Mi tío nos dejó pasar —respondió Casiopea—. En cuanto a Rufino...

—Yo no puedo moriir —acabó la frase el obispo de Acre en su lugar.

Simón observó a Casiopea. Desde su encuentro con la voz en las llamas, ella era la primera que escapaba al aterrador sudario de fuego con que su mirada lo revestía todo.

—¿Has venido para traicionarnos e informar a tu tío del estado de nuestros

ejércitos?

—¿Vuestro estado? ¿Crees que lo desconoce? No olvides que, día y noche, los observadores os espían desde las cimas de tres colinas. Nada se les escapa. Sabe más sobre vuestra situación que su majestad, aquí presente, que solo dispone, para que le informen, de un puñado de mensajeros forzados a moverse a pie por falta de caballos.

—Hemos tenido que comérnoslos...

Simón clavó la mirada en *Crucífera*. De pronto, la mano de Casiopea se posó sobre su pomo, y el resplandor azulado desapareció. Simón sintió que le temblaban las piernas.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, majestad? —preguntó Simón a su rey.

—Les escoltarás hasta su posición —respondió Lusignan—. Luego te acercarás a las líneas musulmanas y les transmitirás este mensaje: Nos, Guido de Lusignan, rey de Jerusalén, agradecemos al noble Saladino su generosidad. Rezaremos para que su alma no permanezca demasiado tiempo en el infierno y le decimos lo que sigue: «No, no hemos traicionado nuestro juramento, porque habíamos prometido atravesar el mar, cosa que hicimos al establecernos en el islote de Ruad después de haber abandonado Tortosa. Por otra parte, respetamos también nuestra promesa de no volver a ceñir la espada, porque nuestra espada está suspendida de la silla de nuestro caballo, y no de nuestra cintura. Y no peleamos con ella, sino con una maza...».

Simón sonrió, divertido, mientras Casiopea, Emmanuel y Kunar Sell permanecían impasibles, por más que los tres vieran reflejado en esa retórica todo lo que convertía a Lusignan en un personaje poco digno de aprecio; aunque tratara desesperadamente de redimirse y de hacerse perdonar el desastre de Hattin, la pérdida de la Vera Cruz o la caída de Jerusalén.

Sus artimañas siempre le habían permitido salir bien librado de cualquier aprieto. Y ahora, una especie de tristeza cubría su rostro como una máscara, una máscara que le convenía mucho mantener. ¿Se daba realmente cuenta del desastre que había provocado? El caso era que Lusignan seguía considerándose un rey, y pensaba: «Si he faltado, ha sido porque Dios lo ha querido».

Capítulo 55

Porque es aquí abajo donde la vida de los necios se convierte en un verdadero
infierno.

Lucrecio,

De natura rerum

Simón encabezaba la marcha, guiando a Casiopea y a sus amigos bajo un techo de nubes de tormenta tan bajo que, cuando una piedra de catapulta lo atravesaba, los relámpagos crepitaban furiosamente. Francos, sarracenos asediados en Acre o miembros del ejército de socorro, todos tenían derecho a su ración de relámpagos y de rocas caídas del cielo, que mataban cada día a una decena de guerreros. Aunque, desde principios de septiembre, ellos eran las únicas víctimas de este extraño conflicto donde los enemigos se esquivaban. Cuando los jinetes de Saladino descendían de sus colinas para atacar a los cruzados, estos rehuían el combate, protegiéndose detrás de sus trincheras. Y cuando los francos encontraban fuerzas para efectuar una salida, eran los sarracenos los que no respondían a su provocación y dejaban que atacaran a algunas escuadras situadas en la vanguardia del ejército.

¿Dónde estaban las vastas extensiones de hierba o de arena y las cargas de los orgullosos caballeros francos? ¿Dónde estaban los valerosos arqueros árabes, montados sobre sus caballos, que acosaban como tábanos los flancos de los combatientes cristianos?

El barro, el aburrimiento y las enfermedades habían acabado con ellos; hasta el punto de que algunos, preguntándose por qué guerreaban, ayudaban al enemigo a volver con los suyos: «No me mates, y yo no te mataré. Vuelve a tu campo, que yo haré lo mismo».

Casiopea y Simón caminaron un rato sin hablar. No sabían qué decirse. Tampoco sabían si era preciso que se hablaran. A veces, Simón aflojaba el paso, tratando de oír el tintineo causado por el roce de *Crucífera* contra la cota de malla de Casiopea. Pero los ruidos se mezclaban con los de una discusión cercana, o los de una partida de dados o Dios sabía qué: hombres lanzando juramentos contra Dios, hombres amando a mujeres, hombres u odres de vino.

Todo era de un marrón y un gris deprimentes, de tal modo que cuando Simón se secaba la cara, no hacía más que añadir tierra a la que ya le manchaba la frente. Aun estando de pie, estaba medio enterrado.

—Vamos a intentar una carga —dijo finalmente sin volverse.

Al llegar a lo alto de un montículo de tierra —en realidad, un cúmulo de cuerpos amontonados en desorden los unos sobre los otros—, tendió el brazo hacia el este.

¿Tal vez debería haber un sol ahí abajo? En realidad solo se veía una franja ancha de humo negro que ocultaba el horizonte.

—Por ahí.

Casiopea volvió la mirada hacia la zona que indicaba Simón y distinguió a su halcón.

—¿Qué es aquello? ¿Sobre qué está volando?

Simón dudó un instante. No sabía si debía convertir su respuesta en una especie de desafío, darle más fuerza de la que debería tener.

—El diablo en persona. Tu tío. Saladino —dijo finalmente.

Casiopea se encogió de hombros, como para conjurar al destino.

—¿Y Acre? ¿Ya no la atacáis?

—Es por culpa de esa torre —respondió Simón, volviéndose hacia el noroeste del campamento.

Y señaló una masa que emergía de la bruma.

—Es la Torre maldita... —prosiguió—. Al menos así la llamamos nosotros. Nuestros adversarios, esos perros musulmanes, la han bautizado como Torre de los Combates; en cualquier caso, es...

—¿Inexpugnable?

—Nos hemos estrellado contra ella en varias ocasiones. Yo mismo he fracasado en el intento de derrumbarla.

—Pero no en matar a tus propios hombres —siseó Kunar Sell.

Los dos caballeros se detestaban. Sin embargo, se conocían bien. Tal vez fuera eso precisamente lo que lo explicaba. En otro tiempo habían sido amigos, en la época en que estaban enrolados en las filas de los templarios blancos, si es que es posible hablar de amistad entre gente preocupada únicamente en guerrear. Sería más exacto decir que confiaban el uno en el otro para guardarse los flancos, para protegerse. «Kunar Sell está ahí, a mi izquierda. No hay nada que temer por ese lado.» ¿Cuántas veces habría pensado esto Simón? Una decena, tal vez... Pero también era indudable que Kunar Sell nunca se había dicho: «Simón está a mi derecha, no tengo nada que temer». Y Simón lo sabía. Para Kunar Sell —al menos en esa época— no había aliados. Solo existían su pesada hacha danesa y un enemigo al que hacer pedazos. ¿Quién protegía a Kunar Sell? El propio Kunar Sell. Y Dios, un poco.

Ninguna persona había contado nunca para aquel a quien los templarios blancos habían apodado el «diablo del hacha» o el «diablo nórdico». Cuando descargaba hachazos, segando a sus rivales como un campesino la cosecha, sus ojos llameaban, las aletas de su nariz se dilataban y el ruido de su respiración llenaba la atmósfera; una hoguera devoradora, un toro furioso al que nada, si no era la aniquilación del adversario, podía calmar.

No, realmente Simón nunca había sido tan importante para Kunar Sell como

Kunar Sell lo había sido para él.

Su puño se crispó sobre la empuñadura de la espada. ¿Por qué Kunar había cambiado de campo? ¿Por qué, después de haberse opuesto ferozmente a Morgennes, se había convertido en aliado de su hija? ¿Había sido su estancia en los calabozos sarracenos lo que le había hecho perder la cabeza de ese modo? Y si no, ¿qué? Tal vez el futuro se lo diría.

—Es aquí —dijo abriendo los brazos—. Instalaos. Como si estuvierais en vuestra casa...

—¿Y la carga? ¿No participamos en ella? —inquirió Emmanuel.

—No estaba previsto que participarais, y el rey no me ha ordenado que os invitara a hacerlo. Pero si queréis venir, ¿quién soy yo para oponerme?

Casiopea contempló la masa de cráneos calvos, peludos, revestidos de metal, abollados, enmohecidos, apolillados, vendados, ensangrentados, que se extendía desde la base del montículo donde se encontraba hasta perderse en una niebla salpicada de manchas pardas. Cráneos cuyos propietarios aferraban unos una pica y otros una espada o una maza. Cráneos impacientes por gritar: «¡Adelante! ¡Saquea! ¡Mata! ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!».

¿Impacientes? Lo cierto era que parecían jarras, cabezas de ánfora, tan inmóviles estaban. ¿Por qué no se movían? ¿Tal vez, por falta de espacio para estirarse, dormían erguidos? Atrapados entre Acre y las colinas donde Saladino había establecido su campamento, miles de soldados, marinos, infantes, caballeros obligados a ir a pie, francos, bretones, sajones, pisanos, provenzales, españoles, sicilianos y nórdicos, estaban plantados ahí, forzados a dormir en vertical... Como árboles en pleno invierno.

Casiopea, por su parte, parecía revivir la espera, como si su búsqueda no fuera más que eso, como si no fuera a ser nunca nada más que eso, como si solo pudiera ser una larga, larguísima y aterradora espera. En un puerto. En una ciudad. En un desierto. En un campamento... Y bien, ¿qué importaba si era así? ¿No era la paciencia su punto fuerte? ¿Y el de Morgennes? ¿No era capaz, como él, de esperar que el cielo perdiera sus estrellas, que el mar se secara, que la tierra se resquebrajara? «Esperaré sin desfallecer, como el alba espera que el sol venga a acariciarla, y la luna que la noche venga a revelarla. Esperaré, inmóvil, porque tengo confianza en el mundo. Sé que al final de los tiempos encontraré a mi padre.»

Su mirada se perdió en el horizonte, en la bruma donde volaba el halcón.

Capítulo 56

Juntos yacerán en el polvo, bajo una colcha de gusanos.

Job, XXI, 26

Caballos. Sí, caballos. Eso era todo lo que los caballeros necesitaban. Para cargar. Pisotear. Espantar. Aterrorizar. Ensartar. Decapitar. Destripar. Masacrar.

De modo que los infantes fueron a buscárselos. ¿Adonde? Al campamento de los mahometanos.

Manos ávidas, armadas de dagas y espadas, se tendieron y cortaron las gargantas de los sarracenos que hacían guardia en el cercado de los caballos. Luego esas mismas manos, rojas de sangre, guiaron a los animales hasta sus nuevos amos, esos caballeros desnaturalizados a los que el hambre había privado de montura y que encontraban insólito tener que hollar el suelo. Pies impacientes por sentir el estribo, rodillas ansiosas por oprimir el cuerpo húmedo y caliente que montaba su dueño, nalgas hambrientas de silla, manos empuñando riendas y lanza.

Cuando un centenar de caballeros se reunieron y los sarracenos, cobrando ánimos, hicieron frente a los francos, las filas de los infantes que habían ejecutado con éxito el audaz golpe de mano se abrieron, dejando que pasara la tormenta. Un trueno de gritos y relinchos resonó, acompañado por el clamor de las bocinas, las trompetas y los tambores de guerra. Siguió un galope desenfrenado, que se metamorfoseó en una avalancha de cuerpos y de pateos, de lanzas ensartando al enemigo y aullidos de dolor.

«Oh sí, teníamos razón en no obsesionarnos con esta torre. Teníamos razón en no obsesionarnos. En no obsesionarnos...» Simón cargaba, pero su mente estaba en otra parte. Y aunque veía cómo su mano guiaba a su lanza hacia un pecho enemigo y la abandonaba luego para recurrir a la espada, no estaba realmente ahí. Pensaba en Morgennes, en Casiopea.

«¡Lo di todo por salvaros!»

¿Qué hacía Casiopea? ¿Se servía de *Crucífera*, la espada que no debía matar? No, *Crucífera* seguía en su vaina, y Casiopea permanecía en la retaguardia, acompañada de sus amigos. «Traidores —pensó Simón en medio del fragor del combate—. ¿Por qué no luchan?»

Su arma golpeó de nuevo y partió en dos a un sarraceno; pero apenas saboreó la victoria, porque se preguntaba por qué razón Casiopea se había quedado atrás, bajo el estandarte de Guido de Lusignan.

Este último se había puesto al frente de la carga, en compañía de un potente batallón de templarios mandados por Gerardo de Ridefort. Los caballeros del Temple

sembraban el terror entre los hombres de Saladino, hasta el punto de que sus arqueros de a pie corrían tan rápido como sus perseguidores. La ofensiva era un éxito. «¡Montjoie! ¡Montjoie! ¡Mata! ¡Mata!» Algunos caballeros ya llegaban al pabellón del sultán, que lo había abandonado para refugiarse unas millas más lejos, al otro lado de la colina Ayádiya.

Los guerreros de hierro se abandonaron a la embriaguez de la victoria. Simón, sin embargo, tiró de las riendas de su montura y le hizo dar media vuelta bruscamente. Aunque su carga se había visto coronada por el éxito, ¿dónde estaban los infantes que les seguían? Una gran distancia los separaba de los jinetes. Impulsados por su entusiasmo, los caballeros no se habían percatado de lo alejados que estaban de sus líneas. Por otra parte, no se habían dado cuenta de gran cosa, concentrados únicamente en hacer aquello para lo que les habían entrenado desde su infancia: espolear a su montura y golpear con la espada.

El campamento de Saladino fue sometido a un pillaje en el que los nobles brutos robados a los sarracenos quedaron reducidos a vulgares bestias de carga. Sin embargo, por suerte para los francos, no todos habían perdido de vista el auténtico objetivo de su ofensiva: apoderarse de Saladino, o en todo caso ahuyentarlo tan lejos que se lo pensara mucho antes de decidirse a atacar a los cristianos establecidos en torno a Acre.

—¡Soldados! —gritó Simón—. ¡Mis nobles y buenos hermanos, caballeros!

Algunas cabezas se volvieron hacia él; en su mayoría eran monjes militares que se agrupaban en torno al gonfalon bausán, símbolo de adscripción de los caballeros del Temple.

—¡Hay que dar media vuelta! —chilló Simón con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡No permitamos que corten nuestras líneas! ¡Pensad en los infantes que tratan de unirse a nosotros! ¡No nos dejemos rodear por el adversario!

—¿El adversario? —le respondió un franco—. Está más preocupado en huir que en contraatacar...

Simón partió al galope para reconocer el terreno desde la cima de Tell Keisán, donde Saladino había establecido su campamento. Justo detrás, las banderas negras y amarillas de los musulmanes serpenteaban como si estuvieran realizando una maniobra. De pronto el aire vibró con los redobles de los tambores, y unas nubes de humo, más negras y más compactas que las precedentes, se elevaron en la bruma de ese 4 de octubre de 1189.

Un instante después, las trompetas de Acre respondieron a los tambores de Saladino. De las altas murallas de la ciudad asediada se elevaron volutas de humo que fueron a unirse a las oscuras columnas que ascendían del campamento del sultán.

—¡Nos van a atacar por la espalda!

Con un horrible chirrido, las puertas de Acre se abrieron. El puente levadizo bajó

y un diluvio de soldados se lanzó al asalto de los cristianos.

Los caballeros, sorprendidos, se miraron unos a otros. ¿Cómo era posible? ¿Los musulmanes no habían huido con el rabo entre las piernas bajo los golpes de su señor? Los habitantes de Acre, para no quedarse atrás y apoyar a sus soldados, izaron sobre las almenas banderas tomadas a los francos, adornadas macabramente con cabezas de cristianos decapitados en el curso de los combates precedentes.

Entre los francos cundió el pánico. ¿En qué lado había que contraatacar? ¿En el norte, contra el flanco derecho de Saladino, o bien en el centro, donde el grueso de los caballeros se esforzaba en dar media vuelta? ¿Había que avanzar en dirección al pabellón del rey, para que el enemigo no se apoderara de él, o bien lanzarse hacia Acre y tratar de tomarla por la fuerza a pesar de las oleadas de guerreros que vomitaban sus fauces? Los cuatro puntos cardinales conspiraban contra ellos, y solo gracias a la tierra y los cielos los cristianos pudieron salvar sus vidas. Porque el fango, mezclado con cuerpos medio descompuestos y armaduras oxidadas, frenó el avance de los musulmanes, dejándoles el tiempo necesario para reagruparse.

Al mismo tiempo que esto sucedía, Casiopea, Kunar Sell y Emmanuel —que muy oportunamente se habían quedado en la retaguardia— protegían el campamento de Lusignan, mientras los templarios formaban con sus escudos una barrera defensiva, verdadera muralla de hierro que oponían valerosamente a la contraofensiva musulmana.

Saladino, después de reunir a su ala derecha en retirada, había realizado una hábil maniobra destinada a acorralar a los franjis en una pinza entre Acre y sus propias tropas. Su ala izquierda, que había permanecido intacta, se lanzó contra los hombres de a pie que los caballeros francos —demasiado impacientes por hacerse con las riquezas de su campamento— habían dejado atrás. Los piqueros, los ballesteros, los que para combatir no tenían más que un puñal o una espada corta, vieron cómo se lanzaban sobre ellos varios miles de musulmanes ebrios de júbilo, que les rociaron con una nube de flechas antes de rematarlos con la cimitarra.

Conrado de Montferrat, que no se había desplazado hasta Acre para morir allí, se había unido a los esfuerzos desesperados de los templarios para contener la carga de los infieles y combatía al lado de Guido de Lusignan.

El marqués se enfrentaba a un mameluco armado con un mangual que no se lo estaba poniendo fácil. El gigantesco mangual, al que permanecían pegados pedazos de carne, zumbaba en el aire como un enjambre de abejas.

Conrado paró un primer golpe con su escudo, aunque se partió en dos con el impacto. Deshaciéndose de los restos, se opuso al segundo golpe con su propia espada; pero el furor del mameluco se la arrancó de la mano. Ahora, entre su cabeza y el mangual solo estaba el vacío. Conrado se disponía a morir con la mayor dignidad posible cuando el brazo del mameluco salió volando por los aires. La sangre salpicó

el pecho de Conrado, mientras Guido de Lusignan acababa lo que había empezado hundiendo su espada en el corazón del mameluco. Estupefacto al ver que en el cielo no había tantas huríes como el Profeta había prometido, el mameluco murió con una expresión de terror en los ojos.

Gracias a los esfuerzos conjuntos de Conrado de Montferrat, Guido de Lusignan y sus monjes soldado, la oleada de tropas que Saladino había reenviado al combate fue contenida. Por otra parte, en el centro del campamento de los cristianos, Emmanuel y Casiopea no solo habían impedido que el pabellón real cayera en manos de los habitantes de Acre, sino que habían conseguido que, ante la violencia de su contraofensiva, estos corrieran a refugiarse de nuevo en su ciudad.

Kunar Sell, que por respeto a la promesa que había hecho a los musulmanes se había esforzado en mantenerse al margen de los combates, decidió entonces que ya podía volver hacia la tienda real. Allí sorprendió a un misterioso Caballero Verde, acompañado por un oso gigantesco y un horrible enano, en animada conversación con Rufino.

—¡De acueerdo! ¡De acueerdo! ¡De acueerdo! —mugía este último.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Kunar Sell.

—De nada, noble y buen señor —respondió el enano.

Y salió de la tienda con el Caballero Verde.

—Y bien, ¿qué me decís? —preguntó Kunar Sell a Rufino.

—Nada. Bueno, sí. ¿Hemos ganaaado? ¿Nooo?

—Ha faltado poco.

En efecto, esta sorprendente jornada —gloriosa por la mañana para los francos, y por la tarde para los sarracenos— terminaba con la conquista de unas pocas hectáreas de terreno para los cristianos.

Mientras sonaba el toque de retirada en el campo de los francos y las tropas musulmanas se agotaban tratando de perforar la muralla blanca y roja que los templarios oponían a sus golpes, Saladino ordenó que cesara el combate y mandó desplazar el campamento hacia el este, de Tell Keisán a Tell Kharruba.

El sultán casi se ahogaba de rabia, pero con la captura de Gerardo de Ridefort —antiguo gran maestre del Temple— encontró con qué aliviar su cólera. Lo liquidó con sus propias manos, sin siquiera darle la oportunidad de abjurar. Un perro como ese sin duda se hubiera apresurado a convertirse al islam, para a continuación romper su juramento como si nada.

«En verdad —se dijo Saladino—, solo Morgennes podía pronunciar el *shahada* y conformarse a los preceptos del islam...»

Atrincherados detrás de sus poderosas defensas —estacas talladas en punta, fosos con el fondo tapizado de picas—, Casiopea y Emmanuel mantuvieron el campamento

hasta el regreso de Guido de Lusignan y de Conrado.

El dolor que sintió el rey cuando le llevaron la cabeza de Ridefort quedó atenuado por la satisfacción de haber salvado a Montferrat, que ahora estaba en deuda con él. Pero si Lusignan tenía aún un campamento era gracias a Emmanuel y Casiopea.

—Supongo que estamos en paz —dijo Guido de Lusignan al marqués de Montferrat.

—No —replicó Conrado—. Me habéis salvado la vida. Por tanto soy yo quien está en deuda con vos.

Lusignan inclinó la cabeza despacio, como si midiera el alcance de la grandeza de espíritu de aquel a quien casi todos llamaban el «pequeño marqués».

Entonces llegó Simón, furioso porque nadie le había escuchado en el campo de batalla cuando había gritado que aminorasen la marcha para esperar a los infantes.

«¿Vale la pena que de ultramar lleguen refuerzos en nuestra ayuda, por decenas de miles, si luego nos preocupamos de ellos tan poco como si fueran la espuma de las olas que se disuelve en la arena? ¿Para qué sirve que unos hombres crean en Dios y vengan a esta tierra para dar su vida por recuperar el Santo Sepulcro si aquí poco les importa su sacrificio?»

En ese momento un ayuda de campo se presentó en la tienda del rey.

—¡Majestad! Después de que el ala derecha de Saladino haya sido rechazada, nuestras tropas han conseguido apoderarse de los terrenos que ocupaba anteriormente al pie de Acre... —anunció.

¡Eso quería decir que la ciudad estaba ahora totalmente rodeada por los francos! Se acabaron los paseos de Saladino sobre las murallas de Acre y las miradas divertidas que lanzaba a los cristianos desde lo alto. Rufino recordó los veranos que había pasado allí saboreando la dulzura del atardecer cuando era obispo de la ciudad. ¿Volvería a experimentar algún día la alegría de sentir la caricia de la brisa en su cuerpo? «Tal vez síii. Tal veeez...»

A pesar de su incapacidad para llevar la victoria a buen término, los francos recuperaban la esperanza. Rodeaban totalmente Acre, por tierra y por mar. Y puesto que Saladino había desplazado su campamento, los cristianos tenían más espacio.

Por desgracia, ese espacio estaba ocupado esencialmente por cadáveres.

Saladino había dado orden de que lanzaran los cuerpos de los soldados muertos en combate al Na'mân, que los franjis llamaban el río Dulce y que para ellos se convertiría ahora en un río infernal, con su cargamento pestilente. Las enfermedades se abatieron sobre los cristianos, que ya no sabían dónde saciar su sed sin cruzarse con la mirada vidriosa de un antiguo compañero, o mejor dicho, con su ausencia de mirada.

Los propios sarracenos fueron víctimas de los venenos que desprendían los muertos, y Saladino, enfermo de disentería, tuvo que volver a toda prisa a Damasco

para hacerse tratar.

Por otra parte, el invierno se acercaba. A los musulmanes empezaba a hacerseles el tiempo muy largo. Porque si es dulce abandonar el hogar para ir a guerrear, es más dulce aún volver a encontrarlo después de haber guerreado. Los hombres languidecían pensando en sus mujeres y sus hijos. Algunos se preguntaban si el pequeño al que habían abandonado cuando aún no sabía andar, se sostenía ahora sobre sus piernas. ¿Y la mayor? ¿No había llegado ya el momento de casarla?

Así, el ejército de Saladino, que contaba a principios de verano con un centenar de miles de hombres, no disponía hacia el final del otoño de más de veinte mil. Los cristianos, por su parte, habían visto cómo nuevos refuerzos habían engrosado sus filas. Casi todos los días llegaban barcos que arrancaban estos gritos a los vigías: «¡El rey Ricardo de Inglaterra!», «¡Su majestad Felipe de Francia!».

Pero nunca eran ellos. Eran otros daneses, otros frisones, otros provenzales, flamencos o italianos. Por fin, una mañana, una nave llegó de Tiro. Una nave que no traía refuerzos, sino noticias. Un artesano corrió hacia la tienda de Conrado de Montferrat y le entregó un pliego. En cuanto lo hubo leído, Conrado fue a buscar a Casiopea, guiándose por el halcón.

La encontró con los brazos cruzados en torno a las rodillas, charlando con Kunar Sell y Emmanuel en medio de un paisaje en el que las pilas de muertos hacían el papel de colinas.

—¡Los judíos han terminado la armadura! —exclamó.

Bab el-Mandeb



Capítulo 57

Unirme a ti me es imposible; vivir sin ti, un solo instante, imposible también. El valor de confiar a cualquiera mis tormentos, no puedo tenerlo. Soy un dolor extraño, ¡oh vértigo, desequilibrio, delicias y pasión, qué amor!

Omar Jayyam,
Rubayat

Tan lejos como alcanzaba su mirada, Casiopea se esforzaba en adivinar los contornos de lo que los árabes llamaban Bab el-Mandeb: las puertas del infierno.

Pero solo veía la noche, en el mar y los cielos.

Disfrazados de árabes, sus compañeros y ella habían abandonado Tiro unas semanas atrás para dirigirse a Akaba, donde les esperaba el falucho que debía conducirles a Bab el-Mandeb, esa zona maldita del mar Rojo. ¿Por qué maldita? Porque, además de los piratas, en ella residían los *djinn*s. ¿Más que en otros lugares? Sí. Porque ahí precisamente tenían su corte. Ahí había pasado Sohrawardi —su supuesto señor— varios años de exilio, antes de volver al mundo cambiado para siempre.

En los tiempos de la reina de Saba, el Yemen y Etiopía eran ya dos regiones separadas por un brazo de mar al que los árabes habían dado el nombre de Bab el-Mandeb. Pero miles de años antes de esta famosa reina, cuando los hijos de Adán y Eva empezaban apenas a levantar los párpados en la bendita tierra donde Dios les había depositado, estas dos regiones constituían una sola. No había mar.

Al menos eso era lo que se decía.

Un cataclismo había partido la tierra en dos. ¿Cuántas víctimas había habido? ¿Cuántas civilizaciones, cuántos sueños habían sido tragados por las aguas y aniquilados para siempre? Nadie podía decirlo.

Casiopea dejó escapar un suspiro. ¿Qué hacía? Volvía a pensar en su padre. «¿Y si aún hubiera una esperanza? ¿Una mínima esperanza?» Tal vez tendiendo la mano hacia delante, ahí donde reinaba la noche... Cerró la mano sobre el vacío. Nada.

Volvió a abrir el puño, miró la palma y se sintió de pronto terriblemente sola.

¿Qué había abrazado esta mano, estos últimos años, aparte de la empuñadura de una espada, el mango de un látigo, una ballesta o las riendas de un caballo? ¿Para qué servía ella? ¿A quién servía? Ni siquiera había sido capaz de impedir que su padre cayera en el infierno. Casiopea se sintió resentida contra Dios —si es que existía— por haberla sometido a esa prueba.

«Triunfaré —se dijo—. Iré ahí donde ningún hombre ha ido nunca y volveré vencedora...»

Pensó que en el mundo donde vivía parecía que solo los hombres pudieran vencer, mientras que las mujeres estaban condenadas a fracasar.

«Tal vez por eso he permanecido tanto tiempo sola. Son pocos los hombres que pueden aceptarme tal como soy.»

Recordó a Nâyif ibn Adid, el jeque de los muhalliq, y a Taqi ad-Din, su primo. Ellos la habían aceptado tal como era, serenamente. Nunca se habían sentido ofendidos, cuestionados, menos hombres, por su libertad, su independencia, su fuerza. Saladino también. A su manera. Y Morgennes.

Igual que Emmanuel, pensó volviéndose hacia el puente del falucho. El antiguo escudero de su padre estaba ahí, con la espalda apoyada contra un barril de agua, intentando dormir un poco a pesar de los movimientos del barco. Contempló su rostro, su barba, sus cabellos negros... Furtivamente, casi como a escondidas de sí misma, se imaginó pasando la mano por esos cabellos, bajando hacia su nuca, acariciando la parte baja de su rostro, pasando a lo largo de sus ojos benevolentes, rozando su boca, sintiendo cómo sus labios humedecían las puntas de sus dedos, entreabriéndose...

Emmanuel abrió los ojos, y ella cerró los suyos. ¿La había visto? ¿La había sentido?

En ese momento experimentó una forma inédita de miedo. Ella, que no temía lanzarse al combate, desafiar a los dioses o medirse con el diablo, veía cómo un hombre —un simple humano, mortal como ella— le hacía bajar los ojos. Sabiendo que su mirada la traicionaría, se volvió de nuevo hacia la proa del navío y hacia la oscuridad.

—¿Cómo te sientes?

Era él. Estaba ahí, a dos pasos a su espalda. Había debido de levantarse, caminar hacia ella y mirar como ella hacia la noche.

—Impaciente —respondió. Y luego, tras una pausa, añadió—: Y aterrorizada.

Emmanuel no hizo ningún comentario. ¿La comprendía? ¿Hablaban de lo mismo? De hecho él ya no sabía muy bien qué pregunta le había planteado. Pero le parecía que Casiopea había respondido a ella.

—Yo también —dijo.

Aspiró una profunda bocanada de aire marino, llenándose los pulmones de sabores hasta entonces desconocidos para él.

—Es una noche especial. Se diría que ha sido hecha para nosotros. Como si los dioses nos la hubieran preparado y la hubieran colocado en este lugar de la tierra para que la disfrutáramos.

Permanecieron un rato contemplando la oscuridad, olvidando el balanceo del barco, olvidando incluso que se levantaba viento, que detrás de ellos las velas chasqueaban y que las olas golpeaban contra el casco a un ritmo tan regular que se

hubiera dicho que un brujo de una aldea africana tocaba su tambor para dormir a la gente.

Poco a poco cayeron en una especie de somnolencia hipnótica, acostados juntos bajo las sábanas de una noche que solo existía para ellos.

Y así habrían permanecido hasta el alba si un marino no hubiera ido a buscarlos.

—Perdonad mi intromisión, pero me ha parecido que debía advertiros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Casiopea.

—Nos persiguen.

Emmanuel y Casiopea se volvieron al mismo tiempo hacia la popa del barco, y vieron a lo lejos un minúsculo punto blanco que titilaba en el horizonte.

—¿Es una estrella? —preguntó Emmanuel.

—Por desgracia, no, no lo creo —respondió el marino—. ¡Temo que se trate de una vela!

—Es extraño —dijo Casiopea—. Si nos siguen, ¿por qué se dejan ver?

—No lo sé —contestó aquel—. Tal vez no nos teman. O tal vez quieran asustarnos.

—Más bien me inclinaría por esta segunda hipótesis —declaró Emmanuel.

Casiopea descendió a las bodegas en busca de Rufino, que, como ocurría a menudo desde que tenía su gancho, había pasado mucho tiempo en el techo, colgado boca abajo.

—¡Por fiiiin! ¡El tiempo empezaba a hacérseme laaargo!

—Nunca estás contento...

—¡No me guuusta que me abandooonen!

Tiernamente, Casiopea se inclinó sobre Rufino y depositó un beso en su frente.

—¡Lo siento!

Ese beso... Rufino permaneció con la boca abierta durante todo el trayecto desde la bodega al puente del falucho. Una vez en cubierta, Casiopea lo llevó a la parte trasera del barco.

—¿Y eso —preguntó mientras lo instalaba sobre la borda—, llegas a descifrar qué es?

Rufino observó el puntito blanco que brillaba en el horizonte, parpadeando y frunciendo el ceño para tratar de ver mejor.

—¿Tan buena vista tenéis, monseñor? —le preguntó Emmanuel.

—Veo tan bien —respondió Rufino— que podría contar el núuumero de ubres que tienen las vaaacas en la luuuna.

Emmanuel sonrió, sorprendido.

—Realmente, es toda una hazaña —replicó—. ¿Y puedo saber, si sois tan amable, cuántas tienen?

—Más taaarde —replicó Rufino—. Lo que estoy haciendo requiere tooda mi

atención.

Pero por más que abría los ojos, arrugaba la nariz, sacaba la lengua o se mordía el labio inferior, no conseguía ver qué clase de vela les seguía.

—Tal vez esté más alejada de nosotros que la luna —murmuró Casiopea para burlarse de Rufino.

—¡Haaago lo que puedo! Pero mi auguuusta visión no alcanza al infiniito.

—De todos modos —continuó Casiopea—, si lo que dices es cierto, ves mejor que el vigía. Tal vez deberías reemplazarlo.

Y con el dedo señaló la punta del mástil del falucho, donde estaba encaramado un tití.

—¿Este es nuestro vigíiia? —dijo extrañado Rufino—. ¿Sabe hablaaar?

—Lanza un grito cuando ve tierra —explicó el marino.

—¿Y eso baaasta?

—Ampliamente.

—¿Y en el caso de ese barco? —preguntó Emmanuel indicando con el dedo el punto blanco que centelleaba en el horizonte.

—Entonces viene a buscarme. Es lo que ha hecho hace un momento.

Como si hubiera comprendido que hablaban de él, el tití les dirigió un rápido saludo y volvió a otear el horizonte, con una mano sobre los ojos y la otra agarrada al mástil. Con el cuerpo arqueado, adoptaba la misma postura de las náyades con que los antiguos egipcios gustaban de decorar sus galeras.

Allí arriba era donde debería ir Rufino.

—Pero ¿cómo podemos llevarlo hasta ahí? —se preguntó Emmanuel en voz alta—. El mástil no es bastante sólido para soportar el peso de un ser humano...

Casiopea levantó el puño. A veces el halcón acudía tan deprisa a su llamada que parecía que hubiera surgido de él. Y eso fue lo que ocurrió en esa ocasión. Durante una fracción de segundo, el puño de Casiopea se irguió, desnudo, y un instante después el ave se encontraba encima. Casiopea no tuvo más que mirar a Rufino para que el halcón lo transportara por los aires, boca abajo, sosteniéndolo por su gancho.

No tuvieron que esperar mucho tiempo; un chillido de Rufino les reveló que, desde lo alto de su percha, había visto lo que la falta de altura no le había permitido distinguir desde el puente del falucho.

—¡Teeemplarios!

—¿Cómo lo sabéis, monseñor? —preguntó Emmanuel.

—Por la calaveeera que flota en la punta de su veeerga. Tienen por costuuumbre izarla cuando quieren decir a sus enemiiigos: «¡La mueeerte llega!».

Casiopea bajó inmediatamente los ojos hacia *Crucífera*. La espada no brillaba. Todavía no.

«Estamos demasiado lejos —pensó—. Sin embargo es él, puedo sentirlo...»

—Es Simón —susurró.

—¿Él? ¡Ese demonio! Pero ¿qué pretende?

Casiopea hizo una mueca extraña, a la vez triste y contrariada.

—¿Cómo voy a saberlo? Tal vez imagina que vamos a salvar a mi padre.

—Temo que no sea ese su único objetivo... —dijo Emmanuel apoyando las dos manos en la borda.

La miró, tratando de decirle que era la mujer que ocupaba sus pensamientos, más aún que la Virgen María, pero finalmente se abstuvo de hacerlo. Desde que habían salido de Acre, estaba convencido: Casiopea era la dama de su corazón. Era la llama que ardía en su pecho, dándole ganas de vivir y llenándole de felicidad. Desde su resurrección en el seno del oasis de las Cenobitas, Emmanuel ya no era el mismo. «El caballero del Hospital ha muerto. El hermano Emmanuel agoniza.»

A veces le ocurría que soñaba —no sin melancolía— en ese Emmanuel llegado de muy niño de su Picardía natal que había sucumbido al encanto de las palabras de Morgennes cuando solo tenía siete años, se había incorporado al Hospital, se había convertido en escudero del más valeroso de los caballeros establecidos en Tierra absoluta, había sido armado caballero por Alexis de Beaujeu, y luego había muerto... A manos de Reinaldo de Châtillon, un misterioso ballestero y un joven templario blanco.

«No, no fueron ellos los que me mataron.» En realidad, nadie le había matado. Había sido él y solo él quien había tomado la decisión de empujar a su montura al abismo en el fondo del cual corría el río al-Assi. Así había matado a su caballo, y había sobrevivido...

Un calor repentino le empurpuró el rostro. «Por suerte —se dijo— no hay bastante luz para que Casiopea se dé cuenta.»

Porque ese calor, lo sabía, era ella. Esa presión en su pecho, a la altura del corazón, era ella también. Cuando se acercaba a él. Cuando le hablaba. Y sí, incluso en esos momentos en que cabalgaba ante él y contemplaba su cabellera ondeando sobre su espalda, sus nalgas posadas sobre la silla, sus piernas que apretaban los flancos de su montura... Tenía un sentimiento de celos.

Ese rubor había aparecido, por primera vez, en Constantinopla. La segunda vez había sido en Tiro, cuando habían visitado las fundiciones de los artesanos judíos. Baños de metal en fusión y otros donde la arena se transformaba en vidrio llenaban una sala saturada de humo. Allí, en medio del soplido de las forjas, cerca de esas cubas donde hervían líquidos, había sentido que se sonrojaba. Y en ese momento había comprendido que ya no se pertenecía a sí mismo, y se había alegrado de poder cargar en la cuenta de las forjas el intenso calor que le invadía cuando Casiopea estaba cerca de él. «¡Pero yo me debo a mi Señora! ¡Soy un monje que ha hecho voto de celibato, de castidad!»

Entonces se había vuelto distante. Esquivo. Para que ella no descubriera el secreto que le quemaba en el pecho, fingía estar preocupado.

—¿En qué piensas? —le preguntó Casiopea, arrancándole de sus ensoñaciones.

Emergiendo de las nubes, daba la impresión de que la luna se balancease entre el mástil y los cordajes de su falucho. Fuera por juego o por timidez, el hecho era que parecía divertirse ocultándose detrás de la vela mayor para surgir un instante después iluminando el rostro de Emmanuel.

—En lo que nos espera —respondió—. En la sangre que haremos correr.

—No correrá ninguna sangre —replicó Casiopea—. Porque vamos a dejarles atrás, ¿no es verdad?

—Por desgracia, mi arte y mi experiencia en la navegación no son nada comparados con los del gran Chefalitione o con la magia negra. Porque me temo que es ella la que hincha las velas de nuestros perseguidores.

—Ella o los *djinns* —dijo Casiopea.

—O también podríia ser ootra cosa —declaró Rufino, al que el halcón había traído de vuelta de la bóveda celeste.

—¿Qué, por ejemplo? —le preguntó Casiopea.

—Naaada.

Como un niño atrapado en falta, Rufino apartó la mirada.

—Te encuentro muy misterioso hoy...

—¿Vuelves a sosteneerme? —reclamó Rufino haciendo como si no hubiera oído.

Entonces, como si empuñara un farol, Casiopea le sujetó delicadamente por el gancho que tenía en el cuello y lo orientó hacia sus perseguidores.

—Es un barco, sí, y se acerca.

—Y ahí arriba —ironizó Casiopea mostrando la luna—, ¿cuántas ubres tienen las vacas?

Rufino hizo una mueca.

—No cueentes conmigo para revelarte ese secreeto —replicó.

—En todo caso, monseñor —intervino Emmanuel—, me alegra comprobar que la privación de los brazos y las piernas no os ha estropeado la vista.

—Incluso cabeza abaaajo, veo mejor que nuunca. Y oigo un montón de coosas también... —declaró Rufino con aire conspirativo.

—En ese caso, no olvidéis que a veces es aconsejable mantener la boca cerrada.

A modo de respuesta, Rufino se encerró en un silencio prolongado solo perturbado por los gritos de los pájaros.

—Gaviotas —comentó Casiopea—. Eso quiere decir que la costa no está lejos.

—Tal vez deberíamos ponernos a cubierto en una cala y esperar un par de días —propuso Emmanuel.

—Es una posibilidad —aprobó Casiopea.

—Si es la que pensáis poner en práctica, es ahora o nunca —dijo Kunar Sell desde el lugar del puente donde se había estirado para descansar al lado de su gran hacha de doble filo.

Todos sonrieron porque habían creído que dormía. Y tal vez era el caso, efectivamente. Pero cuando el peligro asomaba la nariz, Kunar Sell se ponía de inmediato en estado de alerta y recuperaba todo su vigor y coraje. El danés se incorporó tan fresco como después de una buena noche de reposo, caminó hasta ellos y miró a su vez hacia la vela que se agrandaba, lenta pero inexorablemente, en el horizonte.

—Aprovechamos la noche para encontrar una cala y nos ocultamos en ella. Ellos pasan de largo, nos buscan... Y no nos encuentran.

—Queda un problema por resolver —advirtió Emmanuel—. Si podemos verles, eso significa que ellos también nos ven.

—No forzosamente —objetó Casiopea—. Su vela se ha vuelto brillante por no sé qué sortilegio... Nosotros, que solo nos servimos de la fuerza de los vientos y las corrientes para avanzar, no tenemos ese inconveniente. Pero es verdad que si la luna quisiera echarnos una mano, nos ayudaría a encontrar una cala y luego iría a ocultarse enseguida.

Dirigieron la mirada a la luna, y en ese momento, como si se encontrara a su servicio, el astro lanzó un fino rayo de luz hacia una cala situada a solo unas brazas de distancia.

Allí podrían ocultarse.

Casiopea dirigió la maniobra, su falucho viró de bordo, y la luna hizo lo mismo, para después resguardarse tras una nube.

Capítulo 58

Antes de que me vaya para no volver al país de las tinieblas y de la sombra densa, donde reinan la oscuridad y el desorden, donde la propia claridad parece la noche oscura.

Job, X, 21—22

—¿Dónde estamos? —preguntó Emmanuel sin que pudiera saberse si se interrogaba a sí mismo en voz alta o dirigía la pregunta a alguien en concreto.

A decir verdad, todo el mundo se preguntaba lo mismo a bordo del falucho.

Lo único que sabían era que se encontraban rumbo a Bab el-Mandeb, a medio camino de las costas de África y de la Arabia interior, o dicho de otro modo, rodeados por todas partes por el enemigo. Desiertos de arena parda, *djinns* y bandidos en el oriente; junglas, demonios caníbales y tribus de antropófagos en el occidente. El norte no era mejor: de ahí venían sus perseguidores. Y en cuanto al sur, su destino, ahora les parecía más peligroso dirigirse a él que cambiar de rumbo momentáneamente y esperar.

—A falta de estrellas —dijo Casiopea—, es imposible determinar nuestra posición con precisión; pero supongo que estamos a dos o tres días de nuestro destino. Tendremos que navegar con precaución. El riesgo es encallar contra las rocas. No conocemos estas costas. ¿Quién sabe qué peligros ocultan?

—Coloquémonos a ambos lados del barco y sondeemos el fondo —sugirió Kunar Sell.

Uno de los marinos propuso que llevaran antorchas al puente.

—¡No! —gritó Casiopea—. Nada de antorchas. Nada que pueda advertir a nuestros perseguidores que cambiamos de rumbo. Ya que la luna es nuestra amiga, aprovechemos la oscuridad y naveguemos lo más cerca posible de la costa.

Así, después de varios meses de búsqueda, Casiopea volvía a encontrarse en una situación que le recordaba en muchos aspectos a la que había vivido al abandonar Marsella, casi dos años atrás. Las únicas diferencias: un falucho y una tripulación maquillada de árabe habían sustituido a *La Stella di Dio* y a sus marinos procedentes de todas las riberas del Mediterráneo; Chefalitone y Conrado de Montferrat ya no estaban; Kunar Sell se había unido a su expedición, y Emmanuel había reemplazado a Simón.

Casiopea echaba en falta a veces al impaciente joven que les había acompañado, a su padre, a Taqi y a ella misma, en todas sus aventuras. Si habían encontrado la Vera Cruz, era también, en parte, gracias a él. Recordó el episodio en que Simón se había hundido su propio cuchillo de combate en el vientre para verificar si la cruz que

habían descubierto era realmente la Vera Cruz... «Si esta cruz es la Vera Cruz, Dios no permitirá que muera», había declarado entonces. Y había sobrevivido. Pero ¿acaso aquello probaba algo?

Recordó también que aquella noche, mientras velaban a un quebrantado Simón, ella había declarado a Morgennes: «Sé quién eres».

¡Qué ironía! Sí, Morgennes era efectivamente el hombre que Felipe de Alsacia y Chrétien de Troyes le habían enviado a buscar; el caballero cuyas aventuras habían servido de modelo a Chrétien de Troyes para Perceval, el héroe de su último relato. ¿Cuántos años había pasado recorriendo Oriente en busca de un mito, de una ficción, de una leyenda, que era su padre?

Y si el *litterato* no había conseguido terminar su *Cuento del Grial*, tal vez por falta de inspiración, ¿quién era ella para pretender hacerlo cuando Morgennes seguía escapándosele?

Lanzó un suspiro.

—¡Detengámonos ahí! —exclamó Kunar Sell detrás de ella—. Más cerca nos arriesgamos a estrellarnos...

—¿Por qué? —preguntó Casiopea.

—¿No oís?

Casiopea aguzó el oído y percibió, a su derecha, el ruido del viento en los árboles y gritos de animales, minúsculos arrullos de pájaros nocturnos que intercambiaban señales: «¡Por aquí! ¡Comida!».

Penetrando con los ojos en una oscuridad tan intensa como su desconcierto, creyó distinguir la línea gris de una costa, bordeada de árboles cuyos troncos se apretaban estrechamente los unos contra los otros.

—Dime, halcón...

Apenas tuvo tiempo de iniciar la frase y el ave ya había abandonado la borda para volar hacia la orilla.

Un grito perforó la oscuridad. Casiopea vio entonces la forma de un jinete brillando en la lejanía. Inmóvil y luminiscente, parecía un fantasma en lo alto de un faro.

«¡Taqi!», pensó enseguida. Pero ¿cómo había podido surgir así, en el otro extremo del mundo? En cualquier caso, Casiopea no se entretuvo en buscar explicaciones:

—¡Por aquí! —se limitó a decir a sus compañeros.

Se escuchó otro grito en los aires, un grito que procedía del mismo lugar que les señalaba Casiopea.

—Merecéis el noble título de «dama Halcón» —proclamó cortésmente Kunar Sell.

—Merece ser llamada «gentil dama» —dijo Emmanuel.

Casiopea renunció a comentar tan amables palabras.

—¿Es que no le veis? —les preguntó.

—¿A quién? —preguntó Kunar Sell.

—Al jinete, ahí a lo lejos, en la costa. Debe de encontrarse sobre un acantilado, porque parece estar más alto que la línea del horizonte.

Emmanuel y Kunar Sell volvieron la mirada hacia el lugar que ella les indicaba, pero no vieron nada.

—Ni la más pequeña estrella —dijo Emmanuel en tono apenado.

Casiopea tomó a Rufino en brazos y lo orientó hacia el caballero luminiscente.

—¿Y tú? ¿Le ves?

Rufino entrecerró los ojos.

—Me parece que síii... —susurró—. Veo una sombra neeegra en medio de las sooombras, un vacío perfilado en las tinieeeeeblas.

—¡Pero si no es una sombra! ¡Al contrario, brilla!

Su declaración fue acogida con un profundo silencio. Pero ella sabía que era Taqi. Como en otro tiempo en el volcán, al pie del Krak de los Caballeros o junto a la puerta de Hierro, había venido a salvarla. Mejor que la estrella de los Reyes Magos, la guiaba lejos de los peligros, hacia un lugar más seguro. «Primo Taqi, mi viejo compañero de viaje; no me has abandonado...»

Cuando ya casi se habían detenido, de pronto unas frondas surgieron sobre ellos, como unas manos gigantescas que quisieran sacarlos del mar para introducirlos en las fauces del bosque. Un marino soltó un grito y se lanzó al agua. Al ruido del salto siguió el de sus brazadas.

—¡Una playa! —exclamó poco después.

El hombre agitaba los brazos para que le vieran.

—¡Ve con cuidado, desventurado! —le gritó Emmanuel—. ¿No te han dicho que este mar está infestado de tiburones?

—Y de cocodrilos —añadió plácidamente Kunar Sell empuñando su hacha.

El hombre sonrió ampliamente, y su sonrisa dibujó una corta línea blanca por encima de las olas. Por lo que se veía, los tiburones y los cocodrilos no le asustaban.

—¡Venid!

Con ayuda de sus señales, llevaron el barco más cerca de la costa; luego, otros marineros saltaron por la borda, seguidos enseguida por Kunar Sell y Emmanuel, y entre todos tiraron del falucho para conducirlo a la orilla.

—Un esfuerzo máaaas —cacareaba Rufino animándolos desde la proa—. Asíii, asíii. ¡Bieeen!

Un choque seguido del ruido del casco raspando la arena indicó que habían tocado tierra. Casiopea saltó a su vez al agua y ayudó a los marinos a arrastrar el falucho bajo los árboles.

—¡No olvidéis abatiir el máaastil! —añadió Rufino.

Dos marinos, ágiles como monos, volvieron a saltar a bordo, retiraron los calces que mantenían el mástil en su lugar y lo dejaron tendido sobre el puente. Lanzando un grito, el vigía saltó a las ramas de un azufaifo, desde donde les dirigió furiosos gestos de cólera. ¡Le habían arrebatado su árbol! Una vez el falucho hubo quedado bien a cubierto, tres hombres se apresuraron a camuflar el puente con hojas de palmera.

—Ahora esperemos —dijo Emmanuel.

Había llegado el momento de salir a conseguir provisiones. Se constituyeron dos grupos, uno encargado de abatir loros, monos pequeños y hormigueros, y otro de descubrir una fuente donde llenar los toneles.

—En cuanto a mí —declaró Casiopea—, quiero trepar a lo alto del acantilado donde he creído ver a mi jinete.

—Voy contigo —dijo Emmanuel—. No sabes nada de estos parajes ni de los peligros que pueden ocultar. No quiero que te suceda ninguna desgracia.

—Yo me quedaré para vigilar el campamento —dijo Kunar Sell hundiendo en la arena la base de su hacha en un gesto de desafío.

Emmanuel y Casiopea caminaban lo más cerca posible de la orilla, procurando evitar las olas que regularmente les lamían los tobillos. Estaba todo muy oscuro, tan oscuro que hubiera podido creerse que el mar brillaba más que el cielo. Los árboles formaban una muralla confusa, viva. A intervalos, las ramas se agitaban bajo el efecto de una brisa. A veces, extraños murmullos surgían de la maleza para recordarles que no estaban solos.

—¿Crees realmente que era Taqi? —preguntó Emmanuel siguiendo los pasos de Casiopea.

—Estoy completamente segura.

Su bota se arrancó de la arena mojada con un siseo y se hundió de nuevo en el siguiente paso.

—¿De modo que no está en el infierno?

—No lo sé. Ya no sé dónde está el infierno, ni si Taqi se encuentra todavía en él, ni siquiera si mi padre...

Emmanuel guardó silencio. Al contrario que Simón, no se había manifestado con respecto a Morgennes. De hecho parecía que hubiera puesto término a su duelo por él, como si Morgennes hubiera muerto al mismo tiempo que el Emmanuel del Hospital, el orgulloso caballero que no había querido dejar a Reinaldo de Châtillon el privilegio de matarle.

—Poco importa, te creo —declaró tragando saliva—. A donde tú vayas, yo iré...

—Te lo agradezco —respondió ella, por más que aquella frase le recordara a

Simón.

Sin embargo, no había comparación posible entre los dos caballeros. Mientras Simón se había dejado invadir por el mal, Emmanuel había sabido mantenerse bueno. Emmanuel era alguien luminoso, en quien se podía confiar... «Como Taqi», pensó al recordar a su primo, por quien había sentido siempre una infinita ternura.

Emmanuel no se cansaba de contemplar a Casiopea, cuya delicada silueta se destacaba en la noche mientras empezaba a ascender ágilmente por la pendiente, sin ahorrar esfuerzos y al mismo tiempo sin que pareciera sufrir por ello. Emmanuel nunca la oía jadear ni tomar aliento. Ella nunca se detenía para descansar un instante con las manos apoyadas sobre las rodillas y el tronco inclinado hacia delante. ¿Acaso esta mujer era de acero? ¿Estaba hecha de un metal tan misterioso y sólido como la espada que llevaba en el costado izquierdo? Emmanuel nunca había conocido a nadie que mostrara tanta determinación en todos sus actos.

Después de varias horas de marcha, llegaron por fin a lo alto de un acantilado. En el cielo, el grito de un pájaro les confirmó que efectivamente era el lugar que buscaban. El lugar donde había aparecido Taqi. Porque aunque nadie —aparte de Casiopea y tal vez de Rufino— hubiera visto al jinete, el halcón sabía bien que había estado allí.

—Es aquí —dijo Casiopea.

Miró alrededor y vio una franja de bosque que avanzaba tímidamente hasta las rocas donde se encontraban Emmanuel y ella. Emmanuel se agachó, pasó la mano sobre las piedras cubiertas de líquenes y puso cara de decepción.

—Ningún caballo ha pasado por aquí desde hace tiempo, puedo asegurártelo —anunció.

—Este tipo de jinete no deja huellas —respondió plácidamente Casiopea.

Se volvió hacia el horizonte, donde se preparaba una tormenta. Grandes nubes grises, con el vientre cargado de relámpagos y recorrido por reflejos azules, se amontonaban sobre el mar como un ejército agrupándose para la batalla. Casiopea sintió entonces que le agarraban la mano y se la apretaban con calor. Solo tuvo tiempo de cruzar su mirada con la de Emmanuel. Sus párpados se cerraron, su boca se entreabrió y una lengua abrió sin esfuerzo la barrera de sus dientes. Una alegría inmensa la invadió, las lágrimas le quemaron los párpados, se deslizaron por sus mejillas.

—Casiopea —dijo él entre dos besos apasionados—, yo...

—Chis...

«No es momento de hablar.»

Pasó los brazos en torno a la cintura de Emmanuel, lo atrajo hacia sí, lo rodeó, lo apretó. El cuerpo de Emmanuel se ajustó al suyo, sintió su sexo sobre su muslo, sus

manos sobre sus caderas, sus labios buscando su garganta. Inspiró profundamente, respirando su olor, mezcla de sudor y cuero.

—No sé si debo... —empezó él.

—No veo ningún inconveniente —respondió ella sonriendo, abrazándolo con más fuerza aún.

Reía de felicidad, y pronto la risa de Emmanuel se unió a la suya, mientras sus miradas se encontraban, osando confesarse por fin lo que aún no habían sabido decirse nunca.

—Emmanuel —murmuró Casiopea entre dos risas.

Se disponía a cerrar los ojos para un nuevo beso cuando un brillo en el mar atrajo su atención. Era el navío de sus perseguidores. Se encontraba a varias millas de la costa, pero parecía haber echado el ancla. Aunque estuvieron observándolo un buen rato desde el acantilado donde se habían tendido, mientras la tormenta llenaba el horizonte, no apreciaron que se moviera.

—Nos han visto —dijo Emmanuel.

—Tal vez no —dijo Casiopea—. Pero saben que hemos cambiado de rumbo.

Emmanuel se volvió hacia ella, como para preguntarle qué había que hacer.

Casiopea retrocedió hacia el bosque, para que no la vieran desde la nave de los templarios.

—¡Vamos a avisar a los otros! —decidió.

Capítulo 59

La Gehena es el lugar de cita de todos ellos.

Corán, XV, 43

Abandonaron el acantilado bajo un cielo color de equimosis y se apresuraron a volver al campamento, que sus camaradas habían estado fortificando durante la mañana. Habían derribado árboles y podado los troncos para proporcionar un fortín a los marinos. Entre la playa y el bosque, un foso con el fondo cubierto de gruesas estacas talladas en punta constituía una primera línea de defensa. Se hubiera dicho que era un joven león, de crines nacientes, que mostraba los dientes para asustar a las hienas. Una tropa aguerrida superaría ese obstáculo sin gran dificultad, pero tratándose de marinos, sus defensores podían confiar en aguantar un día o dos.

—Veo que no habéis perdido el tiempo —dijo Emmanuel, admirado, dirigiéndose a Rufino—. Incluso habéis desembarcado las dos cajas de armaduras de los cráneos.

—Ha sido Kunar Seeell quien lo ha hecho toodo —respondió Rufino moviendo los ojos en dirección al danés.

Este acababa de descargar un potente hachazo contra una palmera, que acabó de derribar con un vigoroso puntapié. El árbol, con las palmas de un verde resplandeciente, cayó sobre la playa con un impresionante crujido.

—Una docena más —gruñó el danés—, y tendremos un techo. A juzgar por lo que se prepara ahí al fondo —dijo señalando las grandes nubes negras que avanzaban sobre el océano—, lo necesitaremos...

—Os ayudaré —dijo Emmanuel, acercándose para cortar las palmas—. Aunque no es la lluvia lo que más me asusta.

Kunar Sell le dirigió una mirada interrogativa.

—Nuestros perseguidores no han mordido el anzuelo —le explicó Emmanuel.

—Se han detenido más o menos en el punto donde hemos cambiado de rumbo —añadió Casiopea.

—¡Por todos los diablos! ¿Cómo han podido saberlo?

Ni Emmanuel ni Casiopea tenían una respuesta para esa pregunta. Entonces, desde la especie de pagoda donde estaba encaramado, Rufino gritó:

—¡Son los *djiinns*! ¡Sohrawardi está con eellos, el señor de los *djiinns* llega! ¡Temed su cóolera!

—Rufino, cálmate —dijo Casiopea—. Cualquiera diría que has vuelto a subirte al pulpito. Sohrawardi murió, lo sabes tan bien como yo.

Casiopea hacía alusión a que el nigromante había perecido en el incendio que había precedido a la caída de Morgennes y causado la casi total destrucción del Pozo

de las Almas en Jerusalén.

—¡El fuego no mueere! —continuó Rufino abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡En verdad os digo que ha vueeelto!

Los marinos, para quienes la superstición constituía una segunda naturaleza, palidieron. Muchos nunca habían manejado una espada —excepto en sueños, cuando se trataba de matar a un dragón para salvar a una princesa—, y aunque supieran servirse de un remo, muy pocos habían tenido ocasión de hundirlo en nada que no fueran las olas del mar. La inquietud, si no el miedo, empezó a hacer presa en ellos.

—¡No temáis nada! —tronó Kunar Sell, mientras acababa de descabezar su palmera—. Dudo que haya muchos soldados entre nuestros perseguidores. Y estoy seguro de que ninguno posará el valor ni la experiencia que tenemos Emmanuel o yo.

—O yo —añadió Casiopea sonriendo levemente.

—¡No los necesiitan! —chilló Rufino—. ¡Los *djiiinns* están con ellos!

Casiopea giró los ojos en dirección al antiguo obispo de Acre.

—Al oírte, uno casi creería que deseas su victoria —le espetó.

—¡En absoluuto! ¡Sé que creéis compreeender lo que pensáais que he dicho, pero no estoy seguro de que os deeeis cuenta de que lo que habéis oíido no es lo que pieeenso!

Todos se miraron, estupefactos. ¿Qué significaba ese galimatías? Entonces Casiopea reaccionó como acostumbraba a hacerlo, en otro tiempo, cuando Rufino se ponía insoportable.

—Muy bien. En ese caso, ya que vuelves a tus antiguas manías, yo también.

Sacó de su limosnera un pañuelo y lo ató en torno a la boca del obispo. Rufino hizo una mueca, hinchó los carrillos, dilató las aletas de la nariz y abrió mucho los ojos. Pero no sirvió de nada. El pañuelo siguió atado y la oleada de palabras se extinguió.

—Así está mejor —afirmó Casiopea—. Cuando te hayas calmado, parpadea tres veces y te lo quitaré...

Rufino cerró los ojos y no volvió a abrirlos. «Bah, que se enfurruñe si quiere —pensó Casiopea—. Nosotros tenemos cosas que hacer...»

—De todas maneras —susurró Kunar Sell mientras llevaba una brazada de ramas detrás de la empalizada—, tal vez el obispo no esté del todo equivocado. Y si los *djinns* están con ellos...

—No podemos volver a partir —dijo Emmanuel—. Es demasiado arriesgado; atacarían enseguida nuestro falucho y lo hundirían.

—No tengo ninguna gana de servir de alimento a los tiburones —dijo Kunar Sell.

—Yo tampoco tengo intención de acabar así —dijo Casiopea—. De modo que

esto es lo que os propongo...

Una vez trazado su plan de acción, Emmanuel y Casiopea penetraron en la jungla, mientras Kunar Sell se preparaba para defender su posición en la playa.

—¡Que vengan, ya encontrarán con quién hablar! —dijo el danés empuñando su pesada hacha, mientras los defensores del pequeño campamento de Bab el-Mandeb saludaban con la mano a sus amigos, deseándoles suerte.

El aire era pesado y graso, lleno de sustancias blandas, saturado de mosquitos y humedad.

—Me ahogo —dijo Emmanuel—. No avanzamos...

Casiopea no le respondió y abatió a *Crucífera* contra una inmensa telaraña que les cortaba el paso. Los filamentos pegajosos se aglutinaron en torno a la hoja y se deslizaron al suelo. Nada se había adherido nunca a *Crucífera*; su hoja era tan afilada, tan cortante, que ni siquiera la sangre permanecía en ella. En cierto modo, la espada permanecía siempre virgen, como al salir de la forja.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó Emmanuel apartando con la mano otra telaraña.

—Completamente segura.

Se secó la frente con el guante y, sin darse cuenta, aplastó una minúscula araña blanca. Una sangre pringosa le embadurnó el rostro, mientras otras arañas blancas se dispersaban por sus cabellos. Emmanuel las vio.

—¡Casiopea! ¡En tu cabeza! —gritó.

—¿Qué pasa?

—¡Arañas!

Casiopea plantó a *Crucífera* en la mezcla de barro, musgo y hojas muertas que tapizaba el suelo y se pasó las manos por los cabellos para hacer caer todo lo que hubiera podido refugiarse en él. Ciempiés, escolopendras, pequeños insectos y, desde luego, arañas blancas saltaron de su cabellera, rodaron sobre su túnica, cayeron al suelo y escaparon reptando aterrorizados.

—¿No las aplastas? —preguntó Emmanuel, extrañado.

—Nunca. ¿Por qué?

—Podrían volver...

—Probablemente son inofensivas.

—Ellas tal vez. Pero ¿y su madre?

—Razón de más para no contrariarla, ¿no te parece?

Nervioso, Emmanuel se ajustó bien su *keffieh* y se preguntó si no haría bien en colocarse el escudo sobre la cabeza, en lugar de llevarlo a la espalda; pero pensó que

eso supondría ofrecer un espectáculo poco glorioso a Casiopea, y decidió no hacerlo. Desde muy pequeño tenía fobia a los insectos. Los sarracenos no le daban miedo, pero esos asquerosos animalejos —que te agujereaban la piel a traición— le repugnaban. Se imaginaba cubierto de ellos de la cabeza a los pies. Le entraban por la boca, las orejas y la nariz, y luego se abrían paso a través de nuevos orificios taladrándole el cráneo. ¿Era por haber visto, de niño, el cadáver de su padre devorado por la muerte? Esta había adoptado entonces la forma de minúsculas orugas, escarabajos, larvas, moscas y otros insectos reptantes, zumbadores y mordedores, que le habían roído el cuerpo desde el interior. Su cadáver había sido abandonado al pie de la muralla sur de Jerusalén, del lado del valle de Hinón, un barranco que, desde tiempos inmemoriales, servía de vertedero a los jerosolimitanos. Allí se lanzaban los detritus a inmensas hogueras, que unos esclavos de piel cuarteada, con el vello y los cabellos chamuscados, alimentaban con azufre. Ellos arrojaban al fuego todo lo que los habitantes ya no querían, después de haberse guardado lo que aún podía servir. Habitualmente tenían prohibido quemar cuerpos, pero en ocasiones los restos de un perro o un gato iniciaban allí una nueva vida —para aquellos que creían en el más allá de los perros y los gatos.

El padre de Emmanuel había muerto no se sabía cómo —tal vez envenenado, por no se sabía quién— y su cuerpo había sido ocultado en una carreta de basura, de donde rodó al suelo cuando se vació su contenido en el vertedero. Allí lo descubrieron los guardianes de la Gehena. Al principio no supieron qué hacer. ¿Había que entregarlo a las llamas? Uno de los guardias avisó a sus superiores de que un cuerpo había sido encontrado mezclado con las basuras de la ciudad. En otro tiempo, Jerusalén se deshacía de ese modo de los cadáveres de la plebe, de los criminales; pero, a juzgar por sus ropas, ese hombre pertenecía a la nobleza.

El rey ordenó una investigación, durante la cual el padre de Emmanuel no fue quemado, sino que dejaron que se pudriera en su apestosa fosa. El cadáver empezó a abultarse, a hincharse, a distenderse. Su boca, primero cerrada, se abrió en una sonrisa desdentada, de donde salió una lengua violácea que se hinchó también antes de desaparecer bajo una nube de moscas azules. Las larvas las sucedieron. Y bajo los ojos horrorizados de Emmanuel, que podía oír, en la boca de su padre, el murmullo de mil conversaciones endiabladas, el cuerpo, poco a poco, empezó a descomponerse. El hedor se hizo insoportable, y luego se mezcló con el de las basuras hasta el punto que al final ya no era posible distinguirlo.

Emmanuel, inclinado sobre las murallas de Jerusalén, no apartaba la vista de la mancha amarilla y parda que había sido su padre. Su madre y él aguardaban los resultados de la investigación. Tenían la esperanza de verla avanzar para poder por fin enterrar a su marido y padre en el cementerio del Santo Sepulcro. Pero, por desgracia, cada vez que preguntaban en qué punto se encontraban las investigaciones,

les decían que tuvieran paciencia. Hasta el día en que un guardia les confió, bajo el sello del secreto, que probablemente nunca llegarían a buen término: un allegado del patriarca del Santo Sepulcro parecía estar implicado en el caso, y no querían que este último fuera molestado, de modo que centraban los interrogatorios en los arrabales, en busca de un culpable más apropiado.

La madre de Emmanuel perdió la razón a raíz de aquello, y su hijo decidió pasar a la acción. Con algunos amigos fue, de noche, a recuperar el cuerpo de su padre y lo lanzó a la Gehena. No era una tumba, ni siquiera la fosa común; pero se dijo que sería lo más eficaz para liberar a su padre de los insectos.

Al evocar estos penosos recuerdos, Emmanuel se estremeció preguntándose si no habría lanzado a su propio padre al infierno —y si efectivamente era así, cómo podría salvarlo—. Cerrando la mano sobre la empuñadura de su espada, alcanzó a Casiopea.

Esta oyó cómo Emmanuel se acercaba a ella y luego la dejaba atrás y se lanzaba a cortar las lianas, los troncos y las telarañas que se interponían en su camino, lo hacía con tal rabia que temió que hubiera perdido la razón o que un demonio le persiguiera. ¿No había leído en algún lugar que una enorme araña caníbal —la famosa reina blanca de las costas de África— habitaba en esta jungla? Se arriesgó a echar una ojeada atrás, pero no vio más que un largo corredor negro, del que la vegetación ya volvía a apropiarse.

Finalmente, Emmanuel se volvió.

—¡Ven a ver! —le dijo.

Bajo la *keffieh*, sus ojos brillaban como dos estrellas, y temblaba de excitación.

Casiopea corrió hacia él, impaciente por descubrir lo que había visto.

Al principio no comprendió. Solo había un profundo barranco, un abismo abierto en medio de la jungla como una caja torácica partida en dos por un gigante. En el fondo, varias decenas de pies por debajo de ella, un río gruñía en medio de un hervidero de vapores tumultuosos. Un frágil puente de lianas, que oscilaba peligrosamente, unía las dos orillas. Había que estar muy loco —o ser muy valiente— para aventurarse a cruzarlo.

No podía ser el puente lo que había suscitado los gritos de Emmanuel. A menos que... Franqueando con la mirada el abismo que la separaba de la otra orilla, vio árboles absolutamente idénticos a los que Gargano le había descrito. Retorcidos, convulsionados, tenían el aspecto de seres humanos presa de atroces sufrimientos. Los Pantanos de la Memoria...

«Es ahí», se dijo Casiopea bajando los ojos, como temiendo ir a afrontarlos.

Por debajo de ella, la fiereza del río crecía en las proximidades de una construcción impresionante. Muros color de luna se elevaban en medio de las aguas como los dientes de un titán. Crestas de espuma blanquecina trataban de saltar sobre ellos como caballos furiosos escapando de un cercado. Allí, el hombre y la naturaleza

se enfrentaban desde hacía años, y la naturaleza parecía a punto de imponerse. El agua se abatía con la violencia de mil arietes contra lo que no era, después de todo, más que un muro, o una puerta: una barrera. Pero ninguna barrera hubiera podido resistir eternamente a este inexorable asalto. Así, las aguas —hinchadas por una infinidad de refuerzos que descendían triunfalmente aguas abajo— estaban cerca de destruir esta obra que Amaury I de Jerusalén había querido que fuera tan grandiosa como las pirámides de que le había privado Saladino.

Hacia el final de su reinado, el antiguo soberano de Jerusalén había enviado a un ejército de arquitectos, zapadores e ingenieros a construir la más delirante de las edificaciones que hubiera soñado nunca un cerebro humano: una presa en el Nilo.

«¡Imposible!», le habían dicho sus ingenieros y consejeros.

Incluso Morgennes, que habitualmente se mostraba encantado de poder medirse a lo irrealizable, había parecido dudar. Pero Amaury estaba convencido de su idea: «Egipto es el Ni-ni-nilo —había tartamudeado—. Ve-vencer al Ni-ni-nilo es vencer a Saladino».

—Pero majestad...

Sus obsequiosos subalternos empezaban a inquietarse. Ya en otro tiempo Amaury había llenado los sótanos de su palacio con toda clase de huevos. Incluidos unos supuestos huevos de dragón. El monarca pretendía «poner al abrigo de los hombres los universos contenidos en cada uno de estos huevos, y traer al mundo a algunos dragones», a fin de domesticarlos. De aquello solo había resultado un hedor infernal que había invadido los corredores del palacio durante varias semanas. El olor era tan intenso que uno podía pedorrearse tranquilamente, porque de todos modos nadie iba a enterarse.

Morgennes había acompañado a los obreros de Amaury lo más cerca posible de la fuente del Nilo, a esas regiones de las que casi nadie volvía: los Pantanos del Olvido. Como su nombre indicaba, los que se adentraban en ellos perdían la memoria, y se establecían tan a gusto allí, de una forma tan definitiva, que se metamorfoseaban en árboles.

Emmanuel y Casiopea se estremecieron al ver la construcción —diez veces más alta que las murallas más altas de Jerusalén— que Morgennes y los arquitectos de Amaury habían tratado de levantar para domar las aguas del Nilo. Pero como dicen los egipcios, «el Nilo es un dragón que nadie puede domar».

—De modo que es ahí —dijo al fin Casiopea levantando los ojos para mirar sucesivamente los restos de la presa, el puente de lianas y los pantanos—. Este es el lugar adonde vino mi padre, donde reside mi tía...

—No olvides que estoy contigo —le dijo Emmanuel poniéndole la mano en el hombro—. A donde tú vayas, yo iré.

De nuevo esa frase despertó en Casiopea el recuerdo de Simón; pero, aun así, le

apretó tiernamente la mano.

—«*Du bist mîn, ich bin dindes solt dû gewis sîn*» —dijo Casiopea.

—¿Qué dices?

—Es una canción que aprendí hace tiempo, con Chrétien de Troyes. Significa...

No había tenido tiempo de terminar la frase cuando un relámpago de oro rasgó el cielo. El abismo en cuyo fondo corría el Nilo se llenó de mil y un fuegos que les cegaron mientras un trueno aterrador señalaba el inicio de la tormenta. Una tromba de agua se abatió súbitamente sobre ellos; el puente de lianas se agitó con tanta violencia que les pareció más prudente esperar para cruzarlo.

—Sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos las armaduras de los cráneos — dijo Casiopea, totalmente empapada.

—Volvamos —propuso Emmanuel.

Y así dieron media vuelta, dejando a su espalda un abismo donde el nivel del agua subía peligrosamente, arrancando a la presa sus últimas almenas. A los crujidos de los cielos se unió el estruendo de la muralla al quebrarse y las erupciones líquidas: la barrera se derrumbaba. Si había resistido hasta ese momento había sido solo para permitir que Casiopea pudiera dar testimonio de la obra de su padre; en efecto, la presa que había erigido había existido.

Pero el Nilo se la había llevado.

Capítulo 60

Du bist mîn, ich bin dindes solt dû gewis sîn
(Tú eres mío, yo soy tuya, de eso debes estar seguro.)
Canto anónimo del siglo XII

En torno a ellos todo había adoptado un aspecto atormentado. Los árboles, torcidos por las aguas que derramaba el cielo, e incluso la tierra, sobre la que resbalaron en más de una ocasión para encontrarse con la nariz pegada a una mezcla de hojas y barro. Sucios, agotados, hicieron todo lo que estaba en sus manos para llegar al punto donde —según pensaban— se encontraban sus amigos, la promesa de un buen fuego, una manta y un techo sobre sus cabezas.

De pronto, cuando calculaban que habían recorrido alrededor de dos tercios del camino, un nuevo relámpago hendió la noche violeta, proporcionando a los árboles tonos espectrales. Aquí y allá, en la noche, unos ojos perforaban la oscuridad, apareciendo y desapareciendo al ritmo del movimiento de los párpados. Los animales, olvidando el papel que la naturaleza les había atribuido, habían dejado de perseguirse entre sí. Refugiados en las ramas bajas de un azufaifo, bajo una raíz o un helecho, permanecían acurrucados, víctimas de un mismo temor, con las presas temblando junto a los predadores y los predadores temblando junto a las presas.

—¡Por aquí! —gritó Casiopea—. ¡Veo luz! —Y agitó el brazo en dirección a una mancha amarillenta que brillaba a lo lejos, como un ojo de pantera.

Emmanuel se levantó pesadamente de la charca donde había caído, renunció a secarse la cara y se dirigió hacia Casiopea tan mojado como un pez recién pescado. Estornudó una vez, dos veces, y se acercó a su amada.

—Tienes los ojos brillantes, debes de tener fiebre... —le dijo ella en tono compasivo—. ¿Cómo te encuentras?

Emmanuel le tomó la mano y depositó un beso en ella.

—¿Junto a ti? Por fuerza, en plena forma. ¿Por qué?

Ella no pudo evitar sonreír, mientras en la jungla se dispersaban los ecos de la tormenta. Pronto no quedó más que la lluvia y, por debajo, un misterioso silencio, más profundo que la noche. Y allí, en medio del fango y la oscuridad, en medio de los animales, ella se ofreció a él.

Se desnudaron despacio, a causa de sus ropas hinchadas por la lluvia. Era una lluvia extremadamente cálida, casi asfixiante, que al tocar el suelo se transformaba en capas de niebla. Casiopea y Emmanuel se sumergieron en ellas. Casiopea sonreía, invitando al cuerpo desnudo de Emmanuel a unirse a su cuerpo desnudo, abriendo las piernas para acogerle.

Sonreía, feliz como nunca. El hombre que venía a ella y del que sentía el rudo peso sobre su pecho, este hombre que le besaba con ardor los senos, la garganta y el rostro, era su hombre, aquel para el que había nacido, aquel por el que había hecho este largo viaje. No había ido en busca de su tía. Ni de los infiernos. Ni siquiera de su padre. Iba en busca de...

—¡Emmanuel!

El placer la invadió de una forma tan brutal que dejó de pensar, y se abandonó a su amante y a la tierra sobre la que él la tomaba. Hicieron el amor lentamente, apasionadamente, saboreando cada instante de su tierna complicidad como si fuera la última vez que se unían.

Luego, Emmanuel hundió sus manos en el fango y se desplomó sobre Casiopea, como un ángel dormido. Ella dejó que el placer la invadiera y pasó la mano por los cabellos de su amante, besándole fogosamente. No tenía ninguna gana de moverse, carne y barro, bruma y agua. Tenía la impresión de haber encontrado por fin su hogar, su razón de ser.

—Podría morir aquí, en este instante, y todo sería perfecto —dijo a media voz, temiendo y a la vez esperando que Emmanuel la oyera.

El tragó una gran bocanada de aire.

—En cierto modo se trata un poco de eso... —respondió.

—Estoy muerta entre tus brazos, entre tus brazos renazco.

El le sonrió a su vez, apoyó la rodilla en el suelo y se levantó. Luego le tendió la mano, la ayudó a incorporarse y la apretó contra su cuerpo, tan fuerte como pudo. La cabeza de Casiopea le llegaba a la altura del pecho, y sentía el dulce olor de sus cabellos, que no se cansaba de acariciar. Entonces tuvo una nueva erección y volvieron a hacer el amor, en ese lugar del que no estaban seguros que existiera, en ese momento de la jornada que no era el día ni la noche.

La lluvia cesó tan bruscamente como había empezado. De vez en cuando, cascadas de agua se desprendían de los árboles. El sol volvía a brillar. Sin embargo, en la atmósfera húmeda en la que caminaban, todo era penumbra; densas aglomeraciones de ramas y hojas mantenían el suelo en una oscuridad casi total. La bruma se hacía más densa, más opaca, de modo que avanzaban a través de murallas intangibles, como si un fantasma de la jungla hubiera tomado posesión del bosque que habían atravesado para ir a los pantanos.

Los ruidos volvieron, y con ellos los movimientos en la bruma. Crujidos secos, chapoteos, el ulular de un animal. Una bestia huye, otra ha sido capturada. ¿Cuál ha capturado a cuál?

Emmanuel y Casiopea habían vuelto a embutirse en sus ropas empapadas. Con los pies hundidos en unas botas que les apretaban demasiado y la cintura oprimida

por un cinturón hinchado de humedad, sabían que, en caso de peligro, prácticamente no tendrían más opción que rendirse. Emmanuel estuvo pensando en abandonar su gran escudo, pero al final decidió conservarlo. Sus armas —espada y dagas, sin contar a *Crucífera*— estaban en perfecto estado, aunque de vuelta en el campamento tendrían que limpiarlas con un paño aceitado antes de volver a guardarlas en su vaina.

El camino que habían recorrido había sido devorado de nuevo por la jungla, y aunque hubieran conseguido alejarse del campamento lo suficiente como para encontrar finalmente los Pantanos de la Memoria, volver a él sería otro cantar.

Porque la mancha de luz que Casiopea había visto hacía un instante sencillamente había desaparecido. Si es que en realidad había existido alguna vez. El hecho era que estaban perdidos, irremediablemente perdidos. De pronto oyeron un grito, más allá de las copas de los árboles. Casiopea sonrió, y Emmanuel de repente cayó en la cuenta de que en ningún momento había parecido preocupada. Él se había encomendado a su Señora y a Dios; ella, por su parte, contaba con su halcón para guiarlos al campamento. Mientras había durado la tormenta, el ave se había refugiado en la copa de un árbol, pero una vez pasada, había vuelto a sus cielos adorados.

—¡Estoy aquí! —exclamó Casiopea volviéndose hacia el cielo, haciendo embudo con las manos.

Un nuevo grito le respondió.

—¡Condúcenos a la orilla, por favor!

Silencio seguido de un grito, a la derecha.

—Por aquí —dijo Casiopea a Emmanuel.

Este lanzó un suspiro de alivio. No se veía acabando su vida en la jungla, envejeciendo en un árbol y teniendo por toda compañía a Casiopea y a una vieja bruja. Él era un hombre valeroso, poderoso, parecido al león, que no soportaba verse encerrado en una jaula, aunque fuera vegetal. El amor, en cambio, era una atadura que aceptaba. En su corazón, Casiopea había reemplazado a la santa patraña de su orden. Pero lejos de vivirlo como un drama, Emmanuel estaba convencido de que la Virgen María lo aprobaba, e incluso de que había bendecido su unión. Su Señora era una madre benevolente, feliz de que sus hijos se hubieran encontrado por fin.

Caminaron durante horas y horas, entre aromas de flores delicadas, de tierra y de árboles en putrefacción. Ellos mismos estaban cubiertos —en el cuello y las articulaciones— de placas escarlata, que se rascaban sin conseguir apagar el fuego que les atormentaba. Finalmente, el halcón lanzó dos pequeños gritos, señalando un peligro.

—¡Detente! —ordenó Casiopea. Emmanuel obedeció y aguzó el oído.

Con todos los sentidos alerta, trató de seleccionar entre los sonidos que oía: brisa en las ramas de un árbol, pasos acolchados de felinos, familia de monos saltando de una copa a otra, croar de batracios. Extraños trovadores tocaban, para Emmanuel y

Casiopea, una melopeya hecha de sonos inéditos, interpretando la partitura de una naturaleza poco hospitalaria.

Emmanuel temía caer en una emboscada, y si el halcón había dicho que había peligro, es que lo había. Agachándose en una red de bruma, miró recto hacia delante, entrecerrando los ojos, esforzándose en ver a través de la muralla de árboles. Un olor... Un olor le llegaba a la nariz. Olía a madera quemada... De pronto inquieto, se levantó, dispuesto a poner a Casiopea a resguardo, lejos del incendio, que... Pero no. Recuperó la calma e intercambió una mirada con Casiopea. Ella también lo había olido. Olía a quemado, sí.

—El campamento —dijo Casiopea.

—¡Los han atacado!

Los dos tuvieron la misma reacción: se precipitaron en dirección al olor a quemado, desenvainando sus espadas, y pasándose —en el caso de Emmanuel— el escudo por el brazo.

Salieron del bosque y una ojeada les bastó para captar la magnitud del desastre que se había desarrollado en su ausencia. Dos soldados vestidos de verde pagaron el precio de su furor. Ambos recibieron una estocada que les envió al infierno.

Luego, orientándose rápidamente, Emmanuel y Casiopea distinguieron la empalizada de madera del fortín de Kunar Sell, que yacía, calcinada, en el fondo de una fosa medio cubierto de arena y de cuerpos... Buscando con la mirada a quién atacar, se colocaron espalda contra espalda, ya que no sabían de dónde provendrían los próximos golpes: ¿de la playa o del bosque?

Respondiendo a la llamada de un olifante, que Emmanuel reconoció con un escalofrío —«¡es él!, ¡mi asesino!»—, unos soldados de verde surgieron entonces de entre la maleza. Algunos blandían una lanza, y otros una ballesta o una espada. Todos tenían un aire fiero y resuelto.

—Reconozco ese sonido —dijo Emmanuel a Casiopea—. La verdad es que nunca he podido olvidarlo. Habita mis noches desde que me desperté en el oasis de las Cenobitas. ¡Ese mugido es el de la muerte de mis hermanos y el de mi caída!

—Es el cuerno de Simón —añadió Casiopea tristemente.

—Maldito sea —murmuró Emmanuel.

Un puñado de soldados verdes se acercaron a ellos, cubiertos por ballesteros que habían permanecido en el lindero del bosque.

—¡No tendréis mi muerte! —gritó Emmanuel asegurando la presa en las enarmas de su escudo.

—Ni la mía —añadió Casiopea empuñando a *Crucífera*, cuya hoja se había puesto a brillar...

Volaron algunos virotes, mal dirigidos, que se perdieron por encima del mar. Sin

duda no habían sido lanzados para matar, sino para intimidar. Rabiosamente, Emmanuel se abalanzó sobre el primer soldado verde, desvió su lanza con su escudo y le hundió la espada en el estómago. El soldado se derrumbó en el suelo gimiendo, mientras uno de sus hermanos se enfrentaba a Casiopea, que lo decapitó.

—¡Simón! —exclamó Emmanuel—. ¿Eres una hiena para enviar a estos niños a pelear en tu lugar?

—Son más viejos que yo cuando te combatí —respondió Simón saliendo del bosque con una osa imponente, con las fauces babeantes.

—Ah, ahí estás...

Simón se limitó a sonreír.

—¿Cuándo te decidirás a morir de una vez? —preguntó.

—¡Después de ti!

De nuevo los combatientes cruzaron sus armas, y Emmanuel y Casiopea hirieron o mataron a varios soldados verdes sin que los ballesteros pudieran hacer nada, por miedo a alcanzar a sus compañeros. Emmanuel se lanzó contra Simón, mientras Casiopea era atacada por la osa, a la que recordaba haber visto ya en Acre. La bestia se levantó sobre sus patas traseras gruñendo y avanzó hacia ella mostrando los colmillos. Se esquivaron y se pararon golpes, sin que ninguno llegara a alcanzar su objetivo; pero en el aire brumoso del final de la tarde, las espadas centellearon furiosas.

Peleando fieramente, Simón resistía a las acometidas de Emmanuel, a pesar de que este era un luchador más experimentado. Los soldados verdes observaban a los combatientes sin atreverse a penetrar en esa malla de zarpas y acero, pero finalmente Simón fue alcanzado en la mejilla izquierda.

—¡Por fin! —exclamó Emmanuel, feliz de poder tomarse la revancha sobre ese demonio de corazón perverso.

—No te alegres demasiado pronto —graznó entonces una voz desde la maleza.

El combate perdió intensidad. Emmanuel y Casiopea dieron dos pasos hacia la orilla, y entonces vieron venir hacia ellos a aquel a quien todos llamaban el Caballero Verde, acompañado de su misterioso acólito, el enano Billis, un domador de osos tocado con un gorro con campanillas. Era él quien había hablado. En su mano derecha llevaba la cabeza de Rufino. Y en la izquierda, un estilete con la punta tan afilada como la cólera de una mujer. Los ojos de Rufino brillaban de terror.

—¡¡¡Rendíos, por piedad!!! —balbució el antiguo obispo de Acre.

—Rufino —preguntó Casiopea—, ¿qué te ha ocurrido?

—¡No tenía elección!

—Siempre se tiene elección —dijo Emmanuel, que dejó caer su arma e invitó a Casiopea a que le imitara, mostrándole el estilete que el enano había empezado a hundir bajo el ojo derecho de Rufino.

Casiopea dudó. Miró a *Crucífera*, que brillaba más que nunca. Y luego se volvió hacia Simón.

—¿Ves esta arma? ¿Sabes qué significa su brillo?

—Sí. Que un demonio ronda por estos parajes.

—Ese demonio —dijo fríamente Casiopea— eres tú.

Simón disimuló con dificultad un escalofrío.

—Eso está por demostrar —repuso.

Pero sabía que ella tenía razón.

—Está totalmente demostrado —continuó Casiopea acercando la fría hoja azul al rostro de Simón.

La hoja resplandeció con más fuerza aún, arrancando reflejos azulados a los ojos de Simón, que parecía fascinado, como la cobra frente a la mangosta.

—¡Suelta tu arma! —exclamó tras rehacerse—. O Billis matará a Rufino y yo mataré a Emmanuel.

Y acto seguido se acercó al hospitalario que acababa de desfigurarle, preguntándose qué suerte iba a reservarle. ¡Oh, cómo había esperado este instante! ¡Cómo lo había esperado! Y qué caro lo había pagado... Pero el Caballero Verde levantó la mano.

—¡Quietos! —exclamó el enano.

Media docena de ballestas y de lanzas apuntaron en dirección a Casiopea.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Matar a Simón y luego morir?

—No —respondió Casiopea, clavando su mirada en la de Simón—. Solo devolverle a la razón...

En sus ojos podía leer toda la rabia, toda la locura que habitaba en su interior, todas las esperanzas que había fundado en su imposible amor por ella.

—Eras mi amigo —le dijo Casiopea.

—Yo te amaba. Hubieras podido seguir siendo libre de amar a quien quisieras.

—Entonces puedes estar contento, porque soy libre y amo. Pero no a ti.

—Sé quién es, y voy a...

Se dispuso a golpear a Emmanuel, pero este rodó sobre la arena y recuperó su espada. Las hojas entrechocaron, metal contra metal, escupiendo chispas.

—¡Detente! —gritó Billis—. ¡Tu ama te lo ordena!

Simón levantó los ojos y vio cómo el Caballero Verde se acercaba a él, con la capa flotando al viento. Con un gesto brusco, el Caballero Verde le asestó una bofetada que hubiera hecho perder el sentido a un hombre más débil que él; pero Simón, aunque medio aturdido, no se desvaneció.

—Imploro vuestro perdón... —murmuró Simón apretando los dientes.

—Y pensar que tú hablabas de libertad —susurró Casiopea.

—Dale tu arma —dijo Emmanuel a Casiopea.

Ella dudó. La mano del Caballero Verde estaba extendida ahora bajo sus ojos, reclamando una ofrenda de la que muchos santos eran indignos. Porque esa espada era la espada de los reyes de Jerusalén, a los que era preciso que un día volviera; pero, para Casiopea, era sobre todo la única cosa que le había dado Morgennes. Todo lo que le quedaba de su padre. Eso y algunos raros y preciosos recuerdos, como el cuadrado de su abuelo y la draconita, que le había confiado su madre. Esa piedra, lo sabía, era su único medio para tener hijos. Si Emmanuel no veía inconveniente...

Pero Casiopea seguía dudando. ¿Dónde estaban la piedra y el cuadro? En su alforja. ¿Dónde estaba *Crucífera*? En su mano derecha. ¿Dónde estaba, pues, su interés?

Al cruzar de nuevo la mirada con la de Emmanuel, decidió remitirse a la elección que este había hecho. Entregó a *Crucífera* al misterioso Caballero Verde y se desplomó como muerta en brazos de Emmanuel. Al mismo tiempo que la espada, acababa de perder por segunda vez a su padre.

La noche había caído.

Emmanuel y Casiopea, sin armas ni armaduras, estaban metidos en una fosa en compañía de tres marineros.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Casiopea al mayor de ellos, un marino con una espesa barba.

—Por desgracia —respondió el hombre—, están muertos...

Casiopea le miró, con una expresión de horror en los ojos.

—Nos cogieron por sorpresa —prosiguió el marino—. La tormenta parecía estar de parte del enemigo, hasta el punto de que estoy casi seguro de que no era una tormenta natural. Sobre nuestras defensas cayeron unos rayos que hicieron saltar la empalizada en pedazos, matando a la mayoría de nosotros. Acabábamos apenas de retroceder al bosque, para vendar nuestras heridas, cuando el enemigo nos rodeó. ¿Dónde habían desembarcado? Probablemente en los dos extremos de la playa. Algunos surgieron incluso de los árboles. Unos locos furiosos.

—¿Soldados verdes cayendo de los árboles?

Un segundo marino, un atractivo joven de cabellos rizados, sacudió la cabeza.

—No, no eran soldados verdes. Ellos marchaban hacia nosotros con la espada y el escudo en la mano. Los que se dejaron caer de los árboles parecían un cruce de demonios y monos. Eran unos locos, hombres vestidos de modo que se confundían con la jungla. Lanzaban gritos espantosos y surgían de todas partes a la vez, babeando. No es que fueran numerosos, debían de ser media docena. Sin embargo, fueron ellos los que hicieron más víctimas en nuestras filas.

—Asesinos —comentó Emmanuel—. Ya tuve que habérmelas con ellos en otro tiempo. Son bestias salvajes sin fe ni ley, que no se detienen ante nada...

—Por desgracia —dijo Casiopea—, me temo que tienen, al contrario, demasiada fe y demasiadas leyes, y que es eso precisamente lo que les impulsa a actuar de ese modo.

—Cuando llegaron los soldados verdes —prosiguió el marino—, ya estábamos fuera de combate, y Kunar Sell había huido.

—¿Huido?

—Sí. Abandonando su pesada hacha tras él.

—Nunca le hubiera creído capaz de una cosa así —murmuró Casiopea.

Un silencio siguió a ese siniestro descubrimiento.

—¿Y Rufino? ¿Por qué no está aquí, con nosotros? —preguntó de nuevo Casiopea.

El joven se agarró la cabeza entre las manos.

—Lo ignoro —masculló.

Pero el tercer marino, un hombre con el cuerpo cubierto de heridas sanguinolentas que estaba tendido contra la pared de la fosa, se levantó sobre un codo.

—¡Nos traicionó! —exclamó.

—Calla —ordenó Casiopea—. Conozco a Rufino. Tal vez sea un cobarde, pero no es un traidor...

En el mismo momento en que decía esas palabras, recordó lo que había ocurrido en el Krak de los Caballeros tres años atrás, cuando Rufino y ella habían sido manipulados por los asesinos. Contra su voluntad, se habían visto forzados a asesinar a una de las almas más bellas que hubiera dado nunca Tierra Santa: el conde Raimundo de Trípoli. ¿Qué sortilegio, qué amenaza, había podido llevar a Rufino a cometer traición, si es que ese era realmente el caso? ¿Qué había podido llevarle a pasarse al bando de Simón, que había tratado de matarle? ¿Quién? ¿Y qué?

En ese instante una escalera bajó hasta el fondo de la fosa, entre un ruido de cascabeles.

—¡Que suba Casiopea, solo ella! —chilló una voz.

Levantaron los ojos y vieron a Billis, con una antorcha en la mano, que miraba en su dirección. El sirviente del Caballero Verde se pasó una lengua vercosa entre sus gruesos labios.

—¡Vamos, no tengo tiempo que perder! —añadió.

Capítulo 61

El enano, que era pérfido y de maligna naturaleza, estaba plantado en medio del camino.

*Chrétien de Troyes,
Erec y Enide*

—¿Puedes explicarme para qué sirven estas armaduras? —preguntó Simón a Casiopea, mientras le mostraba las pesadas cajas en las que las armaduras de los cráneos habían sido cuidadosamente embaladas.

Casiopea se encontraba en la tienda de Simón, con la cabeza agachada. La joven miró furtivamente a derecha e izquierda, buscando un arma, algo que pudiera coger para dejarle sin sentido o matarle. Pero ¿de qué serviría? Tenía las manos atadas a la espalda, y en el otro lado de la tienda dos soldados verdes intercambiaban palabras a media voz.

—No —replicó Casiopea en un tono inapelable.

—Lástima. Aunque ya conozco la respuesta. Alguien me la ha dado.

—¿Quién?

—Lo sabrás muy pronto... Solo te he hecho esta pregunta para darte la posibilidad de ser amable conmigo; pero ya que no me respondes, yo tampoco seré amable contigo.

—Hablas como un niño.

—Un niño que ha tenido el valor, te lo recuerdo, de acompañarte a los infiernos para ir a buscar a tu padre.

—Es una lástima que, en lugar de eso, no trataras de conducirme al paraíso, como Emmanuel.

Este comentario atizó la cólera de Simón, que se contuvo para no mostrarla.

—De todos modos iré al infierno, créeme —la amenazó—. Casiopea, te lo suplico, ¡concédeme una oportunidad de ayudarte, en memoria de tu padre!

—Entonces ¡libéranos! Quiero ir a los pantanos.

—Es lo que haremos, pero nosotros dos. Recuérdalo: «A donde tú vayas, yo iré». Continuaremos nuestro viaje donde lo dejamos. Tú te colocarás la armadura más pequeña y yo me pondré la otra. He visto que hay una de mi talla. Probablemente la de Emmanuel... En todo caso, no será él quien te acompañe a los pantanos a buscar a tu tía.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Tengo mis fuentes.

—Estás loco.

—¿Por qué? ¿Porque te amo y quiero ayudarte a salvar a tu padre? Tal vez. Pero entonces tu Emmanuel también lo está.

—¿De modo que admites que él también quiere ayudarme?

—Poco importa lo que admita. ¡Yo solo quiero ayudarte!

—¡De ningún modo, eso no es todo lo que quieres! Tú te preocupas, antes que nada y sobre todo, de tu persona y de tu insignificante nombre. En tu locura, has decidido casarte conmigo. Pero ¿quién te dice que yo deseo hacerlo? ¿Te has planteado siquiera esta pregunta?

Simón no respondió.

—Admitamos que mi tía nos ayude a ponernos en contacto con el fantasma de mi padre —prosiguió Casiopea—. ¿Crees realmente que si le hablamos, te concederá mi mano, a *Crucífera* o qué sé yo qué? Te engañas. Porque si tiene algo que decirnos será: «Gracias, os quiero, sed libres». Aunque dudo que te diga a ti todo eso. Tú no has comprendido nada sobre Morgennes.

—Me divierte oírte hablar así de él —replicó Simón sonriendo—. Vamos, tú no le conociste más que yo.

—Es mi padre.

—Y eso ¿qué importa? No lo supiste hasta mucho después de que hubiera muerto.

—Lo supe en cuanto le vi.

—¡Tonterías! Eso lo dices ahora, pero estás reescribiendo la historia. No está bien mentir, y aún menos mentirse a uno mismo.

Casiopea no respondió. No valía la pena. Pero pensó de nuevo en Morgennes, en el hombre al que había salvado de los maraykhát y al que había arrancado el pañuelo tras el que se ocultaba. Pero en cuanto distinguió su rostro, su cuerpo experimentó una violenta conmoción. Le había reconocido: él era su padre. Tal vez no se lo hubiera confesado a sí misma en ese momento y hubiera preferido creer que había visto a un fantasma, pero su carne se lo había dicho: «¡Este hombre es tu padre, el que has buscado toda tu vida!».

Recordó cómo había batallado para salvarlo de los maraykhát, llegando incluso a reventar un ojo a uno de esos bandidos —algo que había pagado muy caro—. Tenía ganas de llorar. Pero jamás daría ese placer a Simón. Lanzó una mirada en su dirección y vio que se dirigía hacia una mesa baja donde había una jarra con dos copas al lado. Simón tomó la jarra y se volvió hacia ella.

—Supongo que tienes sed.

—No de esa agua.

—Como deseas —dijo él, hablando como Saladino.

Llenó las dos copas con un líquido granate, y vació una y luego la otra. Una sonrisa maligna le iluminó el rostro. ¿Estaba borracho después de haber tomado solo dos copas? ¿O ya lo estaba cuando la habían llevado ante él?

De pronto se escuchó un rugido en el otro lado de la tienda.

—¿Reconoces ese grito? —preguntó Simón.

Casiopea inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Era Marsella, la osa de Billis. ¿Qué nueva maldad habría inventado ahora Simón?

—He pensado que a Emmanuel le gustaría conocerla mejor. ¿Tú qué opinas?

—Opino que Emmanuel, como Daniel en el foso de los leones, saldrá indemne.

—Emmanuel, tal vez, pero ¿y los marinos? Mañana al alba le pediré a Billis que baje a Marsella a la fosa. Quiero ver a cuál devorará primero, ¿al que ya está enfermo, o al más joven? Al barbudo, quizá...

«Eres un monstruo», pensó Casiopea.

—Sé lo que estás pensando —dijo Simón—. Pero te equivocas.

Se acercó a ella y tendió la mano para acariciarle el rostro, pero Casiopea retrocedió instintivamente.

—¿Crees que voy a violarte? —preguntó Simón, y volviéndole la espalda, añadió —: Hubiera podido hacerlo fácilmente cuando estabas en nuestras manos en los fosos del castillo de La Fève...

Luego la miró de nuevo.

—Sin embargo, no lo hice —dijo—. Eso significa que tengo un buen fondo, ¿verdad?

Le sujetó la barbilla por la fuerza y le arrancó un beso.

—Pero ahora ya no. He cambiado. ¡Ya no soy el mismo hombre, y te deseo! ¿Comprendes?

Casiopea no respondió.

—¿Comprendes? —repitió él, loco de rabia—. ¿Comprendes todo lo que he sacrificado por ti? ¡He dado mi alma por salvaros, a tu padre y a ti!

Casiopea susurró una frase, para obligarle a acercarse. Y cuando lo tuvo tan cerca que podía sentir su aliento, le hundió la rodilla entre las piernas. Simón cayó hacia atrás, aullando de dolor. Entonces ella le lanzó un puntapié a la cabeza, y otro más, para dejarlo inconsciente. Luego corrió hacia la jarra de vino, la asió entre sus manos atadas y la rompió contra la mesa baja.

—¿Todo va bien? —preguntó una voz en el exterior de la tienda.

—¡Socorro! —gritó Casiopea—. ¡Ayuda!

En el exterior resonaron unas risas sarcásticas, mientras ella cortaba sus ataduras con un fragmento de la jarra. Por desgracia, Simón ya estaba levantándose de nuevo y murmuraba entre dientes:

—Te mataré y violaré tus vísceras.

¡Crucífera! ¿Dónde estaba su espada? Tenía que encontrarla.

Pero no parecía que estuviera en la tienda. ¿Dónde la habría guardado ese demonio? Viendo que estaba de rodillas, Casiopea le lanzó un nuevo puntapié que lo

derribó y lo dejó, por fin, inconsciente. Fuera, Marsella se agitó. Posiblemente había percibido que estaban atacando a su amo.

—¿Todo va bien? Vamos a entrar... —dijo de nuevo uno de los dos guardias que se encontraban en el umbral de la tienda.

«No hay tiempo que perder», pensó Casiopea. Tomar la iniciativa.

En el momento en que uno de los guardias levantaba la cortina de la tienda, Casiopea se lanzó contra él y le hizo caer de espaldas.

—¡Alerta! —gritó su compañero—. ¡La mujer huye!

Huir, sí. Pero ¿adonde?

Casiopea reflexionó rápidamente. O bien corría hacia Emmanuel y los marinos, o corría hacia el bosque. Pero sus amigos estaban desarmados y en el fondo de una fosa.

Eligió el bosque.

Allí, al menos, no la encontrarían, y podría volver después de haber recuperado el aliento y haber trazado un plan.

No había dado tres pasos cuando resonó una voz.

—¿Eres una loca, o una valiente? Desde luego, eres igual que tu padre.

Billis, el enano, estaba plantado en medio del camino, flanqueado por soldados verdes. Todos amenazaban a Casiopea con sus lanzas. Y por detrás ya llegaban refuerzos, armados con ballestas y espadas.

«Estoy rodeada —reconoció Casiopea—. Pero esto simplifica el problema.»

—¿No comprendes que si todavía estás con vida es gracias a él? —le preguntó Billis señalando a Simón, que salía de su tienda con el rostro tumefacto—. Si no te hemos matado ha sido gracias a él. De modo que si él muere, estás acabada...

—¿Qué me importa su muerte o la mía? —replicó Casiopea.

—¿Y la de tus compañeros?

—Simón me ha dicho que los mataría.

—Mi ama tiene otros proyectos para ellos.

Casiopea no entendía nada. ¿De qué «ama» estaba hablando?

A modo de respuesta, el enano tendió la mano en dirección al Caballero Verde. ¡De modo que el Caballero era una mujer! Empuñando a *Crucífera*, la dama de verde se mantenía absolutamente inmóvil entre el foso y Casiopea. La espada brillaba con un vivo resplandor azul, y Casiopea creyó sentir su sufrimiento. Se hubiera dicho que sangraba lágrimas color de cielo. El mundo se desgarraba. ¿Qué podía hacer?

—Ríndete —le dijo el enano—. Piensa en tu tía. ¿No te gustaría verla?

Casiopea no respondió. Ni siquiera se movió cuando los soldados verdes se acercaron para atarle las manos, y tampoco le dio las gracias a Simón, que les ordenó que no lo hicieran.

La oscuridad estaba salpicada de pequeñas estrellas rojas, las llamas de las antorchas que sostenían los guardias. El ruido de las olas seguía marcando, imperturbable, el paso de la noche. Al mundo le importaba muy poco que Morgennes se salvara, que Casiopea muriera o no, o que Emmanuel y los marinos fueran devorados por una osa de guerra.

—Muy bien —dijo Casiopea—. ¿Qué queréis?

El enano intercambió una mirada rápida con su ama, que inclinó la cabeza, autorizándole a explicar a Casiopea los términos de su pacto.

—Prometimos a Simón que serías suya si nos entregaba a *Crucífera*. Para esto necesitábamos a un aliado, alguien próximo a ti, para que nos informara.

—Rufino —dijo ella.

Billis asintió con la cabeza.

En la lejanía, Casiopea creyó oír estallar en sollozos a Rufino, que sin duda ya lamentaba su traición.

—¿Qué le hicisteis?

—Nada. Solo una promesa. Mi ama, que sabe de medicina y de artes mecánicas, le prometió un cuerpo...

—Eso no explica cómo os las arreglasteis para saber que cambiábamos de rumbo y nos dirigíamos a esta costa.

—A bordo de nuestro barco llevamos a un hombre que siempre sabe dónde está *Crucífera*, cualquiera que sea el lugar en que se encuentre. Un poderoso mago para el que la espada es como el norte hacia el que apuntan esas misteriosas piedras imantadas de que se sirven los árabes.

—¡Sohrawardi! Le creía en el infierno...

—¿No sabes dónde te encuentras? ¿Es que ignoras cuál es el nombre de esta región?

—Bab el-Mandeb.

—Las puertas del infierno...

Más tarde, mientras caminaba con Simón por la jungla, volviendo a pasar por los lugares que ya había recorrido con Emmanuel, recordó el final de esta conversación. Rufino, Simón y Sohrawardi se habían puesto de acuerdo con el misterioso Caballero Verde —en realidad, una mujer— para establecer un pacto. Sohrawardi quería a *Crucífera*, Simón quería a Casiopea y Rufino quería un cuerpo. De modo que habían cerrado un trato con el Caballero Verde, cuya obsesión era arruinar la vida de quien había destruido la suya: Morgennes.

Muchos años atrás, en el desierto del Sinaí, Morgennes había matado en el transcurso de un increíble duelo a un tal Palamedes, el general en jefe de los ofitas.

Palamedes era el amante de la que en esa época se llamaba todavía Filomena,

cuya existencia había perdido todo su sentido después de que su *fedeli d'amore* fuera enviado al infierno por Morgennes. Este la había dejado con vida porque era una mujer. Entonces, loca de rabia, Filomena había decidido hacerse pasar por hombre, ¿y qué mejor disfraz podía haber, para transformarse en hombre, que una armadura?

Si los ofitas poseían un arte era el del engaño, el de la simulación. Y así, la antigua Filomena se había presentado ante todos como un mercenario español y había entrado al servicio de quien había querido pagarla, preferentemente si la soldada era generosa. Su frialdad, su dominio de las armas, le habían proporcionado victoria tras victoria; hasta el día en que el rey de Sicilia, Guillermo II llamado el Bueno, la contrató para enviarla a Tiro a ayudar a los francos a iniciar la ofensiva. ¡Y allí el destino quiso que su camino se cruzara con el de *Crucífera*! La espada se encontraba en manos de una joven que quería dirigirse al infierno para liberar a su padre: Morgennes.

«Buena noticia», pensó, eufórico, el Caballero Verde, que no hablaba jamás. Pero aquello no era suficiente. Si Morgennes estaba en el infierno, debía asegurarse de que permaneciera allí. De que no saliera nunca...

De modo que era preciso que Casiopea fracasara. Pero Casiopea estaba hecha de la misma pasta que su padre; por eso era necesario aniquilarla. O mejor aún: asegurarse de que también ella acabara en el infierno, es decir, en los brazos de Simón, cuyas debilidades había adivinado el Caballero Verde desde el mismo momento en que lo había conocido en Acre...

Todo lo que concernía a Simón y Sohrawardi, Casiopea lo había deducido por sí misma de las palabras de Simón, cuya candidez, curiosamente, no contribuía a hacer su felicidad. Simón estaba persuadido de que el Caballero Verde actuaba en su interés; y aunque también había soñado con tener a *Crucífera*, estaba dispuesto a renunciar a ella a cambio de Casiopea.

En cuanto a Rufino, el obispo estaba obsesionado con conseguir un cuerpo... El Caballero Verde, en otro tiempo «maestro de los secretos» de un grupo de trovadores conocido como La Compañía del Dragón Blanco, era experto en artificios y magia negra. Podía dar vida a casi todo lo inanimado, y a la inversa; de hecho, muchos sospechaban que su cuerpo no estaba compuesto de carne y de sangre, lo que explicaba que careciera de voz.

Casiopea daba vueltas y más vueltas a estos pensamientos en su cabeza, buscando una salida para ella, para Emmanuel y para los marinos; pero por el momento se veía obligada a seguir a Simón hasta los Pantanos de la Memoria, adonde él había decidido acompañarla. Detrás de ellos, cuatro soldados verdes transportaban las pesadas cajas donde estaban guardadas, como preciosas reliquias, las armaduras de los cráneos. Casiopea podía oír cómo tropezaban con las raíces que sobresalían del suelo o se enganchaban el pie con las lianas. Oía cómo se insultaban. Uno le dijo a

otro: «¡Sostenía bien; si no, te elimino!». Luego se hizo el silencio.

Con el corazón palpitante, Casiopea avanzaba por la jungla reconociendo, aquí, el árbol bajo el cual Emmanuel y ella habían intercambiado un beso, y más allá, el lugar donde habían hecho el amor dos veces.

«No me ocurrirá nada —pensó—. Estoy segura.» En el cielo, un pájaro lanzó un grito que parecía destinado a ella, como un eco a sus pensamientos.

—Maldito halcón —masculló Simón—. Si lo atrapo, lo desplumo...

Pero no acabó la frase. Era inútil provocar a Casiopea, que durante mucho tiempo había tenido a Cocotte como única amiga.

Finalmente Casiopea reconoció el pasaje donde Emmanuel y ella habían tenido que abrirse paso con esfuerzo a golpes de espada. Las pequeñas arañas... A pesar de la tormenta y de su paso, ya habían vuelto a tejer sus telas.

—Es por aquí —dijo.

Simón y los guardias intercambiaron una mirada.

—¿Estás segura? —preguntó Simón. Los soldados verdes parecían dudar.

—Totalmente segura.

Por encima de la cubierta vegetal, un grito les invitó a avanzar. «Venid —parecía decirles el halcón—. Todo va bien...»

—Esto no me gusta —dijo uno de los soldados dejando en el suelo el extremo de la caja que transportaba.

—A mí tampoco —corroboró otro haciendo lo mismo.

—Esto apesta a trampa —proclamó un tercero.

El cuarto no hizo ningún comentario, pero soltaron la caja que sostenían. En la jungla inmóvil, loros con la cola verde y el cuerpo rojo cruzaban como relámpagos sobre ellos. A veces un animal a medio camino entre un mono y un lémur se divertía golpeando una nuez contra un tronco. Grandes mosquitos zumbaban a su alrededor: espesas nubes de seres vibrantes que atravesaban tosiendo para emerger de ellas con la cara y las manos cubiertas de pústulas rojas y un gusto de sangre en la boca.

—Muy bien —dijo Casiopea—. Si sabéis mejor que yo por dónde hay que ir, os sigo.

Los cuatro soldados verdes y Simón intercambiaron miradas que parecían decir: «Renunciemos».

—Casiopea, tú nos precederás —decretó Simón—. Y si hay peligro, nos llamas.

Casiopea inspiró una gran bocanada de aire cargado de humedad.

—Como desees —dijo, esbozando una reverencia.

Avanzó hacia la estrecha galería vegetal, una mezcla tan densa de telas, ramaje y lianas que parecía impenetrable, e inclinando respetuosamente la cabeza, saludó a no sabía qué espíritus de la jungla. Dio un paso adelante, y luego dos.

Estaba tan oscuro como en el fondo de un pozo. Detrás de ella, los jirones de luz

donde esperaba Simón pertenecían a otra vida. Como no tenía ningún arma para hender la telaraña, la apartó con las dos manos, nadando en un océano pegajoso, hecho de algodón y lino. Minúsculos animalitos se encontraban atrapados allí; unos ya muertos, y otros agonizando. Algunos eran más gruesos que su cabeza, y Casiopea tembló al ver a una pareja de monos enlazados en la muerte en medio de la tela.

—¿Todo va bien? —preguntó Simón.

Casiopea no respondió, temiendo tragar Dios sabía qué si abría la boca. Su rostro, su pecho y sus manos ya estaban cubiertos de una materia viscosa, y estaba segura de que había animales que la inspeccionaban en busca de un pedazo de piel desnuda donde clavar su aguijón. Finalmente, al darse cuenta de que de todas maneras tampoco veía nada, decidió cerrar los ojos. Avanzaba a tientas, tratando de recordar la trayectoria que había seguido con Emmanuel...

Sintió que el pánico la dominaba; pensó en su padre y en Emmanuel. No, no podía abandonarlos de ningún modo. Pero ¿quién podía ayudarla a ella?

En el cielo, el halcón lanzó un grito.

Casiopea le dio las gracias silenciosamente, feliz de poder seguir contando con la que siempre había considerado su buena estrella. «¡Mi fiel Cocotte!»

De pronto percibió una presencia. Justo encima de ella. Algo pesado y macizo se desplazaba entre las ramas. A veces aquello saltaba, pasando de un árbol a otro, con un ruido de hojas y crujidos sordos. ¿Qué era? ¿La Reina Blanca? «Vamos —se dijo Casiopea—. Es verdad que estropeo sus telas, pero ¿no me mostré respetuosa con su territorio la primera vez que penetré en él?» Recordó todas las precauciones que había tomado con Emmanuel para no matar a los bebés araña, confiando en que bastara para neutralizar la hostilidad de su madre. Pero a veces eso no era suficiente. Ocurría, en ocasiones, que los monstruos querían devorarte sencillamente porque estaba en su naturaleza el hacerlo.

Y ese era el caso ahora.

Una corriente de aire sobre su cabeza la advirtió de que algo enorme estaba a punto de caerle encima. Dio un salto hacia delante y lanzó un grito.

—¡Casiopea! —llamó Simón detrás de ella.

—¡Simón!

El ruido de una espada saliendo de su vaina resonó en la entrada de la galería, y Simón penetró en el antro de la araña antropófaga.

Casiopea sintió que una criatura la manipulaba entre sus patas para clavarle su dardo en la espalda. Multiplicando los puñetazos y los puntapiés lanzados a ciegas, trató de deshacerse de ella, pero la bestia la mantenía estrechamente apretada entre sus ocho patas. Entonces volvió a abrir los ojos y, a través de la bruma de tela que le oscurecía la visión, vio dos colmillos grandes como dagas que se aproximaban a su garganta. Gritó de nuevo, y con la energía que da la desesperación lanzó una patada

tan potente a la Reina Blanca que consiguió hacerla retroceder. La bestia emitió un estridente chillido de dolor, mientras de su bolsa ventral escapaban miles de bebés araña tan lisos y blancos como su madre. Movidas por su instinto, atraídas por el delicioso olor a carne fresca que emanaba de su cuerpo, las crías se lanzaron al asalto de Casiopea. Pero esta ya se había levantado y corría en la oscuridad gritando:

—¡Simón! ¡Simón!

Como en otro tiempo en el Vesubio.

Casiopea oyó una cabalgada confusa e imaginó que el bosque cerraba sus brazos velludos sobre su cuerpo. Las ramas le azotaban el rostro, pero ella no se preocupaba por eso; las raíces se cruzaban en su camino, pero ella las saltaba y seguía adelante. Finalmente vio una luz al extremo de esa pesadilla.

Un caballero vestido de blanco la esperaba en una especie de calvero. Sin preocuparse por saber si era un sueño o no, corrió directamente hacia él. Pero el caballero espoleó a su montura y se alejó, adentrándose en el bosque. ¿Cómo podía moverse con tanta facilidad en ese inextricable entrecruzamiento de lianas y ramaje? Se hubiera dicho que la jungla no existía para él. Curiosamente, a Casiopea le costó menos trabajo seguirle de lo que había imaginado. El caballero le mostraba el camino; él era, en la tierra, lo que el halcón era en los aires.

«¡Taqi! —pensó—. Has vuelto de los infiernos para guiarme hacia los pantanos...»

Con una fuerza y una fe renovadas, aceleró su carrera y se distanció de la Reina Blanca. De hecho, la bestia ya había dejado de perseguirla, prefería volver sus colmillos, sus dieciocho ojos y sus miles de crías hacia Simón y sus soldados.

Casiopea fue a parar no muy lejos de la catarata donde su padre había dirigido los trabajos de Amaury. Como si la presa no hubiera existido nunca, el Nilo había retomado su curso, fluyendo más bajo que la víspera. Solo un bloque de piedra, como una estela funeraria, sobresalía de las aguas del Nilo en el lugar donde este caía en cascada antes de llegar a Egipto y sus valles.

Casiopea estaba sin aliento. Rápidamente se deshizo de los jirones de telarañas y de los insectos pegados a sus ropas y echó una mirada atrás. La jungla se había replegado sobre sí misma, tragándose el camino por donde había venido.

—¡Taqi! —gritó.

Esperaba ver a su valeroso primo bajar de su montura y acercarse a ella para tomarla en sus brazos.

—¡Taqi!

Pero allí no había nadie. Sí, allá abajo, al otro lado del puente de lianas: un jinete que se parecía a Taqi, o al fantasma de Taqi. Casiopea dio un paso en dirección al puente y apoyó la mano en uno de los cordajes que unían las dos orillas.

—¡Taqi! ¿Eres tú? —gritó.

—¡Casiopea! —respondió una voz apagada a su espalda.

Oyó ruidos en la maleza, miró hacia el interior de la jungla y vio a la armadura roja de los cráneos que emergía de los matorrales, con una espada en la mano. ¿Simón? La armadura estaba manchada de sustancias rojas y negras, tal vez sangre de araña. Casiopea se acercó despacio y reconoció a Simón detrás de la visera.

Tras él aparecieron tres soldados extenuados, uno de los cuales se sujetaba el brazo izquierdo como si estuviera herido. Los dos hombres que parecían más en forma transportaban la caja donde se encontraba la otra armadura de los cráneos.

—¿Simón? ¿Eres tú? —preguntó Casiopea.

—¡Sí!

A través de la visera de la armadura, Casiopea vio que una sonrisa iluminaba el rostro de Simón. Nunca le había visto tan radiante, y casi sintió piedad de él. Pero volvió la cabeza y miró de nuevo hacia el lado de Taqi. Su primo había desaparecido. ¿O es que nunca había estado ahí?

—No te acerques —le dijo a Simón.

Este abrió las manos para apaciguarla, y luego se quitó el yelmo.

—Conseguimos pasar —dijo jadeando—. Sin esta armadura, probablemente hubiéramos perecido allí. Pero no creo que esta araña caníbal vuelva a molestar a nadie en adelante...

Tras él, el soldado verde que se cubría su herida con la mano estaba mortalmente pálido. El pus se escurría entre sus dedos.

—Este hombre necesita cuidados, hay que llevarle al campamento —dijo Casiopea.

—Ahora no —replicó Simón—. Primero los pantanos...

Hizo una señal y los soldados depositaron su caja en el suelo, agotados, hartos de aquella aventura. Solo aspiraban a volver con sus monturas, al fragor de la batalla. Una lanza. Un caballo. Un sarraceno y una carga de caballería. Eso era la verdadera vida. Y no jugar a los porteadores en una jungla envenenada, donde arañas del tamaño de un oso amenazaban a cada paso con clavarte su dardo. Dios sabía dónde.

—Estos pantanos no son para ti —le dijo Casiopea pisando el puente—. Vuelve con los tuyos.

—Sabes que si vuelvo al campamento sin ti, matarán a Emmanuel.

Casiopea pareció dudar. ¿Qué elección tenía? O bien cedía, y aceptaba entrar en los pantanos con Simón, o bien corría al otro lado del puente de lianas, se las arreglaba para hacerlo caer al Nilo y se adentraba en ellos sola.

Pero Simón le tendía la mano amistosamente. Una sonrisa, un calor especial en la mirada, animaban su rostro de un modo inédito en él. ¿Era posible que hubiera cambiado hasta ese punto? Quiso creer que sí, y se acercó a donde estaba.

—Perra —siseó Simón inmovilizándole el brazo—. ¿Creías que ibas a escapar de mí?

Destellos de locura brillaban de nuevo en sus ojos.

—¡Ponte la armadura!

Los soldados indemnes la amenazaron con sus espadas, mientras el herido abría la caja donde se encontraba la armadura de Casiopea.

—No nos hagás esperar —añadió Simón—. Estos hombres están agotados y solo tienen un deseo: vengar la muerte de su hermano, devorado por la Reina Blanca.

Capítulo 62

Cuando el siniestro arroyo llega al pie de la playa gris e infecta, forma una laguna llamada Estigia. Y yo que miraba fijamente vi almas encenagadas en aquel pantano, desnudas totalmente y con semblante irritado.

Dante,
El Infierno

En el interior de la armadura, un extraño dispositivo permitía respirar. El velo de vapor que se formaba en su visera era regularmente barrido por una llegada de aire con olor a cieno que Casiopea inspiraba con reparo, mientras avanzaba a través de la ciénaga con pasos lentos y pesados. Sus calzas de metal se hundían en el agua estancada, descomponiendo la fina película brillante con que la luna recubría todo el pantano: de los vegetales que afloraban al nivel del agua hasta las altas murallas de plantas entrelazadas. En torno a ella, restos de vapor prolongaban el rumor del Nilo, que había callado hacía tiempo. «¿Por dónde hay que ir? —se preguntó—. ¿Volverá Taqi para guiarme?» Pero en cualquier lugar adonde dirigiera la mirada todo eran parodias de árboles con las raíces convulsionadas. Todo era grande, eterno, inmutable. Silencioso.

Sintió que le palmeaban la espalda. Era Simón, que, con su mano enguantada de rojo, le señalaba unas formas agazapadas en el lodo, en torno a las cuales zumbaban las moscas. Eran unas cosas grises que recordaban vagamente a seres humanos, encogidos sobre sí mismos, tendidos o sentados en medio de los pantanos, pegados a la tierra y velados de penumbra. Figuras que mostraban todas las actitudes de la agonía, el sufrimiento, la desesperación. Gargano había prevenido a Casiopea: «Una vez en los pantanos, no te quites nunca la armadura, o te volverías como ellas».

En esta cripta vegetal que la putrefacción de los penitentes llenaba de crueles vapores erraba un alma en pena: la tía de Casiopea. Con su ayuda esperaba acceder al pasado de Morgennes, ver a su padre, si, como creía, su tía era capaz de hablar con los muertos.

Casiopea no se habría extrañado si le hubieran dicho que por esos pantanos corría uno de los cinco ríos de los infiernos, el Leteo, cuyas aguas negras robaban los recuerdos de los que bebían de ellas. Ese río condenaba a un vagabundeo eterno a las almas de los desventurados que entraban en contacto con él, transformándolos en espectros sin pasado ni futuro, atrapados en un eterno presente, un aterrador *purgatorium*. ¿Por qué su tía se encontraba aquí? ¿Era acaso una de las guardianas de los infiernos? ¿O había llegado, por Dios sabía qué sortilegio, a resistir a los maleficios del Leteo?

Emmanuel le había relatado su propia resurrección, en el oasis de las Cenobitas, y el modo como había encontrado a Guillermo de Tiro transformado en árbol...

De pronto, Simón se detuvo y se apoyó contra un tronco, como para tomar aliento. A pesar del odio que sentía hacia él, le daba aún más lástima que antes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, aun sabiendo que no podía oírla.

Simón le indicó con un gesto que avanzara en dirección a una nueva brecha que se abría entre los árboles, donde brillaba una luz cerosa. Casiopea entró en un agua tan negra y tan fangosa que tenía casi la consistencia de la tierra; pero su pie se hundió pesadamente en ella con un siseo vaporoso. En su espalda, el dispositivo de aireación de la armadura expulsaba silbando el aire saturado de veneno para renovarlo con nuevas aportaciones de aire filtrado.

Casiopea sintió que vapores de limón le llenaban la nariz, y se forzó a inspirar, como si aquella fuera a ser la última bocanada de aire que inhalara. Se pasó la lengua por los labios en busca de un poco de humedad. «Hace horas que nos arrastramos dentro de estas armaduras, y no hemos recorrido ni tres leguas...»

Se preguntó cómo debían de arreglárselas los cazadores de la Antigüedad cuyo oficio consistía en llevarse de estos pantanos carros cargados de setas. ¿Tal vez tenían referencias para orientarse? ¿O mapas? «Seguramente debían de seguir siempre el mismo itinerario y no se apartaban de él.»

La zona en la que había entrado estaba rodeada de árboles retorcidos, con excepción de un claro en el que una insólita pared de madera recubierta parcialmente de lianas y ramas podridas entrelazadas subía al asalto de los cielos. Se hubiera dicho que era el casco de un navío naufragado hacía más de mil años. «Extraño...»

En el lugar abundaban unas misteriosas setas blancas bastante pequeñas, con las que llenó su morral.

Mientras lo hacía, tuvo la sensación de que alguien la observaba. Recorrió los pantanos con la mirada, vio árboles con unas raíces tan altas que arrancaban muy por encima de las aguas, y enseguida tuvo un extraño presentimiento. Simón se acercaba. La había visto recogiendo las setas y no dejaría de preguntarle por qué. Tal vez incluso la obligaría a volver al campamento inmediatamente. Allí la enviarían a algún otro lugar, mientras que Emmanuel... De repente comprendió: el cuerpo que el Caballero Verde había prometido a Rufino era él, ¡Emmanuel! No podía permitir que hicieran aquello. Pero ¿cómo podía salvarle? Aunque llegara a deshacerse de Simón, ¿cómo podría dar esquinazo a los soldados que les habían escoltado hasta el lindero de los pantanos? ¿Y luego? La araña que la había atacado, ¿no tendría una hermana? ¿Una madre? ¿Y los soldados del campamento? ¿No matarían a los rehenes si ella tardaba en volver, o si volvía sin Simón?

«¡Necesito ayuda, necesito ayuda!», pensó. Pero su halcón, si había gritado, era

inaudible desde el interior de la armadura.

—¡Taqi! —gritó, volviéndole la espalda a Simón para que no la viera aullar—. ¡Ayúdame!

Una vez más, no obtuvo respuesta.

Lanzó una rápida ojeada hacia el lado donde estaba Simón, y le vio ocupado también recogiendo setas blancas, mientras en torno a él revoloteaban miríadas de mariposas alternativamente blancas y negras, que cambiaban de color cada vez que batían las alas. Desesperada, Casiopea se dejó caer de rodillas en la ciénaga, preguntándose si no sería preferible añadirse a los espectros vegetales que habitaban esos pantanos. Observó el agua gris, y no vio más que los reflejos de su casco en medio de la tierra y de las hojas medio podridas.

«¡Ya estoy harta de esta armadura! —pensó de pronto—. Si lo que me contó Gargano es cierto, Morgennes sobrevivió a estos pantanos mucho tiempo mientras buscaba a un templario perdido...» Estaba decidido: haría lo mismo que su padre. Se confiaría al destino. A su tía.

Deshizo una de las ataduras de la armadura, que se abrió dejando escapar un sople de aire cálido a la atmósfera apestosa de los pantanos. Era la decisión correcta. Estaba segura. «No hay otra solución; si quiero encontrar a mi tía, tengo que imitar a mi padre...»

—Y para lo que tenga que venir —dijo—, me encomiendo a todos los dioses, conocidos y desconocidos. ¡Amén!

Simón había recogido ya unas cuantas setas cuando se dio cuenta de que Casiopea no estaba a su lado. ¿Dónde se había metido? Distinguió su armadura, abandonada al pie del curioso casco de barco que ascendía hasta los cielos. Cuando llegó junto a ella, se quedó petrificado: ¡estaba vacía! ¿Dónde estaba Casiopea?

Tan rápido como lo permitía su pesada armadura, giró sobre sí mismo para buscarla, así que no vio venir el primer golpe, que le lanzó al suelo. Casiopea estaba justo sobre él y levantaba lo que parecía un tubo de órgano. De rodillas, fue incapaz de esquivar el segundo golpe, que rompió la visera de su yelmo, dejando penetrar el aire viciado de los pantanos.

—¡Maldita seas! —aulló Simón.

Casiopea giró a su alrededor, demasiado ligera para que pudiera atraparla o escapar de ella, y le lanzó un vigoroso puntapié entre los omóplatos que le hizo hundirse, con la cabeza por delante, en el fango.

Cuando dejó de moverse —¿estaba muerto, inconsciente?—, Casiopea se apartó de él y se adentró en los pantanos, hundiéndose hasta la cintura en el agua fangosa.

Capítulo 63

Veo un espectro que asciende de la tierra.

I Samuel, XVIII, 13

Casiopea pasó junto a hombres y mujeres metamorfoseados en árboles, con las rodillas apretadas contra el cuerpo, tristes vidas replegadas sobre sí mismas. Una mujer con cabellera de liana, con la piel como un tronco, miraba fijamente hacia el pantano con sus ojos vacíos. Otra había inclinado el mentón sobre el pecho, al que se agarraba un bebé. Su actitud no revelaba ninguna ternura, ningún horror, ninguna pena. Era un espectro, un fantasma sin alma, un vegetal que solo aspiraba a durar.

«Estos pantanos se han tragado a ejércitos enteros —le había dicho Gargano—. Tantos seres han perecido aquí que solo Mnemosina, la diosa de la memoria, sería capaz de enumerar los nombres de todas sus víctimas.»

Casiopea dio un paso, y luego dos, en ese cuadro horroroso. Se agachó temblando, asustada pero decidida. Acarició el agua de hojas verdes donde se ahogaban los reflejos de árboles cuyas ramas lloraban sobre su cabeza, como otras tantas siluetas inclinadas sobre su tumba.

Poco a poco, su miedo se disipó. Abriéndose a ese mundo donde incluso el tiempo estaba muerto, miró cómo las mariposas revoloteaban en los rayos de luz. De sus alas escapaba polvo —¿o era ceniza?— que caía en el pantano, entre las setas. Abrió la bolsa que llevaba colgada a la cintura, sacó una pequeña seta y la observó. Su carne, de un blanco de osamenta, parecía untuosa, y su olor, que recordaba al de los musgos después de un chaparrón, despertó en ella recuerdos de infancia. Casiopea de niña, vestida como un chico. Corre por un prado riendo a carcajadas. Tan feliz de estar por fin al aire libre, después de todas esas horas consagradas al estudio de viejas obras polvorientas. Chrétien de Troyes sale a su vez de la abadía. No parece contento. «¡Vuelve aquí, granujilla!»

Pero Casiopea no le escucha. Corre loca de contento, y en su carrera tropieza con una piedra. El capuchón del sayo le cae sobre los hombros y deja escapar sus cabellos, flor castaña que se abre al sol. «¡Pero si es una niña! —se indignan los monjes que están batiendo el heno—. ¿Qué haces tú en la abadía?» Miradas incómodas de Chrétien de Troyes. Casiopea se recoge el cabello lo mejor que puede. ¿Por qué no se lo ha cortado? Debería haber escuchado a su madre... Ahora tendrá que partir lejos, muy lejos de allí. A otro país. A Constantinopla.

Estos recuerdos, ¿cuántos años tienen? «¿Realmente son los míos? —se pregunta Casiopea—. ¿O los de otra? Los de una niña despreocupada que ni siquiera sabía que, en algún lugar, un padre la esperaba.»

Ese padre del que nunca se había sentido tan próxima como ahora. Como si los pantanos hubieran conservado el rastro de su llegada, más de una veintena de años atrás.

«Papá. ¡Por fin voy a ver a tu hermana, mi tía!»

Cerrando los ojos, con el corazón palpitante, Casiopea mordió la seta y luego se la tragó entera. Se tendió cuan larga era en la ciénaga, como en los brazos de Emmanuel, y se durmió.

«¿Casiopea?»

Una voz la despertó. Abrió mucho los ojos y miró alrededor. ¿Dónde se encontraba? Todo era negro, de un negro impenetrable, como si aún no se hubiera inventado la luz. Era una noche lago. Una de esas noches en las que uno se desespera por tocar el limo, porque no hay fondo y nuestras piernas han desaparecido.

Una de esas noches cuyas aguas son tan negras y ponzoñosas, tan pobladas de algas y peligros, que los que por desgracia se han sumergido en ellas no pueden escapar. Ya no pertenecen al mundo de los vivos. Están del otro lado. Fantasmas errando perpetuamente insatisfechos en una noche donde todo es oscuridad.

—¿Dónde estoy? —preguntó Casiopea, con un gusto a limo en la garganta.

Pero ese croar, ¿era su voz? Ya no estaba segura de nada. Se tocó el cuerpo, los brazos, las manos... Era ella, sí. Temiendo lo peor, se tocó los ojos, y luego la boca. No, no había duda. Tenía los ojos abiertos. Y su labio inferior tembló cuando lo rozó.

—¿Hay alguien ahí?

—¿Casiopea?

La voz le era familiar. Era una voz de hombre, monocorde y grave.

—¿Papá?

—¿Casiopea?

—¡Papá! —exclamó.

No hubo respuesta.

Entonces comprendió. No servía de nada —si era él— llamarle así. Morgennes no sabía quién era ella para él. Entonces gritó:

—¡Morgennes!

Un espectro surgió ante ella. Tenía los rasgos de su padre, pero estaba mortalmente pálido. Lo que no impidió que Casiopea se abalanzara hacia él para abrazarlo. El espectro se dejó hacer, pero no reaccionó. ¿Había olvidado cómo se abrazaba? ¿Lo supo alguna vez?

—¡Papá! —exclamó de nuevo Casiopea.

Era más fuerte que ella, tenía que repetirlo, que aullarlo. Ahí. Frente a él. El debía saber.

La sombra levantó una mano temblorosa hacia Casiopea y le acarició el rostro.

—¿Casiopea? ¿Eres mi hija?

—Soy tu hija —dijo ella tomándole la mano para besarla—. La que tuviste en otro tiempo con Guyana de Saint-Pierre.

—Guyana —dijo él con una lentitud extrema, como si ese nombre evocara una mezcla infinita de alegrías y sufrimientos—. Lo recuerdo... La eché de menos. Todavía la echo de menos. La mujer que no existía...

El espectro de Morgennes se inclinó hacia Casiopea, y unas lágrimas irreales cayeron sobre sus cabellos.

—También a ti te eché de menos, a esa hija a la que nunca conocí.

Así permanecieron un rato, estrechamente enlazados, tratando de darse un afecto, un calor, que nunca se habían dado en vida. Pero su tiempo estaba contado, Casiopea lo presentía. Por otro lado, no comprendía por qué había sido Morgennes quien había acudido, y no su tía.

—¿Realmente te me has aparecido, o soy yo que te imagino? —le preguntó.

—¿Qué diferencia hay?

—¡Quiero saber si eres realmente tú!

—Escucha lo que dice tu corazón.

—Entonces eres realmente tú. ¿Así que esto es el infierno?

—¿Cómo podría ser el infierno cuando tú estás en él? Mi querida Casiopea...

Se aferró a él con todas sus fuerzas, hundiéndole las uñas en la espalda, apretándolo de modo que ningún Dios, ningún demonio, pudiera arrancárselo nunca.

—Así que eras tú —prosiguió Morgennes— la fuerza que impidió que me hundiera... Si hoy estoy aquí, es gracias a ti.

—¿Puedo sacarte de este lugar?

—No lo creo.

—¡Pero yo necesito un padre! —aulló ella entre dos sollozos.

Morgennes le tomó el rostro entre sus manos con dulzura y la miró a los ojos.

—Ahora ya no eres una niña... —dijo—. El único padre que necesitas hoy es el de tus propios hijos, y se llama Emmanuel.

Le sonrió tiernamente, mientras lloraba a lágrima viva.

—Gracias —sollozó—. Había venido a salvarte, a devolverte a la vida, y eres tú quien me salva.

—Yo siempre estaré contigo, con tal de que me guardes en tu corazón.

—Nunca me dejarás.

Se abrazaron por última vez; por desgracia, demasiado brevemente. Los brazos de Casiopea ya empezaban a pasar a través de su padre. De pronto, tuvo un violento ataque de tos y escupió agua sucia de tierra. Ya solo se le aparecían los contornos del rostro de Morgennes. Sus labios, su nariz, sus ojos, sus orejas. Su barba y sus cabellos. Todo el resto se borraba.

—Te quiero —le dijo.

¿La había oído? Casi había desaparecido por completo.

—¡Papá!

—Yo también te quiero. Te querré siempre...

Y con estas últimas palabras se disipó del todo, no dejando más que una mano, y luego un dedo, tendido en dirección a algo invisible. Entonces ella oyó, como si surgiera de la nada:

—Ve hacia la Cruz.

Se volvió y distinguió el casco de barco que había visto al llegar a los pantanos. Pero no era un simple casco de barco, ahora lo comprendía.

Casiopea se encontraba al pie del Arca de Noé.

En el curso de los años, sus flancos se habían fundido con la vegetación de los pantanos, y ahora parecía una colina, un pequeño castillo. La majestuosa nave se elevaba por encima de los árboles, que doblaban sus copas ante ella.

Sorprendentemente, una especie de puerta se entreveía en uno de sus flancos. Al examinarla con más atención, Casiopea se dio cuenta de que tenía forma de cruz.

«Pero ¿qué se supone que debo hacer?»

Giró sobre sí misma y comprendió que había vuelto a su punto de partida, a la superficie del pantano, en medio de la ciénaga.

—¡Papá! —gritó.

Solo un profundo silencio le respondió. Morgennes había partido.

Entonces también ella se marchó. Estaba cubierta de fango de la cabeza a los pies, tenía algas en el pelo, y agua en la nariz y la boca. Tosió, se sonó tan fuerte como pudo; pero sabía que incluso dentro de seis días, incluso dentro de seis años, conservaría todavía en sus pulmones la pestilencia de los vegetales en descomposición mezclados con la tierra.

Capítulo 64

Y como aquel que sin aliento sale del mar a la orilla, y se vuelve hacia el agua peligrosa y mira, así mi alma, que huía aún, se volvió para contemplar el paso que a nadie dejó jamás con vida.

Dante,
El Infierno

Lanzó una última ojeada a Simón, que dormía —o daba la impresión de dormir— en medio de los pantanos. Un poco de agua penetraba a través de la visera partida de su yelmo. «Duerme tranquilo, Simón el Pequeño, Simón el Parco —le deseó Casiopea—. Que tengas hermosos sueños... Ofrécete una vida en la que te hayas convertido en mi esposo y tengas unos hijos preciosos. Una vida en la que Morgennes te admire, en la que tu padre y tus hermanos te respeten. Una vida en la que partas a reconquistar Jerusalén, con *Crucífera* en el puño. Duerme profundamente y, sobre todo, no despiertes nunca...»

Casiopea recuperó su armadura, volvió a ponerse el yelmo y se dirigió a paso lento hacia la salida del pantano y el puente de lianas.

«¿Encontraré allí a los soldados verdes?», se preguntó. Pero cuando emergió de la ciénaga, abandonando lo que para ella era otro mundo, no vio a nadie. En el fondo del precipicio, el Nilo gruñía como siempre, y el puente de lianas se balanceaba tranquilamente al viento. El día empezaba en la quietud de un sol resplandeciente. Había una ligera bruma, y los árboles brillaban, apacibles. El cielo, sin una nube, era de un azul inmaculado, benévolo.

Casiopea miró a derecha e izquierda, preguntándose dónde se habría metido su escolta.

En ese momento distinguió un círculo en la hierba. Alguien había encendido una hoguera unos días atrás. «¿Unos días?» Casiopea se acercó a los restos para inspeccionar el contorno. Aparentemente, dos o tres personas habían acampado ahí largo tiempo. La hierba aún conservaba la huella de sus cuerpos, y un agujero cavado en la tierra había servido para recoger sus excrementos.

«No lo entiendo. ¿Quién ha dejado estas huellas? ¿Los soldados verdes?»

De repente, la naturaleza le pareció más hostil que al salir de los pantanos. El fragor del Nilo, los efluvios de podredumbre y muerte que emanaban de la ciénaga, el rumor del bosque —al otro lado del abismo—, todo conspiraba contra ella, todo parecía orientado a su destrucción.

Sintió un principio de pánico, pero enseguida se reprendió a sí misma. «Vamos. Tiene que haber una explicación...»

Se dirigió hacia el puente de lianas que franqueaba el precipicio, y pensó en su padre. «Fue él quien lo construyó», se dijo mientras se sujetaba a una de las lianas que corrían de un extremo a otro del abismo. Para ella, su padre era un pasador. Un piloto. Un barquero. En su juventud, Morgennes había construido un puente de piedra que permitía franquear un río del que se decía que era imposible saber en qué dirección fluía. Y poco antes de morir, había hecho algo parecido. Era como si la propia vida de Morgennes hubiera sido un puente. Entre el pasado y el futuro. Entre sus propios padres y su hija, Casiopea.

«Lo que mi padre emprendió, yo debo continuarlo.» En ese momento tuvo la convicción de que la obra de su padre se inscribía en la continuidad de la de sus abuelos. «¿Quiénes eran? —se preguntó—. ¿Quién podrá decírmelo?»

Casiopea avanzó por el puente. Cada uno de sus pasos lo hacía crujir, y cuando su mirada se dirigía a las aguas hirvientes del Nilo, temía caer al abismo. Se sujetó a las lianas que sostenían el puente decidida a no fracasar; no ahora. «¡Ya llego, Emmanuel, ya llego!»

Cuando hubo franqueado el Nilo se encontró frente a la jungla. El paso que había utilizado para llegar hasta aquí había desaparecido. En todas partes la naturaleza había recuperado al vacío los territorios que Casiopea, Emmanuel y Simón le habían arrancado con sus espadas. «¿Adonde ir?»

Una sombra pasó sobre su rostro. Casiopea levantó los ojos y, justo por encima de ella, vio a su halcón, flotando majestuosamente en los cielos. Levantó la mano para saludarle, y el ave lanzó un cálido grito y luego se dejó caer como una piedra, para posarse sobre su puño alzado.

—Estoy tan contenta de verte —le dijo acariciándole la cabeza—. Te he echado terriblemente de menos, Cocotte.

El ave parpadeó, lanzó un suave grito y luego abrió y cerró sus garras sobre el puño de Casiopea; para ella, era una forma de decir que también se sentía feliz de haberla encontrado y que había tenido mucho miedo de no volver a verla nunca.

—No volveremos a separarnos. Es una promesa.

El halcón hundió su cabeza en el pecho de Casiopea y permaneció así sin moverse durante cinco o seis latidos, tiempo que Casiopea aprovechó para acariciar sus plumas y admirar de nuevo esa magnífica mezcla de gris y azul.

—Has adelgazado —observó—. ¿Cuánto tiempo hace que me esperas?

El halcón levantó la cabeza y se dejó caer del puño de Casiopea. Con las alas desplegadas, se elevó rápidamente por los aires, reclamado por los cielos, como si un hilo invisible hubiera tirado de él, y efectuó varios vuelos planeados a poca velocidad.

—¿Tratas de decirme que hace varios días?

El halcón lanzó un grito.

—¿Varias semanas?

El halcón volvió a descender hacia Casiopea y luego ascendió bruscamente en dirección al bosque. De nuevo la mirada de Casiopea se dirigió hacia la muralla vegetal que marcaba el límite de la jungla y de donde solo emergía una densa fronda y el olor de la vegetación.

«Eso explicaría por qué los soldados no nos han esperado. Por otra parte, quién sabe si no habrán entrado, ellos también, en los pantanos para buscarnos...»

Por un instante tuvo la tentación de volver al Lago Negro. «Solos, sin armadura, no tienen ninguna oportunidad...»

Pero si efectivamente habían transcurrido varios días —o, peor aún, varias semanas— desde que se había aventurado en él con Simón, ya no había ninguna esperanza. Estaban muertos. O transformados en árboles. «Que Dios os acoja en su seno —pensó—. O quien sea que reine en estos pantanos.»

Casiopea avanzó a lo largo del lindero del bosque en busca de una brecha bastante ancha que le permitiera pasar. Caminó hacia el norte, con la esperanza de alcanzar la costa, pero pronto tropezó con un muro de troncos y lianas entremezclados aparentemente infranqueable.

«Prisionera...»

Volvió sobre sus pasos hasta llegar al puente de lianas. «Decididamente no tengo suerte —se dijo—. Pero con suerte o sin ella, ¡debo volver al campamento!»

Su corazón se aceleró ante la idea de que Emmanuel pudiera estar muerto. Debía encontrar, como fuera, un medio de atravesar el bosque. Y, por desgracia, ya no tenía a *Crucífera* para abrirse camino en él.

Al límite de sus fuerzas, después de haber caminado todo el día en busca de una brecha que no llegó a encontrar, se rindió a las tinieblas que ascendían y se echó sobre la hierba, preguntándose si debía continuar hacia el sur o volver a cruzar el río y penetrar en los pantanos. «La noche es buena consejera», se dijo, antes de dormirse, agotada.

A la mañana siguiente, la despertó una caricia en la mejilla.

—¿Emmanuel?

—¿Casiopea?

No era Emmanuel. Al entreabrir los ojos, aún amodorrada, Casiopea reconoció el rostro de Kunar Sell.

El danés le sonrió.

—¿Cómo os sentís, señora? —inquirió—. ¿Dónde está Emmanuel?

Esta simple pregunta bastó para despejarla. Se sentó en la hierba y miró alrededor. Una decena de soldados que enarbolaban los colores de Conrado de Montferrat la rodeaban. Los hombres iban equipados con hachas, herramientas con las que sin duda

habían practicado la inmensa llaga que veía abrirse en la jungla.

—Ayer no había nada...

—Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí —dijo Kunar Sell.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Kunar Sell le sonrió y levantó un dedo hacia el cielo.

—¿Gracias a Dios? —preguntó Casiopea.

El grito de un pájaro le hizo comprender su error.

—¡Ah! Entiendo. Te pido perdón, Cocotte...

Casiopea se levantó, pero la cabeza le daba vueltas. Sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies, y se aferró a Kunar Sell para no caerse.

—Me parece que estáis muy débil —dijo él—. Deberíais reposar. Pediré a mis hombres que os preparen un caldo. Mientras tanto, tomad esto.

Le ofreció un poco de pan, que Casiopea aceptó agradecida. Después de habérselo tragado casi sin masticar, sintió que le volvían las fuerzas.

—¿Por qué esta pregunta sobre Emmanuel? —inquirió—. Y ahora que lo pienso, ¿y vos? ¿De dónde venís? ¿Quiénes son estos hombres?

—Estos hombres forman parte de los refuerzos que fui a buscar. ¿No lo recordáis?

—No.

—Hace más de un mes, cuando Emmanuel y vos partisteis a la jungla...

—Sí. Lo recuerdo muy bien...

—El campamento fue atacado. Hice lo que pude para defender el fortín, pero el adversario era demasiado fuerte.

—Lo sé. Los marinos supervivientes me lo explicaron. Pero ¿por qué decís «hace más de un mes»?

—Porque hace más de un mes de eso, Casiopea.

Casiopea se quedó estupefacta, y entonces Kunar Sell le explicó cómo, aprovechando un momento de descuido del enemigo, había alcanzado las aguas del océano para ir a buscar refuerzos. Después de nadar días enteros, derivando por la noche a merced de las corrientes que le llevaban hacia el norte, había tenido la suerte de ser recogido por unos pescadores, que se quedaron muy sorprendidos al encontrarlo atrapado en sus redes. Tras llegar a un acuerdo con ellos, los marinos lo habían desembarcado en la orilla oriental de Bab el-Mandeb, desde donde había llegado a un pueblo costero.

—Allí le pedí prestado un caballo a un granjero y me dirigí tan rápido como pude hacia Tiro. Viajaba de noche y descansaba de día, para evitar a las patrullas sarracenas...

Pero, afortunadamente, como aún era invierno, la mayoría de los musulmanes estaban encerrados en sus casas, junto a sus familias. Una vez en Tiro, el hecho de

que Tommaso Chefalitione y *La Stella di Dio* estuvieran allí había hecho que le resultara aún más fácil convencer al marqués de Montferrat de la necesidad de armar un barco de socorro.

—El capitán estaba de vuelta en la ciudad con Josías de Tiro y Ricardo de Inglaterra.

—¿Josías lo ha conseguido? ¡Están aquí, por fin! —exclamó Casiopea.

—Los reyes desembarcaron en Acre el abril pasado. La reconquista de Jerusalén ya es solo cuestión de semanas...

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Casiopea; aquello le facilitaría el trabajo.

—Chefalitione nos condujo hasta aquí, a Josías y a mí. A bordo de un falucho fuertemente armado. Navegamos tan rápido como pudimos. Pero, por desgracia...

Su rostro se ensombreció, y bajó la cabeza antes de continuar.

—Al llegar al campamento, solo encontré cenizas. Seguramente las tropas del Caballero Verde partieron poco antes de nuestra llegada...

Su voz flotó un instante, como resistiéndose a anunciarle alguna terrible noticia.

—¿Hay supervivientes?

Kunar Sell sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—No, por desgracia —dijo frotándose las manos—. Incluso descubrimos cadáveres tan mutilados, en una fosa, que no tuvimos más remedio que llenarla de arena y plantar una cruz sobre ella.

—¿Y Emmanuel? —exclamó Casiopea.

Él la miró, con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Emmanuel? Justamente yo creía que estaba con vos. Cuando el campamento fue atacado, los dos habíais partido a explorar el bosque.

—Entonces no todo está perdido —dijo Casiopea levantándose—. Pero no tenemos un instante que perder.

Dejando tras ellos una infinidad de árboles apretados —últimos centinelas de una naturaleza hostil—, salieron de la jungla para desembocar en la pequeña playa donde habían desembarcado un mes atrás. El campamento de los soldados verdes había sido levantado, y solo una cruz de madera sobre un montículo de arena daba testimonio de su paso. Chefalitione y Josías de Tiro se encontraban a su lado. Al ver llegar a Casiopea, los dos hombres se volvieron y le dirigieron unas sonrisas en las que se mezclaban la tristeza y la alegría.

Epílogo

Nos cargaron de cadenas y de collares de hierro.
Y nos encerraron en un pozo de una profundidad infinita.

Sohrawardi,
El exilio occidental

Lugar indeterminado, fecha indeterminada

Emmanuel se despertó cubierto de contusiones, con la espalda y los hombros magullados. No sentía los miembros, y su torso no era más que un dolor inmenso. Trató de lanzar un grito, pero no pudo articular ni un sonido. Quiso mover la cabeza, pero su cuello no le obedecía. Intentó empuñar su espada, pero no pudo levantar el brazo. «Si es que aún tengo uno...», pensó.

Miró alrededor.

«¿Dónde estoy?»

En ese momento oyó un ruido de dientes que se entrechocaban.

Sus ojos se dilataron de sorpresa al ver al antiguo obispo de Acre, colocado sobre un estante justo encima de él.

Los dientes de Rufino castañeteaban. ¿De terror o de frío? En cualquier caso, un fino hilillo de vaho entrecortado por el movimiento de los dientes escapaba de su boca.

—Por fiiiin te despieeertas —bramó Rufino.

Emmanuel trató de liberarse del torno que le mantenía prisionero, intentó de nuevo mover los brazos. En vano. Finalmente, a costa de un esfuerzo sobrehumano, consiguió articular con una voz deformada por las drogas:

—¿Dónde estaaamos? ¿Dónde estooy?

—Con los asesiiinos —respondió Rufino.

—¡Dioos mío! ¡Decidme que no estooy soñando, por favor! ¡Casiopeeee!

Con la boca pastosa y la lengua entumecida, Emmanuel se expresaba como Rufino.

Una sensación de pánico le invadió.

Se esforzó en mantener la calma, obligándose a respirar despacio. Entonces, después de que sus ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad, distinguió dos jaulas metálicas suspendidas del techo donde se pudrían unos esqueletos. Sobre una mesa, a su lado, había una sierra. Las siniestras manchas rojizas que se habían secado sobre su hoja no dejaban ninguna duda sobre el uso al que estaba destinada...

—¡Pero si yo nuuunca reclamé tu cueerpo! —mugió Rufino—. Yo creíia,

creíia...

—Creías mal —le respondió una voz acompañada de un tintineo de cascabeles.

Emmanuel giró los ojos hacia la derecha y vio a Billis, que se acercaba renqueando, con una escalerilla en la mano. El enano la colocó al pie de la estantería y trepó por ella hasta encontrarse cara a cara con el antiguo obispo de Acre.

—¡Traga! —le ordenó, metiéndole en la boca algo que parecía una pequeña seta blanca.

—¿Quéee es eeesto? —chilló Rufino.

—¡Ja, ja! ¡Tu recompensa! —se burló el enano.

Luego volvió a bajar de la escalera y se marchó cojeando con aire satisfecho. Se oyó el chasquido de una puerta y el ruido de un cerrojo, a los que siguió un espantoso silencio que rompió la voz de Rufino.

—Pero ¿quéee es eeesto? —berreó esforzándose en escupir toda la seta que podía.

La visión de Rufino se modificó bruscamente. Grandes manchas luminosas se pusieron a bailar ante sus ojos y todo adquirió un aspecto centelleante. Tenía la impresión de ver a un dragón que tomaba forma ante él. Un gran dragón de luz, cuyas alas formaban dos soles resplandecientes.

—*Dracooo fictiooo* —mugió llorando—. *Dracooo fictiooo*.

FIN

Glosario

almero: mensajero de las almas, que se pone en contacto con los muertos y se encarga de transmitir sus mensajes a los vivos.

atabek: equivalente de un alcalde entre los orientales,

basileo: emperador de los griegos. (Aquí, Isaac II Ange.)

besante: moneda de oro.

bimaristam hospital oriental,

cadí: magistrado musulmán,

coca: navío medieval.

cursiva: tipo de escritura en minúsculas, generalmente ligadas entre ellas.

djinn: espíritu elemental oriental. Puede ser benéfico o maléfico,

draconocte: cazador de dragones.

enarmas: especie de agarres, en el interior de un escudo, por los que se pasa la mano para sostenerlo.

falucho: pequeño barco de vela.

galea: navío militar medieval.

khan: caravasar, lugar de reavituallamiento.

litterati (singular: **litterato**): letrados, los que saben latín. Por extensión, designa generalmente a monjes, a hombres de Iglesia.

mangual: arma medieval compuesta de un mango al extremo del cual va atada una cadena terminada en una bola erizada de clavos.

mihrab: nicho practicado en el muro de un edificio que sirve para indicar la dirección de La Meca.

orsalher: domador de osos,

portulano: antigua carta marina.

scriptorium: habitación donde escribían los monjes.

uncial: tipo de escritura romana en mayúsculas que generalmente prescinde de la ligadura entre las letras.

usciere: barco mercante que puede utilizarse para el transporte de caballos.

Vita verna: misteriosas setas blancas que crecen en los Pantanos de la Memoria.

Índice de los personajes principales

Alexis de Beaujeu: hospitalario, comendador del Krak de los Caballeros. Amigo de Morgennes.

Amaury I de Jerusalén: antiguo rey de Jerusalén, padre de Balduino IV.

Billis: enano, *orsalher*. Sirviente del misterioso Caballero Verde.

Caballero Verde: extraño caballero que no habla y va vestido con una armadura verde.

Casiopea: hija de Morgennes y de Guyana de Saint-Pierre. Nacida en El Cairo, en el curso de un terremoto. Por parte de madre, nieta de Leonor de Aquitania y de Shirkuh el Voluntarioso, lo que la convierte en pariente de Ricardo Corazón de León y de Saladino.

Chrétien de Troves: monje y escritor, muerto a finales de 1187. Amigo de Morgennes y padrino de Casiopea.

Clemente III: Papa, elegido en diciembre de 1187.

Cocotte: halcón de Casiopea.

Conrado de Montferrat: marqués, hijo de Guillermo de Montferrat.

Constantino Colomán: megaduque bizantino, «maestro de las milicias».

Emmanuel: hospitalario, antiguo escudero de Morgennes.

Emparedada (la): adivina de las Amazonas del oasis de las Cenobitas.

Étienne de Roquefeuille: padre de Simón.

Felipe: antiguo médico y embajador extraordinario del papa Alejandro III. Ahora, Preste Juan.

Fenicia: madre de Josías de Tiro. Buena amiga del capitán Tomasso Chefalitione.

Gargano: especie de gigante bueno, espíritu de una montaña. Amigo de Morgennes y padrino de Casiopea.

Gerardo de Ridefort: maestre de los templarios.

Guido de Lusignan: rey de Jerusalén en el momento del desastre de Hattin. Se opone ahora ferozmente a Conrado de Montferrat.

Guillermo de Montferrat: padre de Conrado de Montferrat.

Guillermo de Tiro: antiguo arzobispo de Tiro, predecesor de Josías.

Guyana de Saint-Pierre: madre de Casiopea, en otro tiempo apodada «la mujer que no existía». Hija de Leonor de Aquitania y de Shirkuh el Voluntarioso.

Hassan Basras: célebre artista pintor.

Ibn Abi Asrun: cadí a cargo de los asuntos judiciales, civiles y religiosos de Saladino.

Ibn al-Waqqar: médico particular de Saladino, en Damasco.

Isaac II Ange: basileo de Constantinopla en la época de esta historia.

Jabalí el Simplón: jefe de los tártaros.

Josías de Tiro: arzobispo de Tiro desde 1185. Encargado por el papa Urbano III de convencer a los reyes de Francia e Inglaterra de partir en cruzada.

Kunar Sell: danés, antiguo mercenario, antiguo templario blanco con una cruz tatuada en la frente.

Maestro de las Llaves y las Puertas: misterioso portero de la puerta de Hierro que exige pasar determinadas pruebas a los aventureros.

Marsella: osa amaestrada que pertenece a Billis.

Masada: antiguo comerciante de reliquias, anteriormente leproso. Curado milagrosamente por Morgennes, se ocupa ahora de los enfermos de la leprosería de San Lázaro, en Jerusalén.

Morgennes: valeroso caballero de la Orden del Hospital, caído en el infierno. Padre de Casiopea.

Nâyif ibn Adid: jeque de los muhalliq, amigo de las artes.

Pixel: pintor y monje inglés que murió asesinado. Antiguo compañero del padre de Morgennes.

Reinaldo de Châtillon: antiguo jefe de los templarios blancos, caído en el infierno con Morgennes y Taqi.

Reinaldo de Sidón: barón a la cabeza de Tiro en ausencia de Conrado de Montferrat.

Rufino: antiguo obispo de Acre, hijo del antiguo patriarca de Jerusalén Heraclio. Decapitado en el curso de la batalla de Hattin y reducido al estado de cabeza parlante.

Saladino: sultán de Siria y de Egipto.

Shams al-Dawla Turansha: *atabek* de Damasco.

Shirkuh el Voluntarioso: general de Nur al-Din, muerto en Egipto. Tío de Saladino. Padre de Guyana de Saint-Pierre.

Simón de Roquefeuille: el más joven de los cinco hijos del conde Étienne de Roquefeuille.

Sohrawardi: nigromante al servicio de los asesinos. Señor de los *djinns*.

Taqi: sobrino de Saladino que siguió a Morgennes a los infiernos. Primo de Casiopea.

Temüdjin: joven tártaro, hijo de Jabalí el Simplón.

Tommaso Chefalitone: mercader veneciano, capitán de *La Stella di Dio*, buen amigo de Fenicia.

Viejo de la Montaña: Rachideddin Sinan, jefe de los asesinos.

Yahyah: antiguo esclavo de Masada, que partió, a la cabeza de los Diez, en busca de las puertas de los infiernos.

Bibliografía y Musicografía

La novela contiene pasajes inspirados en el llamamiento del general De Gaulle del 18 de junio de 1940. Os dejo que averigüéis de qué pasajes se trata. Y otro me fue inspirado por Alan Greenspan, antiguo presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las obras consultadas para la redacción de esta novela, además de las citadas en los otros volúmenes de esta saga, merecen destacarse las siguientes:

- Agustín, *La ciudad de Dios*, Tecnos, Madrid, 2010.
- Alaux, Marc, *Sous les yourtes de Mongolie*, Transboréal, París, 2007.
- Alejandro de París, *Libro de Alejandro*, Castalia, Madrid, 1985.
- Anónimo, *El libro de Eneas*, PPU, Barcelona, 1986.
- Bérout, *Tristán e Iseo*, Cátedra, Madrid, 1985.
- Chrétien de Troyes, *Perceval o el cuento del Grial*, Espasa-Calpe, Madrid, 1999.
- , *Cligès*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- , *El caballero de la Carreta*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- , *El caballero del León*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.
- , *Erec y Enide*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.
- , *Guillermo de Inglaterra*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Dante, *La Divina Comedia. El Infierno*, Espasa-Calpe, Madrid, 2000.
- , *Obras completas*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2008.
- Kaplan, Michel, *Byzance*, Les Belles-Lettres, París, 2007.
- Hallâj, *Poèmes mystiques*, Actes Sud, Arles, 2006.
- Ibn Gubayr, *A través del Oriente: rihla*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- Jayyam, Ornar, *Rubayat*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- Le Goff, Jacques, *El nacimiento del purgatorio*, Taurus, Madrid, 1989.
- Lucrecio, *La naturaleza de las cosas (De natura rerum)*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- Meddeb, Abdelwahab, *L'exil occidental*, Albin Michel, París, 2005.
- Minois, Georges, *Historia de los infiernos*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005.
- Ovidio, *Metamorfosis*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- Pernoud, Régine, *La mujer en tiempos de las cruzadas*, Editorial Complutense, Madrid, 2001.
- Polo, Marco, *El descubrimiento del mundo*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Praver, Joshua, *Histoire du Royaume latin de Jérusalem*, CNRS éditions, París,

2007.

Rimbaud, Arthur, *Una temporada en el infierno*, Hiperión, Madrid, 2010.

Schiltberger, Johannes, *Captif des Tatars*, Anacharsis, Toulouse, 2008.

Villeneuve, Roland, *Dictionnaire du diable*, Pierre Bordas et fils, París, 1989.

Virgilio, *Eneida*, Gredos, Madrid, 2010.

Vorágine, Jacobo de la, *La leyenda dorada*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.

Para más información sobre la bibliografía en francés, véase el sitio www.leromandelacroix.com

MUSICOGRAFÍA

En el curso de la redacción de este libro, los álbumes siguientes mecieron mi imaginario: *Felt Mountain*, de Gold Frapp, *The Silver Tree*, de Lisa Gerrard, *Princess Mononoke*, de Joe Hisaishi.

Para Casiopea, escuché mucho la canción «Dionysus», en *Untold Things*, de Jocelyn Pook.

En cualquier caso, para los amantes de la música medieval, recomiendo encarecidamente el conjunto de la producción de Diabolus in Música.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a mis «tres mosqueteros» relectores: Dorothée Camus, Robert Gallimard, Dominique Haas y Jeffrey Probst. Y gracias sobre todo a Dominique y Dorothée, que al no ahorrarme un infierno de críticas me ayudaron a llevar este libro hacia nuevas cimas.

Muchísimas gracias a Pierre Bezaud por el sitio de internet [www. david-camus.com](http://www.david-camus.com)

Y muchísimas gracias también a Adrien Richomme, que me ayudó con los enigmas.

Notas

[1] El más antiguo poeta francés conocido que escribió en romance vulgar, el duque Guillermo IX de Aquitania es una de las figuras más sobresalientes e interesantes de la Edad Media.